



BELÉN
URCELAY

MAGIA

en tus
brazos

Phoebe

BELÉN URCELAY

MAGIA
— en tus —
brazos



Phoebe

Primera edición: junio de 2020

Copyright © 2020 Belén Urcelay Igartua

© de esta edición: 2020, ediciones Pàmies, S. L.

C/ Mesena,18

28033 Madrid

phoebe@phoebe.es

ISBN: 978-84-17683-94-8

BIC: FRH

Diseño e ilustración de cubierta: CalderónSTUDIO®

Fotografías de cubierta: ZoneCreative/FooTToo/Shutterstock

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del Copyright, bajo la sanción establecida en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo público.

*Dedicada a todos los que saben que los grandes actos
de magia empiezan con un pequeño cambio.*

A los que están a punto de descubrirlo.

A mis amigos de El Jardín de las Letras.

Y, siempre, a mi familia.

«Soy un gran admirador de la magia y el misterio. Mira esta vida: es toda misterio y magia».

Harry Houdini.

«Adamantium» viene del inglés «*adamant*», palabra utilizada para referirse a una posición firme y resuelta, o a una propiedad de dureza comparable a la de los diamantes.

ÍNDICE

[CAPÍTULO 1](#)

[CAPÍTULO 2](#)

[CAPÍTULO 3](#)

[CAPÍTULO 4](#)

[CAPÍTULO 5](#)

[CAPÍTULO 6](#)

[CAPÍTULO 7](#)

[CAPÍTULO 8](#)

[CAPÍTULO 9](#)

[CAPÍTULO 10](#)

[CAPÍTULO 11](#)

[CAPÍTULO 12](#)

[CAPÍTULO 13](#)

[CAPÍTULO 14](#)

[CAPÍTULO 15](#)

[CAPÍTULO 16](#)

[CAPÍTULO 17](#)

[CAPÍTULO 18](#)

[CAPÍTULO 19](#)

[CAPÍTULO 20](#)

[CAPÍTULO 21](#)

[CAPÍTULO 22](#)

[CAPÍTULO 23](#)

[CAPÍTULO 24](#)

[CAPÍTULO 25](#)

[CAPÍTULO 26](#)

[CAPÍTULO 27](#)

[CAPÍTULO 28](#)

[CAPÍTULO 29](#)

[CONTENIDO EXTRA](#)

LONDRES. MAYO DE 1889

Elizabeth temía que su madre fuera a desmayarse en cualquier momento. Caroline Simmons estaba sofocada, tenía la cara roja, la vena de la frente muy visible y el peinado desarreglado de tanto llevarse las crispadas manos a la cabeza. «Solo le falta empezar a rechinar los dientes», se dijo. Si ella misma no se hubiera sentido tan hundida, se habría echado a reír. Quería a su madre, pero siempre había pensado que sus reacciones a casi todo eran exageradas, aunque jamás se lo había siquiera insinuado. Elizabeth era, ante todo, una dama virtuosa, una esposa leal y una hija ejemplar. O, al menos, lo había sido hasta hacía poco.

—¡Un nuevo escándalo! —exclamó Caroline al tiempo que dejaba la taza de té con tanta fuerza que se desbordó y creó un charquito marrón sobre el platillo de porcelana—. Primero tu hermana y ahora tú... Pero ¿cómo puedes hacerme esto, Elizabeth? ¡Vais a matarme entre las dos!

Ella continuó sentada en el borde del sofá, con la espalda tan recta como siempre, con las manos plácidamente cruzadas sobre el regazo, con los músculos de la cara inmóviles. Caroline había regresado la noche anterior de un corto viaje para visitar a una prima viuda y se había encontrado a su primogénita instalada de nuevo en su casa junto con una desagradable noticia... Más que desagradable, en realidad. Se trataba de algo tan inaudito, tan espantoso, tan contrario a todas las normas del decoro y de la buena sociedad, que costaba creer que una cosa como esa pudiera estar ocurriendo de verdad. Y, sin embargo, así era. Elizabeth Simmons, la dócil, apacible y disciplinada lady Ashton, acababa de pedir el divorcio.

—No te hago nada *a ti*, madre. —Y añadió en voz más baja, como si le bastara con decírselo a sí misma—: Solo quiero ser feliz.

—¿Cómo vas a ser feliz convirtiéndote en una mujer divorciada? ¡Y de lord Ashton, nada menos! ¡No puedo ni imaginarlo! —Caroline agitó la cabeza para demostrar su total incompreensión—. ¿Es que te has vuelto loca?

Elizabeth se mordió los labios para evitar responder que, en todo caso, había sido al aceptar la oferta de matrimonio de Robert cuando debió de volverse loca. Miró a su padre para averiguar si él pensaba lo mismo que su madre, y descubrió que ya la estaba mirando con una mezcla de lástima y desconcierto.

—Caroline, querida —intervino Harold Simmons al fin—, es evidente que nuestra hija ya ha tomado su decisión, y no nos queda más remedio que aceptarla. Sí, todo esto es muy desagradable y sumamente incómodo, pero...

—¿Desagradable e incómodo? —repitió Caroline, incrédula. Parecía que los ojos se le iban a salir de las órbitas—. ¿Cómo eres capaz de definir como «incómodo» que pretenda divorciarse de Robert? ¡Y sin ninguna razón en absoluto!

Era cierto que, de puertas para fuera, su matrimonio con Robert no era ni más ni menos infeliz que el de muchas otras mujeres de la alta sociedad. Elizabeth había conocido a lord Ashton en un baile, durante su primera temporada social, cuando tenía dieciocho años. Su madre y su institutriz la habían preparado a fondo para que su debut fuera un éxito, y realmente lo fue: ese año no hubo en Londres una joven más bella, educada, elegante y encantadora, que supiera bailar mejor o que fascinara más a todos los hombres de su alrededor. Elizabeth deslumbraba con su perfección, y Caroline no podía estar más

orgullosa de ella. O eso imaginaba, porque cuando descubrió que entre sus muchos pretendientes estaba lord Ashton, creyó volverse loca de contento. Lord Ashton era, de lejos, el mejor partido disponible ese año, y Caroline se preparó para la batalla con más paroxismo que un general, desplegando todas sus armas para que el cortejo no acabara malográndose por culpa de la apatía de su poco entusiasta hija.

Después de meses de insistencia (tanto por parte de su madre como de Robert), una Elizabeth aún adolescente, fácil de manipular y bastante hastiada aceptó la propuesta de matrimonio y se convirtió en lady Ashton. No era que lo amase, desde luego, y en realidad ni siquiera le gustaba como persona, pero desde los doce años había tenido muy presente cuáles serían sus deberes como mujer de familia acomodada, y no parecía haber muchas más opciones que casarse con un caballero de buena posición como él, trasladarse a su mansión y darle un heredero, cosa que cumplió un par de años después de la boda, cuando dio a luz a Bobby.

A partir de ahí, su vida se convirtió en una sucesión de días en los que sus únicos momentos de verdadera felicidad consistían en estar con su hijo y tocar el piano. La casa de Mayfair en la que vivían era enorme y lujosa, y tenían todo lo que se pudiera comprar con dinero, pero Robert empezó a ignorarla en cuanto se percató de que su esposa, aunque de comportamiento intachable, no sentía ningún afecto —ni respeto— por él, y muy pronto se hizo con una larga ristra de amantes que no se molestaba demasiado en ocultar.

Poco a poco, Elizabeth fue cayendo en la cuenta de que, quizá, los valores y enseñanzas que habían grabado en su mente desde pequeña, y que compartían todas las mujeres de su clase, podían no ser los correctos. El cambio fue tan paulatino que solo cuando su hermana menor, Lillian, se fugó con su enamorado, aceptó el pozo de tristeza que escondía en su interior, así como el hecho de que tal vez merecía algo mejor.

Pasó casi un año hasta que se atrevió a decirse a sí misma que lo que deseaba era divorciarse, y le costó varios meses más reunir el valor suficiente para decírselo a Robert. Su marido primero se había reído de ella, luego había montado en cólera y, finalmente, había adoptado una actitud gélida que en la actualidad mantenía. Robert solo se mostraba preocupado por el escándalo que un divorcio podía acarrearle a él, e insistió mucho en que hicieran parecer que era el propio Robert quien lo había solicitado, y no Elizabeth.

—Admitirás que tienes un amante, Beth, y que yo lo he descubierto y por eso te pido el divorcio —le había exigido una noche de la semana anterior, de pie frente a la chimenea y de espaldas a ella.

—¿Por qué iba a decir que tengo un amante? ¡Eres tú el que las tiene! —repuso Elizabeth. Después de casi una década de matrimonio, solo entonces había empezado a replicarle.

—Querida, no seas ingenua. —Él se había reído, girándose para mirarla con desprecio—. Ya sabes que un hombre puede tener amantes sin que eso sea razón necesaria ni suficiente para que la esposa pida el divorcio. Y tampoco tienes pruebas de ello.

Era cierto. Para que una mujer obtuviera el divorcio, además del adulterio por parte de su marido debía demostrar también que este era culpable de otros cargos, como deserción, crueldad, incesto o bigamia. En cambio, bastaba con que un hombre acusara a su mujer de adúltera (sin necesidad de presentar ninguna prueba) para que se le concediera el divorcio casi al instante y se quedara con todos los bienes de ella, incluyendo, la mayoría de las veces, a sus hijos. Esto último era lo que más le preocupaba a Elizabeth: la posibilidad de que le arrebatara la custodia de Bobby. Por ello, de ninguna manera iba a admitir que tenía un amante cuando no era cierto, ni siquiera para agilizar los trámites.

Elizabeth había acudido a ver al abogado de sus padres, el señor Milton, y este había asegurado hacer

todo lo posible por ayudarla, aunque, como dijo alzando las cejas desde el otro lado de su gran mesa de despacho, no podía prometer nada. Al menos ya había preparado para ella los primeros documentos legales, que Elizabeth guardaba en el secreter de su antiguo dormitorio de soltera en casa de los Simmons.

—Madre, apenas he cumplido veintiocho años, y he pasado los últimos ocho siendo desgraciada —trató de argumentar—. ¿Eso es lo que quieres para mí?

Caroline se disponía a replicar cuando Martha, la doncella, entró para recoger el servicio de té.

—Martha, será mejor que me traigas una copa de licor, a ver si con eso se tranquilizan mis nervios. Tráeme aquel tan fuerte de hierbas que utilicé después de que Lillian se fugara como una vulgar... ¡Oh, ni siquiera sé qué nombre dar a lo que hizo!

—Sí, señora Simmons —respondió la criada, acostumbrada por completo a la rabia que Caroline llevaba expresando por su hija menor desde hacía tiempo. Miró de reojo a Elizabeth mientras recogía su servilleta—. ¿Desea también una copa de licor, lady Ashton?

Caroline respondió por ella:

—No desea más que dar problemas, Martha, exactamente igual que su hermana...

—Caroline... —murmuró Harold con tono levemente amenazante.

—Y será mejor que dejes de llamarla «lady Ashton» —continuó, sin hacerle caso—. Ya no será tratada de «lady» nunca más. —Miró a su hija con frialdad—. Eso es lo que quieres, ¿no?

Elizabeth bajó los ojos.

—En realidad, sí.

Caroline emitió un bufido exasperado y la doncella pareció confusa, pero recogió la pesada bandeja con la tetera de plata y las tazas, y salió en silencio.

—¿Cuándo piensas volver a tu casa, querida? —preguntó Harold a Elizabeth.

—Mañana iré a entregar a Robert los documentos que me ha dado el señor Milton. Pero no sé si permaneceré allí. Quizá sea mejor recoger algunas cosas más y volver aquí, con Bobby.

—¡Pobre pequeño! —exclamó Caroline—. Verse desde tan temprana edad envuelto en un escándalo semejante... ¿Qué familia lo recibirá en su casa cuando sea mayor?

—Cualquiera que lo aprecie por lo que es: un niño encantador e inteligente.

—Eso ya lo veremos. ¡Y ya veremos también en qué posición quedaré yo cuando esto se sepa!

—¿Tú?

—¡Sí, yo, Elizabeth! —Caroline se levantó del sillón y se acercó a la ventana. Se asomó al exterior como si temiera encontrar una multitud enardecida a las puertas de su casa—. La gente dirá: «¡Qué tipo de educación ha debido de dar a sus hijas! ¡Primero la pequeña se fuga con un hombre acusado de robar a una de las familias más ricas de la ciudad, y ahora la mayor decide divorciarse!». ¿Es que no tienes cabeza? De tu hermana casi me lo esperaba, ¡pero de ti...!

—Lillian solo hizo lo que su corazón...

—¡Oh, por Dios, no me salgas con esas, niña! —Caroline volvió a sentarse, aunque más bien dio la impresión de que se desplomaba entre un revuelo de tafetán y encajes—. Lillian ha sido una pésima influencia para ti. Como su hermana mayor, debiste haber enderezado a esa chica tozuda e insensible, y no solo no lo hiciste, sino que ahora te vuelves igual de loca...

—¡No hables así de ella!

La mención de Lillian llenó de lágrimas de rabia y añoranza los ojos de Elizabeth. Echaba de menos a su hermana pequeña, tan lista y voluntariosa, más de lo que podía expresar, y sobre todo en momentos

como aquellos, pero se alegraba de que fuera feliz. O al menos confiaba en que lo estuviera siendo, porque hacía casi un año y medio que no la veía. Lillian había huido de Londres con el hombre del que se había enamorado, envueltos en el escándalo de un robo que todavía no se había aclarado del todo. Su fuga había conmocionado a su familia y a toda la alta sociedad londinense. También a Elizabeth, pero de un modo positivo: la había ayudado a descubrir que ella también merecía encontrar ese tipo de amor. Y por ello, estaría eternamente agradecida a su hermana, aunque nunca más volviera a verla.

—Creo que ya es suficiente, Caroline —intervino Harold. Había permanecido sentado en actitud serena, sin alterarse en ningún momento, pero todos en la habitación sabían que Lillian era su preferida y que oír hablar del tema de su fuga era muy doloroso para él—. Será mejor que dejemos tranquila a Elizabeth.

Martha entró de nuevo con la bandeja, portando en esta ocasión una botella de cristal tallado llena de licor y unas copitas diminutas.

—Martha, tomaré el licor en el jardín trasero —dijo Caroline—. Necesito que me dé un poco el aire. Caroline salió de la sala seguida por la doncella, que soltó un levísimo suspiro de cansancio por encima de la bandeja del licor. Harold se levantó también y puso una mano sobre el hombro de su hija.

—Sé fuerte, Elizabeth. Lo que te espera a partir de ahora será duro —dijo con voz suave.

—Lo sé, papá. Pero no será más duro que mi vida hasta ahora.

Harold se inclinó para besar su cabeza y la dejó sola. Elizabeth se quedó sentada, aún muy erguida, aunque nadie la viera, con las manos todavía cruzadas sobre la falda y una lágrima deslizándose lentamente por su mejilla.

Al día siguiente, Elizabeth entró en la mansión de Mayfair en la que había vivido durante su vida de casada. El mayordomo, Townsend, recogió su pequeña maleta y la saludó con tanto respeto como siempre, pero su expresión le pareció algo más lúgubre que de costumbre. «Es normal, los criados no saben cómo actuar ahora que se han enterado de lo del divorcio». Supuso que cada uno tendría su propia opinión al respecto, y que lo más probable era que la de Townsend fuera negativa. Suspiró para sí misma y se quitó el sombrero para dejarlo a continuación en manos de Jane, una de las doncellas.

—Jane, ¿está lord Ashton en casa? —quiso saber.

No sentía ningún deseo de ver a Robert, pero no le quedaba más remedio; quería entregarle los documentos de su abogado y zanjar el asunto cuanto antes. Levantó la mirada hacia la doncella, extrañada de su tardanza en responder. Ella también tenía una expresión rara en su cara redonda.

—¿Está lord Ashton en casa? —repitió.

—No, milady.

Elizabeth se alegró. Así dispondría de unos momentos a solas para prepararse.

—Bien, avísame cuando llegue, por favor. Estaré en mis habitaciones.

Se dirigió a la ancha escalinata de mármol y comenzó a subir, pero se detuvo al oír la tosecilla nerviosa de Jane, que continuaba inmóvil al pie de la escalera.

—¿Sucede algo? —preguntó. De pronto sentía su corazón latir con más fuerza, como en previsión de una mala noticia.

Las mejillas de la joven habían adquirido un tono rojo, y parecía cada vez más nerviosa.

—¿No le ha dicho nada Townsend?

—¿Qué debería haberme dicho? —Descendió los escalones que había subido y se acercó a la doncella, la cual agarraba con tanta fuerza su sombrero que las flores de seda quedarían irremediabilmente

estropeadas—. ¿Qué es lo que ocurre, Jane?

—Lord Ashton no volverá hoy a casa, milady. Se fue ayer de viaje.

Elizabeth trató de entender las implicaciones de lo que acababa de escuchar. ¿Se había ido de viaje para no tener que enfrentarse con ella? ¿Sabía de alguna manera que había estado hablando con un abogado, y se había marchado para evitar recibir cualquier documento legal que lo forzara al divorcio? De repente adivinó que todo aquello iba a ser aún más complicado de lo que se había imaginado.

—Pero... ¿Dónde se ha ido? ¿Y hasta cuándo?

—No nos lo ha dicho.

—¿No os ha dicho adónde iba? —Elizabeth estaba cada vez más perpleja.

Por detrás de Jane apareció de nuevo Townsend, que le hizo un gesto a la doncella para que se retirara. La joven se fue a toda prisa.

—¿Qué está pasando, Townsend? —exigió saber con voz llena de temor. Por lo general, Elizabeth siempre se comportaba con gran compostura y hablaba a todo el mundo, incluyendo los miembros del servicio, con tono suave y amable, pero no podía controlarse más.

—Milady, supongo que Jane no se atrevía a decírselo, pero lord Ashton salió de viaje en la tarde de ayer, por tiempo indefinido, y se llevó con él a su hijo.

—¿Se ha llevado a Bobby? —Sintió cómo la sangre se retiraba de su rostro y empezó a temblar de miedo—. ¿Y ninguno en la casa sabéis a dónde, ni cuándo volverá?

—Así es, milady.

La impavidez del mayordomo la estaba poniendo aún más histérica.

—¿Cómo es eso posible?! —gritó—. ¿Y no ha dejado ningún mensaje para mí?

—Solo ha dicho que Bobby viviría solo con él a partir de ahora.

Subió la escalinata como una exhalación, recogiendo el vestido de cualquier modo para no tropezar, y alcanzó su dormitorio en tres zancadas. Jadeante, buscó algún sobre u hoja de papel sobre su tocador o en la cómoda, pero no vio nada, y, por miedo a desmayarse en cualquier momento, se sentó en el borde de la cama.

Aquello era una pesadilla, justo lo que más había temido que ocurriera desde el día en que consideró el divorcio. Había aguantado durante años la infelicidad conyugal y la soledad, solo por Bobby. Siempre le había aterrorizado que Robert la privara de su hijo si decidía separarse, y por esa única razón había pasado ocho años casada con él. Pero se había convencido a sí misma de que su marido no podía ser tan cruel como para hacer algo tan terrible, y cuanto más pensaba en el divorcio, más satisfecha estaba con su decisión y más impaciente se sentía por recuperar su libertad... Ahora, tenía la impresión de que todo ese egoísmo le pasaba factura. «Debí haber seguido callada. Ahora tendría a Bobby junto a mí».

Trató de tranquilizarse y pensar que probablemente Robert solo intentaba asustarla. «Solo quiere que me lleve un disgusto y que reconsidere mi decisión —se dijo—. Volverá dentro de dos o tres días».

Sin embargo, el nudo en su estómago y el temblor de todo su cuerpo persistían, señales de que en realidad no se creía tales afirmaciones... ¿Qué haría si Robert no volvía? ¿Y si se había llevado a su hijo para siempre?

Martha abrió la puerta a los pocos segundos de que Elizabeth llamara, pero a ella le pareció una eternidad.

—Buenas noches, lady Ashton. Su madre no nos avisó de que venía a cenar...

—¿Dónde está? —le interrumpió. Entró en el vestíbulo y giró sobre sí misma, tratando de distinguir

entre los sonidos de la casa la ubicación de sus padres.

—En la salita, con la señora Gillighan.

Elizabeth suspiró. Harriet Gillighan era la mejor amiga de su madre, una señora cotilla e insoportable. Se sentía incapaz de tratar con ella en ese momento.

—¿Va a quedarse a cenar? —preguntó en voz más baja.

—Creo que no.

—¿Y mi padre?

—Aún no ha regresado. —Martha percibió su agitación y la miró preocupada—. ¿Está usted bien?

—Por favor, cuando mi padre llegue y mi madre se quede sola, díles que necesito verlos enseguida. A los dos. Estaré en mi dormitorio.

Elizabeth subió con rapidez, pero tratando de no hacer ruido, y entró en su cuarto de soltera. Había aguantado todo el día en la casa de Mayfair, aguzando el oído por si volvía Robert, o por si los criados comentaban algo. Quizá era mentira que no supieran dónde estaba su marido y su hijo; quizá él los había forzado a no decírselo a ella, bajo amenaza de despido. Eso sería muy propio de Robert. Pero la mansión había permanecido en completo silencio hora tras hora, y ella había empezado a temer volverse loca. Hacia las siete, sin saber qué otra cosa hacer, se había puesto de nuevo el sombrero y había ordenado al cochero que la llevase de vuelta a casa de sus padres.

Caminó de un lado a otro, igual que había hecho durante las horas anteriores; cogió objetos y los volvió a dejar, se acercó a la puerta tratando de averiguar si la señora Gillighan se marchaba de una vez o si su padre llegaba, y, por último, se quedó junto a la ventana contemplando el oscuro exterior. Al fin, vio que la amiga de su madre salía de la puerta principal en el mismo momento en que el carruaje de los Simmons aparecía, con Harold en su interior. Observó impaciente cómo su padre descendía y se quitaba el sombrero para saludar cortésmente a la señora Gillighan, y deseó que no perdiera mucho tiempo charlando con ella. Por suerte, solo hablaron unos segundos antes de que la dama entrara en su propio coche ayudada por el cochero y de que su padre desapareciera dentro de la casa.

Elizabeth se apartó de la ventana y fue ella misma a su encuentro. Se precipitó escaleras abajo y llegó sin aliento hasta sus padres justo cuando Martha empezaba a decirles que estaba allí y que deseaba hablar con ellos lo antes posible.

—¿Elizabeth? —se extrañó Harold al verla—. ¿Qué ocurre? ¿Por qué estás otra vez en casa?

—Ay, papá... —Elizabeth se percató de que tenía que calmarse un poco si quería que la entendieran, y respiró hondo. Notó sus costillas aprisionadas por el corsé, lo que empeoraba la sensación de angustia—. Robert ha... ¡Se ha llevado a Bobby!

Rompió a llorar, desesperada, contra la pechera de la camisa de Harold, que la abrazó sin entender aún lo que ocurría. Sintió la mano de su madre presionando su hombro.

—Trata de calmarte, querida. ¿Adónde se ha llevado a Bobby?

—¡No lo sé! —Se separó unos centímetros de su padre para poder hablar—. Cuando volví esta mañana no estaban, y el mayordomo me dijo que Robert se había ido con Bobby ayer por la tarde.

Caroline miró nerviosamente alrededor, como si le inquietara que los criados presenciaran la escena, y empujó a Elizabeth al interior de la salita. Harold entró también y cerró la puerta tras él.

—Siéntate —indicó su madre. Ella obedeció y se secó las lágrimas con el pañuelo. Al menos, tenía a sus padres para ayudarla. Era un pequeño consuelo.

—Seguro que los criados sabrán adónde se han marchado —sugirió Harold.

Elizabeth negó con la cabeza.

—¿Y no te ha dejado un mensaje? ¿Alguna carta? —inquirió Caroline.

—No, nada. Pero a Townsend le ha advertido de que, de ahora en adelante, Bobby iba a vivir solo con él...

Miró a su madre con angustia, pero Caroline se limitó a darle unas palmaditas en la mano.

—No te preocupes tanto, lo más probable es que vuelvan mañana. O incluso esta misma noche.

—El mayordomo me dijo que se había llevado mucho equipaje. Quizá no vuelvan nunca.

Sus padres cruzaron una mirada de alarma y los tres guardaron silencio durante unos segundos.

—¿Qué debo hacer? —preguntó al fin Elizabeth.

—Deberías hablar con el señor Milton lo antes posible —sugirió Harold.

Caroline frunció el ceño.

—Harold, sabes que un abogado no puede intervenir en este caso; ¿para qué le dices que hable con Milton?

Su padre pareció un poco molesto por su pregunta.

—Caroline, no creo que...

—Un momento —interrumpió Elizabeth—, ¿por qué dices que el señor Milton no podrá intervenir, madre?

—Porque, en realidad, Robert sigue siendo tu esposo, y no está haciendo nada ilegal al llevarse a Bobby.

Sintió como si una ducha de agua helada cayera sobre ella.

—¿Qué?

—No hagas caso, Elizabeth —intervino su padre—. Sin duda Milton podrá al menos aconsejarte mejor que nosotros...

—¿Aconsejarme? —repitió atónita—. ¿Quieres decir que eso es lo único que hará?

—Es lo único que puede hacer —aseguró Caroline con tono firme—. Nadie en el mundo podrá hacer más que eso, querida. Y lo más probable es que su consejo sea que desistas en tu absurdo propósito de divorciarte.

Elizabeth se puso en pie y miró alternativamente a cada uno de sus progenitores.

—¡Robert no debería haberse llevado a Bobby sin consultarme! ¡Solo pretende vengarse de mí!

—No digo que esté bien lo que ha hecho, pero tienes que entenderlo. Has herido su orgullo... y has cuestionado su autoridad.

—Yo no he cuestionado su autoridad, solo nuestro matrimonio.

—Y esa es la peor ofensa que puede infligir una esposa a un caballero —aseveró Caroline con tono terminante.

Harold la apartó con suavidad, pero también con firmeza, para situarse él frente a su hija.

—Elizabeth, no debes angustiarte demasiado por ahora. Lo más probable es que esté intentando herirte; si le dices que vas a reconsiderar el divorcio, estoy convencido de que volverá con Bobby enseguida.

—¿Y cómo podría decírselo, si ni siquiera sé dónde está? —replicó ella, a punto de echarse a llorar de nuevo. Sorbió por la nariz—. Además, no voy a reconsiderarlo. Que Robert sea capaz de hacer algo como esto solo me convence aún más de que no deseo vivir con él.

—Tienes razón. —Harold consultó su reloj de bolsillo—. Ahora ya es un poco tarde, pero te acompañaré al despacho de Milton a primera hora de la mañana.

—Gracias papá, pero iré yo sola.

Se había recompuesto lo suficiente para poder pensar con claridad de nuevo, y se regañó a sí misma por haber perdido los nervios. No arreglaría nada dejándose llevar por el llanto y la histeria.

—Comprendo su angustia, lady Ashton, pero no hay mucho que pueda hacer al respecto —dijo Henry Milton desde las profundidades de su escritorio de nogal, cuando Elizabeth acudió a visitarlo a la mañana siguiente y le expuso la situación—. Lord Ashton es, a día de hoy, su esposo. Y, desde luego, sigue siendo el padre de Bobby. Puede que sea una descortesía habérselo llevado sin su consentimiento, pero no se trata de un conflicto legal, sino meramente familiar.

Elizabeth cerró los dedos con fuerza alrededor del mango de su sombrilla en un intento de canalizar la frustración que sentía. Henry Milton era uno de los mejores abogados de Londres; estaba acostumbrado a casos de asesinato, litigios relacionados con terrenos y grandes fortunas, defensa de miembros menores de la familia real y complicados pleitos por asuntos comerciales en las colonias. Era obvio que su divorcio le aburría tremendamente, y este nuevo problema con su hijo solo parecía provocarle una ligera sensación de fastidio añadido.

—De modo que tengo que tolerar esta... descortesía. ¿Es eso lo que me está diciendo?

El señor Milton entrecruzó los largos dedos manchados de tinta y los apoyó bajo su barbilla. Tenía unas profundas ojeras bajo los ojos azules, y su traje negro acentuaba la palidez de su rostro anguloso. Desvió la mirada hasta fijarla en el reloj de sobremesa que adornaba un rincón del escritorio, y Elizabeth entendió que estaba muy ocupado y deseando que se marchara de su despacho.

—Lo que le estoy diciendo, lady Ashton, es que, si insiste en continuar con esta demanda de divorcio, no debería añadir más leña al fuego.

—¿A qué se refiere?

—Dele algo a su marido para que acepte firmar los papeles. Ceda un poco. No puede humillarlo públicamente separándose de él, obligarlo a firmar el divorcio y, además, exigirle que regrese de donde quiera que esté y que le entregue a un niño que, por otra parte, también es su hijo. —El hombre suspiró y la miró con expresión cansada—. ¿No lo comprende?

—¡Pero no puede llevarse así a Bobby! —insistió ella—. Ni tampoco decidir por su cuenta con quién va a vivir en el futuro...

—Incluso si tuviéramos la obligación de tomar cartas en el asunto, no sabemos dónde han ido —continuó, sin prestarle atención—. ¿Qué cree que puedo hacer yo? ¿Enviar a Scotland Yard en su busca? —Los ojos del señor Milton se dulcificaron un poco al ver la cara desencajada de Elizabeth, y añadió con voz más suave—: Mi querida lady Ashton, que haya decidido divorciarse de un caballero como su esposo ya la pone en una situación muy precaria. Va a ser muy complicado que lord Ashton firme esos documentos, puesto que no puede probar que haya sido adúltero ni que se haya comportado con crueldad hacia usted. Tampoco la ha abandonado, no ha practicado bigamia ni ha violado a otra mujer, que sepamos, ¿no es así? En cualquier caso, aunque lo hubiera hecho, usted tendría que abonar la cantidad de mil quinientas libras.

—No me importa lo que tenga que pagar...

—Y, por otra parte, sabe que, a no ser que su esposo declare explícitamente que desea acelerar el asunto, usted deberá esperar a que transcurran tres años de separación antes de que el divorcio sea oficial, ¿verdad? —El abogado tamborileó con sus dedos sobre el tablero—. Por último, y aunque es cierto que lord Ashton no puede disponer a voluntad con cuál de los dos vivirá Bobby, es muy probable que la custodia única acabe siendo para él. Los hombres siempre están por delante de las mujeres en

cuanto a derechos, y así debe ser.

Elizabeth no contestó. Se mordió el labio, tratando con todas sus fuerzas de contener las lágrimas, y miró a su alrededor en un intento de disiparlas. Se daba cuenta perfectamente de lo que estaba haciendo el abogado: intentar que reconsiderara su intención de divorciarse. Cuando estuvo segura de que podría hablar sin echarse a llorar, respiró hondo y dijo con el tono más firme que pudo:

—Señor Milton, quiero que siga adelante con la demanda de divorcio. —El abogado enarcó las cejas y abrió la boca para contestar, pero antes de que pudiera hacerlo, ella continuó hablando—: En cuanto a Bobby, si no puede usted ayudarme, tendré que resolverlo de alguna otra manera.

Se levantó aferrando la sombrilla e intentando mantener la dignidad, y el señor Milton se apresuró a ponerse de pie. Rodeó la mesa y la tomó con suavidad del brazo mientras la acompañaba hasta la puerta.

—Créame que lo siento, lady Ashton. Estas cosas entrañan siempre una gran dificultad, además de lo desagradables que resultan. Me cuesta comprender que se aprobara una ley así en el Parlamento.

—¿A qué ley se refiere?

—A la del divorcio, naturalmente. No creo que se estén dando cuenta del caos en el que la ley del matrimonio de este país acabará.

Elizabeth se detuvo para mirarlo con desconcierto junto a la puerta que acababa de abrir.

—¿No está a favor del divorcio, entonces?

—Soy un hombre de leyes, milady, por lo que no me corresponde declararme a favor ni en contra de algo ya ratificado... —Milton le besó con cortesía la mano, y luego se inclinó ante ella en espera de que saliera. Elizabeth no se movió, y el abogado aprovechó para añadir—: Pero, personalmente, le diré que el divorcio será la ruina de nuestra sociedad. No puede provocar más que daños a todas las partes implicadas.

Cuando salió del despacho de su abogado, Elizabeth tardó en decirle al cochero adónde debía dirigirse a continuación. Se quedó sentada en el lujoso interior, tratando de calmarse y de pensar con claridad. Si el señor Milton no iba a ayudarla, tendría que recuperar a Bobby por sí misma, y el primer paso para conseguirlo era averiguar dónde había ido Robert. De pronto se vio invadida por una nueva sensación de determinación. Acababa de tener una idea.

Le dio al cochero una dirección cercana y respiró hondo al tiempo que el coche se ponía en marcha con una ligera sacudida. Si la esposa de lord Ashton no sabía dónde se encontraba este, tal vez su última amante sí lo supiera.

Elizabeth conocía el nombre y la dirección de la última conquista de su marido desde hacía meses. Había sido consciente de sus infidelidades casi desde el principio de su matrimonio, pero durante el último año, en el que ella le había dejado claro su desprecio sin ambages, Robert no se había molestado ya en ocultar sus idas y venidas a una hermosa casa muy cerca de Hyde Park. Elizabeth incluso había visto alguna vez a la dama en cuestión, ya que Madeline Miles frecuentaba las mismas reuniones a las que ella se veía obligada a acudir cuando tenían que fingir ante la sociedad que eran un matrimonio bien avenido.

Estaba tan convencida de lo que hacía que, mientras esperaba a que abrieran la puerta, ni siquiera se planteó que esa mujer no quisiera recibirla, aunque aquella era una posibilidad muy real. Pero una doncella la hizo pasar directamente a una salita bien arreglada, asegurándole que la señorita Miles la vería enseguida.

Se quitó el sombrero con cuidado para no despeinarse y lo depositó a su lado en el sofá donde se había

sentado mientras planeaba con rapidez cómo plantear el tema. Sin embargo, no dispuso de mucho tiempo para pensar nada, porque la amante de su marido abrió la puerta y se quedó mirándola con ligera sorpresa.

—Vaya... Antes siempre imaginaba que algún día vendría a mi casa para enfrentarse conmigo, pero no pensé que fuera a ocurrir precisamente ahora, cuando están en trámites de divorcio.

—No he venido a enfrentarme con usted, señorita Miles. Como bien dice, lord Ashton y yo vamos a divorciarnos, por lo que su relación con él me trae por completo sin cuidado.

Permanecieron mirándose la una a la otra durante un tenso momento, hasta que al final Madeline tomó asiento en una butaca cercana al sofá donde estaba Elizabeth. Esta la observó mientras lo hacía: la amante de Robert tenía aproximadamente su misma edad, estaba más cerca de los treinta que de los veinte. Pero, al igual que Elizabeth, se mantenía joven y esbelta, con una piel tersa y clara, sin rastro de arrugas. Madeline tenía el pelo muy oscuro, casi negro, y lo llevaba en sedosos bucles que le caían sobre la espalda. Sus ojos eran brillantes y almendrados, de color verde claro, y su boca grande, de labios bien dibujados y muy rojos. Su tipo de belleza era más exótica y llamativa que la de Elizabeth, pero también más vulgar. En los salones se rumoreaba que era actriz aficionada, y que había compartido cama con casi todos los actores del Covent Garden y del Drury Lane, además de con un par de autores teatrales.

—No sé si creer eso último, lady Ashton —replicó Madeline abriendo un pequeño pastillero de plata que sacó de entre los pliegues de su falda. Se tragó una pastilla sin ayuda de agua y preguntó—: ¿Pero entonces por qué ha venido a verme?

Decidió decírselo sin más.

—Robert se ha ido, y no sé adónde. No me importaría en absoluto si no fuera porque se ha llevado a Bobby.

—¿Bobby?

—Nuestro hijo —aclaró—. No me ha avisado de que fuera a hacerlo, ni tampoco me ha dicho que fuera a marcharse de Londres. Según me han contado los criados, se ha llevado bastante equipaje, así que debe de haberse ido lejos, o al menos con intención de no volver durante mucho tiempo.

—¿No les dijo a los criados adónde se dirigían?

—No. Imagino que evitó hacerlo para que ellos no me lo dijeran a mí —suspiró, y se preparó para realizar su petición. No le importaba humillarse, si era para encontrar a Bobby—: Si usted sabe algo, le ruego que me lo diga.

Madeline bajó los párpados y por un momento se concentró en alisar el tejido de la cortina que colgaba junto a su butaca.

—¿Por qué supone que yo puedo saberlo? —preguntó al fin, sin levantar la mirada.

—No supongo nada. Simplemente intento probar cualquier cosa que pueda acercarme a mi hijo. —Sus palabras provocaron que Madeline la mirara de nuevo, y, cuando lo hizo, un leve destello de compasión se asomó a sus hermosos ojos verdes. Elizabeth trató de aprovecharlo e insistió—: Por favor, señorita Miles...

—Deje de suplicar, lady Ashton —resopló ella. Elizabeth guardó silencio, ofendida, pero Madeline continuó—: Se lo diré. Hace un mes me habría callado, pero ahora... —Se detuvo.

—¿Qué ocurre?

—Seré franca con usted; ya poco me importa. Sufro de cierto mal... —Madeline titubeó, aunque trataba de mantener un aire de dignidad—. Una afección aborrecible que no voy a nombrar. Me la ha contagiado Robert.

Elizabeth se quedó boquiabierta. Nunca hubiera imaginado algo así. Las damas de su clase ni siquiera tenían por qué saber que existía esa clase de dolencias, y mucho menos que su propio marido pudiera sufrirlas. Resultaba algo tan humillante y bochornoso que jamás se hablaba de ello. Sin embargo, ella llevaba sin compartir su lecho desde hacía mucho tiempo; la noticia, aunque sorprendente, le resultó por completo ajena.

—Lo siento, señorita Miles. Es terrible...

—Guárdese su compasión. No se lo he contado para que me ofrezca palabras de consuelo —le cortó—. Solo lo he hecho para que comprenda por qué voy a ayudarla. Robert vino hace unos días para decirme que se marchaba de Londres, y cuando le conté lo de la enfermedad ni siquiera me ofreció dinero para pagar los gastos médicos... Ese bastardo no se merece que le cubra las espaldas.

—¿Entonces usted sabe dónde están! —exclamó Elizabeth, anticipándose. Madeline asintió despacio con la cabeza.

—Se dirigía a Venecia. Un aristócrata llamado Montagliore lo ha invitado a pasar una temporada en su palacio del Gran Canal. —Se encogió de hombros y se puso en pie—. Eso es todo lo que sé.

Elizabeth se apresuró a levantarse y sonrió a la mujer. Ya no la veía como una enemiga, sino casi como una aliada que también despreciaba a Robert y que la había ayudado más de lo que podía imaginarse.

—Gracias, señorita Miles. No sabe cuánto se lo agradezco. —Le tendió la mano, que ella estrechó con leve desgana—. Espero que se reponga lo antes posible...

—Y yo espero que encuentre a su hijo pronto, y que ese sea solo el primer infortunio que sufra Robert.

Una vez dentro del coche, Elizabeth le indicó al cochero que fuera de prisa. Tenía muchas cosas que hacer. Debía sacar dinero del banco, hacer el equipaje y comprar billetes de tren y barco. Aunque tuviera que recorrer ella sola media Europa, iba a seguir los pasos de Robert y a recuperar a Bobby.

La magia no era algo que sucediera todos los días, pero si había en el mundo algún lugar donde fuese más probable que acontecieran hechos prodigiosos, ese lugar era sin duda Venecia. Y si además el Asombroso Adamantium estaba pasando una temporada en la ciudad, los portentos y milagros más fabulosos estaban garantizados.

O, al menos, eso era lo que Nicholas del Piero se esforzaba en conseguir cada vez que entraba en la salita púrpura para ensayar sus números de ilusionismo.

Primero se aseguró de que un extremo del hilo estuviera bien fijado al pequeño gancho de la pared, oculto tras la cortina, y después sujetó el otro extremo entre los dientes. Se alejó varios pasos para que el hilo quedara lo bastante tenso, pero no tanto como para que resultara antinatural, y trató a la vez de no perder de vista su imagen en el espejo de cuerpo entero. Era uno de los trucos más difíciles de ensayar, sobre todo si no tenía a Else para ayudarlo, y requería, más que concentración, una gran habilidad. Alzó la barbilla lentamente para que el hilo que sujetaba con los dientes hiciera salir la bola de la caja. La bola estaba hecha de un material muy ligero, pero la había pintado de forma que asemejara el metal, y contaba con unos diminutos orificios a través de los cuales pasaba el hilo. Así, cada vez que Nicholas hacía un teatral movimiento con la cabeza y los brazos, la bola parecía moverse y oscilar sola en el aire.

Lo que vio en el espejo no le satisfizo. Si tenía que sujetar el hilo en la boca, no podría hablar en ningún momento desde que empezara con ese truco hasta que saliera de escena al finalizarlo, y eso no sería natural. Else tendría que presentarlo, y no estaba seguro de que el efecto fuera convincente. Además, la actuación en el palacio Montagliore se realizaría en un pequeño salón, por lo que no contaría con una distancia adecuada entre el público y el escenario; todos se percatarían de que la bola estaba sujeta por un hilo. En un teatro grande podría funcionar, pero no en un salón particular.

Se sacó el hilo de la boca y lo sujetó con la mano para devolver la bola a su caja. Luego, se arrodilló en el suelo, donde había extendido varias hojas de papel llenas de diagramas, planos y dibujos, y buscó entre ellas la lista de trucos. Aquella actuación no podía desarrollarse de cualquier modo; las ilusiones fáciles que daban buen resultado en las plazas de los pueblos no tendrían cabida esa noche. Debía elegir solo lo más impactante de su repertorio.

Cuando al fin encontró la hoja que buscaba, tachó con decisión «La bola prodigiosa del Lejano Oriente» y permaneció de rodillas repasando en voz alta el resto de la lista.

—«La chistera mágica» para empezar, sí. «Multiplicación de bolas de billar» y quizá algún juego de naipes... Descartamos «La bola prodigiosa». Después podemos pasar al «Reloj brujo», aunque no estoy seguro de si preguntar a un montón de aristócratas a qué hora se levantan sentará bien...

—Probablemente te arrojen la copa de *chianti* a la cara...

Nicholas rio y, sin levantarse, miró hacia la puerta, donde Fazio lo observaba con expresión divertida junto con sus dos enormes mastines, Saggio y Fiore.

—También tendré que ensayar eso, entonces —repuso en broma. Se apresuró a recoger las hojas antes de que los perros de Fazio las pisotearan, y se puso en pie con cierta dificultad.

—¿Por qué no utilizas una mesa? —quiso saber su amigo.

—Para esto es más cómodo el suelo. Necesito espacio —respondió. Entonces recordó algo—: Pero en realidad sí necesitaría una mesita alta y cuadrada, que no te importe que transforme un poco...

—¿En una paloma?

—No. —Nicholas sonrió. Fazio tenía un gran sentido del humor, cualidad que potenciaba a propósito para compensar su fealdad, y era difícil hablar en serio con él—. Para abrir en ella un pequeño hueco donde esconder los objetos.

—Buscaré entre mi extenso mobiliario.

Nicholas llevaba más de un mes alojado en la preciosa casa de Fazio Baltassare, junto a un pequeño canal del *sestiere* de Castello. Aunque había pasado su vida viajando por toda Europa, nunca había vivido en un lugar tan encantador. Venecia en el mes de mayo desbordaba sol, góndolas que surcaban plácidamente los canales, venecianos y forasteros disfrutando con alegría el vino y la buena comida de las tabernas... La hospitalidad de Fazio, por añadidura, era magnífica. Su amigo le había cedido un salón entero de la casa para su uso privado como sala de ensayo, y le había proporcionado todo aquello que pudiera necesitar, aparte de uno de los mejores dormitorios y de la abundante y deliciosa comida que preparaba Gina, su ama de llaves. Fazio provenía de una de las familias venecianas más antiguas, y había heredado la casa después de que sus padres fallecieran hacía ya muchos años. Desde entonces, se dedicaba a ayudar a artistas y a invertir su fortuna en coleccionar valiosos libros antiguos. Él era quien le había conseguido la actuación en el palacio Montagliore, y Nicholas aún no había encontrado la forma de agradecerse lo suficiente. Esa actuación, si salía bien, podía abrirle muchas puertas. El conde Giorgio Montagliore era uno de los mecenas más importantes y conocidos no solo de Venecia, sino probablemente de toda Europa. Había encumbrado a quienes ahora eran los más famosos artistas del continente: cantantes, actores, literatos, escultores... Artistas de toda clase y condición. E igual que tenía el poder de elevarlos a lo más alto, también podía hundirlos sin casi pestañear. Nicholas estaba decidido a caerle en gracia, a impresionarlo tanto como para convertirse en unos meses en el mago más famoso de su época.

—¿Qué tal van los ensayos? —preguntó Fazio. Había cogido una pequeña caja de doble fondo y examinaba su funcionamiento con curiosidad.

—Estoy terminando de decidir qué números incluiremos y cuáles vamos a descartar. Hasta que no vuelva Else, no puedo hacer mucho más.

—¿Adónde se ha marchado nuestra hermosa Emperatriz de la Magia?

Nicholas soltó una carcajada. Su amigo y su ayudante habían sentido una creciente antipatía el uno por el otro desde el momento en que se conocieron; Fazio opinaba que Else era arrogante, presumida y vulgar, y a ella le repugnaba la apariencia física y el corrosivo sentido del humor de su benefactor.

—Está en Turín, visitando a unos amigos. Volverá en unos días. —Acarició a uno de los perros entre las orejas—. La echo de menos.

—¿Como asistente del Asombroso Adamantium o como algo más?

—¡Vamos, Fazio, sabes que nuestra relación es estrictamente laboral! —repuso Nicholas. No era del todo así, por supuesto, pero no le gustaba hablar del tema, ni siquiera con Fazio. Había algo que le incomodaba profundamente, aunque no habría sabido decir el qué. Quizá tuviera que ver con sus sospechas de que Else sentía por él algo más profundo que lo que él sentía por ella, y con que Nicholas llevaba meses fingiendo ignorarlo.

—Todos esos viajes de ciudad en ciudad, actuando juntos sobre los escenarios, pasando las noches en hoteles o casas de conocidos, y a menudo compartiendo habitación... Ya sabes que no la aprecio, pero

tengo que admitir que tiene la apariencia de una verdadera valquiria, y tú no eres precisamente un hombre feo, amigo mío. No me creo que jamás haya pasado nada.

Nicholas suspiró.

—¿Podemos dejar el tema? —Empezó a recoger sus útiles de ilusionismo. Había perdido la concentración, y estaba claro que ese día ya no podría avanzar más.

—Como quieras —accedió Fazio. Se había sentado en una butaca, y los dos perros se apresuraron a sentarse en el suelo junto a él.

Nicholas pensó que Fazio parecía un rey en su trono flanqueado por su guardia, aunque un rey de extraño aspecto. Su joroba y su escasa estatura eran las dos primeras características en que la gente se fijaba. No tenía tampoco un rostro agraciado, pero la expresión inteligente de sus ojos color avellana, así como su personalidad carismática, su elegancia interior y su encanto acababan atrayendo a aquellos que se molestaban en conocerlo de verdad, mucho más que si hubiera sido un adonis.

—Esta tarde tengo que ir al taller de Girardi —comentó, volviendo a cuestiones prácticas—. ¿Quieres acompañarme?

—Me temo que no puedo —respondió Fazio. Se levantó de la butaca y los dos mastines se levantaron también al instante—. Voy a dedicar el resto del día a organizar la biblioteca; hay más de doscientos volúmenes que aún no he colocado. Pero de momento, ¿por qué no nos sentamos en el patio con unas copas de vino? Hace un día maravilloso. Le pediré a Gina que nos lleve algo de comer.

Nicholas asintió y salió de la salita púrpura detrás de Fazio y de los perros. Le vendría bien relajarse un rato y dejar de pensar en la actuación... Ser el Asombroso Adamantium era lo más importante de su vida, pero también le agotaba.

El hotel Bauer Grünwald era relativamente nuevo. Se había inaugurado en 1880, después de que el joven empresario austriaco Julius Grünwald se casara con la hija del señor Bauer, el experimentado y respetado director del Hotel de la Ville. El hotel destacaba por su impecable servicio, exquisita comida y ambiente elegante; y era el elegido por muchos europeos y americanos de clase alta para alojarse durante su estancia en Venecia. Elizabeth tenía una preciosa *suite* con dormitorio y salita privada, con suelos de mármol rosado y paredes tapizadas en seda de tonos pálidos. Estaba situado cerca de la plaza de San Marcos y del Gran Canal, en el canal de San Moisè.

Hacía calor en la habitación, y Elizabeth abrió todas las ventanas mientras un botones y una doncella se encargaban de su equipaje. Apenas se fijó en la vista, a pesar de que siempre había oído hablar de lo hermosa que era la ciudad, y se dedicó a colocar sus objetos personales sobre el tocador mientras esperaba a quedarse sola de una vez. Sacó de la bolsa de mano una fotografía enmarcada de Bobby y la colocó con reverencia junto a su juego de cepillo y peine. Había encargado que retrataran al niño hacía alrededor de un año, y se le llenaron los ojos de lágrimas al contemplar su pequeño rostro. Miraba al fotógrafo con seriedad, sin ningún asomo de sonrisa, tal y como correspondía a un pequeño caballero, los hombros erguidos y el mismo porte elegante y digno de su padre. Pero los ojos, la expresión y el cabello eran como los de ella. Suspiró y se giró para despachar al botones y a la doncella, que ya habían terminado de organizar sus pertenencias.

Cuando salieron de la habitación, Elizabeth se dedicó a recomponerse el peinado, algo desaliñado después del largo viaje, y a refrescarse un poco. Se cambió de vestido, limitándose a escoger el menos arrugado de los que había traído, sin fijarse en el color ni en el corte, y, por pura costumbre, se miró en el espejo de cuerpo entero con recargado marco dorado que colgaba junto al armario. La imagen que le

devolvió fue la de una mujer pálida y cansada, elegante pero ligeramente demacrada, y se percató de que había adelgazado de forma ostensible desde el inicio de los trámites del divorcio. Pero sentía el estómago completamente cerrado por culpa de la ansiedad, y le resultaba muy difícil comer algo más que un poco de bizcocho en el desayuno y un par de tajadas de *roast beef* al atardecer. Sin darle más vueltas a su aspecto, se puso de forma mecánica el sombrero, cogió el bolso y la sombrilla y salió de la habitación.

En el vestíbulo, se dirigió al mostrador de recepción para pedir un mapa con el que ubicar el palacio Montagliore, pero fue interceptada por una voluminosa dama vestida toda de blanco.

—Perdone que la asalte así, querida, pero mi sobrina corrió a decirme que acababa de llegar una distinguida huésped que daba la impresión de ser inglesa —dijo la señora con voz resonante y un marcado acento del norte de Inglaterra—. Lo es, ¿verdad? Quiero decir, inglesa...

Elizabeth esbozó una sonrisa educada, aunque lo último que le apetecía en aquel instante era charlar con desconocidas, y menos aún entablar amistad con otros huéspedes.

—Sí, de Londres —respondió. Se dio cuenta de que la mujer estaba esperando a que se presentara, y, resignada, añadió—: Me llamo Elizabeth Simmons.

No quería emplear su ostentoso nombre de casada, pero a la señora no pareció importarle la ausencia de título. Le tendió la mano y estrechó la suya con excesivo vigor para el gusto de Elizabeth.

—Encantada de conocerla. Yo soy Rosemary Davenport. Siempre es un placer encontrar a compatriotas cuando una está de viaje en el extranjero, ¿no cree?

—Desde luego.

—Voy a reunirme con mi sobrina Eloise dentro de quince minutos para una partida de croquet en la terraza —le informó, mostrándole los palos que llevaba en una bolsa a cuadros—. Jugaremos con un matrimonio de Leeds verdaderamente encantador. ¿Por qué no se une a nosotros?

Elizabeth retorció nerviosamente el asa de su bolso y lanzó una mirada ansiosa a las puertas giratorias de salida.

—Me encantaría, señora Davenport, pero me temo que ahora me resulta imposible...

—Oh... —musitó decepcionada la corpulenta inglesa, y se colgó la bolsa con los palos al hombro—. Bueno, espero verla en el hotel en muchas ocasiones. ¿Cuánto tiempo se quedará en Venecia?

—Eso depende... En realidad, no estoy muy segura.

—Tomamos el té todas las tardes a las cinco, en la terraza o en aquellos sofás al fondo del vestíbulo —comentó, al parecer sin que la falta de planes definidos de Elizabeth la desconcertara—. Sería encantador que se sentara a compartirlo con nosotros... cuando no tenga tanta prisa.

—Muchas gracias, señora Davenport, es usted muy amable.

Volvió a sonreír, estrechó de nuevo su mano apresuradamente y consiguió salir por fin al exterior.

—He preparado una jarra de limonada muy fría —le dijo Gina cuando vio a Nicholas entrar en el vestíbulo apartándose el cabello de la frente sudorosa.

Aquella tarde la temperatura rebasaba los treinta grados, y estaba agotado de la caminata. Sabía que necesitaba parar, sentarse y estirar cómodamente las piernas en uno de los numerosos divanes de la casa de Fazio, pero no podía permitírselo.

—Gracias, Gina, pero ahora tengo que encerrarme en la sala púrpura a trabajar...

—¡Pues llévate la limonada allí! —rio el ama de llaves.

Nicholas sonrió y cogió el vaso que le tendía. A veces se obsesionaba tanto con los preparativos de sus actuaciones que se olvidaba incluso de beber y comer. Acababa de regresar de su segunda visita al taller

de Girardi; en la primera le había explicado cómo debía ser el artilugio que necesitaba, sin saber si sería capaz de crear para él algo así, pero el habilidoso relojero y constructor de autómatas lo había tranquilizado. Ya se había puesto a trabajar en ello, y acababa de asegurarle que lo tendría a tiempo para la actuación. «Si funciona, podré realizar por primera vez una verdadera levitación, y nada menos que en el palacio Montagliore. Será lo más impresionante que hayan presenciado jamás, y lo cambiará todo».

Entró en la salita púrpura tarareando el «Largo al Factotum» de *El barbero de Sevilla*, se bebió en tres o cuatro tragos la limonada y contempló su reino mágico, extendido alrededor por toda la sala. Se sentía satisfecho con el resultado de su visita al taller, contento por el inminente regreso de Else, excitado por la actuación que los esperaba, y feliz en general con el desarrollo de los acontecimientos.

Evaluó la disposición de los utensilios sobre la mesita cuadrada, cubierta por una tela de terciopelo negro, y se dio cuenta de que necesitaría una más grande para la noche del espectáculo. En la que Fazio le había proporcionado, sus instrumentos de ilusionismo quedaban demasiado juntos, y corrían el riesgo de caerse en el pequeño hueco disimulado en el centro, que empleaba en los trucos de desaparición de objetos. Se apuntó mentalmente que tendría que buscar otra mesa mayor y miró de nuevo el reloj de la pared. Else se estaba retrasando.

Según le había escrito en su último telegrama, llegaría a Venecia en el tren de las tres de la tarde, y ya eran casi las seis. Había tenido tiempo suficiente para dejar la maleta en la casa de huéspedes donde se alojaba y descansar un poco antes de dirigirse a casa de Fazio para su reencuentro. Tenía ganas de verla, y, además, había que empezar con los ensayos. No podían perder ni un día más.

Decidió comenzar por su cuenta. Ensayaría los trucos más sencillos, los que podía desarrollar sin su ayuda, y así, cuando llegara ella, podrían dedicarse a la parte importante. Tomó el sombrero de copa y se aseguró de que la tapa plegable de su interior estuviera bien colocada, con el revestimiento de tejido negro tan tenso que no se distinguiera del forro de la chistera. Luego metió unos cuantos pañuelos de seda y cerró la tapa sobre ellos, de forma que el sombrero pareciera vacío. Se puso frente al espejo de cuerpo entero y se aclaró la voz.

—¡Damas y caballeros, observen este sombrero de copa, complemento habitual de todo caballero distinguido, al que otorga gran elegancia, y que, en manos del Asombroso Adamantium, puede además cumplir con otra tarea: hacer aparecer y desaparecer toda clase de objetos! —Mostró el sombrero al público imaginario con un exagerado ademán y movió su mano izquierda sobre él. Luego metió la mano y, hábilmente, separó la solapa y sacó los pañuelos, permitiendo que flotaran a su alrededor antes de tocar el suelo.

No le gustaba. Era demasiado sencillo, casi infantil. Quizá debía sustituir los pañuelos por una paloma blanca. Pensó que podría dejar caer uno de sus guantes dentro del sombrero y después «transformarlo» en la paloma, que saldría volando y crearía un magnífico contraste con el negro del sombrero... Pero para eso necesitaba a Else, y Else seguía sin llegar.

Había empezado a practicar la multiplicación de una bola de billar en varias cuando la puerta se abrió y apareció ella. Entró en la salita púrpura con desesperante lentitud, mientras Nicholas sonreía y depositaba las bolas de billar sobre la mesa.

—Por fin estás aquí.

—Esa mesa es demasiado pequeña —observó ella con su fuerte acento alemán, señalando la mesita con la barbilla.

—Lo sé.

Nicholas admiró en silencio su figura curvilínea, sus largos rizos dorados y su boca carnosa; la abrazó

e hizo amago de besarla en los labios, pero ella apartó el rostro para que el beso recayera en su mejilla y se separó dos pasos. Llevaba el sombrero aún puesto, y una sombrilla azul, a juego con su traje y con sus ojos, colgando del codo.

—¿Qué ocurre? —preguntó él. A veces Else estaba de mal humor, pero, que él supiera, no había hecho nada para que rechazase así su beso.

—Estoy cansada del viaje, y de ir y venir de mi alojamiento.

—Si vivieras aquí con nosotros...

—Ya sabes que no soporto a Fazio. Y yo no le caigo bien a él.

No respondió a eso. Era cierto, aunque su amigo nunca se había negado a tener a Else bajo su techo.

—Bueno, ¿qué tal en Turín?

—Bastante bien.

Notó la frialdad en su voz y suspiró. Else estaba enfadada con él por algún motivo, pero no iba a discutir con ella. Había demasiado en juego.

—Me alegro. —Decidió cambiar de tema y centrarse en lo práctico. Cogió la chistera y se la mostró, levantando la solapa interior—. He pensado que podríamos cambiar los pañuelos por una paloma blanca; hay sitio suficiente aquí dentro.

—No me gusta utilizar animales.

—Ya sabes que no les hace ningún mal. Tú te encargarías de meterla en el compartimento justo antes de presentar el truco. No pasaría en el interior de la chistera ni veinte segundos...

—No, Nicholas.

—Else, tenemos que preparar algo muy especial...

Ella apartó la mirada y se sentó en una butaca. Seguía sin quitarse el sombrero, pero enredó un dedo en uno de sus rizos rubios y se mordió el labio.

—Vas a tener que prepararlo sin mí —dijo finalmente.

Nicholas se acercó.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Vuelvo a irme dentro de dos días. Solo he vuelto a Venecia para decírtelo en persona y para recoger el resto de mis cosas.

Else parecía insoportablemente tranquila al decirle eso. Era una noticia tan sorprendente que Nicholas no sabía si echarse a reír o empezar a gritar. Optó por arrodillarse en la alfombra junto a su butaca, para poder mirarla a la cara.

—¿Estás hablando en serio? —Quizá fuera una broma, aunque en sus ojos azules no había ni rastro de diversión, solo determinación... y un poco de culpa—. ¿Por qué?

—Mientras estaba en Turín he tomado una decisión, aunque llevo pensándolo algún tiempo... No quiero continuar viviendo de esta forma.

—¿De qué forma?

—Siempre detrás de ti, de un sitio a otro, actuando en esos teatros de tercera.

—Te prometo que eso mejorará. Si conseguimos que nuestra actuación para Montagliore sea un éxito, entonces...

—Nicholas, olvídalo. Estoy cansada de vivir a tu sombra. ¿Eso es lo único que voy a lograr?

—Querida, somos un equipo. No podría hacerlo sin ti. —Tomó una de sus manos entre las suyas y la acarició con el pulgar—. ¡Eres mi Extraordinaria Else!

—No quiero seguir siéndolo. —Ella retiró la mano y se levantó de la butaca. Nicholas también se

puso en pie, tambaleándose. Estaba claro que aquello no era una broma; era una pesadilla—. No deseo ser toda mi vida la ayudante del Asombroso Adamantium.

—¿Entonces qué quieres ser?

—La esposa de Nicholas del Piero.

Un tenso silencio llenó la salita. Desde que había conocido a Else Weber en Viena, había sido para él su amiga, su ayudante en los espectáculos, su compañera de negocios, incluso su amante... Pero lo cierto era que jamás había pensado en ella como su futura esposa. Else se había escapado de su casa, huyendo de un padrastro que la maltrataba, y después de ver a Nicholas actuando en la plaza de San Esteban durante una verbena de verano, le había suplicado que la aceptase como asistente y que la llevara con él. Hacía casi dos años de eso, y desde entonces habían viajado por Europa y compartido toda clase de aventuras y lo que él pensaba que era un único sueño: triunfar en el mundo del espectáculo.

—Ya veo que no sabes qué responder a eso —masculló ella. Le había dejado unos segundos para contestar a su insinuación, pero Nicholas no podía decirle lo que quería oír.

—Else, no creo que sea el momento de tratar ese tema. Ahora necesitamos estar concentrados en la actuación.

—¡La actuación, la actuación! —exclamó con hastío, elevando la mirada al techo—. Es lo único que te importa, ¿verdad?

—Pensaba que a ti también te importaba.

—Oh, Nicky, no entiendes nada. —Else parecía un poco más calmada, como si hubiera pasado de sentir ira hacia él a tenerle lástima—. Todo esto está muy bien cuando eres joven, pero después, ¿qué?

—¡Solo tienes veintidós años!

—Suficientes para desear establecerme en un lugar fijo, casarme y formar una familia algún día.

—Ya lo harás —aseguró él con vehemencia.

Else volvió a clavar sus ojos en los suyos.

—¿Junto a ti?

Nicholas suspiró. No quería herir sus sentimientos, pero tampoco deseaba perderla. Era su Else, la necesitaba. Formaban la pareja perfecta... sobre el escenario.

—Encontrarás a alguien.

—No si me quedo contigo. Por eso me voy.

Recogió la sombrilla, que había dejado apoyada contra la butaca, y se dirigió a la puerta. Nicholas la siguió con la mirada sin intentar detenerla.

—¿De verdad vas a abandonarme justo antes de la actuación en el palacio Montagliore? ¿Ni siquiera puedes esperar hasta entonces?

Ella se detuvo en el umbral, con una mano en el picaporte, y sin volver la cabeza murmuró:

—Lo siento. Adiós, Nicky.

Abrió la puerta y salió, cerrando con suavidad.

Nicholas permaneció plantado donde estaba, mirando fijamente hacia ese punto y sintiendo un desolador vacío muy dentro de él. Se negaba a creer que no volvería a verla, que nunca más actuarían juntos, que ya no viajarían de lugar en lugar, compartiéndolo todo y teniéndose solo el uno al otro.

Habría arrojado la mesita, con todo su contenido, de buena gana contra el gran espejo, pero en lugar de eso se sentó en la butaca que había ocupado Else minutos antes y se obligó a pensar que encontraría la manera de arreglar aquello.

Si no se hubiese hallado en aquella situación de angustia, Elizabeth no habría podido evitar quedarse absorta durante horas en la belleza que la rodeaba. Había salido del hotel con el único pensamiento de encontrar lo antes posible el palacio Montagliore, pero cuando, sin saber muy bien cómo, se vio en una preciosa placita empedrada, con una iglesia de fachada blanca minuciosamente decorada al fondo, un alegre puesto de flores en el centro y un pequeño canal atravesado por un puentecito tallado en mármol, tuvo que contener la respiración durante unos segundos. La luz de la tarde teñía de rosa el empedrado y la fachada de la iglesia, que se reflejaba en las oscuras aguas del canal. Excepto por la vendedora de flores y un señor anciano que caminaba apoyado en su bastón, estaba sola en la plaza. Parecía un escenario mágico, sacado de un cuento de hadas.

Una góndola pasaba lenta y silenciosa muy cerca de donde ella estaba. El gondolero le sonrió e hizo un gesto animándola a subir. Esto sacó a Elizabeth de su ensimismamiento; negó con la cabeza y giró sobre sí misma, tratando de decidir qué camino tomar. La señora Davenport le había hecho olvidar su propósito de conseguir un mapa... Sin saber si elegía bien, se dirigió al pequeño puente de mármol y cruzó al otro lado. Debería haber preguntado en el hotel, pero no había visto en recepción al hombre que hablaba en inglés, que era con quien había firmado el registro, y estaba convencida de que nunca podría seguir unas indicaciones en italiano. Y menos, en una ciudad cuyas calles parecían retorcerse sobre sí mismas como serpientes, con canales cortando el paso cada pocos metros y puentes tan semejantes entre sí que nunca podía estarse seguro de haber atravesado ya uno u otro. Era como un laberinto.

Caminó durante un rato, escogiendo al azar una callecita y luego otra. La ciudad no era grande, y mientras se mantuviera cerca del Gran Canal, no se desviaría demasiado, pero le daba la impresión de que cada vez que escogía un callejón o atravesaba un puente en vez de otro, se equivocaba. Estaba tan preocupada que no podía discurrir con claridad. Solo podía pensar en Bobby. Se dio cuenta de que no podía seguir vagando así por las calles; empezaba a sentirse fatigada, y sus zapatos no eran los más adecuados para una larga caminata por estrechos callejones adoquinados. Durante un corto pero doloroso instante, incluso se arrepintió de haber decidido separarse de Robert. No era feliz con él, cierto, pero al menos nunca había tenido que preocuparse por ninguna cuestión práctica ni por resolver nada ella sola. Robert siempre se había ocupado de que su esposa estuviera debidamente atendida, aunque solo fuera para que de cara a la galería se le viese como a un caballero y un marido intachable. Y ahora Elizabeth había apostado por recuperar su libertad, pero jamás había ganancias sin pérdidas, como decía siempre su padre, y el hecho de sentirse tan sola y perdida, y de no tener a Bobby a su lado, constituía una prueba evidente de ello.

Se detuvo un instante para recuperar el aliento y aceptó que no tenía más remedio que pedir alguna indicación. A su izquierda, un poco más adelante, parecía haber un café con un par de mesitas colocadas directamente en la calle, al sol. Quizá allí hablarían su idioma, y de paso podría tomar una taza de té para recobrar fuerzas. Sin embargo, cuando llegó, descubrió que el local se asemejaba más a una taberna que a un salón de té inglés. En un cartel sobre el dintel de la puerta abierta se leía «OSTERIA DEL SOLE», y de su interior emanaba un aroma a tabaco y a vino barato. Elizabeth jamás había entrado en un sitio así, pero estaba haciendo muchas cosas que antes ni se habría planteado tener que hacer, así que no dudó más. Pasó junto a una de las mesas exteriores, en la que se sentaba un hombre de espaldas a ella, y cruzó el

umbral.

Dentro, al olor de alcohol y tabaco se unía el del pescado frito y los condimentos picantes. Había alrededor de una docena de hombres bebiendo directamente en la barra o sentados a las mesas; más de la mitad de ellos se quedó mirándola con descaro, e incluso hubo un par que rieron y exclamaron en su dirección. Por primera vez, se alegró de no entender el italiano. Un hombre delgado de unos cuarenta años, obviamente ebrio, se abalanzó sobre ella y trató de pasarle su mano grasienta por la cintura. Se apartó con brusquedad, humillada. Luego irguió los hombros, fue hacia la barra y sonrió con timidez al camarero, un hombre calvo de mediana edad que se afanaba en llenar vasos pequeños con un vino rosado y burbujeante.

—¿*Palazzo* Montagliore?

El hombre levantó la mirada y arqueó las cejas. Observó a Elizabeth en silencio, como esperando a que dijera algo más. Ella repitió la pregunta, tratando de pronunciar con la mayor claridad posible, y entonces el camarero pareció entender.

—¡Montagliore! —exclamó, y a continuación comenzó a darle las indicaciones en un vertiginoso italiano, moviendo las manos en el aire de aquí allá como si trazara un gigantesco mapa ante ella. Elizabeth tragó saliva.

—Disculpe, yo... No le entiendo.

El hombre se detuvo en seco y lanzó una carcajada. Luego se volvió y gritó algo en dirección a un par de clientes sentados a una mesa cercana. Los tres miraron a Elizabeth de arriba abajo y se echaron a reír. Ella se mordió el labio y se obligó a no bajar la cabeza, a pesar de que sentía las mejillas ardiendo. Sostuvo la mirada del camarero hasta que este dejó de reírse, aunque en su cara persistió una sonrisa divertida. Le hizo un gesto con la mano, con la palma extendida en vertical y vuelta hacia ella, como indicándole que esperara, y rodeó la barra. Luego atravesó el local y salió. Elizabeth se apoyó en la pared sin saber qué hacer y trató de no mirar a los parroquianos, aunque era consciente de que no apartaban los ojos de ella. Demasiado tarde, se dio cuenta de que podría haberse evitado todo aquello si, simplemente, hubiera pedido una góndola en el embarcadero de su hotel para que la llevaran al palacio...

Por suerte, el camarero volvió a entrar enseguida y la tomó sin contemplaciones por el codo, instándola a seguirlo a la calle. «¿Me está echando?», se preguntó con una mezcla de indignación e impotencia. Una vez fuera, la colocó frente a la mesa ocupada por el hombre que había visto de espaldas al entrar.

—*Inglese! Inglese!* —exclamó mientras señalaba al hombre, y, sin más, volvió a entrar en la taberna.

El hombre no se levantó, pero giró la silla para poder mirarla cara a cara con unos luminosos ojos castaños salpicados de motitas verdes y ámbar. Llevaba el pelo, de un rubio leonino, mucho más largo de lo que los caballeros ingleses osarían llevar, tapándole las orejas y ondulándose al rozar casi los hombros. Su rostro estaba formado por una perfecta composición de planos y ángulos, con una mandíbula de línea firme y una nariz un poco aguileña. Las cejas eran espesas, rectas y de un color rubio oscuro, igual que la sombra de barba que le cubría las mejillas. Tenía una boca de labios carnosos y sensuales, y la barbilla partida por un hoyuelo que resaltó más al hablar en un perfecto inglés, sin rastro de acento italiano:

—Carlo me ha dicho que existe un pequeño problema de comunicación entre ustedes.

Elizabeth respiró aliviada.

—¡Habla mi idioma!

—Desde luego. ¿Es usted inglesa o americana?

—Inglesa.

—Carlo cree que está buscando el palacio Montagliore, ¿es así?

—Sí. Supongo que ha intentado explicarme el camino, pero no he podido entenderlo.

Se puso por fin de pie. Elizabeth se sorprendió al fijarse en que no llevaba chaqueta, sino solo un chaleco sencillo sobre una camisa blanca con las mangas remangadas que dejaban a la vista unos antebrazos ligeramente bronceados. Tampoco había ningún sombrero visible. Incluso en los días más calurosos del verano, hubiera sido impensable para un caballero de Londres permitir que lo vieran en público vestido así, pero tenía que admitir que ese atuendo casual resultaba favorecedor en un hombre tan atractivo como aquel. Calculó que estaría a mitad de la treintena.

—El palacio Montagliore está justo antes de llegar al puente de Rialto, pero en la otra orilla del Gran Canal, en San Polo. —Indicó la dirección con el brazo extendido, aunque todo lo que se veía desde allí era el callejón por el que había venido y los tejados algo desvencijados de las casas. Elizabeth miró desconcertada hacia ese punto y luego volvió a mirarlo a él. El hombre sonrió—. No se preocupe, es muy sencillo. Una vez que llegue allí reconocerá el palacio de inmediato: tiene la fachada pintada de rojo, con tres hileras de ventanas ojivales blancas.

—¿Y cómo puedo cruzar al otro lado?

—Tome un *traghetto*, o cruce por el puente. Hay una vista muy bonita desde allí. Después solo tendrá que retroceder unos metros.

El hombre volvió a sentarse y cogió la taza de café que había ante él. Sonrió a Elizabeth como dando por terminada la conversación y bebió unos sorbos, mirando de nuevo hacia la calle. Ella no se movió. De pronto se sentía cansada, demasiado cansada para seguir su sencilla explicación. Estaba agotada por la tensión, exhausta de viajar sola, de intentar resolverlo todo sola. Necesitaba que alguien se ocupara por ella, al menos durante un rato. Se odió por ser tan débil, pero no podía evitarlo, y sabía que sería incapaz de volver por donde había venido y encontrar el palacio a menos que alguien la acompañara. Aquel hombre aparentaba ser amable y respetuoso, a pesar de su estilo informal, y lo más importante de todo: hablaba su idioma.

—¿No le importaría...? —titubeó. El hombre se volvió de nuevo hacia ella, sorprendido de encontrarla aún junto a su mesa—. ¿No le importaría acompañarme hasta allí?

Él suspiró y deslizó la yema de un dedo por el borde de la taza. Elizabeth supo que estaba pensando en cómo negarse de manera educada, y la expresión suplicante de su rostro se acentuó sin darse cuenta. Sin embargo, él sonrió con aire de disculpa y dijo:

—Señora, o señorita, le aseguro que es muy sencillo. Sé que Venecia puede parecer un laberinto para los forasteros, pero en el fondo está todo muy cerca. Y el puente de Rialto no tiene pérdida; solo tiene que llegar hasta allí y encontrará el palacio sin dificultad.

—Por favor, yo... le agradecería mucho que me acompañara.

—Lo siento, pero tengo muchas cosas que hacer.

Elizabeth pensó que no daba la impresión de estar precisamente ocupado. Observó la taza, la mesa bañada por el sol de la tarde y la puerta abierta de la taberna. Él siguió su mirada y pareció un poco avergonzado, pero no dijo nada.

—Si está tan cerca como dice, solo le llevará un momento —apuntó Elizabeth. Él negó con la cabeza.

—Me gustaría terminar mi café con tranquilidad, si no le importa. Y después tengo que ocuparme de resolver mis propios asuntos.

—Esperaré a que termine su café.

—No se trata de eso. —Cogió de nuevo la taza y, antes de beber, añadió con tono terminante—: Que tenga una buena tarde.

Elizabeth asintió, dándose por vencida, y sin añadir nada más se alejó lentamente de la taberna. Pensó que tendría que seguir como hasta entonces, ella sola. Se concentró en dirigirse hacia el Gran Canal y no vio a la anciana que iba hacia ella, cargada con una enorme cesta llena de pescado. La golpeó sin querer con el costado, y la anciana le lanzó una mirada de furia y empezó a gritarle.

—Lo siento... Discúlpeme.

La mujer continuó increpándola en italiano mientras se alejaba de ella. Elizabeth deseó durante un segundo estar de nuevo en Londres, en las familiares calles llenas de corteses caballeros y amables señoras, en lugar de en aquella hermosa pero extraña ciudad, donde nadie la entendía ni estaba dispuesto a ayudarla.

Cruzó un estrecho canal y se detuvo en mitad del puentecillo de piedra; apoyó los codos en él y miró el agua, preguntándose cuánta profundidad habría. De pronto, sintió una mano que la agarraba por el brazo y gritó.

—Perdóneme, no quería asustarla. —Era el hombre rubio de la taberna, que sonreía con una mezcla de incredulidad y regocijo—. No puedo creerlo, está yendo en dirección contraria... En fin, supongo que realmente necesita que la acompañen.

Nicholas no sabía exactamente por qué había terminado levantándose de la mesa, abandonando su café a medio terminar y pagando de forma precipitada a Carlo, para seguir los pasos de aquella mujer. El caso era que lo había hecho. Quizá tenía algo que ver con su aire frágil y desdichado, con esos ojos grises verdosos que lo miraban suplicantes, o con lo perdida que parecía. Demostraba no tener el menor sentido de la orientación, pero había algo más: también se podía leer la tensión y el cansancio en su bonito rostro, como si estuviese atravesando unos momentos muy difíciles. Había sentido pena por ella, y había decidido comportarse como un caballero. Acompañarla hasta el palacio no le llevaría más de quince minutos, y luego podría ocuparse de su problema con Else. Tenía que ir a convencerla de que no se marchara; al menos, no antes de la actuación.

—¿Dónde se hospeda? —le preguntó mientras caminaban hacia el oeste.

—En el hotel Bauer Grünwald.

No le extrañó. Una mujer así solo podía alojarse como invitada en algún palacio, o en uno de los mejores hoteles de la ciudad. Toda ella irradiaba elegancia y clase, desde el vestido color lavanda de delicada muselina hasta el sombrero adornado con un corto velito blanco y un lazo de seda, que llevaba ligeramente inclinado sobre un ojo. Poseía una belleza un poco fría y seria, aunque dulce a la vez. A Nicholas siempre le habían atraído las mujeres de físico llamativo y voluptuoso, como Else, pero tenía que reconocer que la dama que caminaba a su lado era aún más hermosa que ella.

—Se ha desviado usted mucho. Si hubiera partido de la plaza de San Marcos y seguido los carteles indicadores, habría llegado en diez minutos. —Ella no respondió. Se recogió la falda del vestido para subir por el último puente antes de llegar al Gran Canal. Nicholas la sujetó por el codo—. Tenga cuidado con ese escalón.

—No sabe cuánto se lo agradezco, señor. No que me evite tropezar, aunque eso también... —rio con suavidad—. Me refiero a acompañarme hasta allí. Estoy segura de que me considera un poco tonta.

—Nada de eso. Pero me pregunto para qué quiere ir al palacio Montagliore. No lo abren al público.

¿Es que conoce a los dueños?

Ella dejó escapar un suspiro casi inaudible.

—Conozco a alguien que se aloja allí. Necesito hablar con esa persona.

Nicholas la miró de reojo. Algo en la manera en que había respondido permitía entrever que su visita al palacio estaba relacionada con su expresión afligida, pero no quiso inmiscuirse.

—Deduzco que no se trata del propio Giorgio Montagliore —comentó en cambio.

—No. ¿Conoce al propietario del palacio?

—No personalmente, pero dentro de poco actuaré para él y sus invitados.

Ella lo miró con interés a través del velo casi transparente que pendía del sombrero.

—¿Es usted cantante?

—Ilusionista. —A Nicholas le gustó la expresión de sorpresa de ella. Sus labios se habían separado en un gesto de inocente asombro, e incluso había ralentizado un poco sus pasos.

—¿Quiere decir que es un mago?

—Bueno, no en el sentido de lanzar hechizos y llevar un sombrero puntiagudo...

Ella se rio. Su risa era idéntica a su manera de hablar: musical, bien modulada, contenida. Y un poco melancólica.

—Ya lo sé. Es que nunca había conocido a nadie que se dedicara a lo mismo que usted.

Habían llegado a la orilla del Gran Canal. Era la hora favorita de Nicholas: el sol se estaba poniendo en ese momento, y una luz difusa, entre rosa y naranja, lo envolvía todo. Las fachadas de los palacios refulgían, y las góndolas surcaban el agua con sus pasajeros contemplando el escenario embelesados. Se volvió hacia la mujer, que también se había quedado mirando hacia el canal.

—Pues ahora ya conoce a uno. —Hizo una reverencia exagerada, como las que ejecutaba al principio y al final de las actuaciones—. El Asombroso Adamantium, para servirla. —Ella sonrió un poco y respondió con un gracioso gesto de la cabeza—. O Nicholas del Piero, si prefiere utilizar mi prosaico nombre real.

—No creo que sea tan prosaico. Un nombre inglés y un apellido italiano...

—Exacto. Soy de ambos países. Y eso solo de parte de mis padres, porque en realidad he viajado por toda Europa. —No había podido evitar presumir un poco, aunque ella no pareció impresionarse. Esperó a que también se presentara, pero no lo hizo.

—¿Qué tipo de trucos realiza en sus actuaciones?

—Los más asombrosos que haya presenciado usted nunca. De ahí mi nombre. —La tomó con delicadeza del brazo para que caminara hacia el puente de Rialto. Ella no había borrado la media sonrisa de su rostro, pero sus ojos se deslizaban con ansiedad a lo largo de la orilla del canal. Nicholas señaló el ornamentado edificio rojo del siglo xv que se erguía frente a ellos, en el lado opuesto—: Aquel es el palacio Montagliore. ¿Quiere cruzar por el puente o tomar un *traghetto*?

Ella permaneció pensativa un instante mientras clavaba su mirada en el edificio.

—Crucemos por el puente.

Nicholas sonrió interiormente al emplear ella el plural. Se había olvidado por completo de Else, y estaba disfrutando de acompañar a esa desconocida por media Venecia.

Subieron por la rampa y comenzaron a recorrer los veintinueve metros que los separaban de la otra orilla. El puente más antiguo de Venecia estaba ocupado en ese momento por un par de pintores instalados con sus caballetes y algunas parejas extranjeras que contemplaban el paisaje desde el punto más elevado. Nicholas y su acompañante, sin embargo, lo recorrieron sin detenerse; ella parecía tener

cada vez más prisa en llegar a su destino.

Solo tuvieron que caminar unos metros más para dar con la entrada lateral del palacio, separada de la acera por una tapia de ladrillo y una puerta doble de hierro muy adornada. A través de ella se veía un patio ajardinado con una fuente de mármol en medio, rodeada de rosales en flor de varios colores.

—Bueno, pues ya ha llegado —dijo Nicholas—. Sana y salva.

La mujer era alta, pero tuvo que ponerse de puntillas para poder ver algo por encima de la tapia. Luego se giró hacia él y le tendió una mano enguantada.

—Muchas gracias, señor Del Piero. Ha sido usted muy amable.

Él estrechó su mano con suavidad.

—Ha sido un placer.

—Y suerte con su actuación. Seguro que será un éxito.

—Eso espero. —La miró mientras tiraba de la cuerda de la campanilla, y se fijó en cómo le temblaba la mano al hacerlo—. Disfrute de su estancia en Venecia. Y cómprese una guía turística, le será muy útil. —Le guiñó un ojo, pero ella ya no lo miraba. Estaba pendiente de ver aparecer a alguien que le abriera la puerta de acceso.

Nicholas dudó un segundo, pero finalmente la dejó allí y comenzó a dirigirse de nuevo hacia el puente. A medio camino giró la cabeza y vio que la mujer había desaparecido de la puerta; alguien había permitido que entrase.

Estaba ya casi en la otra orilla cuando no tuvo más remedio que volver sobre sus pasos. No podía quitarse de la cabeza la expresión preocupada, casi atemorizada, de la dama. Sería incapaz de concentrarse en sus propios asuntos a menos que se cerciorara de que todo le había ido bien ahí dentro.

Una doncella muy joven, con la cara redonda y el cabello pelirrojo recogido en un moño muy tirante, la guio a través del patio y le indicó que entrara en el palacio por una puerta que había dejado abierta al salir para abrir la de la calle. Estaban en un vestíbulo con suelo de mármol, frío y oscuro, que seguramente no correspondía a la entrada principal. Aun así, resultaba impresionante, con un techo alto abovedado y pinturas murales de alegres colores. Al fondo, una escalera larga y estrecha se perdía en las profundidades del piso superior.

Ya le había dicho a la criada cómo se llamaba y que deseaba hablar con lord Ashton. La joven no hablaba inglés, pero parecía haberlo entendido; le indicó por señas que esperara en una habitación adyacente y empezó a subir la escalera con presteza.

Elizabeth contempló durante unos segundos la salita en la que se encontraba entonces, revestida con seda a rayas verdes y doradas. Había espejos y cuadros por todas partes, así como delicadas sillas y mesitas auxiliares de madera oscura. Aunque el estilo decorativo era digno de un palacio, a la vez daba una sensación de ligera decrepitud. Se preguntó si todas las visitas aguardarían allí a que las recibieran, o solo las personas de dudosa procedencia, como debía de ser ella a ojos de la criada. En realidad, no le importaba; estaba demasiado nerviosa. ¿Qué le diría a Robert cuando apareciera?

Después de tantos días de preparativos, de imaginarse tantas veces ese momento, Elizabeth solo deseaba hablar con su esposo y exigirle que le devolviera a Bobby. ¿Podría hacerlo? ¿Sería capaz de enfrentarse a él? Un escalofrío le recorrió la espina dorsal, y se abrazó a sí misma. Por supuesto que sería capaz. Haría cualquier cosa para recuperar a su niño.

Aunque había multitud de sillas y sillones a su alrededor, permaneció de pie, casi sin moverse del sitio, pendiente de que volviera la criada a buscarla o de que acudiera Robert en persona. Pero los minutos fueron pasando sin que llegara nadie y, temiendo que se hubieran olvidado de ella, acabó sentándose en la silla más cercana que vio. Estaba tan nerviosa que tuvo que controlarse para no salir al vestíbulo a ver lo que ocurría.

Cuando llevaba casi media hora esperando, la puerta se abrió y un hombre entró en la salita. Se levantó de inmediato, pero no era Robert. Debía de tener unos diez años más que él, llevaba el pelo oscuro muy corto y unas gafas de montura dorada. Iba vestido con un traje sencillo, pero bien cortado, con chaleco gris y corbata negra lisa.

—Milady, lord Ashton me ha enviado a hablar con usted. Soy Crawford, su valet. —Ella lo miró sin acabar de comprender. ¿Por qué enviaba Robert a un criado para hablar con ella en lugar de hacerlo él mismo? El hombre malinterpretó su confusión y añadió—: Me contrató en Londres, justo antes de partir. Necesitaba a un asistente personal que lo atendiera durante su viaje y, por supuesto, prefería que fuera británico.

—¿Dónde está Robert?

—Lord Ashton no va a atenderla, señora. Pero me ha pedido que le transmita un mensaje.

Ella negó con la cabeza y se acercó unos pasos.

—¿Cómo? ¿Quiere decir que mi esposo se niega a verme?

El valet arqueó sus pobladas cejas y le dirigió una mirada desdeñosa.

—Resulta extraño que ahora lo llame su esposo, después de que los abandonara a él y a su propio hijo.

—¿Eso es lo que le ha dicho? ¿Que yo los abandoné? —exclamó Elizabeth, atónita. ¿Había sido capaz

Robert de llegar hasta ese punto? No solo se llevaba a Bobby de Inglaterra sin su consentimiento, sino que también había ido mintiendo acerca de ella.

—Bueno, los dejó para marcharse a vivir en la casa de sus padres, ¿no es cierto?

—¡Solo fueron unos días, mientras arreglaba los papeles del divorcio y trataba de serenarme!

—De modo que sí iba a abandonarlo...

—¡Oh, pero no a Bobby! —Su corazón palpitaba con violencia. No podía creer lo que estaba pasando

—. ¿Cómo iba a abandonar a mi hijo? ¡Robert fue quien se marchó de Londres con él, sin decirme nada ni pedir mi permiso!

El valet emitió una corta carcajada.

—¿Su permiso? —repitió—. ¿Desde cuándo un caballero necesita el permiso de su mujer para estar con su hijo?

—Vamos a divorciarnos, dentro de poco no nos unirá ningún vínculo.

—Ah, pero hasta entonces continúa usted siendo su legítima esposa y debiéndole obediencia y respeto. Y, como padre de Bobby, lord Ashton tiene perfecto derecho a llevarse a su heredero de viaje por Europa si eso le place.

Elizabeth no respondió. Aquello era casi exactamente lo que le había advertido su abogado. Y aunque en teoría fuera cierto, hasta entonces se había negado a creer que la mezquindad de Robert pudiera alcanzar el punto de esconderse de ella mientras retenía a Bobby. Pero, según parecía, su esposo aún no había dejado de sorprenderla.

No podía permitir aquello. Intentó guardar la calma y comportarse como lady Ashton se había comportado siempre: con dignidad, nobleza y una cortés pero firme autoridad.

—Por favor, Crawford, dígame a lord Ashton que baje a hablar conmigo ahora mismo.

—Ya le he dicho que no va a recibirla, señora —repitió él con la misma firmeza—. Permítame en cambio que le transmita su mensaje: márchese de Venecia mañana mismo, y no lo moleste de nuevo hasta que él se ponga en contacto con usted.

—Déjeme al menos ver a Bobby.

—No.

—¿Dónde está? ¡Soy su madre, necesito saber cómo está!

—El pequeño señor está perfectamente, no tiene que preocuparse por eso.

—¡Por supuesto que me preocupo!

Crawford se dirigió en silencio a la puerta e hizo un gesto con la mano indicándole que saliera. La miró desde el umbral con el ceño fruncido.

—Váyase, por favor. Y no intente volver; le aseguro que no será recibida. Ya se han dado instrucciones a todos los criados.

Permaneció inmóvil, inmersa en el vértigo de sus pensamientos, tratando de decidir qué hacer, hasta que el valet volvió hacia ella y le puso una mano en el brazo.

—No me gustaría tener que emplear la fuerza, señora.

El hombre no ejercía aún ninguna presión en su brazo, pero su mirada amenazante era clara. Elizabeth le lanzó una mirada de odio y se apartó. Salieron al vestíbulo, donde esperaba la criada que la había recibido.

—Asegúrate de que salga de aquí —le ordenó Crawford, acompañando sus palabras de gestos hacia la puerta, para que lo pudiera entender. La chica asintió y Elizabeth salió al exterior con ella mientras Crawford se quedaba en el umbral, con los brazos cruzados y una mirada vigilante.

Atravesó como una sonámbula el patio detrás de la criada y salió por la misma puerta por la que había entrado, con los ojos tan arrasados en lágrimas que no vio a la persona que estaba junto a la tapia. Sin margen para reaccionar, chocó contra ella.

—¿Qué ha ocurrido ahí dentro?

La voz le pareció conocida. Elizabeth levantó la cabeza y, tras enfocar la vista, descubrió que la persona con la que había chocado era el hombre que la había acompañado hasta allí, Nicholas del Piero.

—¡Sigue usted aquí! —exclamó sorprendida.

—No me gustaba su cara justo antes de entrar. —Levantó su rostro tomándola por la barbilla con suavidad—. Y ahora me gusta aún menos. ¿Por qué no me cuenta lo que le pasa?

Elizabeth abrió la boca para hablar, aunque en realidad no sabía lo que iba a decir. Pero no pudo articular ninguna palabra, porque el torrente de lágrimas que había logrado contener afluyó en ese instante sin control. Sollozó sin poder evitarlo y trató de taparse la cara con la mano, mortificada por que la viera llorar así. Elizabeth jamás había llorado delante de nadie —excepto de sus padres al descubrir que Bobby no estaba— desde que cumplió los diez años, y era terrible que la primera persona que la viera hacerlo fuese un hombre al que acababa de conocer. Cuanto más se esforzaba en dejar de llorar, más fuertes eran sus sollozos.

Nicholas la atrajo hacia sí y, antes de que pudiera darse cuenta, se vio con la cabeza apoyada en su ancho pecho y envuelta entre los brazos del hombre.

—Todo irá bien, no se angustie —le oyó murmurar con tono tranquilizador.

Pensó que debía levantar la cabeza y separarse de inmediato, en aras del decoro y del recato que siempre había exhibido en público, pero había algo relajante en descansar la cabeza así y en permanecer en sus brazos de ese modo, escuchando el calmado latido de su corazón tan cerca y sintiendo la textura fina y cálida de su camisa contra la mejilla. Poco a poco sus sollozos se extinguieron, y dio un paso atrás para salir de su abrazo.

—Lo siento mucho —se disculpó, avergonzada, mientras sacaba un pañuelo del bolso y se secaba las lágrimas—. Es inexcusable haberme puesto así.

Nicholas la miraba con expresión benevolente y preocupada. Ya había oscurecido, y solo un farol colocado sobre la puerta del palacio los iluminaba.

—No tiene que disculparse. Me gustaría poder hacer algo por usted, parece que tiene algún tipo de problema.

Elizabeth se fijó en la mancha de humedad que habían trazado sus lágrimas en la pechera de su camisa blanca y se sintió aún más azorada por haberse dejado llevar de esa manera unos segundos antes. Sin embargo, él solo la dedicó una sonrisa tranquilizadora, instándola a que hablase. Respiró hondo.

—Es solo que..., bueno, esperaba resolver un... pero no he podido —balbuceó. No podía contarle todo lo que le había pasado a ese hombre al que apenas conocía, por muy amable que estuviera siendo con ella—. Ya lo... ya lo arreglaré —consiguió terminar. Pero no estaba nada convencida de ello. Y, por cómo la miraba Nicholas, era evidente que él tampoco.

—¿No quiere contarme lo que le ocurre?

Negó con la cabeza, dobló el pañuelo empapado de lágrimas y volvió a meterlo en el bolso. Había logrado recomponerse un poco por fin, e intentó sonreír.

—Muchas gracias por todo, señor Del Piero. Siento las molestias que le he causado.

—Qué tontería. —Nicholas movió su mano derecha en el aire y una tarjeta apareció entre sus dedos como de la nada. Elizabeth rio a pesar de su angustia—. Quédese con esto. Si necesita un amigo

mientras esté en Venecia, búsqüeme.

Tomó la tarjeta y la miró. En letras rojas impresas, en mitad del espacio en blanco, se leía:

«*EL ASOMBROSO ADAMANTIUM*».

Y debajo, en tinta negra y en caracteres más pequeños:

«*Nicholas del Piero, ilusionista*».

En el reverso había una dirección de Venecia escrita a mano.

—Como viajo de un lado a otro, tengo que escribir yo la dirección del lugar en que me encuentre a cada momento —le explicó él—. Ahora vivo en casa de un amigo, en el *sestiere* de Castello.

Elizabeth asintió y guardó la tarjeta.

—Gracias.

—¿Desea que la acompañe a su hotel? Ya ha anochecido.

—¡Oh, no, no se preocupe! Creo que tomaré una góndola aquí.

—Sabia decisión —rió—. ¿Sabe? Todavía no me ha dicho su nombre.

No había pensado en presentarse, pero él había sido tan bondadoso que no le importó hacerlo.

—Elizabeth. Elizabeth Simmons —dijo, empleando su apellido de soltera igual que había hecho con la señora Davenport horas antes. Oficialmente seguía siendo lady Ashton, y aún tardaría bastante tiempo en dejar de serlo, pero después de lo que había pasado en el palacio, no utilizaría más ese nombre. Lo odiaba.

—Es un placer. —Nicholas señaló un embarcadero situado a pocos pasos, donde varios gondoleros charlaban mientras esperaban a sus posibles clientes—. Puede tomar una góndola ahí mismo. Y no se preocupe: sea lo que sea lo que le provoca tanto dolor, estoy convencido de que acabará solucionándose.

Ella sonrió a modo de despedida y se dirigió al embarcadero. Deseaba con todas sus fuerzas que aquel hombre tuviera razón.

Al regresar al hotel y pedir su llave en la recepción, uno de los conserjes deslizó hacia ella un papel de cartas color crema, adornado con el membrete dorado del Bauer Grünwald. Lo desdobló y leyó rápidamente el mensaje: la señora Rosemary Davenport le rogaba que almorzara con su grupo al día siguiente, a la una, en la terraza. Aunque la cubría ligeramente el velo del sombrero, bajó los párpados para que el conserje no se percatara de sus ojos enrojecidos por el llanto, le dio las gracias, cogió la llave y subió a su piso.

Nada de lo que hiciera en Venecia los próximos días le importaba ya. No se sentía con fuerzas de emprender el largo viaje de regreso a Londres tan rápido, cuando acababa de llegar, pero desde luego tampoco sentía ningún deseo de descubrir la ciudad como si fuera una turista. Se despojó de sus ropas y buscó el camisón; no podía hacer nada más esa noche que tomar un poco del tónico para los nervios que había cogido de casa de sus padres y meterse en la cama. La habían expulsado del palacio y dejado claro que Robert no la recibiría; se sentía humillada e insultada. Completamente derrotada.

Por la mañana se despertó sintiendo la molesta pesadez en la cabeza que le producía el tónico siempre que lo tomaba. Cuando miró el reloj se sorprendió: era mucho más tarde de lo que hubiera deseado

despertarse; sin embargo, tampoco había nada que requiriera su atención. Tanto daba que estuviera dormida o despierta, en Londres, en Venecia o en cualquier otro lugar del mundo... Mientras hacía un esfuerzo por levantarse de la cama e iniciar su rutina de aseo, pensó que su propia existencia nunca le había parecido más insignificante. Sin tener un marido que la apoyara, no era una esposa; sin poder estar con su hijo, no era una madre. Como hija, había decepcionado a Harold y Caroline. Tampoco creía importarle a su hermana, que vivía tan lejos, ni a ninguno de sus conocidos en Londres. No tenía empleo, ni ningún amigo real. Estaba sola.

Pasó la mañana en sus habitaciones, y al dar la una, sin saber muy bien qué le motivaba —excepto quizá el miedo a volverse loca a fuerza de darle vueltas a su problema de forma continua—, bajó a la terraza.

No le costó mucho encontrar la mesa de la señora Davenport, que iba vestida otra vez de blanco y que le hizo histriónicas señas en cuanto la divisó parada junto a las puertas de cristal. Dio grandes muestras de entusiasmo por que ella hubiera decidido aceptar su invitación, y se apresuró a presentarle a sus acompañantes: su sobrina Eloise, que estaba desempeñando el papel de señorita de compañía mientras viajaban por Europa; el señor y la señora Houseman (el «encantador matrimonio de Leeds») y un anciano viudo que había sido oficial del ejército británico en la India, el general Thomas Bingham. Elizabeth se sentó a la mesa y trató de solventar el ineludible interrogatorio inicial sobre su origen y el motivo de su estancia en Venecia de la forma más rápida y ambigua posible. Obvió cualquier detalle sobre su situación familiar, y se dedicó a dirigir preguntas lacónicas acerca de sus años de servicio al anciano general, el cual estaba sentado a su lado.

Durante todo el almuerzo, mientras escuchaba su animada conversación sobre las atracciones venecianas, las hazañas de los hijos de los Houseman o el próximo destino de la señora Davenport y su sobrina, Elizabeth sonrió y asintió con la entereza que le conferían todos sus años de experiencia en sociedad siendo una de las damas más distinguidas de Londres. Pero sus pensamientos iban por derroteros muy diferentes... Quizá debería contar lo que le ocurría. ¿Podrían ayudarla esas personas? Le daba la impresión de que tendrían una reacción muy similar a la de sus padres y su abogado: no entenderían los motivos para desear divorciarse, y opinarían que, aunque tuviera derecho a sentirse disgustada por que Robert se hubiera llevado a Bobby, no lo tenía para perseguirlos hasta allí.

El camarero retiró los platos y la señora Davenport pidió que les sirvieran café. Elizabeth no quería tomar café; solo deseaba que el almuerzo terminara para poder subir de nuevo a su habitación. No había sido buena idea alternar con gente desconocida cuando se encontraba en ese estado de angustia... Se echó hacia atrás para que el camarero pudiera verter el café en su taza sin quemarla, y se preguntó una vez más qué debía hacer. Solo veía una posibilidad: regresar a Londres. Tenía que asumir que no iba a poder solucionar nada ella sola.

La idea de tener que emprender de nuevo el viaje a Inglaterra, sin haber conseguido recuperar a Bobby, y de abandonar al niño en poder de Robert para siempre, encogió su corazón y la invadió de una tristeza tal que una vez más se le llenaron los ojos de lágrimas. Pero aguantó hasta que todos terminaron el café y entonces se despidió amablemente del grupo, le prometió a la señora Davenport que tomaría el té con ella en muchas ocasiones y salió de la terraza apresurando sus pasos cada vez más. Solo cuando cerró tras ella la puerta de su habitación se permitió derramar las lágrimas. Estaba harta de llorar y sentía un enorme desprecio hacia sí misma por hacerlo tantas veces, pero ¿cómo iba a evitarlo si era la mujer más débil del mundo?

Permaneció un buen rato sin moverse, con la espalda contra la puerta y con el pañuelo apretado sobre

su boca, tratando de sofocar sus sollozos sin éxito. El pañuelo quedó muy pronto empapado, y se dirigió a la cómoda para buscar otro y, de paso, tomar otra dosis de tónico. Solo quería echarse en la cama y dejarse llevar por la somnolencia mientras el medicamento hacía su efecto.

Sacó un pañuelo limpio del cajón y entonces vio un pequeño rectángulo de cartulina, y lo cogió para averiguar de qué se trataba. Era la tarjeta que le había entregado la tarde anterior el hombre que la había acompañado hasta el palacio Montagliore. El mismo hombre que la había tomado entre sus brazos mientras ella lloraba como una niña pequeña...

Nicholas del Piero. El Asombroso Adamantium.

El recuerdo de su consolador abrazo sirvió para que tranquilizarla un poco. Se sentó un momento en el borde de la cama, valorando sus opciones, y luego se lavó la cara con agua fría para borrar el rastro de las lágrimas y la hinchazón de los ojos. Cuando le pareció que estaba lo bastante recompuesta, cogió de nuevo el sombrero, la sombrilla y el bolsito y se encaminó al embarcadero del hotel.

—Siéntate de una vez y bebe un poco de *amaretto* —insistió Fazio desde la pequeña mesa de hierro forjado situada bajo el olivo.

Nicholas se puso en pie de mala gana y se sacudió unas briznas de hierba que habían quedado adheridas a sus pantalones. Saggio, que había permanecido tumbado de espaldas con las patas alzadas hacia el cielo mientras Nicholas le rascaba la tripa, le dirigió una mirada de desencanto por que hubiera decidido interrumpir sus caricias y se marchó en busca de la hembra, Fiore, que perseguía pájaros entre los arbustos, al fondo del jardín.

—El *amaretto* no resolverá mi problema. —Se dejó caer en la silla y despegó ligeramente una esquina de la etiqueta de la botella. Fazio se la arrebató y le llenó el vaso.

—El *amaretto* resuelve todos los problemas —rebató, y empujó el vaso lleno hacia él—. O, al menos, hace que los olvides.

Solo para que se callara, Nicholas se mojó los labios con el amargo licor. Fazio era el hombre más culto, inteligente y generoso que jamás había conocido, pero encajaba con la visión general que se tenía de los italianos en el resto del mundo: parecía creer que una buena comida y una botella de vino, o de cualquier otra bebida alcohólica, constituían todo lo necesario para superar cualquier inconveniente vital, ya fuera un pequeño disgusto o un enorme obstáculo.

—Fazio, no sé si te das cuenta de la gravedad del asunto —le dijo. Siguió con la mirada distraídamente a Gina, que acababa de sacar un cuenco lleno de agua fresca para que bebieran los perros—. Voy a tener que cancelar la actuación. No entiendo por qué no estás más preocupado; después de todo, fuiste tú mismo quien me la conseguiste. Tendremos que decirle al conde Montagliore que en su fiesta de cumpleaños ya no habrá número de magia, y no le va a hacer ninguna gracia. Esto va a destruir mi reputación...

—Quizá también destruya la mía —rio Fazio—. Huiremos los dos de Venecia cuando eso ocurra. ¿Qué te parece si nos vamos a Nueva York? Seguro que allí apreciarían más nuestros respectivos talentos...

Nicholas suspiró. Envidiaba esa capacidad de su amigo para reírse constantemente de sí mismo; daba la impresión de que nunca se tomaba nada en serio.

—¿Qué puedo hacer?

Fazio le tendió a Gina su plato vacío para que se lo llevara de vuelta a la cocina, y dejó la servilleta arrugada sobre la mesa. Había sido otro almuerzo delicioso, a base de pasta y pescado fresco, pero

Nicholas apenas había probado bocado. Sentía demasiada ansiedad para comer.

—No creo que puedas hacer nada, excepto buscar a otra ayudante —respondió Fazio con tono un poco más serio.

—No hay nadie que pueda sustituir a Else. Ella era perfecta. Lo tenía todo: belleza, presencia escénica, carisma, habilidad...

—¿Seguro que no estás enamorado de ella? Suena como si lo estuvieras.

—No, no lo estoy. —«Ojalá lo estuviese, desde luego». Darle a Else lo que ella deseaba arreglaría todo el conflicto entre ellos.

Fazio debió de leerle la mente, porque alzó las cejas y sugirió:

—Quizá si le dijeras que la amas, ella se replantearía su decisión...

—¿Pretendes que la engañe? No voy a mentir para que se quede conmigo. Nunca podría manipularla de una forma tan cruel.

La noche anterior, después de despedirse de la atribulada dama a la que había conocido en la taberna, había ido directo a la pensión donde se alojaba Else. Ella le había abierto la puerta de su habitación ataviada ya con un camisón de encaje y satén rosa pálido, tan revelador que estuvo a punto de estampar su boca contra la suya y empujarla sobre la cama, pero se contuvo. Aquello solo habría complicado las cosas todavía más.

—¿Qué quieres, Nicky? —le había preguntado con fastidio cuando lo vio ahí plantado.

Consiguió que le permitiera entrar, y se quedó mirando la maleta abierta y los vestidos diseminados por todas partes.

—Vengo a pedirte de nuevo que no me abandones, Else. A suplicártelo, más bien.

Había intentado convencerla por todos los medios posibles. Le había ofrecido un mayor porcentaje en las ganancias, le había prometido el éxito y la fama, le había jurado que siempre estaría junto a ella. Pero ni siquiera eso último fue suficiente para Else, porque continuar unidos no implicaba que fuese a amarla, por muchos años que trascurrieran, y ella lo sabía. De modo que había tenido que aceptar su frío beso de despedida en la mejilla y salir derrotado de la habitación, de la pensión y de la vida de quien había sido su compañera durante tanto tiempo.

Se frotó los ojos como para eliminar la escena de su memoria y, dejándose llevar por la desesperanza, se sirvió un poco más de *amaretto*.

—Tendré que cambiar de profesión —resolvió en tono falsamente resignado, y alzó el vaso hacia Fazio—. Brindo por ello, querido amigo.

Fazio no levantó su vaso, sino que se limitó a mirarlo con aire de ligera reconvención.

—No vamos a brindar por eso. Encontrarás una solución, Nicholas, sé que lo harás.

El dormitorio que ocupaba Nicholas era uno de los mejores de la casa de Fazio. Las demás habitaciones, excepto el comedor de diario y la biblioteca, eran pequeñas y estaban abarrotadas de muebles oscuros y un poco desvencijados, pero su cuarto era grande y diáfano, y había sido redecorado hacía poco. Tenía un techo alto de vigas vistas, una cama amplia con baldaquino y el clásico revestimiento de seda en las paredes, aunque de un color neutro y liso que huía de la decoración recargada tan típica de las grandes casas venecianas. Lo mejor de todo era que frente a la cama había un balcón que daba a un pintoresco canal, uno de los más bonitos del *sestiere* de Castello. Nicholas podía dejar las cortinas descorridas durante la noche y la puerta del balcón entreabierta y por la mañana despertarse con el canto de los gondoleros y la encantadora vista del canal. En realidad, a pesar de que su dormitorio fuera tan agradable, el tiempo que estaba en él se limitaba casi por completo a las horas que pasaba durmiendo. Durante el día raras veces subía, ya que se instalaba en la salita púrpura para ensayar, o en el pequeño jardín para conversar con Fazio y Gina.

Esa tarde, sin embargo, Nicholas había sido incapaz de practicar sus trucos. Ni siquiera había podido entrar en la sala. Solo habían transcurrido veinticuatro horas desde que Else le había anunciado que lo abandonaba, pero a él le parecían siglos. Sencillamente, no sabía qué hacer. No podía continuar adelante con su actuación sin ella... ¿O sí? Y en ese caso, ¿cómo? Su conversación con Fazio no lo había ayudado nada en ese aspecto, aunque agradecía el apoyo de su amigo. Se había retirado a su habitación con la excusa de necesitar una pequeña siesta antes de volver a los ensayos, pero ya eran más de las siete y ni había dormido ni se sentía con ánimo de bajar otra vez.

Por pura ansiedad, ya que en realidad no tenía hambre, cogió una manzana roja del frutero que había sobre una mesa y la mordió. Salió al balcón y masticó sin saborearla, de forma mecánica, apoyado en la barandilla y con los ojos fijos en las fachadas de las casas de la orilla opuesta. Si no iba a poder actuar, tendría que irse de Venecia. No tenía sentido quedarse allí más tiempo, abusando de la hospitalidad de Fazio. Su carrera de ilusionista había acabado antes de arrancar de verdad... Durante toda la noche anterior y todo aquel día había odiado a Else, pero ahora que el pesimismo lo inundaba (y era algo que muy raras veces le ocurría), pensó que su decisión era muy comprensible. ¿Qué lógica tenía para una joven bella e inteligente desperdiciar su vida acompañándolo por toda Europa, de escenario en escenario, cuando podía casarse con un hombre asentado y respetable y formar una familia feliz?

Siguió con la mirada una góndola que se acercaba por el canal. Transportaba a una única dama, cubierta por su sombrilla a pesar de que el sol ya empezaba a declinar. Durante un instante sintió envidia de las damas ociosas que pasaban el día paseando en góndola, comprando joyas o adornos de cristal en Murano y tomando café en la plaza de San Marcos. Sin embargo, el interés de Nicholas se incrementó cuando la góndola se detuvo en la puerta de agua de la casa de Fazio, justo debajo del balcón. Se asomó todo lo que pudo, agarrándose con una mano a la barandilla de piedra para no caer y sosteniendo la manzana ya olvidada en la otra, y trató de confirmar que la pasajera pretendía realmente entrar en la casa. En efecto, el gondolero estaba amarrando la góndola en la estaca junto a la puerta, y la dama se había puesto de pie.

—¿Hola? —exclamó Nicholas para atraer su atención. La mujer apartó la sombrilla y miró hacia arriba. Él se asomó todavía un poco más. ¿Era ella? ¿Era de verdad la joven a la que había guiado hasta el palacio Montagliore la tarde anterior?

—¡Hola! —Tenía que gritar para que Nicholas la oyera desde arriba, pero su tono era mucho más tímido que alegre. El gondolero seguía sosteniendo la góndola junto a la puerta, y ella se agarraba al asiento para no caerse mientras miraba hacia el balcón—. Nos conocimos ayer. Supongo que no me recordará; soy Elizabeth Simmons. Yo... Usted me dio su tarjeta por si... —No parecía saber cómo terminar la frase, ni si bajar o quedarse en la góndola, y Nicholas sonrió.

—Claro que la recuerdo. Baje con cuidado y quédese en esos escalones de la puerta, enseguida abro.

Nicholas entró en el dormitorio, abandonó la manzana a medio comer junto al frutero y salió al pasillo en menos de cinco segundos. Descendió por la empinada escalera con toda la rapidez que pudo y atravesó el piso principal hasta llegar a la puerta que daba al canal. Descorrió el pesado cerrojo y la abrió con cuidado, consciente de que Elizabeth estaba al otro lado, donde no disponía de mucho espacio para mantenerse a salvo en los resbaladizos escalones.

—Entre. —Le tendió una mano para ayudarla a traspasar el umbral y cerró la puerta de agua tras ellos.

—Gracias —dijo ella—. No sé si hago bien en venir, pero me dijo que si necesitaba un amigo...

—¿Necesita usted un amigo? —Nicholas la miró con atención. Estaba pálida y con el rostro tenso, igual que el día anterior. Aparentaba encontrarse más calmada, pero no menos afligida. Sin embargo, trataba de sonreír y llevaba otro elegante vestido, esta vez de color crema con un estampado de finas rayas azules.

—Creo que sí.

—Entonces ha hecho muy bien en venir.

La condujo a través del patio y entraron en el salón. Se preguntó vagamente dónde estaría Fazio, pero indicó a Elizabeth que se sentara y él hizo lo mismo. La observó mientras se quitaba el sombrero y cruzaba las manos, cubiertas por guantes calados, sobre el regazo. En lugar de apoyarse en el respaldo del cómodo sofá, mantenía la espalda muy recta y la cabeza erguida. Era evidente que, le ocurriera lo que le ocurriera, aquella mujer se comportaba siempre como una dama distinguida. «Menos cuando se echó a llorar en mis brazos», se dijo Nicholas. Aquello había sido un poco incómodo al principio, pero extrañamente íntimo y dulce en cuanto se acostumbró a tener su cabecita sobre su pecho.

Iba a preguntarle cómo se encontraba cuando entró Gina, que hacía su ronda para encender las lámparas de queroseno.

—Perdona, Nicholas. No sabía que tenías visita —dijo en italiano.

—Te presento a Elizabeth Simmons, de Inglaterra —respondió él en inglés.

Gina le dedicó una cálida sonrisa a Elizabeth, quien sonrió a su vez, y cambió de idioma al instante.

—Es un placer. ¿Queréis tomar algo?

Nicholas miró interrogativamente a Elizabeth, que negó con la cabeza.

—Creo que no —contestó él—. ¿Dónde está Fazio?

—Ha salido de casa hace un rato; no ha dicho si volvería para la cena. —Gina terminó de encender las lámparas del salón y se detuvo antes de salir—. Llámame si necesitáis algo.

—Gracias, Gina. —Cuando esta hubo salido, Nicholas se volvió hacia Elizabeth—. Gina lleva sirviendo a Fazio desde hace años, pero es más una amiga que una criada.

Ella asintió con aire pensativo. Seguía pareciendo un poco nerviosa, y Nicholas adivinó que no estaba nada segura de la conveniencia de estar allí. Decidió no dar más rodeos.

—Bien, y ahora, ¿va a contarme de una vez qué es eso que tanto le preocupa?

El péndulo del reloj que colgaba sobre la chimenea apagada fue el único sonido que quedó en la habitación cuando, unos minutos después, Elizabeth dejó de hablar. Nicholas permaneció en silencio,

tratando de asimilar lo que acababa de contarle. Casi desde que había levantado la vista para mirarla por primera vez en la terraza de la *osteria*, había intuido que tenía algún tipo de problema, pero nunca se hubiera imaginado algo así. Aquella frágil dama inglesa era una mujer divorciada. Tenía un hijo. Un exesposo de alta alcurnia que se negaba a recibirla y mucho menos a entregarle el niño. Y había viajado totalmente sola desde Londres hasta Venecia para intentar recuperarlo, a pesar de que la sociedad, las leyes e incluso sus propios amigos y padres se negaban a apoyarla.

Ni en un millón de años hubiera imaginado algo así.

Cambió de postura en el sofá sin apartar la mirada de ella. Las manos enguantadas de Elizabeth ya no reposaban con elegancia en su regazo. En ese momento retorcían ansiosamente un pañuelito bordado, aunque no lloraba. Nicholas lo agradecía. No hubiera sabido qué hacer en otro caso. No podría volver a tenerla así entre sus brazos sin que un torbellino de emociones e impulsos demasiado turbadores lo invadiera.

—¿No hay absolutamente nadie en Inglaterra que pueda ayudarla? —preguntó sin saber qué otra cosa decir.

Ella negó con la cabeza.

—Mis padres me advirtieron de que algo así podría ocurrir. Ellos desean mi felicidad, por supuesto, pero creen que no está en nuestra mano hacer nada.

—¿No tiene un hermano, o alguien más de la familia?

—Solo una hermana menor, pero hace tiempo que no nos vemos... —Siguió el contorno del bordado del pañuelo con un dedo—. He enviado un telegrama a mi abogado, pero temo que tampoco podrá ayudarme. Resulta tan doloroso... —se lamentó—. Una mujer se casa, da a luz a sus hijos y adquiere la obligación de cuidarlos y educarlos hasta que se conviertan en hombres. Hasta que hereden los títulos y las propiedades de su esposo. Pero si antes de ese momento decide divorciarse, entonces pierde todo derecho a seguir siendo su madre.

—Es muy injusto, estoy de acuerdo —afirmó Nicholas. De inmediato se sintió como un idiota. Aquello era mucho más que injusto, y él no sabía qué decir. Trató de pensar con lógica, pero el único pensamiento que le venía a la mente era que Elizabeth, en efecto, lo tenía muy complicado. Sin embargo, no podía decirle eso.

—No me marcharé de Venecia sin enfrentarme a Robert. Aunque tenga que esperar cada día en la puerta del palacio hasta verlo salir.

—Dudo que eso le sirviera para algo —repuso sin poder evitarlo. Se mordió el labio con fuerza, como para castigarse, cuando vio el gesto abatido de ella—. Lo que debe hacer es abordar a su exmarido cuando haya otras personas presentes que puedan apoyarla a usted, ¿comprende?

—¿Quiere decir para que se sienta presionado a escucharme?

—Eso es.

Elizabeth no dijo nada durante un rato, y él se dio cuenta de que estaba concentrada y valorando sus opciones. Mientras lo hacía, Nicholas aprovechó para contemplar su delicado perfil. Tenía una piel blanca e impoluta; la nariz recta, aristocrática, y el esbelto cuello ligeramente inclinado hacia un lado mientras pensaba. Llevaba el cabello recogido con elegancia y pulcritud bajo el pequeño sombrero. De pronto se preguntó, sin ninguna razón en absoluto, qué apariencia tendría con el cabello suelto.

—¿Cuándo es su actuación en el palacio?

Nicholas parpadeó, volviendo a la realidad. Ella ya no retorció el pañuelo, y una mirada distinta, decidida y resuelta, había sustituido a la tristeza en sus ojos.

—¿Cómo dice?

—Me contó que era ilusionista. Que iba a actuar en el palacio para Montagliore y sus invitados.

—Bueno, sí; en principio estoy contratado para actuar en su fiesta de cumpleaños...

—¿«En principio»?

—Tengo mis propios problemas, señorita Simmons —apuntó con suavidad—; no tan graves como los suyos, desde luego, sin embargo...

—¡Entonces puede introducirme en el palacio! —exclamó ella interrumpiéndolo—. Robert ha dado la orden de no dejarme entrar, pero si es una fiesta, esa noche habrá muchos invitados. ¡Seguro que no se fijarán en mí si entro como una más mientras usted los distrae!

Nicholas sonrió. Parecía tan esperanzada que no tuvo valor para advertirla de que, sin Else, lo más probable era que no hubiese espectáculo en que pudiera colarse.

—No puedo prometerle nada, pero intentaré ayudarla.

Elizabeth se puso de pie y le tendió una mano, sonriente. Él se la estrechó, sintiéndose un poco aturdido.

—No sé cómo agradecerse, señor Del Piero. ¿Qué noche será la fiesta?

—El 21 de junio.

Ella pareció desanimarse un poco al enterarse de la fecha.

—Oh, pero entonces aún quedan más de tres semanas...

Nicholas sintió una punzada de ansiedad. A ella le parecía mucho tiempo, pero a él, muy poco. Por fin había asumido que era imposible convencer a Else, la cual estaba decidida a abandonarlo y a marcharse lejos... ¿Y cómo podría encontrar una sustituta en tan solo tres semanas? Else era magnífica en el escenario; con sus largos rizos rubios adornados con ristras de diamantes falsos y el vaporoso vestido rojo que ondeaba con cada movimiento. A veces, cuando la veía ya preparada para salir a escena, él mismo se sentía casi abrumado por su seductora apariencia... Y luego estaba su increíble habilidad. Sabía accionar resortes ocultos sin que nadie notara nada; esconder pañuelos, llaves, naipes y todo tipo de objetos con tanta destreza como si de verdad hubieran desaparecido en el aire; podía manipular complicados compartimentos secretos en menos de dos segundos, y todo ello sin despistarse ni un momento, sin cometer un solo error y, en especial, sin que el público dejara de estar tan hechizado por su belleza y su gracia como lo estaba con el truco de magia en sí. Había habido ocasiones, incluso, en que Nicholas había percibido que los espectadores permanecían mucho más pendientes de ella que de él. En eso, en realidad, debía consistir la ambición última de cualquier buena ayudante de ilusionista: distraer la atención del público tanto que nunca llegara a descubrir los secretos del mago. Else lo había conseguido gracias a muchas horas de práctica, pero también a su talento natural. ¿Encontraría a alguien que pudiera llegar a compararse lo más mínimo?

Ante él, Elizabeth volvía a mostrar una expresión abatida. «Si sonriera un poco más, sería fascinadora». Una idea completamente absurda le vino entonces a la mente. Al principio la intentó desechar sin más: tan imposible le parecía. Pero enseguida se dijo: «Soy el Asombroso Adamantium. He realizado trucos más difíciles que convertir a una distante dama atribulada en mi nueva Else...». La excitación lo invadió, y se puso en pie con tanta brusquedad que Elizabeth dio un pequeño respingo y se apartó con un paso atrás. Él la cogió por los codos y la miró directamente a los ojos.

—La necesito, Elizabeth.

Ella trató de retroceder, alarmada por su impetuoso gesto.

—¿Cómo dice?

Nicholas aflojó la presión de sus manos, pero no la soltó.

—Yo puedo ayudarla a entrar en el palacio y enfrentarse a su exmarido, y usted puede ayudarme a mí.

—¿De qué manera?

—Convirtiéndose en mi asistente durante el espectáculo.

Elizabeth reaccionó con una larga carcajada y se apartó de él.

—Estoy segura de que bromea, señor Del Piero —afirmó, con una sonrisa bailando aún en sus labios, y desvió la mirada. Sus mejillas habían adquirido un ligero sonrojo. A continuación, añadió con tono más serio—: Volviendo a nuestra conversación anterior, le ruego que encuentre la manera de introducirme en el palacio lo antes posible. Tres semanas es demasiado tiempo, y no creo que...

—Y yo le ruego que me escuche —le interrumpió Nicholas—. Mi ayudante, Else, me ha abandonado. Teníamos todo preparado para la actuación; firmamos un contrato en el que se detallaba cómo sería, incluso qué tipo de trucos realizaríamos. Tengo que impresionar a Montagliore, y no podré hacerlo sin una asistente.

—Busque a otra, debe de haber muchas por ahí...

—No lo crea, no es tan fácil como pueda imaginar.

Ella tomó aire y alzó las palmas de las manos con impotencia.

—Señor Del Piero...

—Llámeme Nicholas.

—Nicholas, yo no puedo hacer eso. No está en mi mano. En cambio, usted sí puede ayudarme a mí. ¡Me prometió que lo haría incluso antes de decir que me necesitaba!

—Yo no le prometí nada, Elizabeth —le recordó él con delicadeza—. Solo dije que intentaría ayudarla. —Volvió a sentarse en el sofá con estudiada calma y elevó la mirada hacia ella, que lo contemplaba entre aturdida y molesta—. Mírelo de esta forma: si no tengo ayudante, no habrá actuación en la fiesta de Montagliore. Y si no hay actuación, ni usted ni yo podremos entrar en el palacio. —Sonrió antes de concluir—: Como ve, no podré ayudarla si usted no me ayuda a mí.

A Ilaria Contarini siempre le habían gustado las fiestas. Mejor dicho: lo que le encantaba era ser invitada a alojarse en el palacio de alguno de sus numerosos amigos para disfrutar de unos cuantos días de cenas, diversiones y veladas musicales, con el colofón de una espléndida fiesta al final de la temporada. El palacio Montagliore era perfecto para ello; dado que ya conocía Venecia, podía opinar que su ubicación era sin ninguna duda inmejorable, justo en el Gran Canal y muy cerca del puente de Rialto. Y el interior del palacio resultaba impresionante. Un poco decadente, quizá, pero eso en realidad solo acentuaba su belleza.

Había llegado el día anterior desde Florencia, su ciudad natal, y aquella noche se celebraba la primera cena *de verdad*. Aunque aún faltaban algunos invitados por aparecer, ya estaban instalados más de una docena, y los cocineros se habían afanado todo el día por desplegar al máximo sus artes culinarias. Las pequeñas codornices de su plato tenían un aspecto tan exquisito que casi sentía pena por partirlas con el cuchillo de plata, y las bandejas repletas de yemas de espárragos, zanahorias glaseadas, huevos rellenos y patatas asadas parecían salidas de un cuadro. Ilaria siempre había demostrado buen apetito, y dejó que un lacayo depositara un tercer panecillo aún caliente en el platito de cristal junto a su copa.

«Mañana no podré abrocharme el corsé», se dijo, consciente de que tampoco le importaba demasiado. Era alta y con buena figura, pero carecía de la cintura estrecha y el aire etéreo que estaba tan de moda. Ilaria rezumaba buena salud y energía, tenía las mejillas permanentemente sonrojadas, los ojos castaños siempre brillantes y un corazón fuerte que bombeaba sangre de la misma forma briosa y entusiasta con que ella solía hablar.

A sus treinta y dos años, podía considerarse ya una solterona. No era que no hubiese tenido pretendientes, pero cada incipiente relación había acabado por malograrse mucho antes de que deslizaran un anillo en su dedo. A veces había sido resultado de que el caballero en cuestión se desilusionaba al comprobar que, tras su refinada fachada, se escondía un espíritu voluntarioso, poco convencional y muy alejado de lo que debía ser una esposa. Pero, por lo general, era la propia Ilaria la que rechazaba al interesado: nunca era lo bastante inteligente, nunca atesoraba el nivel de cultura necesario para ella, y su conversación jamás pasaba de ser meramente entretenida. Necesitaba sentirse muy atraída por la mente del hombre con quien fuera a casarse, y hasta entonces solo había conseguido —y no en todos los casos— una moderada atracción física. Y eso no le importaba en absoluto.

Se echó un rizo rojo oscuro por encima del hombro y esperó a que le retiraran el plato ya vacío. Se sentía despejada y expectante, deseosa de levantarse, de bailar, cantar o hacer cualquier cosa. En su casa de Florencia solía gastar el exceso de energía practicando ejercicio en el pequeño gimnasio que había mandado instalar junto a su dormitorio, pero allí no podía hacerlo. Giorgio Montagliore, su anfitrión, había preparado un programa muy completo para los próximos días: visitas a museos, bailes, excursiones a Murano y Burano, paseos en góndola y conciertos, pero temía que no fuera suficiente para ella. Justo en el momento en que pensaba sobre eso, su mirada se cruzó con la del conde, sentado frente a ella, y le dedicó una sonrisa distraída. El padre de Giorgio había sido muy amigo del suyo, también aristócrata, y ahora que ambos ancianos habían fallecido, parecía adecuado que la amistad entre las familias continuara con sus hijos. Suponía que esa era la razón por la que la había invitado al *palazzo*. Sin embargo, Ilaria no estaba muy segura de que le cayera bien... Era un hombre animado y un perfecto anfitrión, pero demasiado pretencioso. Y si había algo que no soportaba, además de la falta de inteligencia, era la

arrogancia.

Sentado junto al conde estaba su esposa, Cecilia, con la que apenas había tenido oportunidad de charlar todavía. Era una mujer pálida y huesuda, con el pelo lacio de un castaño mate, que siempre parecía ligeramente apagada, como si la exaltación de su marido absorbiera toda su energía. Se rumoreaba que llevaban varios años intentando tener un hijo, y que los repetidos fracasos mantenían a la condesa en un estado de constante depresión. Ilaria sentía lástima por ella, sobre todo porque se veía obligada a aguantar ese permanente ir y venir de invitados en su casa, dada la pasión de Giorgio por las fiestas y las diversiones.

A la derecha de Cecilia estaba un inglés casi tan pretencioso como el conde: lord Robert Ashton. Había llegado al palacio en el mismo instante que ella, por lo que se habían presentado en el vestíbulo, con los baúles del equipaje todavía a sus pies. Lo insólito era que lo acompañaba su hijo, un niño de unos siete años llamado Bobby, tímido pero muy educado, que casi de inmediato había sido relegado a los cuidados de una de las criadas. Ilaria aún no había podido averiguar demasiado sobre lord Ashton, pero imaginaba que debía de ser un caballero viudo... Aunque, por otra parte, la manera en que flirteaba con casi todas las invitadas, incluida ella, no apuntaba a un luto demasiado riguroso.

—Amigos míos, os ruego un momento de atención —pidió el conde alzando la voz. Hizo tintinear su copa con el mango del cuchillo, y poco a poco el barullo de conversaciones se fue apagando—. Aunque ya he tenido el placer de conversar con todos vosotros por separado, y a pesar de que todavía faltan algunos invitados que llegarán en los próximos días, quiero aprovechar esta primera cena para daros a todos los presentes la bienvenida al palacio Montagliore. —Los comensales recibieron sus palabras aplaudiendo durante unos segundos, y después volvieron a guardar silencio. El conde continuó—: Como sabéis, la única desdicha de los hombres que lo tenemos todo es que, lamentablemente, no poseemos la capacidad de detener el tiempo... —Ilaria enarcó una ceja con ligero desdén mientras los demás soltaban risitas de complacencia—. Sí, amigos, no me queda más remedio que admitir que voy haciéndome viejo, pero no cumpliré cuarenta años el próximo 21 de junio sin celebrar la fiesta más deslumbrante, fastuosa y obscenamente divertida a la que nunca habréis asistido.

Nuevos aplausos, esta vez más fuertes y durante más tiempo, acompañados de expresiones de entusiasmo dirigidas al conde, que trataba de imponer el silencio con un gesto de las manos.

—Obscenamente divertida —repitió Ilaria por lo bajo, sin dirigirse a nadie en particular—. Me pregunto qué opinará Cecilia de eso...

Cuando las voces se atenuaron, Montagliore se aclaró la garganta con intención de terminar su discurso. Era evidente que se sentía excitado por lo que fuera a decir a continuación, porque sus ojos lanzaban destellos y sonreía mostrando toda su reluciente dentadura bajo el curvado bigote.

—Entre otros entretenimientos, que estoy convencido de que harán las delicias de todos vosotros, contaremos con la actuación de un ilusionista que se está abriendo camino en los escenarios más importantes: el Asombroso Adamantium. Quizá pueda hacer desaparecer durante un rato a algunas de las señoras, para que nosotros, depravados caballeros, tengamos la oportunidad de...

Ilaria se levantó sin molestarse en escuchar el resto. Ya había tenido suficiente. El comedor era un hervidero de carcajadas varoniles e indignados cuchicheos femeninos, y nadie reparó en que ella abandonaba la mesa. Cogió un par de pastelitos de una bandeja que aguardaba en la mesa de servicio, al fondo, y salió de la habitación.

Atravesó el amplio vestíbulo en dirección a la puerta principal. Ya no se oían las risas ni el rumor de las conversaciones, solo el ruido que producían sus tacones sobre el suelo de mármol y el susurro de la

seda de su vestido de fiesta. Salió al exterior y tomó con avidez una bocanada de aire nocturno.

Era demasiado tarde para pasear junto al canal, pero Fazio llevaba demasiadas noches encerrado en la biblioteca y estaba empezando a cansarse de sí mismo. En los últimos días, cuando cerraba los ojos, aunque fuera durante un segundo, lo único que veía eran montañas de libros de todos los tamaños y colores; solo libros, en idiomas diversos, de todo tipo de géneros, escritos por autores famosos o tan ignotos que le costaba un buen trabajo de investigación descubrir siquiera de qué país provenían o en qué siglo habían vivido. Los libros eran su pasión: encontrar ejemplares antiguos, intercambiarlos, trabajar en el catálogo de su colección, limpiar las cubiertas e incluso, en ocasiones, atreverse a restaurar la encuadernación. Pero tenía que parar un poco o se volvería loco. Se imaginaba a sí mismo cuarenta años después, como un anciano decrepito y con los ojos casi ciegos por forzar tanto la vista, sin apenas poder erguirse ya a causa de la joroba y de las articulaciones vencidas, viviendo solo y aislado, y dejándose morir tirado de bruces sobre una pila de libros. Una tumba hecha con cuero y papel. Y en vez de un jarrón con flores, una botella vacía de *amaretto*, quizá.

Los perros lo esperaban al final del puente de Rialto, pendientes de la dirección que decidiera tomar su dueño una vez llegados al otro lado del Gran Canal.

—Vamos, vamos. Por allí —les murmuró, girando a su derecha y tratando de no tropezar con las largas patas de Saggio y Fiore, que ahora no se despegaban de él.

Solo pasaba alguna góndola por el canal de vez en cuando, y ya había transcurrido un buen rato desde que se habían cruzado con un viandante. La noche era tranquila y cálida, y las fachadas de los palacios se reflejaban en el agua con tanta claridad como en un enorme espejo. Tendría que plantearse empezar a salir con los perros a dar un paseo cada noche; reconocía que empezaba a gustarle mucho.

Fiore avanzó de pronto con más rapidez, como si hubiera percibido algo por lo que se sintiera muy atraída. Desapareció tras una esquina y Fazio se detuvo.

—¡Fiore! ¡Vuelve aquí!

De los dos perros, Fiore era la más aventurera. En casa solía ser tranquila y obediente, pero, en cuanto salía, se volvía impredecible. Y Saggio, desgraciadamente, la consideraba su dueña y señora, y la imitaba en todo. Eso fue justo lo que hizo en ese momento: el perro pareció alerta, levantó una pata como si estuviera en plena cacería esperando a que cayera del cielo una perdiz recién abatida, movió la cola y, acto seguido, se lanzó en pos de Fiore y desapareció también.

Fazio suspiró.

—Malditos perros.

Resignado, caminó en la misma dirección sin apresurarse. Los perros estaban demasiado mimados y habituados a vivir en una casa como para escaparse, y sabía que no irían demasiado lejos, pero era un fastidio tener que perseguirlos. El próximo paseo tendría que sujetarlos con las correas, a pesar de lo incómodo que resultaba sentirse arrastrado por su fuerza y corpulencia combinadas...

Tal y como preveía, no habían ido muy lejos. Estaban junto a un puentecillo que atravesaba un canal secundario, muy cerca del palacio Montagliore. Los dos recibían las atenciones de una mujer que estaba agachada a su lado.

—¡Fiore! ¡Saggio! ¡Aquí! —ordenó, intentando emplear un tono lo suficientemente alto para que los perros le hicieran caso, pero no tanto como para molestar a los vecinos.

Los perros lo miraron, pero no se movieron del sitio. La mujer se puso de pie, riendo y sacudiéndose la falda.

—Lo siento, señora —se disculpó mientras avanzaba hacia ella—. Estos bribones son incontrollables, lamento las molestias que le...

Se detuvo. Ahora estaba lo bastante cerca de ella para poder distinguir sus facciones, y, en consecuencia, su corazón decidió saltarse dos o tres latidos. Era ella: su Helena de Troya, su reina Ginebra, su *madame* Bovary, su Beatriz del Paraíso y también de su infierno más secreto...

—¡Fazio! ¿Eres tú de verdad? —exclamó ella con una sonrisa asombrada.

—Ilaria. —Cogió su mano y la besó, consciente de lo ridícula que debía de parecerle a ella su actitud casi reverencial, pero incapaz de saludarla de cualquier otra manera más vulgar—. *Signora* Ilaria Contarini —musitó como si se tratara de alguna clase de oración.

—¡Oh, Fazio! —rio ella con exactamente la misma risa que él no había creído volver a oír jamás. Lo abrazó, rozando con sus manos el comienzo de la joroba y provocando con ello que Fazio sintiera asco de sí mismo. Ilaria se separó un poco para poder mirarlo—. ¡Me alegro tanto de volver a verte...!

Estaba igual que la recordaba. Los ojos grandes, luminosos y de un marrón profundo, sombreados por espesas pestañas; el cabello rizado, del color de la madera de caoba, aunque ahora lo llevaba peinado con un estilo diferente, acorde a la moda del final de la década. La última vez que la había visto, cinco años atrás, había sido en una fiesta en la casa de un acaudalado arquitecto de Florencia. Nunca había habido más que el leve roce de sus dedos al apoyarlos en el brazo de él, o que el de los labios de Fazio sobre el dorso de la mano de ella. Y, sin embargo, sentía una conexión tan profunda, tan íntima, incluso durante los años que habían estado separados, que resultaba casi doloroso. Ese dolor empeoraba al recordarse que Ilaria jamás se sentiría atraída por él; al menos, no por otra cosa que no fuera su intelecto. Su deslumbrante intelecto y su extensa cultura, sí, que nunca le granjearían el verdadero amor de una mujer...

—¿Cómo es que estás en Venecia, Ilaria?

Ella se agachó de nuevo para acariciar a Saggio, sin importarle, por lo visto, que los perros restregaran sus hocicos contra la seda color champán de su traje de noche.

—Estoy pasando unos días en el palacio Montagliore. El conde me ha invitado a su fiesta de cumpleaños dentro de unas semanas.

—También me ha invitado a mí —repuso Fazio. No podía dejar de mirarla—. Supongo que nos volveremos a ver esa noche, entonces.

Ilaria se irguió e inclinó la cabeza hacia un lado con una sonrisa que, de haber sido él otro hombre, podría haber interpretado como coqueta.

—Confío en que nos volveremos a ver antes.

Fazio ató a los perros con las correas y tiró de ellos para que se apartaran de la mujer. En cualquier otro momento, con cualquier otra persona (incluso con otra mujer bella) se le habría ocurrido alguna frase ingeniosa, un comentario brillante con el que cerrar el encuentro. Pero esa noche en concreto, ante Ilaria Contarini, solo pudo responder:

—Eso espero yo también.

Y volvió sobre sus pasos en dirección al puente de Rialto, con Fiore y Saggio dejando muy claro con su reticencia que hubieran preferido quedarse junto a Ilaria.

Los perros eran mucho más listos y valientes que algunos humanos.

Cuando Elizabeth se despertó a la mañana siguiente, le costó unos minutos recordar que había aceptado ayudar a Nicholas en su número de magia a cambio de que la introdujera en el palacio. Lo que le había pedido era inaceptable para cualquier dama, pero estaba desesperada y por eso había acabado accediendo, aunque ahora se arrepentía. Mientras la camarera del hotel ponía ante ella una bandeja con el desayuno, se dijo que encontraría la forma de convencer a Nicholas de que la ayudara sin tener que hacer lo que le pedía. Ella intentaría echarle una mano con su problema, desde luego; estaba dispuesta a poner anuncios por toda la ciudad y preguntar en todas partes hasta encontrarle una asistente perfecta... Pero no podía ser ella misma.

Desde que estaba en Venecia había cambiado su té habitual del desayuno por el café fuerte y oscuro que parecían tomar todos allí. Al principio no le gustaba demasiado, pero ahora, cada vez que tomaba una taza, le daba la sensación de que aquel negro brebaje la fortalecía un poco y le facilitaba concentrarse. Terminó de beberlo y mordisqueó sin apetito un bollito de hojaldre relleno de crema, pensativa.

Debía de haber sufrido un ataque de locura transitoria en aquel saloncito tan agradable. Había empezado a contarle su historia con una pequeña mentira: que estaba ya divorciada, y no solo separada. Admitir que seguía legalmente casada y que, por tanto, pertenecía a otro hombre habría hecho que Nicholas se lo pensara mucho más a la hora de ayudarla... E incluso así, ese hombre le había presentado la situación como si la única opción razonable fuera aceptar su propuesta. Aunque Nicholas del Piero le había parecido hasta entonces, si no exactamente un caballero, sí un hombre amable y educado, aún no sabía si podía confiar en él. ¡Y lo que tendría que hacer ella a cambio...! No quería ni volver a pensar en ello. Pero de momento era la única persona que estaba dispuesta a ayudarla y su único amigo allí, y por eso le había dicho que sí.

Sin embargo, ahora tendría que decirle que no. O quizá no hiciera falta. Habían quedado en que ella acudiría a su casa esa misma mañana para empezar a prepararlo todo, así que bastaba con no aparecer. Encontraría otra manera de llegar hasta Bobby; no permanecería siempre encerrado en el palacio Montagliore, y Venecia no era una ciudad demasiado grande.

Se levantó de la cama con esfuerzo, sin saber si sentirse aliviada por su decisión o angustiada por renunciar a un plan que quizá funcionase. Estaría sola de nuevo; sola mientras caminaba por los callejones, sola mientras pasaba los días sin su hijo, sola mientras trataba de pensar qué hacer y se enfrentaba a cada dificultad que le saliera al paso... Pero eso era lo adecuado, lo único con cierto sentido que podía hacer.

Después de vestirse y de que una doncella la peinara, bajó al vestíbulo intentando decidir cómo proceder a continuación. ¿Debía volver al palacio? ¿Enviar un nuevo telegrama a su abogado o a sus padres suplicando consejo?

Atravesó el amplio vestíbulo agarrando con fuerza la sombrilla y saludó con amabilidad a la señora Davenport y a su sobrina cuando se las cruzó. Al llegar al mostrador de recepción para dejar su llave, vio a Nicholas en el mismo instante en que él la veía a ella. Estaba apoyado en el mostrador de caoba, charlando con el recepcionista, pero le dio la espalda al hombre para dedicarle a ella una amplia sonrisa en cuanto se acercó.

—Buenos días, Elizabeth. ¿Ha dormido bien?

Se aclaró la garganta y trató de sonreír.

—Buenos días, Nicholas. Sí, muchas gracias.

—Me alegro. Hoy tenemos mucho que hacer.

Elizabeth no respondió; entregó la llave al recepcionista y salió al exterior seguida de Nicholas. El sol brillaba tanto, en contraste con el oscuro vestíbulo, que tuvo que entrecerrar los ojos hasta acostumbrarse. Abrió la sombrilla y carraspeó.

—Creí entender que yo acudiría a su casa esta mañana.

—Pensé que sería mejor venir a buscarla, dado su deficiente sentido de la orientación. —Él le ofreció el brazo, y ella no tuvo más remedio que aceptarlo. Suspiró internamente cuando empezaron a caminar hacia el *sestiere* de Castello—. ¿Ve? Cuando llegue a esta plaza debe girar a la derecha, no a la izquierda, o acabará de vuelta en la entrada de su hotel...

—Eso ya lo sé —afirmó Elizabeth ligeramente molesta, y sin tener claro si se estaba burlando de ella o no. Él se rio.

Se sentía tan atrapada como una pequeña mosca en una tela de araña. Sus buenos modales y su timidez le impedían decirle que, de no haber ido él a recogerla, nunca hubiera acudido por sí misma. A medida que recorrían la distancia que separaba el hotel de la casa, se sintió cada vez más ridícula; cuanto más se acercaban, más difícil le resultaba decirle la verdad. Él no dejaba de hablar sobre cosas que a ella no le importaban nada: a qué santo estaba consagrada esa iglesia, cuál era la mejor tienda para comprar recuerdos de la ciudad o quién era el anciano sonriente asomado a un balcón al que acababa de saludar en su perfecto italiano. Elizabeth se limitaba a asentir con una media sonrisa tensa grabada en el rostro, mientras los violentos latidos de su corazón le resonaban en los oídos, como le ocurría siempre que estaba nerviosa y no sabía cómo actuar.

Nicholas se detuvo frente a una puerta de madera en forma de arco, y ella se dio cuenta de que se habían acercado a la casa por una calle que no conocía. Recordó entonces que la tarde anterior había llegado allí en góndola, y que había entrado por la puerta del agua. Esta debía de ser la entrada principal. Aguardó mientras él abría y sostenía la hoja para que entrase primero. Pero no podía esperar a estar dentro de la casa para admitir la verdad.

—Nicholas... —comenzó con voz desfallecida—. Tengo que decirle algo.

Él se detuvo junto a la puerta abierta. A través de ella, Elizabeth atisbó un pequeño jardín sombreado por una parra, pero se obligó a volver a mirar a Nicholas.

—¿De qué se trata?

—En realidad... En realidad, no pensaba venir. He cambiado de opinión.

En lugar de molestarse, como había imaginado que ocurriría, el hombre esbozó una sonrisa indulgente.

—Supuse que lo haría. Por eso he ido a buscarla al hotel.

—¿Lo supuso?

—Claro. Nada más verla supe que era usted la clásica dama inglesa de buena familia, con modales impecables y una educación tan rígida que jamás osaría hacer nada que llamase la atención. ¡Bastante valiente fue yendo sola a enfrentarse con su exmarido en el palacio Montagliore!

Ella respiró aliviada.

—¿Entonces me comprende? ¿Entiende que no pueda aceptar su ofrecimiento?

—Perfectamente.

—Oh, qué amable es usted —sonrió, olvidándose por completo de que al despedirse de él renunciaría

también a su único amigo en la ciudad—. Estoy segura de que encontrará a la ayudante perfecta.

Le tendió la mano a modo de despedida y él se la estrechó, pero en vez de soltarla enseguida, tiró de ella con suavidad y firmeza hasta que traspasaron la puerta.

—¿Qué hace? —preguntó Elizabeth dando un traspié. Tuvo que agarrarse a su brazo para no caer sobre el césped del jardín, y él la sostuvo por la cintura para equilibrarla. Ella se separó de inmediato, incómoda por la excesiva proximidad e irritada por lo ocurrido—. ¡Ha dicho que me comprendía!

—Y la comprendo. Pero también sé que ni yo encontraré a otra ayudante ni usted recuperará a su hijo sin mi ayuda. —Cerró la puerta y miró a Elizabeth con expresión amable—. Entre conmigo y permita al menos que le explique cómo sería su trabajo como mi asistente.

—No insista, por favor, nunca podría hacer algo así —le suplicó ella—. ¡Y estoy segura de que usted lo sabe tan bien como yo!

—Elizabeth, estoy convencido de que puede hacer cualquier cosa que se proponga. Se ha divorciado de un hombre a quien no amaba, aun consciente del escándalo que le supondría. Ha viajado desde Londres hasta Venecia completamente sola para buscar a su hijo. Ya ha llegado muy lejos.

—No se trata de lo lejos que haya llegado...

Nicholas posó una mano sobre su brazo en actitud tranquilizadora, y esta vez ella no se apartó.

—Lo sé. Le asusta hacer el ridículo, dejar de ser la persona que es, y que los demás puedan reírse de usted, ridiculizarla o criticarla. Le da miedo poner todo su esfuerzo en algo totalmente opuesto a lo que haría en circunstancias normales, y todo para que, quizá, no consiga lo que desea. Teme confiar en un extraño, dar un paso en falso y acabar aún peor de lo que está ahora.

Se mordió el labio, impactada por sus palabras y sintiendo una intensa energía que pasaba de la mano de él a su brazo. Era increíble cómo un hombre al que apenas conocía podía ver con tanta claridad lo que bullía en su interior.

—Sí —admitió con sencillez.

Nicholas asintió con la cabeza. Su cabello rubio oscuro, que llevaba recogido en la nuca, despedía destellos dorados bajo el sol de la mañana. Un mechón rebelde le caía junto a la mejilla bronceada, y por un segundo Elizabeth sintió el impulso de apartárselo del rostro. Echó un vistazo hacia la puerta, pensando en que lo mejor que podría hacer era salir de allí cuanto antes.

—Le propongo una cosa —dijo él. Tenía un brillo decidido en los ojos—. Ya que ha llegado hasta aquí, entre solo unos minutos y deje que le enseñe la sala de ensayo y le cuente cómo se desarrollaría el número de magia. Si después sigue sin querer aceptar, no insistiré más y no volveré a molestarla.

Había algo en la forma de hablar de Nicholas que podría conseguir que un león enfurecido se acercara a comer de su mano tan mansamente como un gatito. Elizabeth se preguntó si esa capacidad de ganarse la voluntad de la gente era lo que lo había llevado a convertirse en un mago, y la curiosidad que de pronto sintió por él y por su profesión pudo más que sus temores.

—Está bien. Entraré un momento con usted —aceptó muy a su pesar.

Atravesaron el jardín por un pequeño sendero de losas blancas que conducía hasta la puerta del hermoso edificio color crema. Dos hileras de ventanas con persianas pintadas de un verde brillante se asomaban al jardín. La puerta estaba entreabierta, y del oscuro interior que se adivinaba más allá salieron dos enormes perros mastines. Nicholas pareció notar que ella se ponía tensa y se apresuró a decir:

—No se preocupe. Sé que su tamaño impone, pero la realidad es que son como dos cachorritos.

Elizabeth alargó el brazo, y los dos perros se acercaron a ella con movimientos torpes hasta rozar su falda y después su mano. Acarició por turnos su áspero y corto pelaje gris, mientras los animales la

miraban con dulces ojos color chocolate. Tenían numerosos pliegues y arrugas en las caras, lo que les confería un aspecto más cómico que feroz.

—Son preciosos.

—Este es Saggio, y esta, Fiore. Son los grandes amores de Fazio —le explicó—. Bien, entremos.

Entraron en el edificio seguidos por los perros, y Elizabeth reconoció el lóbrego patio interior que habían atravesado cuando Nicholas abrió la puerta del agua. Miró a su alrededor, un poco desconcertada por la confusa disposición arquitectónica. Las casas venecianas le parecían únicas y extrañas; no se asemejaban nada a las casas de otras ciudades europeas que conocía. Siempre había por todas partes cortos tramos de escaleras, en su opinión innecesarios, balcones tan estrechos que apenas contenían a una persona, y puertas por las que, si uno no sabía lo que había al otro lado, podía acabar cayendo directamente a un canal.

—A estas horas, Fazio suele estar en la biblioteca. Se lo presentaré.

Abrió una puerta, subieron cuatro o cinco escalones y recorrieron un estrecho pasillo hasta llegar a otra, que Nicholas abrió sin molestarse en llamar. Los dos perros se colaron en cuanto tuvieron espacio suficiente, sin poder contener la impaciencia por estar junto a su dueño.

—Quizá no quiera que lo molestemos... —titubeó Elizabeth en voz baja sin decidirse a entrar.

—Tonterías. A Fazio le encanta recibir visitas y conocer gente nueva.

Otra voz, risueña y con marcado acento italiano, sonó desde las profundidades de un gran sofá al fondo de la estancia:

—¡Nicholas tiene toda la razón! Acérquese, *cara*, sea quien sea.

Se acercaron al sofá, tapizado en seda adamascada, y lo rodearon para quedar frente al hombre sentado en él, que ya estaba acariciando a los dos perros. A Elizabeth le sorprendió su aspecto, pero estaba demasiado bien educada como para que se le notase, y su gesto cortés y sonriente no varió ni un ápice al estrecharle la mano.

El amigo de Nicholas era, por decirlo de algún modo, un hombre de físico singular. Incluso sentado, se apreciaba con claridad que su estatura estaba por debajo de la media, así como la pronunciada curvatura de su espalda. Ella nunca había visto antes a nadie con joroba. Tenía una mata de pelo negro y lacio que empezaba a brotar tras unas entradas ya muy marcadas, y unos ojos pequeños y color avellana que la miraban con expresión amable. Su rostro no era en absoluto agraciado, pero había algo en él que le gustó desde el primer momento.

—Fazio, te presento a Elizabeth Simmons.

—Es un auténtico placer —sonrió Fazio—. ¿Es usted inglesa?

—Así es.

—Elizabeth ha llegado hace poco a Venecia —intervino Nicholas mientras repasaba con la mirada los numerosos libros abiertos que había sobre la mesa.

—¡Pues bienvenida entonces a nuestra hermosa ciudad! Espero que la esté tratando bien.

—Sí. Bueno, al menos Nicholas lo hace —respondió ella, aturullada. Enrojeció cuando Fazio soltó una carcajada, consciente de pronto de cómo había sonado.

—Estoy seguro de ello. —Fazio lanzó una mirada llena de diversión a Nicholas, pero este negó rápidamente con la cabeza, como desmintiendo lo que parecía sugerir su amigo.

—Es posible que Elizabeth se convierta en mi nueva ayudante —se apresuró a explicar.

Fazio contempló a Elizabeth durante largo rato. Su sonrisa no había desaparecido, pero la expresión de su feo rostro era ahora más pensativa que regocijada. Elizabeth supo, sin ninguna duda, que se estaba

preguntando por qué Nicholas había escogido a alguien como ella como asistente para sus números. Su mirada extrañada, con la que trataba de evaluarla discretamente de arriba abajo, dejaba claro que no podía verla más inadecuada para ese papel.

—Vaya, pues... espero que eso signifique un gran éxito para ambos. —Volvió la cabeza hacia Nicholas—. ¿Esto quiere decir que Else no...?

—No.

Elizabeth percibió el dolor en esa única sílaba y vio la sombra que asomó a los ojos de Nicholas con la mención de su antigua ayudante. Volvió a desear con fuerza marcharse de allí y renunciar a aquel sinsentido mientras un silencio incómodo se adueñaba de la estancia.

—Venga conmigo, Elizabeth. Le mostraré la salita púrpura —dijo Nicholas al cabo de unos segundos con un tono de nuevo animado.

—De acuerdo —respondió. Sonrió a Fazio—. Encantada de conocerlo.

—Lo mismo digo, *cara*.

Fazio inclinó con amabilidad la cabeza y cogió uno de los libros que había sobre la mesa para retomar su lectura.

Nicholas la condujo de nuevo a través del patio y entraron en otra habitación, más pequeña que la biblioteca, pero mucho más llamativa. Para empezar, las paredes estaban forradas de seda color púrpura, lo cual producía una sensación extraña, casi onírica. Grandes espejos colgados por todas partes reflejaban la estancia, acentuando esa sensación, y excepto por un par de butacas y un pequeño piano, no vio ni uno solo de los muebles corrientes que uno esperaría encontrar en una salita. En el centro de una alfombra redonda, como si fuera el núcleo de la habitación, había una mesita cuadrada cubierta de terciopelo negro, sin nada más en su superficie. Alrededor se podían ver diversas cajas, unas abiertas y otras cerradas, ristras de pañuelos de colores, extraños artilugios con poleas, un baúl enorme de aspecto pesado, biombos y cestas de contenido misterioso. Al fondo colgaba un cortinaje de terciopelo morado que ocultaba uno de los rincones de la habitación. Los visillos de la única ventana eran de gasa violeta semitransparente, por lo que la luz que dejaban pasar estaba teñida de ese color. Elizabeth no paraba de girar sobre sí misma contemplándolo todo, boquiabierta.

—¿Qué le parece?

Se volvió hacia donde creía que estaba Nicholas, pero este se había desplazado silenciosamente hacia el centro de la sala y estaba apoyado en la extraña mesita negra, observándola con expresión divertida y expectante.

—Es... es asombroso.

Él se rio.

—Espere a presenciar alguno de mis trucos antes de asombrarse tanto. Esto no es más que una habitación que me ha cedido Fazio mientras viva aquí.

Elizabeth podía sentir cómo su curiosidad iba en aumento. Desde que había entrado en aquella sala, tenía la impresión de que el mundo exterior, corriente y vulgar que había conocido hasta entonces se había volatilizado.

—Estoy impaciente... —Recordó el nombre artístico de Nicholas y añadió—: Adamantium.

—«Asombroso Adamantium» —corrigió él con una sonrisa—. Aguarde un momento. Puede sentarse si lo desea.

Nicholas desapareció detrás del cortinaje de terciopelo y ella continuó dando vueltas por la habitación, absorta y casi mareada por la difusa luz violeta, hasta chocar contra una de las butacas. Se dejó caer

distraídamente en ella, sin parar de observarlo todo. Cerca de ella había un caballete de madera que sostenía un cartel: el anuncio de una de sus pasadas actuaciones. Leyó con rapidez el escueto texto en francés que detallaba el día y lugar del espectáculo, en un teatro de París, y se concentró en la colorida imagen. Era un elaborado dibujo de Nicholas, ataviado como ilusionista y tocado con un sombrero de copa negro, con los brazos extendidos de forma teatral y una bandada de palomas blancas revoloteando a su alrededor. A su lado, una joven vestida de rojo mostraba una caja de la que salían rayos de luz. La mujer era bellísima, con un rostro altivo y perfecto, grandes y penetrantes ojos azules y una cascada de rizos rubios que le caían sueltos hasta la cintura. Tenía los labios sensualmente entreabiertos y muy rojos, y una presencia casi tan imponente como la del propio Nicholas.

Elizabeth apartó la mirada y se dijo que de ningún modo podría asemejarse ni siquiera un poco a ella. «EL ASOMBROSO ADAMANTIUM Y SU EXTRAORDINARIA ELSE», decía el cartel, y lo cierto era que aquellos adjetivos se adaptaban a la perfección a la pareja. Elizabeth no era asombrosa ni extraordinaria, y jamás lo sería. Se sintió más insegura que nunca, y adquirió una postura más recta en la butaca, más digna de la dama que era. De lo único que podía ser. En cuanto regresara Nicholas, rechazaría de forma definitiva el trato.

—Ahora podemos empezar —le oyó decir a su espalda. Se puso de pie y se giró hacia él, decidida a hablar ella antes y no permitir que la enredara de nuevo con sus argumentaciones. Pero cuando lo vio, las palabras se desvanecieron de su mente.

Ya no era Nicholas. El joven apuesto y encantador, con sus sencillos pantalones de algodón gris y su camisa blanca remangada, había desaparecido. En su lugar, Adamantium parecía brillar con un resplandor interno, con una belleza sublime que lo asemejaba a un semidiós o a una radiante criatura sobrenatural. Se había soltado el cabello, que le caía en densas guedejas doradas hasta casi tocar los hombros, y vestía pantalones negros, levita negra con solapas de seda, corbata ancha de satén rojo anudada sobre la camisa blanquísima de cuello duro y una chistera negra. Era la misma indumentaria con la que lo habían retratado en el cartel, pero la ilustración no hacía justicia al hombre que Elizabeth tenía ahora ante sus ojos. De alguna manera, se había transfigurado, aunque ella no habría sabido decir en qué consistía esa transformación. Se trataba de algo intangible e inexplicable, que iba mucho más allá del cambio de vestuario, aunque sin duda se apoyaba en ello.

Elizabeth sabía que debía decir algo, pues de lo contrario estaría demostrando lo impresionada que estaba de forma aún más evidente. Pero todos los comentarios que se le ocurrieron sonaban ridículos y tontos en su cabeza, así que optó por sonreírle y aplaudir durante unos segundos, como si estuvieran en el teatro. Al hacerlo se sintió más tonta todavía.

Nicholas se inclinó en una pequeña reverencia y pasó junto a ella para situarse de nuevo cerca de la mesita central.

—Lo primero que debe saber, Elizabeth, es que la magia no existe... —deslizó con elegancia su mano enguantada por encima del negro terciopelo y luego se la mostró a ella: de pronto sujetaba una magnífica rosa roja— hasta que el mago la hace posible.

Realizó dos o tres trucos muy sencillos que ni siquiera se molestaba en mostrar en sus espectáculos y que no hubieran engañado a nadie con unos conocimientos básicos de ilusionismo, pero que a ella parecieron impresionarla. Sus ojos grisáceos se agrandaban por el asombro cada vez que él adivinaba el naipe escondido en su chistera o lograba que surgiera un objeto «de la nada». Nicholas tenía que admitir que iba a ser complicado transformar esa inocencia en la habilidad y el conocimiento necesarios para ser una ayudante eficiente, pero lo conseguiría.

La rosa roja que le había ofrecido después de sacarla del compartimento secreto reposaba sobre su falda. Contemplar su rostro turbado y sorprendido al tenderle la flor había supuesto una gran satisfacción para él, y no solo como ilusionista, sino también como hombre. Estaba acostumbrado a que las mujeres quedaran impresionadas por su mera presencia cuando actuaba como Adamantium (y en realidad, también cuando era solo Nicholas), pero ver a Elizabeth ahí sentada, ruborizada y sin poder apartar los ojos de él resultaba mucho más placentero y halagador que nunca.

También había disfrutado con su expresión al verlo presentarse ante ella por primera vez como mago. Había percibido con toda claridad el estremecimiento que la sacudía, cómo se dilataban sus pupilas y se entreabrían sus labios... Con la práctica y el paso de los años, Nicholas había aprendido a irradiar su propia magia interior. No se trataba de nada sobrenatural, sino de una cualidad por completo terrenal y explicable, aunque difícil de conseguir: *glamour*. Proyectar *glamour* equivalía a proyectar una poderosa impresión de atracción y fascinación sobre los demás, y hacía siglos se había relacionado con los hechizos que, según las leyendas, las brujas realizaban para ganarse la voluntad de los incautos. Se trataba de un término que empezaba a ponerse de moda en el mundo del espectáculo, y que Nicholas desconocía al iniciarse como artista. Ahora lo dominaba de tal forma que no le requería esfuerzo alguno, lo cual potenciaba mucho más su efecto. Eso era lo que los italianos llamaban *sprezzatura*: la desenvoltura y seguridad propias de los caballeros cortesanos de antaño, que no demostraban ninguna afectación y que se conducían siempre con gracia y naturalidad. El *glamour* y la *sprezzatura* tenían tanta importancia en sus números de magia como los propios trucos, o quizá incluso más. Tendría que hablarle de todo eso a Elizabeth en algún momento, pero aún no; quería hacer durar todavía un poco más ese hechizo indefinible que ejercía sobre ella en aquel instante.

Dejó a un lado las tres naranjas que acababa de sacar de debajo de un pañuelo de seda y se quitó el sombrero. Pasándose los dedos por el cabello, dijo:

—Por lo general, empiezo con algún truco sencillo pero muy vistoso, para atraer la atención del público. Luego voy aumentando la dificultad, hasta acabar con un número tan espectacular que la gente necesita unos segundos para reaccionar y empezar a aplaudir.

—¿Como cuál? —quiso saber ella.

—Suele ser escapismo; ya sabe, mi ayudante me ata con varias cadenas y yo consigo liberarme en unos segundos. Otras veces, desaparezco del escenario y aparezco de nuevo en el otro extremo del teatro.

—¿Y cómo hace eso? —rió Elizabeth.

—Ya se lo contaré. —Nicholas recordó de pronto lo que había estado preparando como número final para esa ocasión—. ¿Le gustaría acompañarme esta tarde al taller del señor Girardi? Está encargándose de fabricar algo para nuestra actuación... Es decir, si es que usted se decide finalmente a ayudarme.

Bajó la vista hacia las naranjas al decir la última frase, pero siguió mirando a Elizabeth con disimulo por debajo de las pestañas. Ella daba la impresión de estar sufriendo una auténtica lucha interior, y retorció entre sus dedos un pétalo arrancado de la rosa. Durante unos segundos no contestó, y Nicholas se dedicó a guardar las naranjas en un saco, fingiendo despreocupación.

—Sí. Le ayudaré —dijo Elizabeth al fin con un hilo de voz.

«Estaba seguro de que lo harías». Se acercó a ella y puso una mano sobre su hombro con suavidad.

—Gracias.

—Pero le advierto de que jamás podré ser como... —Elizabeth señaló con la mano el cartel— como ella.

Nicholas siguió con la mirada su gesto y contempló la ilustración un instante. Else aparecía magnífica

en ese cartel, aunque en la realidad era aún mejor.

—No lo pretendo —le aseguró—. Solo tiene que ayudarme una vez, en un único espectáculo. La entrenaré bien, desde luego, pero no necesita saber todo lo que ella sabía.

Elizabeth asintió. ¿Parecía tal vez un poco desilusionada?

—¿Qué tendré que hacer?

—¿Sabe tocar el piano? Seguro que sí, no hace falta que conteste... —Fue hacia la pequeña pianola y se sentó en la banqueta—. Else no sabía tocar, pero eso no era un problema.

Pisó uno de los pedales y movió los dedos sobre el teclado, sin tocarlo. Una música tenebrosa comenzó a sonar mientras las teclas se movían solas un centímetro por debajo de sus dedos. Incluso de espaldas a ella, pudo percibir su asombro.

—¿Cómo...?

Accionó el pedal otra vez y la música cesó.

—Se trata de un sencillo mecanismo. No tiene nada de especial. —Se puso en pie y sonrió—. Else lo empleaba como forma de anunciar mi aparición al público. A veces fingía que de verdad tocaba, pero otras veces le gustaba dejar claro que las teclas se movían solas, para que la gente creyera que podía tocar música solo con el poder de su mente. Solíamos discutir a causa de esto, ya que llamaba demasiado la atención sobre ella, en lugar de crear expectación hacia mí...

—¿Puede utilizarse como un piano normal? —inquirió Elizabeth interrumpiéndolo.

—Sí. ¿Prefiere hacerlo de ese modo?

—Creo que sí.

—Como quiera. —Caminó hasta un rincón de la sala, donde estaba el enorme baúl de madera, y le hizo un gesto a Elizabeth para que se acercara. Cuando llegó hasta él, pidió—: Intente moverlo y arrastrarlo hasta el centro de la habitación.

Se retiró para cederle espacio y la observó mientras trataba de empujar el baúl sin mucho éxito. Elizabeth estuvo a punto de tropezar con el bajo de su vestido, y resopló un par de veces de una forma poco elegante. Nicholas sonrió para sus adentros y la apartó con delicadeza.

—Uno de los deberes de la ayudante de mago es trasladar sus utensilios dentro y fuera del escenario y moverlos al punto exacto donde deben estar. Hágalo así. —Se situó en el extremo opuesto del baúl y tiró de una correa de cuero. El baúl se deslizó por el suelo sin dificultad.

—¿Para qué utilizaremos este baúl? —preguntó ella, y Nicholas se alegró de oír que ella también se incluía.

—Es para el truco de la Metamorfosis, uno de mis favoritos... Por cierto, lo inventó hace algunos años un compatriota suyo, un admirable ilusionista llamado John Nevil Maskelyne, que comenzó siendo relojero... Veamos. —Abrió el baúl y le mostró cómo doblaba la mitad posterior de la tapa hacia dentro, como una escotilla. Señaló el pestillo disimulado con fieltro negro en el interior—. Durante este número, usted se meterá ahí y un espectador cualquiera lo cerrará con llave... ¡Oh, no ponga esa cara de susto! Yo me colocaré de pie encima, y subiré aquella cortina para que nos tape casi por completo. Usted, entonces, saldrá accionando este pestillo, se agachará a mi lado sin que la vean y sostendrá la cortina exactamente como lo estaba haciendo yo, mientras me meto en el baúl en su lugar, ¿comprende? Luego usted bajará la cortina y aparecerá de pie sobre el baúl, y después de volver al suelo le pedirá al espectador que lo abra. La gente se quedará asombrada al verme a mí dentro en su lugar y estallarán los aplausos... Habremos intercambiado nuestros puestos por arte de magia.

Elizabeth lo escuchaba con atención, dirigiendo la mirada al baúl, a la cortina y a él mismo mientras

hablaba. Era evidente que se estaba esforzando por asimilar cada detalle.

—Supongo que cuanto más rápido se haga el cambio, mejor será el efecto.

—Exacto. —Él sonrió y asintió con la cabeza apreciativamente para animarla—. Me alegra comprobar que aprende deprisa. ¡Creo que vamos a descubrir que es usted una auténtica ilusionista nata!

Ella rio con timidez.

—¡Nada de eso!

Nicholas volvió a arrastrar el baúl a su rincón y recogió la chistera que había dejado sobre la mesita.

—Me parece que es suficiente por ahora. ¿Quiere entonces acompañarme al taller de Girardi?

—Sí, le acompañaré —respondió ella—. Pero antes me gustaría pasar por mi hotel. Necesito comprobar si he recibido respuesta a un telegrama.

—Por supuesto —aceptó—. Espere un momento mientras vuelvo a cambiarme de ropa.

—¿Cambiar...? —repitió ella. Parecía decepcionada ante la perspectiva de que Adamantium desapareciera tras los cortinajes morados, y a Nicholas eso le encantó.

Fazio insistió en pagar una góndola para que Nicholas y Elizabeth llegaran al hotel. Nicholas le aseguró que era suficiente con que le prestara su pequeña embarcación de remos, pero Fazio se negó en redondo, alegando que «no era digno de una señora distinguida» como ella llegar a un hotel tan elegante en un bote de remos.

De modo que Elizabeth disfrutó por tercera vez de un paseo en góndola, aunque estaba tan atenta a las anécdotas que Nicholas le contaba durante el trayecto que apenas se fijó en lo que la rodeaba. Nunca se había interesado por los espectáculos, exceptuando la ópera y el ballet, pero ahora se sentía fascinada. Él hablaba de ciudades lejanas, de personas extraordinarias a las que había conocido, de inventos curiosos y de las aventuras que había vivido durante sus viajes. Elizabeth se rio con sus divertidas narraciones de trucos que le habían salido mal en sus inicios como ilusionista y que lo habían dejado en ridículo, y sintió una gran admiración cuando habló de cómo había conseguido llenar un teatro por primera vez.

Cuando Nicholas la ayudó a salir de la góndola en el embarcadero del hotel, ella recordó de pronto su situación, y el corto momento de despreocupada felicidad que acababa de vivir terminó de golpe.

—¿Prefiere que me quede fuera?

Elizabeth asintió. Entrar en el Bauer con alguien como Nicholas no pasaría desapercibido, y no quería exponerse a las miradas curiosas y a las murmuraciones de los caballeros y damas que la conocían.

Atravesó sola el vestíbulo y preguntó en el mostrador de recepción si habían recibido algo para ella. Cuando el recepcionista le tendió el telegrama, notó que se le formaba un nudo en la boca del estómago. Dio las gracias y, sin abrirlo, salió de nuevo al exterior. Nicholas la aguardaba apoyado en la barandilla del embarcadero, dando la espalda al canal.

—¿Tenía el mensaje que esperaba? —preguntó al verla llegar.

—Sí. Es un telegrama de Londres, seguramente de mi abogado, en respuesta al que le envié yo.

—¿Buenas noticias?

—No lo sé. Aún no lo he abierto.

Caminó para alejarse del hotel, seguida de Nicholas. Elizabeth se preguntó si, de forma inconsciente, había aguardado a estar junto a él para abrir el telegrama. Tenía que admitir que a su lado se sentía segura y más fuerte para aceptar cualquier cosa que estuviera a punto de leer.

Se detuvo en la placita empedrada que había cerca de su hotel y se sentó en un banco, mientras Nicholas se quedaba de pie junto a ella. Desplegó el telegrama con manos temblorosas y leyó con rapidez las escasas palabras:

«Recomiendo inmediato regreso a Londres».

Nada más. Ningún consejo útil, ninguna promesa de ayuda. Solo la orden, disfrazada de recomendación, de que volviese a su casa y dejase de intentar resolver nada por su cuenta. Dobló el telegrama con calma y lo metió en el bolso. En el fondo, no había esperado otra cosa.

Nicholas seguía a su lado, pero no hizo ninguna pregunta. Ella se levantó del banco y se encogió de hombros.

—Mi abogado quiere que regrese a Londres.

—¿Y va a hacerlo? —inquirió él con voz suave.

Era curioso. Desde que había aceptado ser su ayudante, se sentía mucho más resuelta, como si se hubiera impregnado con un poco de la magia de Adamantium durante las horas que había pasado en la salita púrpura.

—No. —Se esforzó en sonreír—. ¿Por dónde se va a ese taller?

Nicholas sonrió a su vez y la condujo por un callejón que salía de la plaza, y después por varios más, hasta que llegaron a un pequeño edificio. Un hombre de unos cincuenta años, delgado y con la piel olivácea estaba en la puerta, enderezando una muñeca articulada de tamaño natural sentada en una silla.

—Buenas tardes, Girardi —le dijo Nicholas en italiano. El hombre dejó la muñeca y saludó a Nicholas efusivamente mientras Elizabeth permanecía a un lado. No entendía nada de lo que decían, y parecían haberse olvidado de su presencia.

Entró en el taller detrás de ellos y miró asombrada a su alrededor. La totalidad de las paredes, hasta el último centímetro, estaba cubierta por relojes de todos los tipos imaginables. Los había grandes, pequeños, lujosos, sencillos, con péndulo o de cuco. El más cercano a ella tenía forma de granja, con tejado a dos aguas y un balcón en la parte superior, justo debajo de la esfera. En el balcón había dos niños con las manos alzadas, como si estuvieran saludando. En el porche, la madre sostenía un rodillo de amasar y miraba un cervatillo que había en el huerto. Junto a las escaleras de la entrada, el padre cortaba la leña sobre un tocón de árbol. Se trataba de un trabajo exquisito, con detalles trabajados al máximo, y Elizabeth se preguntó qué ocurriría al sonar la hora. Supuso que los niños saludarían, la madre agitaría el rodillo, el padre manejaría el hacha y el cervatillo se alejaría de la casa.

Pero lo más extraordinario del taller eran los autómatas: muñecos de gran realismo, sentados en el borde de las mesas, en sillas o en sus propios soportes. La mayoría no estaba en funcionamiento, pero Girardi había conectado algunos para que las personas que entraran se quedasen tan fascinadas como la propia Elizabeth estaba en ese instante. Uno de los muñecos que funcionaban representaba a una hermosa joven sentada en un tocador. Se cepillaba los largos cabellos rojos con un cepillo mientras, de vez en cuando, ladeaba la cabeza y sonreía a su imagen en el espejo. Otro tenía la forma de un hombre vestido a la moda del siglo XVIII, con levita de terciopelo azul y peluca empolvada, que tocaba un pequeño violín. La música del violín sonaba tan real como si fuera un humano el que la tocara, y el muñeco movía el arco con suma delicadeza. Cuando se detuvo la música, alejó el violín de su cara y se inclinó con una reverencia.

—¡Es maravilloso! —exclamó Elizabeth sin dirigirse a nadie en particular.

Nicholas, que había permanecido junto al mostrador conversando con Girardi, se acercó por fin a ella.

—Disculpe, Elizabeth. La hemos dejado un poco abandonada. Girardi no habla inglés, pero le traduciré lo que diga. —La tomó del codo con suavidad para que se aproximara con él al mostrador—. Ya le he contado que es usted inglesa y que estamos trabajando para que sea mi nueva ayudante. Girardi está preparando algo para mí, y he venido para saber cómo va... Aunque estábamos comentando que, de hecho, ha sido una suerte que me acompañara, porque tendremos que tomarle medidas.

—¿Medidas? ¿Por qué? —Elizabeth miró alternativamente a Nicholas y a Girardi, que se limitó a sonreír.

—El instrumento en el que trabaja estaba pensado para ajustarse a las proporciones físicas de Else, y creo que usted es un poco más baja y más delgada. Girardi opina lo mismo, así que habrá que rediseñarlo.

Girardi salió de detrás del mostrador y le dijo algo a Nicholas. Este le hizo un gesto a Elizabeth para

que los siguiera hasta una habitación posterior, donde un adolescente se afanaba sobre una gran mesa de trabajo cubierta por multitud de tuercas y pequeñas piezas metálicas. El joven murmuró algo a modo de saludo, pero continuó trabajando sin apenas levantar la vista.

Elizabeth empezaba a sentirse un poco molesta a causa de no entender nada; ni lo que hablaban entre ellos Nicholas y Girardi, ni qué era lo que estaban fabricando en el taller ni qué papel desempeñaba ella en todo eso. Deseó con todas sus fuerzas haber tenido una institutriz italiana en vez de francesa.

Nicholas pareció darse cuenta de su incomodidad y, mientras Girardi desaparecía en las profundidades del taller, le explicó:

—Girardi es un buen amigo de Fazio, y por eso estoy seguro de que no revelará los secretos del truco que estoy preparando para la actuación en el palacio. Sin su ayuda y su discreción, sería imposible para mí realizarlo.

—¿De qué se trata?

—Levitación. —Nicholas sonrió al ver su cara de sorpresa—. Es un truco que Maskelyne ejecuta de manera admirable, y creo saber el secreto.

—¿Y cómo lo sabe?

—¿Nunca ha ido a ver sus actuaciones en el Egyptian Hall, en Londres? —Elizabeth negó con la cabeza. Aunque sabía que muchas damas conocidas acudían a las exhibiciones que se celebraban allí, atraídas por el misterio de la magia y el espiritismo que tan de moda estaba, ella jamás había entrado—. Yo me he pasado horas y horas sentado en ese lugar, admirando sus actuaciones y tratando de comprender sus grandes trucos... Creo que la historia lo recordará como uno de los mejores magos.

—Entonces, ¿usted ha vivido en Londres? —A Elizabeth, la posibilidad de haberse cruzado alguna vez con Nicholas en las calles de su ciudad, sin haberse fijado en él, le resultó inverosímil.

—Pasé un invierno allí, hace ya varios años, aunque no llegué a actuar en ninguno de sus teatros. Confío en que algún día...

Girardi regresó junto a ellos en ese momento con una cinta métrica en la mano, interrumpiendo la conversación, y le preguntó algo a Nicholas, que pareció incómodo de repente.

—Como le dicho antes, tenemos que saber sus medidas para que Girardi pueda adaptar lo que está preparando para mí... Se trata de un mecanismo que irá unido a una pequeña tabla, la cual deberá usted llevar bajo la ropa de manera que no se note. Ya le explicaré con más detalle el funcionamiento, pero...

—Se detuvo, tomó la cinta métrica de manos de Girardi y se la ofreció a ella—. En fin, ¿prefiere tomarse usted misma las medidas de su talle y de su altura o que lo hagamos uno de nosotros?

Elizabeth enrojeció. Ni siquiera su modista de Londres era varón. Ningún hombre le había puesto las manos encima, excepto Robert y el médico de familia. Que lo hiciera ahora el dueño del taller le resultaba, si no desagradable, al menos bastante incómodo. Y que lo hiciera Nicholas... Bueno, esa posibilidad le incomodaba también, aunque de manera distinta. Se lo imaginó por un instante posando sus manos sobre su cintura y sus caderas, más cerca de ella de lo que nunca había estado hasta entonces, y descubriendo las proporciones exactas de su cuerpo... Apenas fue capaz de tolerar con calma esa imagen mental, así que se apresuró a responder:

—Lo haré yo misma.

Cogió la cinta métrica y se ocultó tras un biombo que Girardi le señaló. Resopló mientras se quitaba el sombrero y desdoblaba la cinta. Si aquello era solo el comienzo de sus deberes como ayudante de mago, le esperaba un duro camino por delante.

Encontraron una mesa libre en la sala oriental del Caffè Florian. Nicholas sonrió cuando Elizabeth se sentó en el banco de terciopelo rojo sin dejar de mirar con embeleso a su alrededor. Estaba seguro de que el Florian le gustaría, con sus molduras doradas, sus mesitas de mármol, sus pinturas decorativas en forma de medallones y los elegantes camareros que llevaban sobre sus manos enguantadas bandejas de plata llenas de delicados dulces. Costaba imaginar que, cuarenta años antes, aquel refinado local había sido utilizado como hospital improvisado, durante la revolución de 1848.

Había espacio de sobra junto a ella, pero prefirió tomar asiento en una silla, al otro lado de la mesa. Elizabeth parecía un poco agobiada después de tomarse las medidas en el taller, y quizá demasiada proximidad física lo empeoraría. Era consciente de que estaba haciendo un gran esfuerzo por asimilar y tolerar todo lo que él le estaba pidiendo, cosas que no podían estar más alejadas de su naturaleza reservada y discreta.

Cuando se acercó un camarero, Nicholas pidió cafés aderezados con licor y nata, y algo para comer, y a continuación habló el primero.

—Elizabeth, no sabe cuánto le agradezco que haya aceptado ayudarme, y creo que ahora ha llegado su turno. —Esperó a que respondiera, pero no dijo nada. Ella solo lo miraba con una expectación que lo conmovió—. Tenemos que planear bien cómo abordaremos a su exmarido.

La joven asintió y se inclinó hacia delante sobre la mesa.

—Supongo que podríamos pagar a algún criado para que nos diga cómo llegar hasta Bobby, y mientras usted realiza uno de sus números, yo podría escabullirme hasta allí y sacarlo de la casa.

Nicholas habría lanzado una buena carcajada si no se hubiera tratado de un asunto tan espinoso.

—¡Por el amor de Dios, Elizabeth, tratemos de llevar todo esto con un poco de sentido de la estrategia! —Percibió el rubor que cubría sus mejillas y lamentó de inmediato haberla avergonzado—. Verá, si lo hacemos como propone, para empezar todo el mundo notará que de repente mi bella ayudante ha desaparecido. Y será cuestión de pocos minutos que descubran que no es parte de un truco... Por otra parte, ¿cree que su niño estará durmiendo en una estancia totalmente solo, sin ningún criado que lo vigile? —Ella negó con la cabeza, apesadumbrada—. Además, sería casi imposible que sacara al pequeño de la casa sin que nadie se percatara, por no mencionar que en cuanto su exesposo lo supiera, la denunciaría por intento de secuestro... En fin, se me ocurren al menos diez razones más por las que no podemos resolverlo así.

Se detuvo mientras el camarero depositaba ante ellos las tazas y platos de porcelana decorados con un filo dorado y las iniciales «C. F.».

—¿Entonces qué haremos? —preguntó Elizabeth.

—Beba un poco. Le sentará bien y le dará fuerzas.

Ella tomó un sorbo de la taza, apartando un poco la nata con la cucharilla, y sus ojos se abrieron de par en par por la sorpresa.

—¿Qué es esto?

—Lleva licor de café, aromatizado con vainilla. ¿Le gusta?

—Sí, pero no creo que sea una hora apropiada para... .

—No se preocupe. —Le divirtió que ella tuviera tan pocos escrúpulos para unas cosas y tantos para otras. Empujó el plato de dulces hacia ella—. Coma uno de estos bizcochos, son típicos de aquí.

—¿Qué propone usted entonces? —repitió Elizabeth, ignorando los bizcochos.

—Bueno, ofreceremos nuestra grandiosa actuación completa. Después de todo, para cumplir con su parte del trato necesito que salga bien y que Montagliore esté satisfecho. No me serviría de nada un

escándalo de la alta sociedad a media actuación... Cuando acabemos, se dirigirá a su exmarido delante de todos los invitados y le exigirá que le devuelva a su hijo.

—¿Delante de todos?

—Claro, ese será el detalle que juegue en su favor.

—Pero si los invitados son italianos, no me entenderán...

—Habrá invitados de toda Europa, y en cuanto uno o dos se enteren de lo que está ocurriendo, se propagará como la pólvora por el salón.

Elizabeth asintió, pensativa. Estaba removiendo con la cucharilla de plata el contenido de su taza una y otra vez, formando una mezcla color fango de nata, café y licor, y estropeando la delicada preparación. Nicholas la observó hacerlo durante unos segundos, sin decir nada, y luego elevó la vista para mirarla a la cara. Sabía muy bien lo que estaba pensando: se preguntaba si sería capaz de aquello, de desvelar su verdadera identidad delante de una multitud de aristócratas y enfrentarse a su exmarido. El propio Nicholas dudaba que pudiera atreverse (y más aún que saliera bien), pero no había otras opciones.

—¿Y cree que los invitados me apoyarán a mí? —preguntó ella finalmente, dejando la cucharilla y apartando la taza unos centímetros.

Esa era la parte más peliaguda. Nicholas no estaba seguro al cien por cien de que los invitados la apoyarían a ella. Cabía la posibilidad de que se quedaran todos tan perplejos cuando la ayudante del ilusionista contara su historia que simplemente no reaccionaran, ni a favor ni en contra. Pero no podía decirle eso a Elizabeth.

—Cualquier persona con un poco de humanidad reconoce la injusticia de apartar a un niño de su madre —contestó, y se llevó su taza a los labios.

Ella pareció tranquilizarse un poco con su respuesta, y durante un rato se dedicó a contemplar las pinturas que adornaban las paredes. La que tenían enfrente representaba a una exótica mujer de piel oscura, con el torso descubierto, y Elizabeth no apartaba los ojos de ella.

—¿Le escandaliza? —preguntó Nicholas, divertido.

Se volvió de nuevo hacia él y le sonrió con ligera melancolía.

—Nada de eso. En realidad, estaba pensando en lo maravilloso que debe de ser viajar por todo el mundo y visitar esas tierras tan lejanas y extrañas... Seguro que usted ha estado en esos lugares.

—Me he movido mucho, pero siempre sin salir de Europa —reconoció. Se inclinó un poco hacia ella y la miró a los ojos—. Sin embargo, si decide unirse a mi espectáculo de forma indefinida, viajaremos hasta el lejano Oriente y actuaremos ante el mismísimo emperador de la China.

La expresión de ella solo reflejó asombro y turbación durante un par de segundos antes de echarse a reír.

—No bromeo, Nicholas. Esto es demasiado importante.

—Lo sé. Pero me gusta cuando se ríe. —Cogió su mano por encima de la mesa y la apretó ligeramente—. Se merece tener más motivos para reír, Elizabeth.

Ella suspiró y su rostro se ensombreció de nuevo.

—Entonces, ¿cree que funcionará?

Nicholas se apartó el pelo de los ojos. Había olvidado recogerse de nuevo el cabello al quitarse el atuendo de Adamantium, y le resultaba un poco molesto. Sabía que su ondulada y rubia cabellera constituía uno de sus mejores rasgos, y que llevándola suelta resultaba aún más espectacular, pero no era nada práctico y le estaba poniendo nervioso. O quizá era su trato con Elizabeth lo que le enervaba...

En ese momento se dio cuenta de que mostrar un continuo optimismo en sus posibilidades le costaba

cada vez más. Existía una probabilidad muy real de que nada de aquello saliera bien, empezando por la actuación de ella como ayudante y terminando por el escándalo que se formaría después. Pero no podía flaquear ante Elizabeth, y no solo porque no quería ser quien le causara más preocupación y tristeza, sino porque corría el riesgo de que ella se echara atrás y lo dejara plantado. Era consciente de la parte egoísta de sus motivaciones, pero no podía evitarlo... De modo que esbozó una sonrisa confiada y respondió a su pregunta.

—Sí. Funcionará.

Su alivio duró solo unos segundos.

—¿Y si Robert me reconoce antes de tiempo?

Nicholas no había pensado en eso. Cuando llegaran al palacio, antes del número, serían recibidos por los criados y después por el propio Montagliore. Elizabeth le había dicho que su exmarido había ordenado que nadie la permitiera entrar en el edificio. Si la reconocían, el plan fracasaría antes siquiera de empezar.

—Tendrá que ir vestida desde el principio como asistente de mago. Le enseñaré a maquillarse como hacía Else, y buscaremos una peluca. Nadie la reconocerá.

—Está bien.

Le indicó por gestos a un camarero que pasaba frente a su mesa que le trajera la cuenta. Llevaban demasiado tiempo allí sentados, y necesitaba salir y dedicar sus pensamientos a otra cosa. Sin embargo, ella parecía aún tan nerviosa y abatida, con los ojos fijos en sus enguantadas manos, que el deseo de brindarle amparo y consuelo se hizo más fuerte.

—No debe preocuparse, Elizabeth. Ocurra lo que ocurra esa noche, yo la protegeré. Lo haré todo el tiempo, hasta que recupere a su hijo. Se lo prometo.

La última vez que Fazio había entrado en La Fenice había sido el invierno anterior, cuando asistió al gran baile de máscaras que clausuraba el carnaval. Esa noche, distraído por el champán y los disfraces ajenos, apenas se había fijado en que el teatro se asemejaba a una enorme esfera dorada, demasiado resplandeciente y decorado como para poder concentrarse debidamente en la ópera. La presencia de Ilaria, sentada junto a él en el palco, tampoco ayudaba mucho.

Le daba la impresión de que todos sus sentidos se habían amplificado por su culpa. El perfume de violetas que llevaba lo invadía por dentro como una dulce marea. El roce de su brazo, en la zona desnuda que quedaba entre el extremo de los largos guantes y el inicio de las mangas abullonadas de su vestido, le provocaba escalofríos. Mirarla de reojo y atisbar la prolongada línea de su nariz y sus labios entreabiertos del color del vino lo impelía a imaginar actos tan disolutos que se le secaba la boca y le temblaban las piernas. E incluso en un par de ocasiones se había descubierto más pendiente de distinguir el sonido de su respiración que de las voces de los tenores.

Le dolía la espalda. Cambió de posición en la silla, de respaldo excesivamente rígido para adecuarse a su deforme columna vertebral, y sonrió a Ilaria cuando esta le ofreció sus binoculares de oro. Estaban ya en el tercer acto y se aproximaba el aria más famosa de *Rigoletto*: el momento en que el Duque de Mantua canta acerca de la inconstancia femenina. Con las primeras notas de «La donna è mobile», vio que Ilaria se inclinaba hacia delante y que una expresión maravillada asomaba a sus ojos. A ella le encantaba la ópera, y por eso se había decidido a enviar una nota al palacio Montagliore invitándola a acompañarlo esa noche, sin reparar, hasta que ya fue demasiado tarde, en que se trataba de *Rigoletto*. «Por todos los demonios, Fazio, solo tú eres capaz de llevar a la mujer de tus sueños a una ópera protagonizada por un bufón jorobado». Ilaria le había agradecido profusamente la invitación, y parecía entusiasmada de verdad. Si se había dado cuenta del paralelismo entre el personaje y Fazio, era demasiado elegante y bondadosa como para mencionarlo.

Disfrutó a medias del resto de la ópera, sintiendo una profunda vergüenza cada vez que salía el bufón, y cuando semejante ignominia llegó a su fin, siguieron a la marea de gente que salía del teatro y se encaminaron hacia el norte.

—Ha sido maravilloso, Fazio —le dijo Ilaria entrelazando alegremente el brazo con el suyo—. Gracias por pensar en mí para acompañarte.

«¿Y en quién iba a pensar, si no?». Ilaria le sacaba varios centímetros de estatura, pero ir de su brazo por las calles de Venecia le hacía sentir como si fuera un rey, alto y gallardo. Pero aquella era con toda claridad una sensación pasajera, porque en cuanto Ilaria regresara al palacio Montagliore, lo más probable sería que no se volviesen a encontrar. Y él se encerraría de nuevo para leer y beber en su biblioteca, cínico, solitario y contrahecho.

—Supongo que los condes y sus invitados estarán deseando que regreses para honrarlos con tu presencia —comentó, y se arrepintió al instante de haber pronunciado una frase tan manida. El lenguaje rebuscado no iba con Ilaria, pero aún no se había relajado lo suficiente como para hablar con naturalidad.

Ella se detuvo y, sin soltarle el brazo, empleó su mano libre para señalar una pequeña *osteria* muy cerca de donde estaban.

—No tengo ninguna prisa en volver. Prefiero tomarme antes un vaso de vino contigo, ¿qué me dices?

¿Qué le decía? Hubiera tomado mil jarras de hielos en el infierno, si era con ella. Asintió con calma y abrió la puerta, dejando que pasara primero. A esas horas, el local estaba bastante lleno, y todos los ojos se fijaron en ellos: Ilaria iba demasiado arreglada para ese ambiente, y él era demasiado..., en fin, él. Pero ella se dirigió resueltamente hacia una mesa libre, se sentó, sonrió a su alrededor en busca del camarero y, cuando este se aproximó, le pidió una botella de *prosecco*.

—Te gusta el vino espumoso, ¿verdad?

—Me gusta cualquier tipo de vino.

Eso ya estaba mejor; por fin empezaba a sonar más normal. Ilaria se rio con su respuesta y se despojó de la ligera capita que llevaba sobre los hombros. Él tuvo que girar la cabeza para no clavar los ojos en su escote, pero incluso así, la fugaz visión de esa piel, cubierta por una deliciosa constelación de pecas, consiguió que toda la sangre de Fazio huyera de su cerebro y se concentrara en otra parte de su anatomía, mucho más al sur.

Por suerte, el vino no tardó mucho en llegar. Fazio sirvió a Ilaria y luego llenó su propio vaso, y bebieron en silencio mientras pensaba qué decir. Antes de que empezara la ópera, ella ya le había contado algunas cosas sobre su vida durante el tiempo que habían estado separados: sus padres habían fallecido hacía dos años, y le habían dejado en herencia el palacete donde había nacido, cercano a la catedral de Santa María del Fiore, así como los viñedos que poseían a las afueras de San Gimignano. Ilaria era ahora una mujer de considerables medios y vida agradable, que ocupaba sus días en el estudio, los viajes, las fiestas y el cuidado de sus tierras. Pero él seguía sin enterarse de lo que más le interesaba: si su corazón continuaba tan libre como parecía estar cinco años atrás.

—¿Me invitarás a tu casa uno de estos días? —le preguntó ella de pronto—. Me gustaría mucho ver esa magnífica colección de libros de la que tanto me has hablado.

—Cuando desees. Pero ¿no te tiene ya el conde lo bastante entretenida?

Ilaria soltó una risita y se encogió de hombros.

—Reconozco que Montagliore sabe cómo tratar a sus invitados. Pero necesito con urgencia un poco de conversación intelectual. —Lo miró directamente a los ojos con una expresión afectuosa que encandiló a Fazio—. No he conocido en ningún sitio a un hombre mejor para eso que tú. Te he echado de menos.

Fazio estuvo a punto de atragantarse con el vino, pero consiguió tragarlo y mantener la compostura. Dado lo bien que iba la conversación, decidió ir a por todas y preguntó con tono afable:

—¿No te has casado, Ilaria?

—No. —Se pasó la yema del dedo para secar una gota de vino atrapada en la comisura de su boca—. No necesito un marido.

—No digo que lo necesites, pero...

—Si alguna vez encuentro al hombre apropiado para mí, no tendré ningún inconveniente en convertirme en una esposa. Pero lo veo poco probable.

—¿Por qué?

Ella pareció dudar un momento.

—Puede que la razón te haga opinar que soy una tremenda arrogante...

—Lo dudo mucho.

—De acuerdo, pues te lo diré —se rindió con un suspiro—. Solo me casaré con un hombre al que considere más inteligente que yo.

—Entonces, mucho me temo que te quedarás soltera para siempre —replicó él con total sinceridad—.

Si das con un hombre que esté a tu altura, espero que me escribas para darme una noticia tan extraordinaria.

Ilaria sonrió inclinando un poco la cabeza y se apoyó contra el respaldo de la silla.

—Querido Fazio, serías el primero en enterarte.

Él le devolvió la sonrisa y se permitió contemplarla por un instante. El vino había enrojecido aún más sus mejillas, y la encontró tan adorable, tan llena de vida, que pensó que no podría soportarlo mucho más. Si iban a verse en otras ocasiones durante el tiempo que permaneciera en Venecia, tendría que ser de forma dosificada, o no respondía de sí mismo.

La luz de la mañana se filtraba a través de los visillos color violeta, y el canto de los pájaros llegaba desde el jardín de la casa de Fazio, medio piso por encima de la sala. Sentada en la butaca, Elizabeth observó a Nicholas mientras sacaba de baúles y cestas los objetos necesarios para su primer ensayo común, y se dijo que el hecho de que no hubiera considerado necesario vestirse como el Asombroso Adamantium significaba que el día anterior solo se había puesto tal indumentaria para impresionarla y derribar sus barreras. Bueno, desde luego, había tenido éxito al respecto.

—Le he escrito una lista con todos los trucos. —Nicholas estaba de pronto a su lado, muy cerca, y le tendía varias hojas de papel. Ella las cogió y bajó la vista hacia la escritura negra y muy clara del mago. Había anotado los trucos por orden de aparición, con sus nombres correspondientes, las explicaciones de cada ejecución, lo que tenía que decir ella y lo que diría él, e incluso algunos dibujos que ilustraban la posición de los objetos y la de ellos mismos sobre el escenario. Se sintió un poco sobrepasada, pero también agradecida por el evidente trabajo que se había tomado Nicholas para que entendiera el desarrollo de la actuación—. Lo verá todo más claro cuando empecemos el ensayo —añadió como si pudiera leer sus pensamientos.

—Gracias.

—No hay de qué —sonrió—. ¡Bien, vamos allá! Levántese y sitúese aquí, en medio de la sala.

Elizabeth lo obedeció y se situó a su lado, junto a la mesita negra, pero miró confusa al rincón de la pianola.

—¿No iba a comenzar tocando algo de música antes de presentarlo?

Esa parte le gustaba. Sentada en el taburete no se la veía mucho, y solo tenía que hacer algo que dominaba a la perfección desde niña: tocar el piano.

—Es más importante que trabajemos su postura, su expresión y su tono de voz —repuso él. La tomó por los hombros y la colocó frente al espejo de cuerpo entero. Él permaneció detrás, con las manos aún sobre ella y los ojos fijos en su reflejo—. Mírese. Está demasiado tensa, demasiado rígida. —Elizabeth se contempló en el espejo, pero no vio nada inadecuado en su postura. ¿Cómo quería que estuviera? Desde que eran muy pequeñas, a las niñas de familia acomodada se les enseñaba a imaginar que un hilo las atravesaba desde la coronilla hasta los pies, a lo largo de toda la columna vertebral; un hilo que tiraba de ellas hacia arriba y las mantenía rectas y erguidas en todo momento. Era incapaz de hacerlo de otro modo—. Relájese. Está bien que muestre esa postura firme y elegante, pero debe aprender a ser consciente de su cuerpo y a utilizarlo para fascinar al público.

—¿Cómo dice? —jadeó ella.

Nicholas se rio en silencio.

—No se preocupe, no estoy sugiriendo que haga nada indecoroso. No quiero que salga corriendo... —Se quedó mirándola a través del espejo con aire pensativo—. ¿Y si se quitara el corsé? Creo que la

ayudaría poder respirar profundamente.

Elizabeth se apartó de él, escandalizada. ¿Cómo se había atrevido siquiera a pronunciar el nombre de una prenda femenina tan íntima?

—¿Y dice que no sugiere que haga nada indecoroso?

—De acuerdo, de acuerdo, olvídelo —se apresuró a decir—. Permítame entonces probar algo.

—¿El qué?

En vez de contestar, Nicholas subió las manos desde sus hombros hasta su cabeza y desprendió con suavidad una de las horquillas que sujetaban su moño. Todo el cuerpo de Elizabeth se tensó, pero por algún motivo no pudo protestar ni apartarse de él. Nicholas esperó un instante, y cuando comprobó que, aunque reticente, iba a permitirlo, quitó otra horquilla, y luego otra más, hasta que el elaborado recogido se deshizo del todo y la melena castaña de Elizabeth cayó en suaves ondas sobre su espalda.

Se miraron durante unos segundos a través del espejo, y después Nicholas depositó las horquillas sobre el asiento de la butaca, donde Elizabeth había dejado su bolso.

—¿Por qué ha hecho eso? —preguntó ella cuando consiguió salir de su estupefacción.

—La forma en que peinamos el cabello dice mucho de nosotros, y lo que es más, cambia la manera en que nos comportamos a cada momento. No podrá dejar salir de su interior lo que necesita para actuar en un espectáculo si lleva el pelo recogido en ese estilo tan formal. Además, Else siempre salía a escena con el cabello suelto... Y no olvide que se pondrá una peluca el día de la fiesta, por lo que debe ir acostumbrándose a esa sensación.

—No me será fácil —le advirtió Elizabeth en un susurro—. No me será fácil nada de esto...

—Y otra cosa —añadió él sin prestar atención a su comentario—. Deberíamos empezar a tutearnos. Tenemos que confiar el uno en el otro, y es ridículo continuar hablando así, como si fuéramos desconocidos en un salón de té londinense. —Nicholas se apartó del espejo y le dio la espalda para rebuscar algo en una de las numerosas cajas alineadas contra la pared—. ¿De acuerdo, Elizabeth?

—Está bien —respondió. No lo creía adecuado en absoluto, pero ¿qué iba a decir?

—Perfecto. —Volvió a su lado con algo en la mano y se lo mostró: era un tarrito de carmín—. Era de Else, pero ahora puedes usarlo tú.

Elizabeth suspiró, contrariada. Solo las prostitutas y las actrices se maquillaban, nunca las damas respetables. Ella tenía la suerte de que sus labios fueran naturalmente rojos, y jamás se había planteado colorearlos de forma artificial. Empezó a explicárselo a Nicholas, pero él abrió el tarro sin escucharla y se lo tendió.

—Piensa que ahora eres algo así como una actriz. Pertenece al mundo del espectáculo, los dos. Puedes usarlo sin remordimientos.

«¿Pretende que lo haga ahora mismo?». Estuvo a punto de negarse, sin importar lo que él dijera, pero luego la curiosidad pudo más que su pudor. ¿Cómo se vería con los labios maquillados y el pelo suelto cuando subiera al escenario? ¿Sería otra Elizabeth, se convertiría en una mujer fascinadora y fuerte como parecía ser Else? Después de unos segundos de duda, aceptó el pequeño tarro y se aplicó la untuosa pasta rojiza sobre los labios con la yema del dedo, guiándose por el diminuto espejo de la tapa.

En un primer momento no se atrevió a mirarse al espejo de cuerpo entero para conocer el resultado global, y se contempló primero en los ojos de Nicholas. Él había permanecido en silencio, pero no había apartado la mirada de ella. No sonrió ni dijo nada; tan solo asintió con la cabeza y volvió a tomarla por los hombros, obligándola a enfrentarse a su reflejo. Era ella, pero no era ella. Los labios resaltaban en su pálido rostro como una mancha de sangre sobre la nieve, y el cabello suelto le enmarcaba la cara y

destacaba sus ojos y pómulos. Antes de poder decidir si le gustaba o no el efecto, Nicholas cogió su chistera, se colocó a su lado y la tomó a ella de la otra mano.

—Antes de empezar, realizaremos una reverencia... Levanta la barbilla y mira directamente al público, no debes parecer tímida. Inclínate a la vez que yo; mantén la espalda recta. Puedes jugar con el vuelo del vestido, echándolo hacia atrás..., y ahora yérguete al mismo tiempo que yo. Vuelve a mirar al público.

Elizabeth se soltó de su mano con la impresión de que no tenía ni idea de lo que estaba haciendo. Se sentía más insegura que nunca. ¿Por qué debía pasar por todo eso? No había contado en absoluto con tener que tomarse medidas, pintarse los labios, soltarse el cabello y efectuar reverencias de la mano frente al espejo. ¿No iban a practicar los trucos, no iba él a enseñarle cosas como esconder objetos en la mesita o acelerar el intercambio de posiciones durante el truco del baúl?

—Bien, muy bien *para empezar* —dijo Nicholas—. Y recuerda que debes sonreír al público, pero no como sonríes normalmente.

—¿Cómo lo hago?

—Oh, es una sonrisa encantadora, pero demasiado...

—¿Demasiado qué?

—Candorosa. —Nicholas pronunció el adjetivo con un tono de amable reproche, pero Elizabeth no solo no se molestó en responder, sino que pensó que estaba totalmente equivocado. A ella ya no le quedaba un ápice de candor, no desde que se había casado con Robert. Nicholas continuó hablando—: Intenta mostrarte más desafiante, más segura de ti misma. Sabes algo que los demás ignoran, eres la única que conoce los secretos del Asombroso Adamantium, y eso te da poder.

Elizabeth se mordió el labio y se apartó del espejo; de pronto tenía muy claro que no sería capaz de aquello. Era imposible. Imperturbable, Nicholas trató de que se colocara de nuevo frente al espejo, pero ella lo rechazó y le dirigió una mirada suplicante.

—No podré hacerlo —murmuró con sencillez.

Él esbozó una sonrisa confiada.

—Sí podrás —le aseguró—. Pero dejaremos la expresión corporal para otro día, si prefieres. Quizá conocer los trucos te ayude a tener más confianza.

Sí, sin duda Elizabeth prefería pasar a otra cosa. Sentirse examinada de arriba abajo por él de esa manera no la estaba ayudando nada, solo hacía que sus nervios y su inseguridad aumentaran aún más.

Durante las siguientes horas, Nicholas le explicó con paciencia cada truco. Le mostró el funcionamiento de cada cerrojo oculto, de las cajas de doble fondo, de las barajas marcadas y de la varita «mágica» hueca; le enseñó a sostener para él su chistera mientras sacaba ristras de pañuelos y monedas de oro, y le indicó cómo disponer cada utensilio sobre el escenario, en qué momento y con qué finalidad. Elizabeth lo seguía de un lado a otro, se arrodillaba junto a él en el suelo para examinar el contenido de baúles y arquetas, e imitaba sus movimientos cuando él se lo pedía. No supo exactamente cómo ocurrió, pero mientras practicaban por tercera vez el intercambio de posiciones de La Metamorfosis, se dio cuenta de que empezaba a relajarse. Y no porque ya lo hiciese bien, pues la mitad del tiempo no acertaba a accionar los cerrojos, o se le caían las cosas de las manos, o se situaba justo en el lado opuesto en que Nicholas necesitaba que estuviera... Se sentía torpe y en ocasiones un poco ridícula, pero había algo mágico *de verdad* en lo que hacían. La pasión y la dedicación que mostraba Nicholas resultaban contagiosas. Nunca perdía la paciencia con ella y nunca se quejaba de su ineptitud, sino que continuaba animándola y explicando los trucos tantas veces como fuera necesario. Y Elizabeth disfrutó de ese tiempo tanto que, cuando Gina entró para saber si almorzarían ya o si necesitaban retrasar la hora de la

comida, se sorprendió al descubrir que habían transcurrido cuatro horas desde su llegada. Aún más: una parte de la angustia que la había acompañado desde la marcha de Robert y Bobby había desaparecido.

—Almorzaremos ya, Gina —le contestó Nicholas al ama de llaves, usando el inglés como siempre que Elizabeth estaba presente—. Creo que es hora de hacer un descanso.

Mientras volvían a colocar todo en su lugar, la sensación de inquietud y desasosiego regresó. Elizabeth recordó lo que la había llevado hasta allí, y le pareció que llevaba demasiado tiempo con Nicholas. No era correcto ni justificable sentir esa especie de... milagrosa evasión, ni siquiera por unas horas, cuando lo único en lo que debía pensar era en recuperar a su hijo.

—Yo... debería volver al hotel.

Nicholas dejó de doblar los pañuelos de seda y se volvió a mirarla.

—Vamos, Elizabeth, quédate a comer. Así podremos comentar el éxito de nuestro primer ensayo juntos.

—Oh, no seas sarcástico, ya sé que he estado muy mal...

—¡Nada de eso! —La hizo salir de la salita púrpura y empezó a guiarla a través de la confusa planta baja del edificio—. Lo estás haciendo muy bien. ¿Crees que sale todo perfecto la primera vez que se prueba con algo nuevo?

—Supongo que no.

Sonrió a Nicholas mientras este sostenía la puerta para que pasara, y solo cuando se vio de refilón en un espejo ovalado que colgaba en el pasillo se percató de que había olvidado por completo recogerse otra vez el cabello.

Gina había servido el almuerzo en una sala luminosa, de altos techos algo desconchados y paredes forradas de seda amarilla. La mesa a la que se sentó Elizabeth era redonda y estaba cubierta con un mantel adamascado; la vajilla estaba compuesta por fuentes y platos de distintos colores y diseños, y las copas eran de cristal de Murano azul brillante con adornos de flores blancas. Aquel comedor, que Nicholas nombró «el de diario», producía una sensación alegre e informal, e invitaba a disfrutar de la comida, a reír y a charlar hasta mucho después de que el último plato de postre se hubiera retirado. Sentada a la mesa junto a Nicholas y Fazio, Elizabeth una vez más se sintió muy lejos de Londres, tan lejos como si hubiera llegado a otro planeta.

Después de que Gina sirviera el segundo plato —unas exquisitas sardinas recubiertas con cebollas, piñones y pasas— y de que Fazio ordenara subir de la bodega otra botella de vino, la conversación, que hasta entonces había versado sobre la restauración de los edificios históricos más estropeados de Venecia, se centró en Nicholas.

—Cuéntale a Elizabeth cómo nos conocimos —le animó Fazio mientras se echaba hacia atrás en su silla.

Nicholas sonrió y bebió unos tragos de vino antes de contestar.

—No sé si es una historia apropiada para los oídos de una dama...

Elizabeth rio sin poder evitarlo y se pasó una mano por la melena suelta.

—¿No crees que llegados a este punto eso ya no importa demasiado?

Notaba las mejillas ardiendo a causa del vino, aunque ella solo había bebido una copa. Era el máximo que se permitía a sí misma desde hacía años, pero ahora se preguntaba el sentido de esa regla autoimpuesta. ¿Quién iba allí a reprocharle que bebiera dos copas, o las que le apetecieran? Estuvo a punto de alargar el brazo para coger la botella, pero de inmediato se alarmó de sus propios

pensamientos, y en vez de cogerla se sirvió un poco más de agua para disimular su turbación.

—Supongo que es cierto —reconoció Nicholas—. Te contaré esa vieja historia. Sin duda te distraerá, aunque no sé qué concepto tendrás de mí una vez la escuches... —Guardó silencio unos segundos, más como si los necesitara para decidir la manera de empezar que como forma de crear expectación—. Verás, hace unos cinco años hubo un pequeño malentendido durante una actuación en un pequeño teatro de Roma. Por entonces, no tenía aún ninguna ayudante, y mis trucos no estaban tan pulidos como están ahora, por lo que me limitaba a juegos de manos un tanto toscos... Uno de ellos consistía en hacer desaparecer el billeteo de un espectador, y ya lo había hecho muchas veces, pero esa noche elegí mal al individuo en cuestión. El hombre que escogí estaba borracho y era muy agresivo, pero cuando me di cuenta de ello ya no podía detener el truco y cambiar de persona... Así que proseguí; su billeteo «se desvaneció» entre mis manos, y el caballero se enfadó tanto que salió del teatro y empezó a gritar que le había robado. El espectáculo se detuvo; ni el resto del público ni yo sabíamos si tomarnos en serio el incidente o proseguir... Enseguida acudieron un par de policías que querían saber lo ocurrido, y en cuanto vieron que se trataba de un espectáculo de magia se rieron del pobre borracho, y simplemente me pidieron que le devolviera el billeteo para que dejara de alborotar. Sin embargo, en el revuelo que se había organizado, resultó que la cartera había desaparecido *de verdad*... —Nicholas hizo una pausa para beber un poco más de vino. Luego, tomó aire y prosiguió, con la mirada baja. Había comenzado su relato con un tono ligero, pero según iba hablando parecía más y más apesadumbrado—. Os ahorraré los detalles, que Fazio ya conoce y tú, Elizabeth, no necesitas saber, pero hasta que se aclaró todo el asunto estuve encerrado en prisión más de una semana. Un día, cuando ya estaba empezando a perder la esperanza, el guardia me hizo salir de la celda y me dijo que un hombre rico, que había estado entre el público esa aciaga noche, había pagado por mi libertad—. En ese punto levantó la vista y dirigió a su amigo una mirada llena de afecto y gratitud—. Ese hombre era Fazio.

Este había escuchado toda la historia con la leve sonrisa de quien sabe cómo va a terminar.

—Lo cierto es que su actuación, ya entonces, me resultó hipnótica —intervino antes de que Elizabeth supiera qué decir—. No aparté los ojos de él en ningún momento, por lo que estaba convencido de su inocencia. Cuando fui al teatro unos días después para saber si habría pronto otro espectáculo suyo, me dijeron que estaba en prisión. Encontré tremendamente injusto que un joven con tanto talento estuviera preso por un malentendido tan obvio y ridículo, y fui de inmediato a ver qué podía hacer. Pagué la fianza sin dudarle e invité a Nicholas a una buena cena y a una semana en mi hotel mientras se recuperaba de...

Nicholas soltó los cubiertos de golpe, lo que originó un ligero estrépito.

—Afortunadamente todo acabó bien —dijo con una sonrisa extraña, a modo de brusca conclusión. Fazio, que no había podido terminar su frase, le dirigió una mirada confusa, y los dos guardaron silencio durante un tenso instante.

Elizabeth se sintió en la obligación de decir algo.

—Es una historia... horrible. Siento mucho que pasaras por eso.

La expresión de Nicholas se suavizó al mirarla.

—Forma parte del pasado.

Gina trajo el postre, y mientras coronaba con nata montada su copa de fresones, Elizabeth se fijó en que Fazio, que había charlado con locuacidad durante toda la cena, estaba ahora más callado. Dirigía de vez en cuando miradas interrogativas a Nicholas, pero este parecía no darse cuenta.

—¿Cómo decidiste dedicarte a la magia? —le preguntó Elizabeth, consciente de que, ahora que

conocía un poco de su pasado, necesitaba saber mucho más.

Esperó mientras él terminaba de masticar un fresón; Nicholas no había aderezado con nata ni azúcar su ración, y los saboreaba uno a uno muy despacio, llevándoselos a la boca con los dedos, como si acabara de arrancarlos de la mata en un huerto soleado. Elizabeth pensó que había algo terriblemente sensual en aquello, y se apresuró a desviar la vista.

—Supongo que todo tiene su origen en la infancia, y así ocurrió también conmigo —empezó a contar Nicholas con tono reflexivo—. Mi madre era cantante de ópera. Había nacido en el sur de Inglaterra, pero a los doce años se trasladó con su familia a Milán. Allí estudió música y canto, y cuando cumplió los diecinueve actuó por primera vez en La Scala, como parte del coro en *Nabucco*. Nunca llegó a ser una *prima donna*, pero sí mantuvo una posición estable y bastante reconocida en papeles secundarios. Conoció a mi padre, que era un próspero comerciante de encajes y telas, cuando este realizó una importante venta para el vestuario de una de las óperas que se estaban preparando. Se casaron a los pocos meses. Al año siguiente nació yo, para desesperación de mi madre, que temía que mi nacimiento supusiera un obstáculo en su carrera. No ocurrió así, y más bien fue su carrera lo que acabé perjudicando su matrimonio.

—¿Por qué? —quiso saber Elizabeth, fascinada con la historia.

—Bueno, mi padre deseaba que ella pasara menos tiempo en los ensayos y más con nosotros. Cuando tenía que actuar en algún teatro fuera de Italia podíamos estar varios meses sin verla, y solo sabíamos de ella por los artículos que escribían en los periódicos los críticos musicales. Si estaba en casa, mi padre y ella no dejaban de discutir. Yo era muy pequeño y no me enteraba bien de lo que decían, pero ahora creo que él la acusaba de tener un amante, posiblemente un tenor con el que tuviera mucho más trato que con nosotros... Al final decidieron separarse, y yo me quedé con mi padre. Mi madre nunca insistió en que la eligiera a ella, y jamás me ha buscado.

—Lo siento, Nicholas —murmuró.

No le costaba imaginarse a Nicholas como un niño pequeño, de pelo rubio y revuelto y ojos expresivos, en el medio de aquella tormenta familiar. Pensó que, en comparación, su propia familia era un puerto seguro en el que refugiarse, y sintió lástima por él. Ahora parecía un hombre alegre y lleno de confianza, pero supuso que su infancia debía de haber sido dura, con una madre siempre ausente y un padre frustrado.

—En realidad, ese fue el detonante que me llevó a convertirme en lo que soy —repuso él después de comer el último fresón—. Mi padre resolvió hacerse comerciante itinerante y viajar por toda Europa para escapar de los recuerdos que le traía Milán. Yo tenía solo unos ocho años, y pudo haberme metido en un internado para que no le estorbara, pero decidió llevarme con él. Una noche, cuando estábamos pasando una temporada en París, asistimos a una representación de Robert-Houdin para celebrar mi cumpleaños. Ver cómo hacía levitar a un espectador fue lo más maravilloso que me había ocurrido hasta entonces, y cuando salimos del teatro ya había decidido que quería ser mago. Mi padre no me tomó en serio en ese momento, pero me prestaba monedas y otros objetos para que me entretuviera practicando trucos mientras él cerraba sus ventas, y, para cuando cumplí once años, de vez en cuando sus clientes formaban un corrillo a mi alrededor, pidiéndome que sacara una naranja de la nada o que multiplicara una moneda por dos.

—Eso siempre se te ha dado bien —bromeó Fazio, que había permanecido escuchando en silencio, aunque sin duda él ya conocía de sobra la historia de su amigo.

—¿Y qué ocurrió después? —preguntó Elizabeth.

—Continuamos viajando durante toda mi adolescencia. Francia, Alemania, Bélgica, Austria y Hungría, Inglaterra... A los dieciséis años, hablaba cinco idiomas. A los diecisiete, cuando nos encontrábamos en plena travesía entre Dover y Calais, mi padre falleció de pulmonía. Me quedé solo y sin saber qué hacer, aunque tenía las ganancias que mi padre me había dejado para mantenerme durante algunos años.

—¿No pensaste en buscar a tu madre?

—No —respondió con tono tajante—. Era consciente de que ella no quería estar conmigo, y yo prefería evitarnos una escena de reencuentro tensa y desagradable.

—Oh, Nicholas...

Elizabeth no sabía qué más decir. ¿Cómo podía una mujer renunciar voluntariamente a estar con su hijo? ¡Lo encontraba tan antinatural, tan aborrecible...! Sobre todo, cuando ella se encontraba tan desesperada por recuperar a Bobby.

Nicholas pareció adivinar sus pensamientos, porque la miró con intensidad a los ojos durante unos segundos. «Sé que tú eres muy diferente», sintió que le decía sin hablar.

—Durante un tiempo me establecí en la ciudad de Rennes, en Bretaña. Intenté seguir con el negocio de mi padre, pero enseguida supe que no era lo mío. A los pocos meses conocí a un ilusionista llamado Löig Le Drian. Le conté que siempre me había fascinado el mundo de la magia, y accedió a tomarme como ayudante y aprendiz. Le Drian no era un artista famoso, y por lo que sé continúa sin serlo, pero él me acogió bajo su ala y me enseñó todo lo que sabía. Mi deuda con él, al igual que la que tengo con Fazio, es eterna.

—Pero ¿cómo te convertiste en un mago *tan* famoso si tu maestro no lo era?

Fazio se echó a reír y procedió a encender un cigarro. En Londres, un caballero jamás hubiera osado fumar en la mesa, y mucho menos en presencia de una dama, pero a Elizabeth no le importó lo más mínimo.

—*Cara*, estoy convencido de que Nicholas será un gran mago algún día, pero aún no estamos ante el nuevo John Nevil Maskelyne.

—Lo seré si la actuación en el palacio Montagliore sale bien —repuso Nicholas. Le tendió una mano a Elizabeth a través de la mesa y ella se la estrechó brevemente. Era un gesto amistoso e inocente, pero demasiado íntimo para lo que estaba acostumbrada.

—Confío en no echar a perder tu oportunidad —suspiró.

—No lo harás —respondió Fazio por él. Y añadió con galantería—: Tu belleza y encanto ensalzarán la actuación y dejarán boquiabiertos a los invitados.

—Ese era mucho más bella que yo, y además conocía todos los trucos a la perfección...

—Los trucos se pueden aprender. La gentileza y la dulzura, no.

—Dudo que esas cualidades sean las más importantes en este caso.

Nicholas escuchaba la discusión entre Fazio y Elizabeth con una ligera sonrisa bailando en sus labios, pero no intervino.

El ornamentado reloj de la pared, similar a los que había visto en el taller de Girardi, sobresaltó a Elizabeth cuando empezó a dar la hora con sonoras campanadas.

—¿Cómo pueden ser ya las cuatro? —preguntó atónita. Dobló su servilleta y se levantó. No tenía ninguna razón en especial para irse en ese momento, pero le parecía inadecuado continuar más tiempo allí. Los dos hombres se apresuraron a levantarse también—. Muchas gracias por el almuerzo. Ha sido maravilloso.

—Espero que nos hagas el honor de compartirlo con nosotros en más ocasiones —dijo Fazio.

Elizabeth pensó que era fascinante que un hombre tan feo como él pudiera resultar tan atrayente una vez se pasaba a su lado quince minutos, gracias a su conversación y a sus modales.

—No tendrá más remedio, amigo mío —aseguró Nicholas—. Debemos ensayar cada día.

Dejaron a Fazio en el comedor y Nicholas la acompañó de vuelta a la salita púrpura para que recogiera sus cosas. Se había acostumbrado a llevar el cabello suelto de una manera que jamás habría creído posible, y cuando Nicholas volcó el montoncito de horquillas en el hueco de su mano, pensó en lo fastidioso que resultaba recogerse de nuevo en un moño. Pero lo hizo. Se colocó frente al espejo para recomponer su peinado cuidadosamente, mientras Nicholas trajinaba por la habitación.

Ninguno de los dos habló hasta que hubo terminado.

Nicholas no había sacado aún la cabeza del baúl más grande, pero percibió la presencia de los perros gracias a su ruidosa respiración y el ruido de las patas. Y si Fiore y Saggio habían entrado en la sala púrpura, era porque su dueño estaba con ellos.

Empezó a incorporarse, pero antes de que pudiera ponerse en pie recibió de Saggio un buen lametazo en la cara.

—¡Oh, Saggio! —rio, tratando de zafarse del animal—. Fazio, tus perros me adoran aún más que a ti.

—Eso es porque hueles a fresones. —Fazio estaba en el umbral de la puerta, con una botella de licor de limón y dos vasos—. Son casi las siete. ¿Tomamos una copa?

—¿Aquí?

—¿Qué problema hay?

—Bueno..., me he acostumbrado a ver esta habitación como mi lugar de trabajo.

Fazio rio entre dientes.

—Mezclar el trabajo con el placer es una de las mejores cosas de la vida. —Sirvió el licor para los dos y se sentó en la butaca—. Igual que hacías con Else.

—¿Por qué te gusta tanto mencionar ese asunto tan desagradable? —suspiró Nicholas, y tomó asiento en la otra butaca.

—*Tan* desagradable no te parecería...

Nicholas dio unos sorbos a su vaso para evitar responder. Apreciaba el sentido del humor de su amigo excepto cuando hacía referencia a su pasada relación con Else. Ya no la negaba, pero tampoco creía necesario dar ninguna explicación; era algo que había ocurrido de forma natural, algo que hubiera sido prácticamente imposible evitar. Solo se arrepentía de ello por cuanto había sido en gran parte la causa del abandono de su ayudante. Había sembrado en ella unas ilusiones que nunca habría debido darle.

—¿Qué opinas de Elizabeth? —preguntó en cambio. Le interesaba saber cómo la veía Fazio. Él había sido incapaz de sacar una conclusión clara después de su primer ensayo.

—¿De nuestra hermosa amiga inglesa? Bueno, es encantadora, desde luego, ¡y esos modales...! ¿Seguro que no es una princesa de incógnito? —rio. Empezó a jugar con el fleco que adornaba la butaca, y añadió con tono más grave—: Es un poco seria, eso sí. Hay algo triste en sus ojos, incluso cuando sonrío.

—Sí —murmuró Nicholas sin más. No le había contado a Fazio nada sobre los problemas de Elizabeth, y no lo haría mientras ella no le diera permiso—. ¿Crees que se las arreglará bien en la actuación?

—No sabría decirte. No he presenciado vuestro ensayo.

—Es cierto. —Bebió un poco más de licor. Era demasiado dulce para su gusto, pero, como siempre, Fazio no lo dejaría tranquilo hasta que terminara ese vaso por lo menos—. ¿Querrás ver el próximo y darme tu opinión? —Antes de que Fazio respondiera se corrigió—: Mejor no, es la única solución que he encontrado, y aunque me dijeras que es pésima como ayudante, no podría prescindir de ella. Tu opinión solo me pondría nervioso.

—¿Es que lo hace mal?

Nicholas reflexionó. No era exactamente que lo hiciera mal. Elizabeth prestaba atención, se esforzaba al máximo, era elegante y perfeccionista. Sin embargo, le faltaba soltura, confianza en sí misma y sentido

del espectáculo. Esperaba que adquiriera esas cualidades con el transcurrir de los días.

—No es eso, pero...

—No se dedica al mundo del espectáculo, ¿verdad? —adivinó Fazio.

—No. Supongo que eso resulta evidente.

Fazio asintió con la cabeza y tamborileó con los dedos sobre el reposabrazos de la butaca.

—¿Quién es? —inquirió con afabilidad.

Apenas le había contado nada sobre ella, pero Fazio había sido lo suficientemente hospitalario y discreto como para darle la bienvenida a su casa y a su mesa sin formular muchas preguntas. Sin embargo, Nicholas era consciente de que a esas alturas le debía ya alguna explicación.

—Se ha divorciado hace poco. Ya imaginas el escándalo que ha debido de ocasionar en la alta sociedad de Londres... —Aquello no era toda la verdad, pero tampoco mentira—. Por ello, ha decidido viajar por Europa una temporada..., hasta que las aguas se calmen.

—¡Vaya! ¿Esa dama tan seria y refinada, una divorciada? ¡Quién iba a decirlo! —se asombró Fazio con una sonrisa torcida.

—Yo creo que es muy valiente por su parte.

—¿De modo que ha sido ella quien ha dejado a su esposo?

—¡Por supuesto! ¿Crees que algún hombre sería capaz de abandonarla a ella?

Fazio no respondió, pero lo miró de forma significativa durante un instante tan largo que Nicholas sintió que se enrojecían sus mejillas. Estaba siendo demasiado vehemente, e incluso se había mostrado ofendido por su última pregunta. Ya era hora de callarse.

Se dedicó a acariciar el lomo de Fiore mientras pensaba en cómo redirigir la conversación.

—No me has contado aún qué tal el reencuentro con tu gran amor.

Su amigo depositó su vaso vacío sobre la mesita antes de contestar.

—No estoy seguro de que pueda seguir llamándola así. Además, nunca llegó a haber nada entre nosotros.

—Quizá lo haya, ahora. ¿Está casada?

—No. Al parecer, no ha encontrado a ningún hombre lo bastante inteligente para su gusto.

—Tú podrías ser ese hombre.

Fazio lanzó una carcajada que no denotaba la menor amargura ni autocompasión.

—Nicholas, te adoro, pero acostumbras a hablar sin ton ni son. ¿Cómo iba a ser yo ese hombre?

—Te subestimas.

—No me subestimo. Sé que soy rico, que mi apellido es antiguo y noble y que poseo una amplia cultura y educación. Pero ella no querrá un marido por el que sienta repulsión cuando se meta a su lado en la cama.

—¿Cómo sabes que siente eso?

Nicholas no pretendía halagarlo ni convencerlo de que fuese un hombre guapo, pero estaba convencido de que cualquier mujer que se molestara en conocerlo bien olvidaría para siempre su fealdad. Si esa Ilaria había sido de verdad amiga de Fazio, no sentiría ninguna repulsión por su aspecto físico, ni en la cama ni en ninguna otra situación.

—Confío en que te quedes aún mucho tiempo en mi casa —comentó Fazio sin contestar a su pregunta y levantándose de la butaca—. Te echaré de menos cuando te vayas.

Salió de la sala seguido por sus perros y sin molestarse en recoger los vasos vacíos y la botella de licor. Nicholas permaneció sentado, con la espalda hundida en el respaldo, sin saber qué hacer a continuación.

Por lo general, por las tardes practicaba sus trucos hasta la hora de la cena, que era a las nueve, pero no se sentía con energías. Le dolía la cabeza, y no podía dejar de pensar en todo lo que tenía en que ocuparse: continuar los ensayos con Elizabeth, ocuparse de su vestuario, recoger el corsé especial para el truco de la levitación y mil cosas más que tenía apuntadas en hojas de papel diseminadas por toda la habitación. Necesitaba olvidar todo aquello durante un rato; eliminar a Elizabeth de sus pensamientos hasta que volviera a verla al día siguiente.

Se levantó y salió de la sala púrpura con intención de dar un paseo junto al canal. Quizá eso lo ayudaría a despejarse.

Elizabeth había pedido que le subieran la cena a su habitación en lugar de bajar al comedor del hotel. Estaba demasiado cansada, tanto física como mentalmente, para sentarse a la mesa con sus compatriotas y el resto de huéspedes de clase alta que se reunían allí cada noche.

Cuando terminó el plato de polenta con pequeñas gambas de la laguna fritas, se llevó la copa con lo que quedaba de vino blanco al escritorio, y preparó papel y pluma para escribir una carta a Lillian. La última vez que le había escrito había sido para comunicarle su decisión de pedir el divorcio, hacía ya varias semanas, y sentía la imperiosa necesidad de contar a su hermana todo lo que le había ocurrido en los últimos días.

Fuera ya había oscurecido, pero había dejado la ventana abierta porque le gustaba escuchar el sonido de los remos de las góndolas al cortar el agua, y el alegre rumor de las conversaciones en la terraza del hotel. Así constataba que aún había personas que no se sentían tan solas como ella... Aunque, en realidad, aquella noche se sentía un poco menos sola que las anteriores.

Apoyó en la hoja la punta de su estilográfica de oro y la mantuvo inmóvil durante varios segundos, pensando cómo empezar, y luego comenzó a llenar poco a poco la página con su elegante caligrafía.

«Hotel Bauer Grünwald, Venecia

1 de junio de 1889

Mi querida Lillian:

Espero que mi carta te encuentre feliz y con buena salud. ¡Qué hermoso debe de estar el sur de Francia en esta época del año! He leído que, a principios de verano, los campos de lavanda florecen de forma tan deslumbrante que los cultivos asemejan un mar azul violáceo que se extiende hasta donde llega la vista. Me encantaría verlo, y confío en que algún día, pronto, pueda haceros una visita. ¡No imaginas cuánto te echo en falta, querida hermana, y cómo desearía tenerte cerca para hablar y poder abrazarte! Pues nunca hasta ahora he necesitado tanto de tus consejos y tu consuelo...

Ha ocurrido algo terrible; algo que siempre temí que ocurriera en caso de que me separase de Robert, y que me impedía dar ese paso. Me ha arrebatado a Bobby, quizá para siempre. De momento ya se ha llevado a nuestro hijo a Venecia, sin avisarme y sin darme opción, y solo me enteré de su paradero cuando su última amante tuvo a bien decírmelo. Dado que ni nuestros padres ni mi abogado parecían estar en condiciones de ayudarme, me vi en la obligación de viajar yo misma hasta aquí, completamente sola, para exigirle a Robert que me devuelva a mi niño. Sé que también es su hijo, pero su comportamiento es inaceptable, y el tipo de vida que lleva, sin duda perjudicial para mi pobre Bobby. Hasta que no se decida legalmente la custodia, no puede quedarse con él.

Fui al palacio Montagliore, donde se hospeda Robert, pero se negaron a recibirme, y no tengo palabras para expresarte la desolación que experimenté al constatar que no tenía ni un amigo, ni una persona con la que poder contar. Gracias a Dios, conocí al señor Nicholas del Piero».

Se detuvo. ¿Cómo podría describir a Nicholas? No quería que su hermana pensara que era un hombre extravagante o incluso peligroso, ni tampoco dar a entender que los unía una relación... inadecuada. Sabía que Lillian la conocía bien, y que era consciente de que jamás haría nada impropio, pero en los últimos días Elizabeth había empezado a intuir un cambio en sí misma, y no estaba segura de si quería que su hermana lo percibiese también.

Decidió no detenerse en describirlo y limitarse a contar los hechos de forma llana.

«El señor Del Piero se dedica al ilusionismo, y está contratado por Montagliore para actuar en una fiesta que celebrará en su palacio en unas semanas. Esto te sorprenderá mucho, lo sé, pero he aceptado ayudarlo durante su espectáculo, ya que solo así podré entrar en el palacio y enfrentarme a Robert. Nicholas ha prometido ayudarme y protegerme, y creo que puedo confiar en él».

Se echó hacia atrás en la silla, pensativa. ¿Sonaba esa última frase como si hubiera algo entre ellos? Bueno, sí, había una incipiente relación de amistad, por supuesto, pero eso era todo. Y no había nada de malo en ello. Bebió unos sorbos de vino y se encontró preguntándose qué estaría haciendo él en ese momento. Cuando no estaban juntos, echaba de menos su entusiasmo y su actitud positiva. Con Nicholas se sentía un poco menos desolada, un poco menos indefensa.

Al cabo de unos segundos, reparó en que se había terminado el vino sin darse cuenta, y en que estaba tamborileando con el extremo de la pluma sobre el tablero del escritorio. Ese día estaba bebiendo demasiado. Suspiró y se inclinó de nuevo sobre el papel. Quería acabar esa carta ya.

«Reza para que todo salga bien, y deséame suerte, pues la necesito más que nunca. Volveré a escribirte para contarte el resultado de todo esto. Espero que en unas semanas pueda estar de regreso en Londres con Bobby, que se ultimen los detalles del divorcio y que pueda por fin empezar una nueva vida, un poco más feliz que la que he tenido hasta ahora.

Transmite mis cariñosos saludos a Connor y a tu cuñada, y recibe todo mi amor.

Elizabeth».

Le temblaban un poco las manos al doblar las hojas e introducirlas en el sobre. Por alguna razón que no entendía, se sentía un poco culpable, como si hubiera mentido a Lillian en la carta. Pero todo lo que había escrito era cierto... ¿Por qué tenía entonces esa extraña sensación?

Se metió en la cama con su libro favorito de Dickens y se acomodó contra los mullidos almohadones de pluma. Estaba agotada, pero sabía que no se dormiría con facilidad.

Los rosales del palacio Montagliore eran una maravilla. Dos jardineros se encargaban de cuidarlos cada día y, como resultado, unas enormes rosas blancas, amarillas, anaranjadas, rosas y escarlatas exhibían bajo el sol sus pétalos inmaculados, perfumando todo el patio.

El desayuno se servía en forma de *buffet* allí mismo, a partir de las diez de la mañana, para disfrutar del buen tiempo y de las flores, pero, sobre todo, para dar a los invitados la oportunidad de dormir lo suficiente después de haber trasnochado. Los amigos del conde podían abandonar su habitación (o de la de su amante por esa noche) sin ninguna prisa, salir al patio, despejarse con el aire fresco y una taza de café y servirse ellos mismos los bollitos, frutas y confituras que se les antojaran. Ilaria no había estado en ninguna casa en la que el desayuno se organizara así, pero lo cierto era que le gustaba esa costumbre.

Sorbió el café y depositó la taza de porcelana sobre el platillo, apoyado junto a ella en el borde de la fuente. Había elegido ese sitio para instalarse porque le encantaba la sensación difusa y refrescante de estar sentada tan cerca del chorro de agua. No llegaba a mojarla, pero sentía la humedad en su piel.

Al otro lado del patio se abrió la puerta que comunicaba con el ala este del palacio, y una criada apareció con el hijo de lord Ashton. Aunque el niño no miró a Ilaria (apenas se atrevía a mirar directamente a ningún adulto), esta le sonrió cuando pasaron junto a ella. Por algún motivo, el pequeño le daba un poco de pena. ¡Parecía tan solo y fuera de lugar! Ningún otro invitado había traído a sus hijos, ya que Montagliore no los tenía, y tampoco se mostraba muy dispuesto a preparar planes infantiles para quien los tuviera. Ilaria siguió con la mirada al niño, que cruzó el patio hasta llegar a donde estaba su padre, el cual charlaba en actitud íntima con Chiara Falivene, una poetisa que empezaba a cobrar cierta fama y que era al menos quince años menor que él. El niño esperó respetuosamente junto a lord Ashton, hasta que, al cabo de unos minutos, al estirado inglés no le quedó más remedio que reconocer su presencia y le dio unas palmaditas distraídas en la cabeza, sin ni siquiera mirarlo. El hijo de Ashton volvió a tomar la mano de la criada, y entraron de nuevo en el oscuro interior del palacio.

Ilaria no lo entendía. ¿Por qué se había molestado lord Ashton en traer a su hijo hasta Venecia, si no iba a hacerle el menor caso? El palacio Montagliore no era lugar para él, y ella se resistía a creer que no tuviera en Londres una familia con quien dejarlo o, al menos, toda una legión de criados fieles y cariñosas institutrices que pudieran hacerse cargo del niño mientras su padre viajaba. Seguía sin saber si lord Ashton era viudo, puesto que aún no había surgido la oportunidad de conversar con él. La noche anterior se había perdido la cena para asistir a la ópera con Fazio, pero no se arrepentía en absoluto. ¡Qué increíble coincidencia que se hubieran encontrado los dos! Aunque ella ya sabía que Fazio vivía en Venecia, no había pensado en buscar a su antiguo amigo. Lo imaginaba muy ocupado con su colección de libros y su vida social, o incluso con la familia que pudiera haber formado durante los últimos años. Sin embargo, él tampoco se había casado. «Es extraño —pensó mientras terminaba el café— que un hombre tan inteligente y culto, de trato tan agradable y con ese agudo sentido del humor continúe solo...».

—Confío en que el desayuno esté siendo de tu agrado, Ilaria.

Levantó la vista de la taza para encontrarse con el fino bigote del conde y sus aristocráticos rasgos.

—Gracias, Giorgio, lo es. —Dejó la taza vacía en manos de un lacayo que pasaba a su lado y sonrió—.

Tengo que felicitarte por vuestros espléndidos rosales.

El conde se encogió de hombros, como si nada en el mundo pudiera importarle menos.

—Es Cecilia quien se empeña en mantenerlos así. Dado que no hemos tenido hijos, necesita un pasatiempo en el que volcar sus obsesiones.

Ilaria no contestó. No creía que el tono con que hablaba de la condesa fuese en absoluto respetuoso o sensible. Más bien, había sonado muy condescendiente. Abrió la sombrilla para protegerse del sol, que ya estaba alto, y cambió de tema.

—Estoy deseando que llegue la celebración de tu cumpleaños. Nunca he presenciado una actuación de ilusionismo privada.

—Confío en que el mago que he contratado haga honor a su nombre y nos deje a todos asombrados.

—Estoy convencida de que así será.

Guardaron silencio. El conde parecía un poco distraído, como si no supiera muy bien cómo seguir la conversación con ella. Aquello era algo que le pasaba a Ilaria con frecuencia: cuando hablaba con un caballero, llegaba un punto en el que este daba la impresión de bloquearse, incluso si no se trataba de una discusión intelectual. Después de la ópera, Fazio también parecía haber pasado aprietos en ese sentido.

—Estás muy hermosa esta mañana, Ilaria —le lisonjeó el conde.

Ella sonrió e inclinó con gracia la cabeza en ademán de agradecimiento, pero no se lo creyó. Ilaria no se veía bella. Atractiva e interesante, quizá, pero no bella. Su nariz era demasiado larga, su pelo muy rizado y de un color pasado de moda, la cintura algo gruesa y la piel salpicada de pecas. Que un hombre como Montagliore la definiera como «hermosa» no tenía ningún sentido, y tampoco ningún valor para ella.

Se levantó del borde de la fuente y cerró la sombrilla.

—Iré a mi habitación a cambiarme de vestido. Creo que hoy va a hacer más calor.

—Opino que estás encantadora con el que llevas ahora —repuso el conde, posando su mano sobre el antebrazo de Ilaria. Ella clavó los ojos en esos dedos que no parecían ir a despegarse nunca de su piel y una intensa sensación de rechazo la invadió.

—Bajaré dentro de unos instantes —se limitó a decir por toda contestación, y se apartó de él.

Abandonó el patio y entró en el palacio. No sabía qué entretenimientos habría preparado el conde para esa mañana, pero sí estaba segura de algo: hubiera dado cualquier cosa por que Fazio fuese uno de los invitados alojados en su casa. Así podría contar con su compañía durante el día entero.

Nicholas no le había especificado a qué hora ni dónde se encontrarían ese día, por lo que Elizabeth no se alarmó cuando, a la mañana siguiente de su primer ensayo, abrió los ojos y se dio cuenta de que había vuelto a quedarse dormida después de tomar el desayuno en la cama. Con un café tan fuerte resultaba muy extraño, pero lo cierto era que había tardado horas en conciliar el sueño la noche anterior.

Apartó las sábanas, se lavó y llamó a la doncella para que la ayudara con el corsé y el peinado. Cuando esta acudió, la saludó con una pequeña reverencia y le tendió una nota antes de situarse tras ella en el tocador. Aunque debido a la barrera del idioma apenas hablaban, la doncella del hotel era eficaz y agradable, y aguardó con paciencia a que terminara de leer el mensaje antes de empezar a cepillarle el cabello.

«Buenos días, Elizabeth. Espero que hayas descansado bien, porque tengo una excitante noticia que compartir contigo, y te necesito llena de energía. Baja en cuanto estés lista; me encontrarás junto al embarcadero».

La nota no estaba firmada, pero reconoció la escritura de Nicholas. Dejó el papel sobre el tablero del tocador y se puso recta para indicar a la doncella que podía empezar. Mientras la peinaba, se preguntó cuál sería esa noticia. ¿Habría encontrado la manera de recuperar a Bobby sin hacerla pasar por todo aquello? ¡Sería demasiado maravilloso para ser verdad!

Cuando estuvo preparada salió al embarcadero del hotel. Allí estaba Nicholas, con los ojos brillantes de emoción y una amplia sonrisa en su atractivo rostro.

—¿Qué es lo que ocurre? —le preguntó con otra sonrisa a modo de saludo.

—Ven, sube a la barca; te lo contaré por el camino. Debemos empezar el ensayo de hoy lo antes posible.

Nicholas la ayudó a subir al bote de remos que ya había visto varias veces amarrado al pequeño muelle de Fazio. Se sentó con cuidado en la popa mientras él cogía los remos, y no pudo evitar fijarse en cómo se flexionaban los músculos de sus brazos cuando maniobró para alejarse del embarcadero del hotel y dirigir la embarcación en la dirección correcta.

—¿Vas a contarme ya cuál es esa noticia tan importante?

Su contagiosa sonrisa reapareció antes de contestar.

—Esta mañana he recibido una carta. Era de la asociación que se dedica a organizar las festividades del Corpus Domini.

—¿Del qué?

—Del Corpus Domini —repitió Nicholas. A Elizabeth ese término no le decía nada, y él, notándolo, se apresuró a explicarle—: Es una fiesta católica que se celebra en junio en toda Italia. Aquí en Venecia se ofrece una misa muy solemne en la basílica de San Marcos, y después recorre la plaza una procesión. Aunque es una fiesta religiosa, en estos últimos años han empezado a incluir también algunas diversiones para los ciudadanos: mercados de artesanía, pequeños conciertos en algunas plazas, concursos de elaboración de dulces...

—Bueno, parece agradable, pero sigo sin entender cuál es la noticia, ni su relación con nosotros.

Nicholas esquivó con habilidad una góndola que llegaba de frente y se adentró por un canal secundario, más tranquilo y silencioso.

—Me han propuesto que el Asombroso Adamantium dé un espectáculo de magia como parte de las festividades. El día 12.

Elizabeth aguantó la respiración mientras desentrañaba las implicaciones de aquello.

—¿Quieres decir...? —Tragó saliva, carraspeó y empezó de nuevo—. ¿Quieres decir que tendremos que actuar *antes* de la fiesta de Montagliore? ¿Que voy a ser tu ayudante dos veces, y no una?

—Sí. —Soltó una breve carcajada al ver su rostro demudado—. No te inquietes, Elizabeth. Disponemos de tiempo para prepararnos.

—¡Solo diez días! —gimió ella.

—Sé que no parece mucho, pero es suficiente —aseguró con tono tranquilizador—. Sin embargo, es cierto que no podemos relajarnos. Por eso debemos empezar a pensar hoy mismo en detalles que había dejado de lado hasta enterarme de esto...

—¿Como qué?

¿Es que no era suficiente con todo lo que le había explicado el día anterior? ¿Aún había cosas que tendría que aprender a hacer, y que ni siquiera imaginaba todavía? Miró expectante a Nicholas, que estaba separando la barca de la fachada de un palacete ayudándose con un remo. Estaban en un canal muy angosto; tanto, que casi podía tocar ambas fachadas enfrentadas con solo extender los brazos.

—Como el vestuario —respondió al fin—. Tenemos que comprobar que los vestidos de Else te quedan bien, pensar cuál te pondrás en cada actuación, y también buscar una peluca. Además de fascinar al público, recuerda que nadie debe reconocerte.

Suspiró. De modo que le esperaba otra sesión de sentirse examinada al detalle por los ojos críticos y penetrantes de Nicholas, a quien nada se le escapaba. Volvería a pedirle que se soltara el cabello y que se pintara los labios, incluso que se cambiara de vestido detrás del cortinaje morado, y ella volvería a experimentar esos estremecimientos en todo su cuerpo.

Nicholas sujetó la barca en el amarradero de la casa de Fazio y la ayudó a pasar a los escalones que llevaban a la puerta del agua. Recordó de inmediato la tarde en que se atrevió a ir a su casa por primera vez, cuando se decidió a pedirle ayuda y establecieron los términos de su acuerdo. Había aguardado en esos mismos escalones, resbaladizos y manchados de limo, a que él abriera la puerta, y cuando apareció y le tendió la mano para que entrara de forma segura, se había sentido por fin un poco tranquila y confiada.

¿De verdad solo habían transcurrido tres días desde entonces? Ahora tenía la sensación de conocerlo desde hacía años...

—Vamos, entra. ¿Qué haces ahí? —Nicholas la estaba mirando desde el otro lado del umbral, y se apresuró a seguirlo dentro.

Fiore y Saggio los recibieron con grandes muestras de entusiasmo, señal de que Fazio no estaba en casa. Elizabeth ya se había acostumbrado a la presencia de los enormes perros, y los acarició a ambos con cuidado. Empezaban a gustarle sus arrugadas caras y la expresión cómica y afectuosa que se leía en ellas.

Los animales los siguieron hasta la salita púrpura y se tumbaron en un rincón con un sonoro suspiro satisfecho. Como si no pudieran perder un segundo, Nicholas se dirigió directamente a un pequeño armario y extrajo varios vestidos de colores diversos. Sacó uno de ellos de su percha, lanzó los demás sobre el respaldo de una butaca y luego se volvió hacia Elizabeth.

—¿Por qué no empiezas por probarte este? Es el favorito de Else... o lo era, mejor dicho.

Los ojos de Elizabeth se abrieron desmesuradamente al contemplar el vestido de seda y gasa rojo que le mostraba. Era el que su antecesora llevaba puesto en el cartel del caballete, pero ahora que lo veía de cerca parecía aún más llamativo y extravagante, con cortas manguitas transparentes y un amplio escote. El corpiño estaba cubierto de pequeños rubíes falsos, que se agrupaban formando relucientes estrellas, y sendas cintas de terciopelo negro adornaban la cintura y el bajo de la falda.

Evidentemente era un vestido que ninguna mujer podría llevar en público, a no ser que fuera para actuar en un espectáculo, pero incluso así, solo con verlo y pensar en la posibilidad de ponérselo ella, sentía que sus mejillas enrojecían tanto como la tela.

—Puedes probártelo detrás de la cortina —le animó él. Parecía divertido por su expresión de asombro y reticencia.

Emitió un leve resoplido como para dejarle claro lo poco que le gustaba hacer aquello, pero tomó el vestido de sus manos y se ocultó tras la cortina, asegurándose de que quedaba bien cerrada. Mientras luchaba con los botones de su recatado traje rosa, deseó con todas sus fuerzas que al menos hubiera tenido la consideración de salir de la sala. Aunque el grueso cortinaje morado los separaba, notaba su presencia al otro lado con tanta intensidad como si le estuviera rozando la piel con los dedos. Un escalofrío le subió por la espalda.

«Esa Extraordinaria Else estaría acostumbrada a vestirse y desvestirse en el mismo cuarto que él, pero

yo no. ¿Por qué no se da cuenta de que no soy como ella, de que nunca lo seré, incluso aunque aprenda sus trucos a la perfección?».

Consiguió desvestirse sola y se preguntó si debía mantener el corsé. Él había hablado de la necesidad de respirar bien, pero no podía concebir siquiera la posibilidad de que Else fuera capaz de prescindir de esa prenda... Como no iba a hacer semejante pregunta a Nicholas, decidió no quitárselo y se puso el vestido carmesí. Se lo abrochó y trató de subirse un poco el escote, pero el tejido era tan fino que resbalaba una y otra vez hacia abajo.

—¿Te está bien? —oyó preguntar a Nicholas desde el otro lado de la cortina, pero alarmanamente cerca. No se atrevería a descorrerla, ¿verdad?

No había espejo donde mirarse, pero era obvio que le sobraba tela alrededor de la cintura y que el vestido le iba demasiado largo; Else era bastante más alta y corpulenta. Se sintió aliviada: no podría ponerse sus trajes. Nicholas tendría que estar de acuerdo.

—¿Elizabeth?

Asomó solo la cabeza.

—Me queda grande.

—Déjame ver.

Antes de que pudiera reaccionar, él ya había apartado la cortina con un brusco y único movimiento.

Nicholas hizo un esfuerzo para que sus ojos solo permitieran traslucir un aséptico interés en el tallaje del vestido. Ella mantenía la mirada baja y la tela del escote estirada hacia arriba con ambas manos, como si temiera que, de soltarlo, el vestido entero cayese a sus pies.

—Deja que te vea bien.

—Me queda grande —repuso Elizabeth una vez más.

—Sí, un poco, pero estoy seguro de que Gina podrá arreglarlo.

Su mirada se paseó lentamente desde su azorado rostro hasta el bajo de la falda, que arrastraba por el suelo. El vestido rojo en contraste con su piel blanca conseguía que pareciese hecha de fuego líquido, y la ligera gasa dejaba intuir la forma de sus piernas. Estaba tan distinta a la Elizabeth que conocía que apenas sabía cómo tratarla. Con los labios pintados del mismo tono y la melena suelta resultaría aún más deslumbrante de lo que nunca había sido Else.

Ella pasó a su lado sin mirarlo y se colocó frente al espejo de cuerpo entero. Solo se contempló durante dos o tres segundos antes de volver a girarse hacia él.

—No puedo llevar esto, Nicholas —dijo con tono mortificado—. Por favor, no me obligues a llevarlo.

—Ya sabes que es solo la ropa para actuar. Considéralo una especie de disfraz, si eso te ayuda...

Ella agitó la cabeza; estaba a punto de echarse a llorar.

—No me ayuda. ¿Cómo va a ayudarme?

Nicholas tomó los otros dos vestidos que había dejado sobre la butaca y se los mostró. Uno era azul intenso, con bordados en la falda que asemejaban las plumas de un pavo real. El otro estaba cubierto por completo de encaje negro sobre un forro color piel, de modo que su portadora parecía estar desnuda bajo los encajes. Era el último que había adquirido Else, y no había llegado a estrenarlo, pero si ver a Elizabeth con el vestido rojo causaba en él la reacción física que estaba experimentando, quizá sería mejor que no se probase ese.

—No —zanjó ella sin más al ver cuáles eran las otras opciones.

Nicholas volvió a dejar los vestidos en su sitio.

—No me lo estás poniendo fácil —le reprendió con delicadeza. No quería incomodarla ni agobiarla más, pero empezaba a cansarse de su pudor y de sus escrúpulos. Aún tenía que aprender a hacer muchísimas cosas, y no disponían de demasiado tiempo, aunque en la barca la hubiera tranquilizado en ese aspecto. Todo su futuro dependía de cómo salieran esas dos actuaciones—. Solo es un vestido, ¿por qué te importa tanto?

—¿Por qué te importa *a ti*?

—Creía que estabas dispuesta a cualquier cosa por recuperar a tu hijo, pero quizá no sea así...

Ella clavó sus ojos dolidos en los suyos, y no contestó. Lamentó sus últimas palabras, pero se limitó a observarla en silencio mientras se ocultaba de nuevo tras la cortina. La llamó al fin:

—¿Elizabeth?

Oyó el ligero susurro de las gasas y las sedas; se estaba quitando el vestido. Intentando con todas sus fuerzas apartar de su mente la imagen de una Elizabeth semidesnuda, se apresuró a disculparse.

—No quería insinuar que... Lo siento.

Silencio. Y luego, un gemido de frustración.

—Se ha enganchado... —oyó que murmuraba, irritada.

—¿Qué?

—La gasa del vestido. Se ha enganchado en el... en un cierre del corsé.

—¿Es que no llevabas el cubrecorsé puesto?

Estaba seguro de que esa pregunta la avergonzaría, pero Nicholas conocía bien los detalles de la indumentaria femenina, gracias al trabajo de su padre y a la convivencia con Else, y no consideraba que fueran «inmencionables». Cuando tenían que vestirse para uno de sus espectáculos, muchas veces no había ni tiempo ni biombos para preservar la modestia. A Else nunca le había importado que la viera en distintos grados de desnudez, ni siquiera antes de su primera relación íntima.

—¿Cómo iba a llevarlo con este escote? —La cortina se agitó a causa de sus forcejeos—. ¿Serías tan amable de llamar a Gina, por favor?

Le divertía el tono digno que mantenía ella a pesar de lo ridículo de la situación.

—Gina suele ir al mercado a esta hora para comprar los ingredientes frescos del almuerzo.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Que tendré que ayudarte yo. —Se sonrió, expectante ante su reacción.

—Oh, no, no, no. Ya puedo yo sola. Y si no, esperaré a Gina... ¡La esperaré el tiempo que haga falta!

—No seas absurda.

Apartó la cortina de un manotazo. Ella chilló y retrocedió todo lo que pudo.

—¡Sal de aquí, Nicholas!

El vestido rojo la cubría aún de cintura para abajo, pero el corsé de seda color marfil quedaba a la vista, al igual que sus bien torneados brazos y la cremosa piel de la parte superior de su pecho. Nicholas sintió que su respiración se aceleraba, desvió la vista de esa parte de su cuerpo, y se apresuró a colocarse detrás de ella para comprobar la tela enganchada. Entonces, de la forma cruel e imprevista en que se presentan las tentaciones más difíciles de resistir, le llegó el aroma de su cabello. Tuvo que hacer un esfuerzo tremendo para no inspirarlo a fondo y después abrazarla por la cintura para acercarla aún más a él.

Elizabeth había cruzado los brazos como para cubrirse en lo posible, pero su temblor era perfectamente notorio.

—No tienes derecho a hacer esto —murmuró furiosa.

Él desenganchó con mucho cuidado la gasa de uno de los cierres metálicos, y sus dedos se demoraron sobre su espalda un instante. Solo se consintió que el contacto durara unos segundos, pues de otro modo no hubiera podido detenerse... Luego respiró hondo y la hizo girar para tenerla cara a cara.

—Escucha, Elizabeth —dijo suavemente. Ella continuaba con los brazos cruzados y lo miraba con mudo reproche, incluso con indignación—. No debes sentir vergüenza ni incomodidad cuando estés conmigo, y menos por algo tan tonto. Sé que todo esto es muy diferente de lo que estás acostumbrada, pero yo nunca... —Se detuvo, buscando la forma más delicada de decirlo—. Nunca te miraría *de esa manera*. Solo quiero ayudarte, y que todo esto acabe de la mejor forma posible para los dos.

Ella lo miró a los ojos como si tratara de discernir cuánta sinceridad había en sus palabras. Nicholas temió que encontrara un rastro del deseo que había empezado a invadirlo con fuerza, pero la joven esbozó una tenue sonrisa de aceptación. Qué inocente era, a pesar de todo.

—Gracias —dijo. Se cubrió de nuevo con el vestido lo mejor que pudo—. De todos modos, no voy a ponerme ninguno de estos trajes.

Él lanzó una carcajada, y toda la tensión desapareció de pronto como si se tratara de uno de sus trucos de magia.

—¡De acuerdo, tú ganas! —Salió del estrecho espacio que separaba la cortina para que pudiera volver a vestirse—. Saldremos a buscar algo más apropiado para ti.

Caminaron en silencio durante un buen rato. Ya era casi mediodía, y el sol brillaba con fuerza. La mayoría de las personas con las que se cruzaban, ya fueran hombres, mujeres o niños, llevaban las mangas subidas sin pudor más arriba de los codos y prescindían del sombrero. Elizabeth no se planteaba quitarse el suyo, aunque le diera calor, y mucho menos cerrar su sombrilla; aquel sol abrasaría su delicada piel en cuestión de minutos. Deseó, sin embargo, haberse puesto un vestido más fresco. El que llevaba estaba bien para los templados veranos ingleses, pero resultaba inadecuado para el ardiente sol de Venecia.

Le resultaba difícil hablar con Nicholas de forma natural después de que la hubiera visto a medio vestir. Intentaba creerle cuando decía que él no la miraba de esa manera, pero su proximidad en el pequeño espacio que delimitaba el cortinaje había generado lo que le pareció una onda de atracción tan fuerte como la que producía un imán. ¿Él también lo habría sentido, a pesar de sus palabras, o sería solo cosa suya?

—Cerca de la plaza de San Marcos hay una calle con varias tiendas y sastrerías —dijo Nicholas interrumpiendo el hilo de sus pensamientos—. Podrás elegir lo que prefieras, pero ten en cuenta que nunca podrá ser lo que te pondrías para ir de visitas en Londres...

—Intentaré encontrar un término medio entre eso y los espantosos trajes de tu Else —replicó ella.

—Ya no es *mi* Else —le corrigió—. En realidad, nunca lo fue. Supongo que su destino era muy diferente del mío...

«¿Y el mío?», pensó Elizabeth. ¿Cuál era su destino? Vivir el resto de su vida en semirreclusión, imaginaba, en la casa de sus padres... Una divorciada rechazada por la buena sociedad, prácticamente enterrada en vida. Pero prefería eso a tener que pasar con Robert un solo día más... Mientras tuviera a su niño, por supuesto.

Las campanas de una iglesia cercana resonaron al dar las doce. El calor era cada vez más intenso, y deseó ser como las mujeres venecianas, desabrocharse los dos primeros botones del corpiño y remangarse hasta los codos. Quizá aprovecharía esa oportunidad para adquirir un par de vestidos de

calle más ligeros.

—Después deberíamos pasar por el taller de Girardi, para ver cómo va el mecanismo para la levitación —comentó Nicholas, dirigiéndola para que girasen al llegar a la esquina de la calle—. ¡Ojalá lo tenga listo para el día 12! Así no tendríamos que esperar a la fiesta de Montagliore para presentar el truco.

Elizabeth iba a replicar con sensatez que, si tan importante y difícil era ese truco, tal vez sería mejor disponer de más tiempo para ensayarlo, pero lo que vio al doblar la esquina le borró cualquier pensamiento lógico de la cabeza y cualquier palabra que fuera a pronunciar.

Bobby. Estaba detenido a unos quince metros de ellos, de espaldas, pero supo con cada fibra de su ser que era él, su pequeño. Se detuvo en seco, agarrando tan fuerte del brazo a Nicholas que este emitió una pequeña exclamación de sorpresa y dolor.

—¡Es él! ¡Es mi hijo!

Una mujer de mediana edad, vestida de calle pero con aspecto de criada, estaba agachada junto a él, atándole los cordones de las botas. Ninguno de los dos reparó en ellos, medio ocultos tras la esquina.

Sin detenerse a pensar, Elizabeth se lanzó hacia donde estaban, pero algo la retuvo. Nicholas la estaba sujetando con firmeza por la cintura, impidiendo que se moviera. Ella se debatió inútilmente.

—¡Suéltame! —le exigió, fuera de sí.

—No grites. —El tono de Nicholas era tranquilo pero severo.

Ella observó con impotencia cómo la mujer se erguía, tomaba a Bobby de la mano y echaba a andar de nuevo con él, alejándose calle abajo. ¡Se iban! Sus ojos se llenaron de lágrimas que enseguida se desbordaron.

Nunca, ni siquiera cuando descubrió que Robert se había llevado a Bobby ni cuando ese horrible valet suyo la había echado del palacio, había experimentado una frustración mayor, una desesperación tan desgarradora. ¡Ver a Bobby allí, tan cerca, casi al alcance de su mano, tener la oportunidad de correr hacia él y abrazarlo, y sin embargo haberse visto obligada a permitir que se fuera, a continuar en las sombras, como si en lugar de su madre fuera una mujer odiosa y depravada de la que tuvieran que protegerlo...!

Sin molestarse en secarse las lágrimas que le corrían por las mejillas, se volvió hacia Nicholas, que continuaba sujetándola con firmeza por la cintura.

—¿Por qué me has impedido ir con él? —le increpó—. ¡Estaba allí mismo, podría habérmelo llevado!

—Sé que es muy duro, Elizabeth, pero debemos hacerlo así. ¿Pretendías arrebatárselo a esa mujer, llevártelo en volandas delante de decenas de testigos, dar un espectáculo para que luego tu exmarido pueda acusarte de estar completamente fuera de tus cabales? —Notaba que Nicholas trataba de hablar en tono sereno, pero que a él tampoco le estaba siendo fácil mantener la calma—. ¡Eso solo le daría más razones para mantener alejado a tu hijo de ti! ¿No entiendes que te acusaría de lo mismo que lo acusas tú?

—Prometiste ayudarme a recuperarlo... —le recriminó ella sin escuchar sus palabras. Tragó saliva con dificultad, ahogando un sonido que era mitad sollozo mitad gemido de furia—. Prometiste protegerme...

—Y eso hago. —Nicholas dejó una mano sobre su cintura mientras elevaba la otra para atraer su cabeza hacia uno de sus anchos hombros. Con reticencia y temblando de rabia, pero sintiéndose demasiado hundida para oponerse, Elizabeth cedió a la presión de su mano y apoyó la mejilla contra su pecho—. Eso hago —le escuchó repetir.

—¿Entonces por qué no me has permitido acercarme a él? —protestó.

—Ya te lo he explicado. No era el momento. —Nicholas la separó de sí unos centímetros para poder mirarla—. Debes confiar en mí.

—No sé si puedo. Yo he accedido a lo que me pedías; ¡voy a actuar como tu ayudante dentro de unos días, cosa que me aterra y que en el fondo encuentro indecente, y a cambio tú...! —Iba a acusarlo de no cumplir con su parte del trato, de haberse aprovechado de ella solo para satisfacer sus necesidades, pero estaba tan alterada que se atropelló y no supo cómo continuar.

Él aprovechó la pausa para volver a hablar:

—Tienes que calmarte y actuar con un poco más de frialdad, o te garantizo que lo estropearás todo.

—¡Estoy harta de actuar con frialdad! —repuso apasionadamente—. ¡Llevo toda la vida siendo tranquila y fría, sin hacer ni decir nunca nada de lo que en realidad querría! ¡Todos a mi alrededor consiguen lo que desean menos yo!

—¿Y qué es lo que deseas, Elizabeth, además de recuperar a tu hijo?

Ella levantó la mirada hacia Nicholas. Sus ojos castaños irradiaban destellos verdes y dorados mientras la miraba de una forma que era difícil de interpretar: con intensidad, pero también con una gran ternura. Elizabeth supo entonces, de una forma totalmente inesperada y casi violenta, lo que deseaba: liberarse de todas las ataduras que la habían constreñido durante años y que la habían impedido dejarse llevar ni por uno solo de sus impulsos. La atracción que sentía hacia Nicholas desde el primer instante en que lo había visto sentado en aquella terraza empezó a desbordarse, sin poder hacer ya nada para evitarlo. Su boca, suavemente cerrada, estaba ahora a escasos centímetros de la suya, tan cerca que ya no distinguía ningún otro rasgo de su cara. Durante un instante eterno ninguno de los dos se movió. Y cuando por fin la besó, Elizabeth ni siquiera pensó en alejarse o tratar de impedirlo, sino que separó los labios y lo besó a su vez, aferrándose a él con fuerza. El calor de su contacto la invadió por dentro, pero no duró más de unos segundos, porque enseguida se separaron. Nicholas la soltó y dio un paso atrás.

—Lo siento, Elizabeth —murmuró—. No debería haberlo hecho.

Ella asintió y miró nerviosa a su alrededor. Era incapaz de mirarlo a él, el primer y único hombre que le había hecho sentir algo con un beso. Le temblaban las piernas y tenía la piel de gallina en los brazos, pero a la vez ardía por dentro. En toda su vida solo la había besado (y hacía años de eso) Robert, y en ninguna de esas contadas ocasiones había tenido nada que ver con aquello...

—Yo también lo siento. No sé qué me ha pasado.

Nicholas la tomó de la mano de forma fraternal y echó a andar en dirección opuesta hacia donde se habían alejado Bobby y la sirvienta. Ella se dejó llevar, aturdida y sin saber qué más decir.

—No deberíamos permitir que... que esto enturbie nuestro acuerdo —dijo él sin girarse hacia ella mientras atravesaban un pequeño puente—. Como te he dicho, tenemos que mantener la cabeza fría y no entregarnos a impulsos absurdos.

—¿Te refieres a mi intento de llevarme a Bobby antes, o a...?

Nicholas la miró de soslayo brevemente.

—A ambas cosas.

Sí, no podía culparle por definir lo que acababa de ocurrir entre ellos como un impulso absurdo. Había tantas razones para no permitir que volviese a suceder algo así que Elizabeth no podía ni enumerarlas. No se trataba solo de que lo último que deseaba era otro escándalo, sino de que no tenía ningún sentido dejarse enredar en ese momento en una relación íntima con un hombre. Su mente solo debía estar enfocada en un único objetivo: Bobby.

«Es comprensible que hayas caído en esto —se excusó a sí misma mientras seguían caminando en silencio—; ¡es tan atractivo, tan diferente a todos! Y sí, también ha tenido algo que ver el hecho de que te sientas tan sola y vulnerable... Pero nada más. Ayúdalo en su actuación, recupera a Bobby y regresa a Londres lo antes posible. Bastante complicado es todo ya».

No se percató de que Nicholas la había estado conduciendo hacia su hotel hasta que levantó la vista y se encontró frente a las puertas dobles y el botones que recibía a los huéspedes.

—Creía que íbamos a comprar ropa para la actuación, y que iríamos al taller de Girardi después.

Nicholas esbozó una sonrisa suave que no llegó a sus ojos.

—Debes de estar cansada; ya lo haremos otro día. —Se apartó de ella para ceder el paso a dos señoras mayores que entraban en el hotel, y añadió—: Será mejor que descanses el resto de la tarde. Mañana te estaré esperando en casa de Fazio para ensayar a las diez, ¿de acuerdo?

Nicholas parecía impaciente de pronto, como ansioso por librarse de ella. Quizá se estaba empezando a arrepentir de haber establecido aquel extraño pacto entre ellos.

—De acuerdo —respondió sin más.

Se estrecharon la mano con rapidez, como dos socios de negocios cerrando un contrato, y Elizabeth entró en el hotel con la cabeza baja, sin levantar la vista hacia Nicholas ni hacia el botones que mantenía la puerta abierta.

«Lo siento, Elizabeth. No debería haberlo hecho». Eso era lo que le había dicho después de besarla, pero lo cierto era que ni lo sentía ni hubiera podido evitarlo de ningún modo. Desde que la conocía, Nicholas había sido muy consciente de que terminaría besándola en algún momento. En un arranque de infausto romanticismo muy poco propio de él, incluso lo comparaba con la muerte: sabía de sobra que no era algo deseable, pero también que acabaría ocurriendo irremediablemente. Se trataba solo de cuándo y dónde.

Aun así, en cuanto lo hizo, una minúscula chispa de sensatez alumbró su aturdido cerebro durante las milésimas de segundo necesarias para entender que tenía que despegar su boca de la suya, retroceder un paso y disculparse. Y, mientras volvía a casa de Fazio, esa chispa también le sirvió para prometerse a sí mismo que no volvería a hacerlo. Ella tampoco daba la impresión de estar muy orgullosa del giro de los acontecimientos, aunque durante los segundos que duró su contacto se había aferrado a él como si le fuera la vida en ello. Elizabeth había dejado caer su capa de contención y de frialdad, y había sido fuego entre sus brazos. Sus ojos ardían de pasión, sus manos quemaban a través de los finos guantes, y sus labios le habían parecido carbones encendidos.

Se obligó a dejar de recordar tales sensaciones y miró el reloj de sobremesa: casi las diez y cuarto. Habían quedado en que acudiría a casa de Fazio a las diez, pero conociendo su sentido de la orientación, aquel leve retraso no significaba mucho.

A las diez y veinte se levantó de la butaca y sacó una baraja de cartas para repasar viejos y gastados trucos.

A las diez y veintiséis apartó los visillos violeta y se asomó por la ventana tratando de tener ángulo visual de la puerta de entrada al jardín. Solo alcanzó a ver a los perros tumbados al sol.

A las diez y media en punto, salió de la salita púrpura y de la casa de Fazio en dirección al hotel Bauer.

Cuando entró en el fresco vestíbulo se detuvo a recuperar el aliento, y también a pensar bien lo que iba a hacer a continuación. ¿Realmente estaba a punto de subir a la habitación de Elizabeth para interrogarla acerca de qué nuevo problema moral le había impedido acudir al ensayo? ¿Acaso no resultaba obvio? El beso había supuesto para ella algo mucho peor que para él, no necesitaba decírselo. Bastantes problemas tenía como para embarcarse en una aventura romántica en una ciudad extranjera con un ilusionista de tres al cuarto... Ella debía recuperar a su hijo y regresar cuanto antes a Londres, a su familia, al mundo que conocía y al que pertenecía. No había lugar en su vida para alguien como él.

Pero Nicholas no podía dejarlo así. Y ya ni siquiera se trataba de que la necesitase para las actuaciones. Era algo infinitamente más complicado. Sabía que sus caminos no podrían seguir entrecruzados más allá de esas pocas semanas, pero esa no le parecía razón suficiente para alejarse. No era suficiente en absoluto.

Pensó en pedirle al botones que le subiera una nota, como había hecho el día anterior, pero enseguida desechó la idea. Ella seguiría arriba, encerrada en su habitación, fuera de su vista, y simplemente la leería, la tiraría a la papelera y continuaría estando lejos de su alcance. No, debía subir él mismo.

Ella alisaba las inexistentes arrugas de la colcha de seda una y otra vez, y de vez en cuando paraba de hacerlo y deslizaba un dedo por el contorno de los bordados. Luego, volvía a alisar la colcha, o la falda

de su vestido verde jade. Cualquiera cosa con tal de no mirarlo directamente a la cara.

Nicholas llevaba en la habitación de Elizabeth algo más de cinco minutos, y ella no aparentaba tener mucho que decir. Estaba sentada al borde de la cama, y él continuaba de pie, aún cerca de la puerta, incómodo y con las manos profundamente hundidas en los bolsillos. No lo había invitado a tomar asiento, pero le había permitido pasar, lo cual era bastante más de lo que esperaba. Sin embargo, no comprendía para qué, si no pensaba hablar de nada más que del tiempo que hacía aquella mañana (que, por otro lado, era el mismo que había hecho el día anterior, y el anterior, y así hasta remontarse a primeros de mayo).

Al entrar, le había preguntado con tono ligero la razón de que no hubiera acudido a la casa de Fazio como habían quedado, y ella se había limitado a murmurar algo acerca de un dolor de cabeza y a continuación se había sentado en la cama, con la cabeza girada de tal modo que le impedía ver su expresión.

Sacando al fin las manos de los bolsillos, se acercó a la cama con la intención de sentarse a su lado, pero en el último momento desvió sus pasos y se dejó caer en un pequeño sillón cercano a la ventana. La contempló unos segundos más, dándole una última oportunidad para hablar ella primero, pero no lo hizo. Se aclaró la garganta.

—¿Cuánto tiempo suelen durar tus dolores de cabeza?

Por fin lograba que ella girase la cabeza hacia él. Lo hizo muy despacio, levantó los ojos hacia su rostro y entonces emitió una corta risita, mezcla de indulgencia y alivio.

—¡Oh, Nicholas...! —dijo tan solo.

Él también sonrió. Al menos, la tensión entre ellos había disminuido un poco.

—¿Vendrás ahora conmigo?

El rostro de ella se tornó serio de nuevo. Nicholas pensó que sus sonrisas eran tan fugaces como el aleteo de una libélula, tan transparentes y frágiles como sus alas. Aparecían y desaparecían al segundo, le abrían una efímera entrada a su corazón y enseguida la cerraban de un portazo y lo dejaban fuera otra vez.

—No puedo —respondió. Seguía vuelta hacia él, pero ya no lo miraba.

Nicholas se puso en pie con brusquedad.

—No dejas de repetir eso —le acusó. Ella volvió a levantar la mirada, sorprendida por la rudeza de su tono—. «No puedo, no puedo». Pero luego siempre me demuestras que sí puedes. Y lo que es más importante, te lo demuestras a ti misma.

—Pero es que...

—¿Qué? ¿Que eres una dama y no deberías trabajar con un mago? ¿Que ayer viste a tu hijo sin esperarlo y te has derrumbado? ¿Que permitiste que te besara, y que te gustó, y que te sientes avergonzada por ello? —Veía la expresión alarmada de ella, y el rubor que iba arrasando sus mejillas, pero no podía detenerse—. Todo eso ya lo sé, Elizabeth.

—Entonces seguro que lo entiendes —insistió ella. Se levantó de la cama y señaló hacia un rincón de la habitación, donde había una enorme maleta de cuero a medio llenar en la que Nicholas no se había fijado—. Creo que voy a regresar.

A él le costó un poco procesar lo que acababa de decir y, aunque era bastante obvio adónde, hizo la pregunta:

—¿A Londres?

Ella asintió con un leve movimiento de cabeza. Su cara había adquirido una expresión que a Nicholas

ya le resultaba familiar: estaba luchando por no echarse a llorar. Deseó que no lo hiciera. Estaba harto de verla llorar, y lo que era peor: ahora le daba la impresión de que tendría una parte de responsabilidad en ello.

—Sí. Volveré a casa de mis padres y...

—No —le contradijo él sin más.

—Nicholas, no puedes retenerme aquí solo porque necesites una ayudante para tus números... Se trata de mi vida.

—Precisamente. —Se le acababa de ocurrir algo, y aunque era consciente de que su primera reacción sería de rechazo, se lo sugeriría de todas formas. Tomó una de sus manos y la sostuvo entre las suyas; estaba helada, a pesar del sol que entraba a raudales por las ventanas—. ¿Por qué no dejas este hotel y te trasladas a casa de Fazio?

Ella retiró su mano de golpe y reaccionó justo como había esperado: igual que si le acabara de proponer que se desnudara para él en ese mismo momento.

—¿Irme a vivir con vosotros? No te lo tomes a mal, Nicholas, pero ¿hasta dónde puede llegar tu locura? ¿No es suficiente con todo lo que...?

—Escucha —le interrumpió él—: creo que estando aquí sola les das demasiadas vueltas a las cosas, y corres el riesgo de caer en un pozo de tristeza y desesperación que no te permita ver con claridad.

—¿Y acaso en casa de Fazio no corro ningún riesgo?

A Nicholas le dolió un poco su tono casi sarcástico y el gesto de escepticismo y desconfianza que había asomado a su rostro. ¿No le había demostrado ya que podía confiar en él?

—En casa de Fazio estarás bien atendida, cuidada y acompañada. Te sentirás mejor, más fuerte y con más ánimo. Te lo aseguro.

Ella pareció considerar sus palabras con seriedad. Casi podía ver las dudas y las ideas contrapuestas girando vertiginosamente en el interior de su bonita cabeza.

—No sé...

—Si no estás cómoda entre nosotros, siempre podrás regresar a Inglaterra como estabas pensando hacer.

—Pero no deberías invitarme a vivir en la casa de Fazio si él no está de acuerdo —murmuró ella, desplegando los últimos reductos de su resistencia.

—No te habría invitado si tuviera la más mínima duda de que lo está. —Por supuesto, no había ni siquiera mencionado con su amigo la posibilidad de que la joven se trasladara a su casa, pero conocía bien a Fazio. Además de su espléndida hospitalidad, sabía que ella le gustaba. La miró a los ojos y sonrió, tratando de infundirle valor y de que superara sus temores—. No estás sola. Tienes amigos aquí, confía en ellos. Ya eres mi Extraordinaria Elizabeth; no puedes rendirte ahora.

Aquello era absurdo. En el momento en que había tomado la decisión de romper su matrimonio, Elizabeth había pensado que por fin empezaba a tomar las riendas de su vida, después de años de hacer solo lo que los demás querían. Pero resultaba evidente que estaba equivocada. Si no, no estaría en ese instante deshaciendo su equipaje en la preciosa habitación de invitados que Fazio le había destinado.

No estaba nada segura de la conveniencia de estar allí. Nicholas había argumentado que con ellos se sentiría más protegida y acompañada, pero ¿sería cómoda la convivencia después de haberse besado de esa forma..., como si hubiesen perdido por completo los papeles y el autocontrol durante aquel momento breve e intenso? Percibió el calor en sus mejillas al recordarlo y se frotó los ojos tratando de

pensar en otra cosa. Pero no pudo.

«¿Por qué no puedo decirle que no a nada? —se preguntó por enésima vez mientras colgaba otro vestido en el gran armario de caoba—. Siempre que me niego a hacer algo, y con muy buenas razones, además, Nicholas termina convenciéndome».

Cuando acabó de guardar su ropa y disponer sus artículos personales en el tocador y en la cómoda, se dio cuenta de que en ese momento ya no le quedaba más remedio que salir del dormitorio y bajar, pues era casi la hora de la cena. Sin embargo, en el último segundo decidió cambiarse de vestido por unas razones que la avergonzaban. No, no era que le importase que Nicholas la viera atractiva cuando entrara en el comedor... Una dama siempre debía cambiarse de traje antes de cenar, con independencia de los caballeros que fueran a acompañarla. Estaba empezando a olvidar las apropiadas costumbres que había seguido en Londres.

Eligió un vestido rosa pálido, con el cuerpo drapeado y una sobrefalda de delicado encaje blanco, y se tomó un instante frente al tocador para analizar su peinado. Llevaba el cabello, como siempre, peinado en un elegante moño, sin un solo mechón fuera de su sitio. Inclino la cabeza, contemplando pensativa su reflejo, y se quitó varias horquillas hasta que la parte principal del recogido se deshizo. Seguía manteniendo los mechones laterales sujetos, por lo que técnicamente no llevaba el cabello suelto. Y, sin embargo, ese peinado le daba un aire más relajado y juvenil.

Negándose a reflexionar sobre la motivación de ese cambio en su aspecto, salió de su dormitorio y trató de orientarse. ¿Dónde estaban las escaleras de bajada? Avanzó hacia la izquierda, aguzando el oído por si oía algún ruido al otro lado de la hilera de puertas cerradas. No oyó nada, y se dijo que tanto Nicholas como Fazio ya estarían esperándola abajo.

—¿Por qué vas hacia los desvanes?

Sobresaltada, giró en redondo para encontrarse con Nicholas.

—¿Cómo dices?

Él le sonreía desde el fondo del pasillo, muy cerca de la escalera que ahora podía localizar con claridad. También se había cambiado de ropa, y llevaba una chaqueta sencilla pero elegante, confeccionada con un terciopelo negro que destacaba el tono rubio de sus cabellos. No pudo evitar pensar en lo atractivo que estaba en aquel momento.

—En esa zona de la casa a la que te diriges solo hay desvanes y trasteros. Allí no encontrarás más que ratas enormes correteando entre viejos disfraces de carnaval.

Elizabeth se acercó a él con porte digno, consciente de que Nicholas trataba de contener la risa.

—Solo curioseaba. Sabía que la escalera estaba aquí.

—Por supuesto. —Le ofreció el brazo como si estuvieran a punto de entrar en el baile inaugural de la temporada londinense—. ¿Bajamos a cenar?

Elizabeth apoyó la mano en el brazo de Nicholas mientras descendían, sujetándose con la otra el bajo del vestido. Él no había hecho ningún comentario sobre su traje, ni sobre su nuevo peinado, y Elizabeth se arrepintió de haberse preocupado tanto por su apariencia. Sin embargo, cuando llegaron a la puerta del comedor, Nicholas se apartó para que pasara ella primero, y mientras lo hacía, sintió que su mano acariciaba con suavidad los bucles sueltos de la parte posterior de su cabeza. Se volvió para mirarlo, sorprendida.

—Deberías llevarlo siempre así —murmuró él, y apartó la mano muy lentamente, como si dejar de tocarla le supusiera un enorme esfuerzo.

Elizabeth no supo qué responder, pero la voz de Fazio saludándola desde las profundidades del

comedor la rescató. Se sentó a la mesa y respondió con entusiasmo las preguntas de su anfitrión sobre si todo en el dormitorio resultaba de su agrado, pero notaba que las piernas le temblaban y que tenía la piel de gallina, igual que cuando Nicholas la había besado el día anterior.

Los dos habían acordado que no volvería a ocurrir, en un tácito reconocimiento de que las cosas eran ya lo suficientemente complicadas sin necesidad de involucrar sus sentimientos, su intensa atracción física o lo que fuera que había entre ellos... Pero entonces, ¿por qué le había acariciado así el cabello? ¿Por qué la miraba de ese modo desde el otro lado de la mesa? ¿Y por qué no podía ella dejar de recordar una y otra vez aquel beso que habían compartido?

Sonrió a Gina distraídamente cuando esta depositó un plato de pasta con verduras ante ella, y se lamentó una vez más del gran error que había cometido aceptando vivir bajo el mismo techo que él.

Después de la cena, Nicholas se ofreció a ayudar a Gina con una reparación que se necesitaba en la cocina, por lo que Elizabeth se quedó sola con Fazio.

—Tomemos un licor en la biblioteca, *cara* —le propuso él con un tono tan amistoso que ni se le pasó por la cabeza rehusar, a pesar de que en Londres nunca había seguido esa costumbre.

Mientras se sentaban en el cómodo sofá de la estancia favorita de Fazio, Elizabeth se dio cuenta de que nunca había visto a su anfitrión en la sala de estar de la casa. Al parecer, sus ratos de ocio, al igual que los de trabajo, transcurrían siempre entre aquellas paredes forradas de libros de incalculable valor.

Fazio sirvió un líquido transparente y de olor dulce en dos pequeñas copas y le tendió una.

—No se me da bien jugar a las cartas, pero tengo un ajedrez que compré en Francia, elaborado en el siglo xvi, una verdadera reliquia. Si sabes jugar, podríamos...

—Fazio —le interrumpió con una sonrisa—, creo que ha llegado el momento de que te explique la verdad sobre mis circunstancias. Sé que Nicholas no te lo ha contado todo por respeto a mí, pero no podría pasar ni una sola noche bajo tu techo sin corresponder a tu hospitalidad diciéndote, al menos, qué es lo que me ha traído en realidad a Venecia.

—Es un placer tenerte como invitada en mi casa todo el tiempo que quieras, Elizabeth. No necesitas darme ninguna explicación.

—Pero quiero hacerlo —insistió ella—. No es solo por tu gran generosidad, Fazio. Nicholas dice que debo consideraros a los dos mis amigos, y creo que lleva razón.

—No lo dudes.

Elizabeth pensó en la mejor manera de empezar su historia, y al no encontrarla, se dijo que lo mejor sería averiguar primero cuánto sabía él.

—Quizá Nicholas te haya contado que recientemente me... —Se interrumpió. Aún le costaba pronunciar la palabra «divorcio», en especial ante personas que no sabía cómo reaccionarían. Pero Fazio esbozó otra de sus afectuosas sonrisas y sugirió con delicadeza:

—¿Que te has divorciado? —Elizabeth se apresuró a asentir—. Sí, me lo contó. Me dijo que estabas viajando por Europa para escapar del revuelo... Creo que eres muy valiente; no ha debido de ser fácil para ti dar ese paso.

Se sintió un poco más tranquila al ver que él ya estaba al corriente de, al menos, el inicio de sus problemas, pero al mismo tiempo se preguntó cómo se habría desarrollado esa conversación entre Nicholas y Fazio. ¿Qué más le habría dicho sobre ella? ¿Qué opinaría sobre su situación, o sobre la relación que tenían? Apartó a Nicholas de sus pensamientos una vez más y se centró en lo que iba a contar.

—Gracias, Fazio. Pero la verdad es que no estoy «viajando por Europa»... —Respiró hondo y continuó—: Mi marido..., quiero decir, mi exmarido se llevó a mi hijo, Bobby, de Londres sin decirme nada. Me enteré de que habían venido aquí y decidí venir a buscarlo. Pero ni siquiera me quisieron recibir en el palacio donde se hospedan.

Fazio enarcó sus espesas cejas y le dirigió una mirada compasiva.

—Eso es terrible.

—Entonces conocí a Nicholas, y resultó que el palacio donde está Bobby... es el mismo en el que él tiene que actuar.

—¿El palacio Montagliore?

—Sí —asintió. Hablar con él de aquel tema le estaba costando menos de lo que había imaginado—. Como Nicholas había perdido a su ayudante, me propuso sustituirla en la actuación. De ese modo podría entrar en el palacio y recuperar a Bobby.

Fazio bebió unos sorbos de licor con los párpados entrecerrados; parecía más pensativo que sorprendido. Elizabeth esperó en silencio a que dijera algo, consciente de lo mucho que le importaba lo que opinase. Por fin, dejó la copa y levantó la vista hacia ella. En sus ojos había una expresión extraña, casi traviesa.

—¿Sabes, Elizabeth? Hace poco me reencontré con una vieja amiga, una aristócrata florentina llamada Ilaria Contarini. Es una mujer inteligente y encantadora, como tú. Y está alojada también en el palacio Montagliore, ya que el conde la ha invitado a su fiesta...

Ella asintió con amabilidad, aunque no entendía adónde pretendía llegar.

—Supongo que habrá muchos invitados... —comentó. Bebió por primera vez de su copa, aunque en realidad fue más mojarse los labios que dar un verdadero trago.

—La cuestión es que quizá podría pedirle que te ayudara a entrar.

Aquello era justo lo que había deseado desde el principio: encontrar una manera de introducirse en el palacio que no implicara tener que actuar como asistente de Nicholas... Y Fazio había encontrado la forma de hacerlo. Sin embargo, algo en esa propuesta no la convencía ya. Su trato con Nicholas se anularía, y él se quedaría otra vez sin ayudante. Sería más fácil para ella, sí, pero ¿a qué precio? No conocía a esa mujer ni tenía la seguridad de que pudiera de verdad ayudarla. Y en cambio, confiaba totalmente en Nicholas. Recordó entonces lo que este le había explicado en el Caffè Florian.

—Nicholas opina que el efecto será mayor si me enfrento a mi exmarido durante la fiesta de Montagliore, con todos sus invitados enterándose de lo que ha hecho.

Fazio guardó silencio mientras valoraba lo que acababa de decir. Al cabo de unos segundos, preguntó:

—¿Te parecería mejor si le pido a Ilaria que se fije en lo que ocurre dentro del palacio, y luego me lo cuente?

—¿Quieres decir que le pedirías que espiera a Robert? —se sorprendió ella.

Pensó en las implicaciones que tendría aquello. Podría saber cómo estaba Bobby, quién lo vigilaba, si Robert lo trataba de forma adecuada... ¡Si podía confiar de verdad en la amiga de Fazio, sería casi como estar dentro del palacio! Durante un momento no supo qué decir, y Fazio pareció interpretar su excitación como escrúpulos.

—Pero, por supuesto, si tú no estás de acuerdo...

—¡No! Es decir, claro que estoy de acuerdo. Pero ¿crees que ella no dirá nada a mi exmarido acerca de que sigo en Venecia y que pretendo entrar en el palacio?

—Te aseguro que no lo hará. Conozco a Ilaria desde hace años y confío totalmente en ella. Es una

gran mujer.

Se fijó en que los ojos de Fazio brillaban de forma intensa al hablar de Ilaria. ¿Sería algo más que una vieja amiga para él? De cualquier modo, parecía muy convencido de que su sugerencia tendría éxito... Y Elizabeth también debía empezar a confiar en los demás.

—De acuerdo. Te estoy muy agradecida, Fazio —dijo, y luego rio con suavidad—. Creo que estoy destinada a daros las gracias una y otra vez.

Él agitó la cabeza, como queriendo restarle importancia, y alzó su copa para brindar. Dijo algo en italiano, y luego lo repitió en inglés:

—Por la amistad y los finales felices.

Elizabeth alzó también su copa, y las entrechocaron con un suave tintineo.

Fazio extendió el brazo para ayudar a Ilaria a salir de la góndola. Habían estado en Murano, contemplando a los artesanos que soplaban el vidrio ardiente hasta convertirlo en todo tipo de objetos de deslumbrantes colores, y ahora, de vuelta en Venecia, sentía que aquellas horas juntos habían sido todavía más agradables si cabía que la velada en la ópera.

—La lámpara que has comprado es una maravilla —comentó Ilaria una vez tocó tierra firme—. Quizá debería haber adquirido una igual para mi casa.

—Los costes de enviarla a Florencia hubieran resultado casi iguales a su precio, pero si en el futuro sigues interesada, volveré a Murano a encargarla para ti.

Se había encaprichado de un enorme candelero de cristal de seis brazos para el techo de la sala de estar, en opalescentes tonos azules, morados y rosas, que le llevarían a casa al día siguiente. Y había insistido en regalarle a Ilaria un collar confeccionado a base de cuentas de cristal, todas de diferentes tamaños y colores, que ella se había puesto de inmediato a pesar de que el estilo no encajaba demasiado con el traje que lucía ese día.

Estaban excesivamente cerca del palacio Montagliore como para hablarle de lo que tenía en mente desde la noche anterior, así que tomó a Ilaria del brazo con suavidad para cambiar de dirección.

—¿Dónde vamos? —preguntó ella, dejándose guiar.

—Tengo que contarte algo. Y, de paso, pedirte un favor.

Enfilaron una calle secundaria, muy cerca de donde se habían encontrado por casualidad la primera noche.

—Ya sabes que puedes pedirme lo que quieras. —Ilaria se llevó los dedos al cuello y jugueteó con las cuentas del collar mientras caminaban—. ¿De qué se trata?

—De la fiesta de Montagliore. O, más bien, de uno de los invitados.

No sabía muy bien cómo abordar el asunto, y su vacilación hizo reír a Ilaria.

—¡Siempre tan misterioso, Fazio! ¿Quieres contarme de una vez qué ocurre?

Se detuvo y miró a su alrededor, asegurándose de que no hubiera nadie tan cerca como para que pudieran escucharlo. Era poco probable que un invitado de Montagliore estuviera en ese momento por allí, pero no quería correr riesgos.

—Conoces a lord Ashton, ¿verdad? —comenzó. Esperó a que ella asintiera y continuó hablando—. Es el exmarido de una dama que se aloja en mi casa estos días. —Los ojos color chocolate de Ilaria se abrieron de asombro. Parecía sorprendida, incluso ligeramente contrariada, y Fazio tardó un poco en darse cuenta de la razón: ¡pensaba que tenía a una amante viviendo con él! Se sonrojó de vanidad y se apresuró a aclarar—: ¡Oh, no, no se trata de lo que crees!

Le explicó la historia de Elizabeth con todos los detalles que conocía, incluyendo que Nicholas estaba preparándola para que actuara con él en la fiesta del conde, y cuando terminó de hablar, miró a Ilaria para comprobar su reacción.

—Desde que lo conocí, no me ha gustado ese lord Ashton —declaró ella con su voz firme y tranquila—. Y, después de lo que me has contado, me gusta mucho menos. Puedes decirle a Elizabeth que procuraré averiguar todo lo posible.

—Eres muy amable, Ilaria. Tanto ella como yo te lo agradecemos mucho.

—No es amabilidad. Las mujeres debemos ayudarnos entre nosotras. Y en cuanto a ti, Fazio —le cogió una mano y la apretó con suavidad—, no tienes que darme las gracias por nada. Nunca.

Él trató de sobreponerse al repentino contacto, a pesar de que sentir los dedos de Ilaria sobre los suyos amenazaba con producirle un colapso generalizado.

—Te debo un favor, entonces —consiguió articular.

—De acuerdo. —Ilaria le dedicó esa sonrisa luminosa y un poco traviesa que le encantaba, pero lo que dijo a continuación dejó a Fazio sin aliento—: Pues prométeme que nos veremos muchas veces más en el futuro. En tu ciudad, o en la mía.

El piano de la salita púrpura era, sin duda, de peor calidad que el que tenía en su casa de Londres, pero Elizabeth hizo lo que pudo cuando Nicholas le pidió que improvisara una melodía. Trató de que no sonara demasiado clásica, pero tampoco extravagante o siniestra; para ella, Adamantium era un ser elegante y majestuoso, no un personaje de circo. Los invitados de Montagliore lo verían de la misma forma.

—Eso me gusta.

Nicholas la miraba tocar sentado en la butaca. Sobre su regazo descansaban los papeles donde había apuntado el desarrollo de la actuación, pero parecía haberlos olvidado por fin. Llevaban toda la mañana estudiándolos juntos, y no le había permitido pasar a otra cosa hasta que se aseguró de que se sabía de memoria el orden, la técnica y los instrumentos necesarios para cada truco. Por suerte, Elizabeth siempre había sido una estudiante aplicada, y no le costó demasiado retener cada detalle. Aunque no quería ni pensar en cuando tuviera que llevarlo a la práctica delante de un público real...

Dejó de tocar y se volvió hacia él.

—¿No deberíamos contratar a un pianista que tocara todo el tiempo mientras nosotros actuamos?

—No podría pagarle —respondió él con un suspiro. Puso las hojas de papel sobre la mesita que tenía al lado y se levantó—. Por cierto, he empleado casi las últimas liras que me quedaban en comprar algo para ti.

—¿Para mí? —se sorprendió. Aguardó con aprensión mientras él sacaba algo de una caja de cartón alargada. A Elizabeth ya le costaba bastante conducirse con naturalidad en su presencia; que le diera un regalo solo lo haría más difícil.

—Espero que sea de tu agrado.

—No deberías haberme regalado nada... —declaró ella con voz tensa. Nicholas seguía dándole la espalda, y se preguntó qué le habría comprado, y por qué. Supuso que era imposible que él lo supiera, pero no resultaba nada apropiado que un hombre le hiciera obsequios a una dama con la que no le unía parentesco ni compromiso matrimonial.

—No se trata exactamente de un regalo. —Se volvió hacia ella, desplegando el vestido que acababa de extraer de entre varias capas de papel de seda—. Es para la actuación.

Elizabeth se levantó de la banqueta del piano y se acercó a él. El vestido era de satén verde esmeralda, sin encajes ni apenas adornos, aunque tenía un escote amplio y, en vez de mangas, unos anchos tirantes rematados con franjas de hilo dorado. Era un modelo mucho más llamativo de lo que jamás hubiese llevado por su propia voluntad, pero debía admitir que se acercaba a sus gustos y que no se parecía en nada a los trajes de Else. Nicholas se había tomado la molestia de buscar algo que concordase con su estilo y que pudiera llevar sin sentirse demasiado incómoda. De hecho, cuanto más miraba el vestido, más le gustaba.

—Es muy bonito —reconoció. Rozó con la mano el satén frío y suave.

—¿Aceptas llevarlo, entonces?

Ella asintió.

—Lo llevaré. Gracias —dijo. Nicholas sonrió satisfecho y lo colgó junto a los otros vestidos—. ¿No quieres que me lo pruebe?

—No es necesario; recuerda que ya conozco tus medidas. —Abrió una caja redonda, mucho más

pequeña—. Pero esto sí deberías probártelo.

Se trataba de una peluca muy similar a la larga melena rubia y rizada que Else exhibía en el cartel. Había algo triste en ponerse aquello encima de su propio pelo, pero lo hizo... Se miró unos segundos en el espejo y luego se volvió hacia Nicholas.

—Estoy ridícula.

—Solo porque tú sabes cuál es tu aspecto real. —Había esperado de él al menos una sonrisa divertida, pero la miraba con una expresión profesional y neutra. Se quitó la peluca y se la devolvió para que la metiese de nuevo en la caja—. No olvides que esto es únicamente para que nadie te reconozca en el palacio.

—Lo sé. —Lo miró a los ojos, sintiendo una intensa sensación de gratitud. Él hacía mucho por ella, aunque con ello también sirviese a sus propios intereses. Decidió que a partir de entonces sería más cooperativa y se limitaría a confiar en él, por mucho que le costara, y añadió con un hilo de voz—: No voy a... a plantearte más problemas, Nicholas.

Las pupilas de él se dilataron y durante un momento dio la impresión de estar conmovido, casi turbado. Elizabeth pensó que, desde que lo conocía, era la primera vez que parecía no saber qué decir. Al cabo de unos segundos, reaccionó y recogió los papeles que había dejado en la mesa.

—Practiquemos «La Metamorfosis» —propuso sin levantar la vista de la hoja—. Es importante que aprendas a realizarla bien, pues dentro de un par de días recogeremos lo que Girardi ha preparado para «La Levitación», y entonces necesitaremos todo nuestro tiempo para que nos salga perfecta.

Elizabeth asintió y se situó junto al gran baúl. Durante la siguiente media hora intercambiaron sus puestos dentro y fuera del pequeño espacio, hasta que Nicholas declaró que ya era suficiente. Esperó a que la ayudara a situar de nuevo el baúl junto a la pared, pero él abandonó todo como estaba y se dejó caer de nuevo en la butaca. Tenía el rostro muy pálido, cuando normalmente su piel presentaba un saludable bronceado. Se quedó de pie junto a él, sin saber qué hacer.

—¿Ocurre algo?

—Solo me he mareado un poco —respondió con una sonrisa fatigada—. No me gustan los espacios pequeños y cerrados.

Se fijó en que le temblaban las manos y tenía los ojos vidriosos. Estaba respirando profundamente, como si hubiera sentido una auténtica sensación de asfixia. Elizabeth se apresuró a abrir una de las ventanas y luego volvió junto a él.

—¿Te sientes mejor?

Nicholas no contestó. Su mirada estaba fija en los árboles del jardín que se veían a través de la ventana abierta y, quizá, que no la estuviera mirando a ella tuvo algo que ver con que siguiera un impulso repentino y le apartara un mechón de pelo de la frente, justo como había deseado hacer al pisar por primera vez el jardín de la casa, el día en que la convenció para convertirse en su ayudante. Él se movió como si sus dedos le hubieran quemado y le dirigió una mirada penetrante que podía interpretarse como interrogativa, pero enseguida sonrió de nuevo como si no ocurriera nada raro.

—Estoy bien —dijo. Se levantó de la butaca con esfuerzo—. Creo que deberíamos continuar un rato más, si no estás demasiado cansada.

—No lo estoy. Quiero que esto salga lo mejor posible —repuso ella.

Esta vez la sonrisa de Nicholas asomó a sus ojos en lugar de a su boca. Se inclinó sobre Elizabeth y la besó con suavidad en la mejilla, apenas rozándola, pero dejando una huella ardiente en su piel.

—Yo también —murmuró, y le dio la espalda para abrir el arcón donde guardaba los candados

trucados del número de escapismo.

A Fazio no le importaba que Gina quitara el polvo de las estanterías mientras él estaba en la biblioteca. Era verdad que su concentración desaparecía, y que no podía hablar solo como acostumbraba a hacer cuando tenía que poner en orden sus libros y sus pensamientos, pero le gustaba contar con la presencia de la práctica y agradable ama de llaves. En cierto modo, le recordaba un poco a Ilaria. Aunque, por otra parte, casi todo le recordaba a Ilaria...

—Nicholas y Elizabeth llevan horas encerrados en la salita púrpura —señaló Gina, subida a la escalera de mano que usaba para alcanzar con el plumero los estantes más altos—. Con tanto ensayo, no hay duda de que el espectáculo saldrá perfecto.

Fazio se sonrió. Había captado el tono malicioso de su comentario, y colocó un dedo sobre la página que estaba leyendo, para no perder el punto. Aquel era un tema de conversación por el que valía la pena interrumpir su lectura.

—Ya sabes que Nicholas es muy concienzudo —respondió con intencionada ambigüedad—. Siempre lo da todo de sí mismo..., haga lo que haga.

Gina rio desde lo alto de la escalera, divertida, y se giró un poco para poder mirarlo. La relación que tenían se alejaba de la normal entre amo y criado; ella llevaba trabajando en su casa desde hacía quince años, y él la consideraba su amiga y confidente más leal. El marido de Gina había trabajado también allí como mayordomo, pero, después de que muriera a causa de una neumonía mal curada, Fazio se las arregló para convencerla de que nadie pensaría mal si se quedaba viviendo en la casa, a solas con él. No sabía si eso era cierto o no, pero le daba igual. Si hubiera tenido que vivir todos esos años completamente en solitario, su salud mental se habría visto seriamente amenazada.

—¿Crees que ya no piensa en la otra? —quiso saber el ama de llaves, dándole la espalda de nuevo para reanudar la limpieza.

—¿Te refieres a Else? Bueno, imagino que la echará de menos..., pero lo que tenía con ella era más bien una atadura profesional. —Se interrumpió, pensativo. Nicholas nunca hablaba de su relación personal con Else a no ser que Fazio sacara el tema, e incluso cuando esto sucedía, solía medir con cuidado cada palabra, como si le disgustara mucho ahondar en el asunto—. Y también una atadura física, por decirlo así... —admitió, convenciéndose a sí mismo de que Gina era lo bastante discreta como para compartir con ella esa información—, pero para Nicholas eso sería lo de menos. Está demasiado obsesionado con su carrera como para dejarse obnubilar de forma permanente por una cara bonita y un cuerpo escultural.

—Pero la mayoría de los hombres valoran esas cualidades.

«Y también la mayoría de las mujeres», reflexionó Fazio. No contestó, y volvió a abrir el libro por la página marcada por su dedo, pero ya no pudo leer ni una línea...

La belleza externa, esa espinosa cuestión. Él, que nunca había sido poseedor de un físico agraciado, había pasado mucho tiempo fijándose en las dinámicas que se producían entre las personas del sexo opuesto. Excepto en el caso de los matrimonios concertados, las parejas se formaban y se rompían a causa de la atracción o de la falta de ella; los hombres parecían ser más valorados en la sociedad si, además de inteligentes y ricos, eran apuestos, y las mujeres competían entre ellas para que las consideraran las más hermosas. A Nicholas quizá no le afectara nada de aquello porque él mismo tenía la apariencia de una especie de dios, con su abundante cabello dorado, su metro ochenta y cinco de estatura y su cuerpo firme y musculoso, pero a Fazio sí le importaba. O, más bien, le importaba que a

Ilaria le pudiera importar...

«¿Por qué no surgió nada entre nosotros cuando nos conocimos en Florencia?». Para él, era evidente que solo existía una causa: Ilaria lo consideraba repulsivo. Y no podía reprochárselo. Por mucho que ella insistiera en que la razón de que aún no se hubiera casado era que no encontraba a un hombre de su talla intelectual, Fazio estaba convencido de que la inteligencia no podía ser lo único que ella buscara en un marido. Ilaria era extraordinaria, pero, aun así, al igual que el resto de mujeres querría sentir una mínima atracción sexual cuando contemplase al hombre con quien compartiría su vida.

Fazio retomó la lectura con un suspiro. Una mente brillante y una conversación entretenida te convertían en un buen amigo, pero nunca en un amante.

Durante todo ese día no se había hablado de otra cosa. Y ahora que había llegado el momento de cenar, los invitados de Montagliore continuaban chismorreando sobre lo mismo sin que el entusiasmo hubiera disminuido ni un ápice. Que Daniel Archambault, el acaudalado dueño de un periódico francés y primo lejano del conde, hubiera aprovechado la quietud de la madrugada para abandonar el lecho que compartía con su esposa y deslizarse en el de Chiara Falivene no le había sorprendido a nadie. Que Chiara hubiera aceptado de buen grado la incursión del cuerpo desnudo del francés en su cama, solo hasta reparar en que se trataba de Daniel y no de lord Ashton, no había causado más que algunas risitas regocijadas... Pero Chiara había gritado con fuerza al encender el farol de la mesilla de noche, y *madame* Archambault se había levantado con presteza y había corrido por el pasillo hasta el umbral de la puerta para comprobar si la joven poetisa se encontraba bien. A partir de ahí, los acontecimientos se habían precipitado y, al filo del amanecer, el conde Montagliore, ataviado con su batín y su gorro de dormir, había tenido que poner su mejor cara de circunstancias antes de ayudar a *madame* Archambault, a Chiara Falivene y al propio Daniel a sacar sus maletas del palacio para, finalmente, marcharse en tres góndolas distintas.

Ilaria estaba ya un poco cansada de que todas las conversaciones volvieran sobre el mismo tema desde el desayuno, y empezaba a pensar que, si aquello seguía así, el conde tendría que despedirse de un cuarto invitado: ella.

Resuelta a cumplir su palabra con Fazio, había conseguido sentarse junto a lord Ashton para interrogarlo con discreción sobre su exesposa. Pero lord Ashton, consciente de su involuntario papel protagonista en el escándalo de la noche anterior, y molesto por la partida de Chiara, no estaba demasiado hablador, y ella ya no sabía cómo abordar el asunto.

—Detesto los «deliciosos malentendidos nocturnos» —comentó Ilaria, tratando de que, al sentirse comprendido, saliera de su mutismo—. Siempre que estoy alojada en una casa con más invitados, no puedo evitar preguntarme si hay alguien que realmente aproveche la noche para dormir.

Lord Ashton la miró de soslayo con sus fríos ojos azules, pero solo murmuró:

—Es poco probable.

—Imagino que un caballero británico como usted no acostumbra a verse envuelto en este tipo de situaciones... —Ilaria se sirvió un poco más de berenjena asada en su plato y decidió ir a por todas—. Aunque estoy convencida de que no afectará en absoluto a lady Ashton.

Por fin, el inglés soltó los cubiertos y giró la cabeza para mirarla directamente.

—Yo también estoy bastante convencido de eso.

—¿Puedo preguntar por qué no ha venido acompañado de su esposa?

Ilaria aguardó la respuesta disimulando su interés mientras bebía de su copa. Cuando el hombre

contestó, lo hizo, como ella había esperado, con una mentira:

—Lady Ashton debía permanecer en Londres.

—Es una pena. Seguro que hubiera disfrutado de una romántica estancia en Venecia con su marido.

Continuó cortando la carne con indiferencia, pero de reojo pudo comprobar que lord Ashton apretaba la mandíbula. Sin embargo, se forzó a sí misma a no añadir nada más hasta que él hablara. Lo hizo al cabo de un buen rato, con un tono tan gélido como el color de sus ojos:

—Me temo que lady Ashton y yo nos hemos separado, *signora* Contarini.

—¡Oh! ¡Cuánto lo siento! —exclamó Ilaria dejando caer el tenedor y fingiendo estar consternada—.

Pero quizá puedan arreglar sus problemas...

—No creo que sea de su incumbencia, pero, ya que ha sacado el tema, no, no vamos a arreglar nada.

—A pesar de su aire de dignidad ofendida, Lord Ashton pareció animarse un poco y continuó—: Por desgracia, mi esposa ha resultado ser una mujer indecente y de la más baja moral, indigna de mi apellido; una auténtica vergüenza para la familia. No tendrá más remedio que aceptar el divorcio.

—De modo que se ha visto usted obligado a abandonarla...

—Exactamente.

La conversación se interrumpió durante un instante, mientras el lacayo retiraba los platos. Después, Ilaria preguntó:

—¿Entonces su hijo va a vivir con usted? —Sus miradas volvieron a cruzarse; la de Ashton, exasperada y cortante, la de ella, toda inocencia—. Discúlpeme si le parezco demasiado entrometida, milord...

—Me lo parece, sí.

—Es solo que siento una gran compasión por los niños que son víctimas del matrimonio roto de sus padres —concluyó sin que el tono de él la intimidara.

Lord Ashton se llevó la servilleta a la boca y se limpió con parsimonia.

—El futuro de Bobby sería mucho peor si permitiera que viviese junto a mi mujer. No existe en el mundo una madre más perniciosa.

Ilaria parpadeó, intentando esconder el impacto que le había causado esa declaración. Fazio le había contado con todo detalle el infierno que estaba viviendo Elizabeth, y que aquel inglés estirado mintiera sobre su esposa de una forma tan cruel la dejaba perpleja y con deseos de tirarle la copa de agua a la cara. Ajeno a sus sentimientos, lord Ashton hizo un gesto con la mano para que el lacayo le sirviera más vino.

—Puedo contarle muchas más cosas terribles sobre ella, dado que está demostrando tanto interés —se ofreció, e Ilaria asintió con la cabeza y se preparó para escuchar la larga lista de oprobios que transmitiría a Fazio en cuanto pudiera.

—Creo que ya está —dijo Nicholas una vez que hubo enganchado el brazo hidráulico al artilugio en forma de extraño corsé que llevaba Elizabeth bajo el vestido esmeralda—. Ahora permanece así tumbada, sin moverte.

Elizabeth no habría podido moverse aunque hubiese querido. La pieza metálica que llevaba en torno al torso, y que habían recogido esa misma mañana en el taller de Girardi, la tenía mucho más aprisionada que el más ajustado corsé que nunca se hubiera puesto. Apenas podía respirar, y sentía cada vértebra dolorida por la presión. Sin embargo, no se quejó. Nicholas había esperado con impaciencia aquel instante, y ahora apenas podía contener su entusiasmo... Por fin iba a conseguir reproducir uno de los

trucos de ilusionismo más famosos de la Historia: la levitación de una persona.

Aunque no podía verlo desde donde estaba tumbada, sabía que en ese momento Nicholas estaba poniendo en marcha el mecanismo que la elevaría en el aire. Aguardó unos segundos, con los ojos cerrados, preparada para notar algún movimiento o vibración, pero no ocurrió nada.

—No lo entiendo —le escuchó decir.

Elizabeth abrió los ojos y giró un poco la cabeza para mirarlo.

—¿Qué está pasando?

—Nada —respondió él con tono irritado—. Eso es lo malo.

Permaneció tumbada mientras Nicholas se arrodillaba junto a ella para comprobar el ajuste del brazo hidráulico. El segundo intento tampoco funcionó, ni tampoco el tercero ni el cuarto.

—Nicholas... —le llamó en voz baja, sin saber muy bien qué iba a decirle a continuación.

—Levántate, Elizabeth —ordenó él, volviendo a su lado y desenganchando el mecanismo de su espalda con presteza—. No tiene sentido que sigas tumbada en el suelo; es evidente que no va a funcionar.

Le tendió la mano para ayudarla a ponerse en pie, y ninguno de los dos dijo nada mientras Nicholas desabrochaba el vestido y retiraba la banda metálica. Lo hizo muy rápido, sin descubrir más piel de la necesaria ni apenas tocarla, pero, aun así, Elizabeth volvió a sentir el acostumbrado estremecimiento que la recorría siempre que las manos de él se posaban sobre alguna parte de su cuerpo.

—Siento que no funcione —le dijo.

Él estaba ya al otro extremo de la sala púrpura, guardando todos los elementos en la caja que Girardi le había proporcionado. Elizabeth nunca lo había visto así, tenso y silencioso, y eso hizo que apreciara de nuevo lo mucho que le importaba su carrera como mago. ¡Trabajaba tanto, ponía tantísimo empeño en desarrollar sus trucos, en sobresalir por encima de los demás ilusionistas...! No sentía lástima por él: Nicholas era ambicioso y tenaz, y ella sabía que acabaría consiguiendo todo lo que deseara. Pero, de alguna manera, empezaba a vislumbrar una casi imperceptible brecha en su lustrosa superficie de confianza y tenacidad; y esa vaga debilidad que por primera vez presentaba ahora la impulsaba a consolarlo y a hacer lo posible por que volviera a sonreír..., igual que hacía siempre él por ella.

A pesar del tumulto de pensamientos y emociones que llenaban a Elizabeth en aquel momento, no reaccionó. Se limitó a quedarse donde estaba, a unos cinco metros de distancia de él, esperando a que hablara.

—Bueno, tendré que ir de nuevo al taller —comentó finalmente Nicholas con tono neutro, como tratando de contener su evidente frustración. Pero luego pareció recuperar un poco de su optimismo habitual al añadir—: Quizá falte alguna pieza clave y pueda arreglarse con facilidad...

—Seguro que sí.

Nicholas la miró, sonriendo un poco más y con los brazos cruzados, desde su posición cerca de la ventana. Estaba de nuevo abierta, y una cálida brisa se colaba en la habitación, agitando con suavidad los visillos.

—Confíesalo, Elizabeth. Has sido tú quien ha saboteado el mecanismo. No te convencía nada eso de elevarte por los aires...

No pudo evitar soltar una carcajada. Incluso cuando se encontraban con algún obstáculo, él mantenía su sentido del humor y la hacía reír también a ella. «Es el hombre más encantador que he conocido», se dijo, y por primera vez no se sintió azorada al atreverse a pensar algo así. Adamantium sería asombroso, pero Nicholas lo era más todavía, y no había razón para no admitirlo.

Se ocultó detrás del cortinaje para sustituir el satén esmeralda por su sencillo vestido de verano, y mientras se cambiaba no pudo evitar preguntarse cómo sería tenerlo cada día a su lado... No como un compañero o amigo, sino como un hombre que la amara, que la envolviera entre sus brazos cada noche y le dedicara su primera sonrisa al despertar. Mientras se abrochaba el vestido, se planteó una idea alarmante: ¿habría sido así con Else? ¿Estaba enamorado de su antigua y hermosa ayudante, y por eso no quería volver a besarla a ella? Terminó de anudar el lazo de la cintura sintiendo unos celos injustificables. Más allá de su trato, Elizabeth no era nada para Nicholas, ni él debía serlo para ella... Y, sin embargo, según iba pasando más tiempo a su lado, más difícil le resultaba sostener esa afirmación.

Cuando apartó las cortinas, comprobó que él ya había terminado de recoger y que la estaba esperando en el umbral de la puerta.

—¿Estás lista? —preguntó cuando la vio aparecer. Ella asintió—. Vámonos, entonces.

—¿Quieres que te acompañe al taller de Girardi?

—No —repuso él con firmeza—. Creo que deberíamos tomarnos el resto del día libre para superar este pequeño fiasco... Voy a llevarte a otro lugar.

En la isla de Lido, el Adriático refulgía a primera hora de la tarde bajo un cielo completamente azul. El sol brillaba con fuerza y se proyectaba sobre la arena mojada de la orilla produciendo caprichosos diseños de luz. La brisa agitó el velo del sombrero de Elizabeth, y el intenso olor a mar la inundó.

—No tenía ni idea de que hubiera una playa así en Venecia —admitió sin dejar de mirar el horizonte marino con los brazos apoyados en la barandilla.

—Vamos, bajemos a la arena.

Nicholas la ayudó a descender por los estrechos escalones que separaban el paseo de la playa, y caminó delante de ella por la arena con mucha más facilidad. Elizabeth se sujetó el bajo del vestido y lo siguió, tambaleante, hasta que se detuvo frente a la orilla.

—¿Quieres alquilar un traje de baño? Es un día perfecto para bañarse en el mar.

—Oh, no —respondió ella enseguida—. Pero puedes ir tú, si quieres.

—Prefiero quedarme contigo.

Los dos observaron las estrechas casetas que se adentraban en el agua para que los bañistas pudieran disfrutar del mar sin poner en peligro su decoro. Entraban en ellas vestidos aún con los trajes de calle, y entonces un caballo tiraba de la caseta, introduciéndola varios metros mar adentro, mientras el caballero o la dama se cambiaban de ropa. Así nadie podía verlos mientras se bañaban, y una vez que estaban listos para volver a la playa, izaban una pequeña bandera para que los devolvieran a la orilla. Elizabeth ya había visto todo aquel proceso en Brighton y en Hastings, pero nunca había participado en él. Las contadas veces que había ido a la playa había preferido quedarse en la arena, bajo los toldos rayados, para cuidar de Bobby y jugar juntos.

El recuerdo de su hijo la golpeó con fuerza y el luminoso día pareció ensombrecerse de pronto. Trató de imaginar cómo sería estar allí con él, compartir juntos al menos un día completo en Venecia, sin impedimentos ni preocupaciones... ¿Lo habría llevado Robert o aquella criada a esa playa? ¿Le gustaría transportarse en una góndola? ¿Habría aprendido ya alguna palabra en italiano? Estaba deseando que la amiga de Fazio les diera alguna información sobre Bobby. No tener ni idea de cómo se encontraba su propio hijo era antinatural y terrible.

—¿En qué estás pensando?

Elizabeth alzó la mirada. Mientras ella se sumía en sus tristes reflexiones, Nicholas se había descalzado y enrollado hacia arriba las perneras de los pantalones, y permitía que las suaves olas rompieran sobre sus pies.

—En Bobby —contestó—. No estoy segura de que esto esté bien.

—¿A qué te refieres?

Nicholas se reiría cuando expresara en voz alta sus pensamientos, pero le daba igual. Esperó a que se le deshiciera parte del nudo que tenía en la garganta y dijo:

—A que yo estoy aquí, en esta playa, mientras él sigue en el palacio con Robert. Debería entrar ya, aunque fuera por una ventana, y sacarlo como fuese.

Nicholas no se rio. Permaneció donde estaba, mirándola con sus ojos benévolos y una expresión afectuosa en el rostro. Y por algún motivo, Elizabeth tuvo la sensación de que, en el futuro, cuando ya no estuvieran juntos y pensara en él, lo recordaría así, en la orilla de la playa, con su pelo rubio revuelto por la brisa, los pies desnudos metidos en el agua, el sol brillando justo sobre él, como si se tratara del

dios Apolo, y las gaviotas volando a su alrededor. Era extraño: aunque cuando lo había conocido se había sentido impresionada por Adamantium, ahora era Nicholas quien la deslumbraba.

—Elizabeth, sabes que lo que estás haciendo es lo único que puedes hacer.

—Supongo que sí.

Suspiró y, con un enorme esfuerzo, se obligó a vivir solo en el momento y lugar en que estaban. Con cuidado, se sentó sobre la arena y empezó a desatar los interminables cordones de sus botines blancos de piel. Se los quitó y los dejó a un lado. Luego, sin pensar demasiado en sus acciones, buscó bajo la falda los enganches de las medias y los soltó. Mantenía los ojos fijos en lo que hacía, pero era consciente de que Nicholas no dejaba de observarla, a pesar de que estaba teniendo mucho cuidado en que la falda continuara cubriendo sus piernas en todo momento. Desenrolló una media bordada y se la quitó, y luego hizo lo mismo con la otra. Las dejó junto a los botines, el sombrero y la sombrilla, y se puso en pie. Solo entonces miró a Nicholas, que extendió un brazo en su dirección.

—Ven.

Le dio la mano y permitió que tirara ligeramente de ella hasta situarla con él sobre la zona mojada de la arena. La sensación de la tierra húmeda y, al romper una ola, del agua fría la llenó de algo parecido a la euforia de una manera tan repentina que casi se echó a reír. Cuando llegó la siguiente ola quiso apartarse un poco, temiendo mojarse excesivamente, pero él la mantuvo donde estaba. La tercera ola le empapó el vestido blanco hasta la altura de las rodillas, pero ya no le importó, y esta vez sí soltó una carcajada.

—Vamos a acabar empapados —comentó con timidez.

—¿Y qué importa? —Nicholas sonrió, soltó su mano y, tomándola por la cintura, la hizo girar con él hasta que quedaron los dos de espaldas a la playa. Ahora el agua los cubría hasta más arriba de los tobillos, y todo era azul: el mar y el cielo. Elizabeth ni siquiera se percató de que ya no se sentía incómoda cuando él la tocaba—. Mira esto. No hay nada mejor en el mundo que estar junto al mar, sintiendo el viento y el sol en la cara. Cuando estoy en un sitio así, siempre tengo la convicción de que todo va a salir bien. ¿No te pasa a ti ahora mismo?

—Tú siempre crees que todo va a ir bien, sin importar dónde estés —replicó ella sin contestar a su pregunta.

—No es cierto. Durante esa horrible semana que pasé encerrado, llegué a creer que mi vida había acabado. No quiero volver a experimentar jamás esa reclusión, ese aislamiento, esa tristeza... Por eso valoro tanto los momentos como este. —Los ojos de Nicholas brillaban con un tono bronce, y Elizabeth intentó imaginarlo vencido y desesperado... pero no pudo. Él continuó diciendo—: Como ves, no siempre creo que todo va a ir bien, pero sí me obligo a tener pensamientos positivos. Cuando los tienes, tu cerebro engaña a tu corazón, por muy abatido que esté, y entonces siempre acabas por encontrar una solución a cualquier problema.

—¿Es ese tu secreto, Adamantium? —quiso saber. Giró un poco la cabeza para poder mirarlo por encima del hombro. Estaban tan cerca que podía oler la sal en su piel, y sentir el cosquilleo que le producía su cabello, que aquel día se había dejado sin recoger, al rozar su mejilla.

—Ese es mi secreto.

Ella se apartó unos pasos, sonriendo, y se inclinó para rozar el agua con la mano. Se había olvidado de que no llevaba puesto el sombrero, por lo que el sol le quemaría la piel, y de que el viento había deshecho por completo su peinado. La falda, que se le pegaba a las piernas, quedaría estropeada irremediablemente por culpa del agua salada. Solo podía pensar en que se sentía más viva que nunca. Pasó junto a Nicholas y, juguetonamente, lo salpicó un poco con la mano. Él intentó salpicarla a su vez,

pero Elizabeth huyó riendo hacia la orilla. Se dejó caer sobre la arena, exhausta, y observó a Nicholas saliendo del mar tras ella.

—La próxima vez no te escaparás —prometió él, sentándose a su lado y apartándose de los ojos el pelo húmedo.

Elizabeth extendió el vuelo de la falda a su alrededor para que se secase con el sol. Estaba agotada, pero era un tipo de cansancio que nunca había experimentado, y que estaba mezclado con una intensa sensación de bienestar. Casi podría decir que se sentía feliz... Le dedicó a Nicholas una breve sonrisa y apoyó la cabeza en su hombro; de inmediato, él le rodeó la cintura con el brazo, acogiéndola contra su cuerpo.

Ninguno de los dos habló, y permanecieron así durante largo rato sin moverse, juntos y callados, rodeados por el rumor de las olas y los graznidos de las gaviotas.

Ella tenía los ojos entrecerrados y la cabeza aún sobre su hombro. Nicholas no se atrevía a moverse por miedo a que cambiara de postura; le gustaba que estuviera así, apoyada contra él, al fin relajada y cómoda con su proximidad. Ninguno de los dos había dicho nada en un buen rato, y se preguntó en qué estaría pensando. Sonrió al recordar lo contenta que parecía cuando habían estado de pie en la orilla: con las mejillas sonrosadas, los ojos brillantes y esa sonrisa inocente daba la impresión de ser otra Elizabeth, una joven alegre y dulce que se divertía al olvidar sus problemas durante unas horas.

Divisó una concha cerca de su pierna y la cogió. Era completamente blanca, con el interior iridiscente. Soplo para limpiarla de arena y se la puso a Elizabeth en la mano; ella abrió los ojos y se incorporó para ver lo que le había dado.

—Guárdala. Quizá te sirva para recordar este día cuando estés en el frío y gris Londres.

Un abanico de emociones pasó por el rostro de Elizabeth, como si le resultara imposible sentir solo una. Encerró la concha en su puño y murmuró:

—La guardaré siempre.

Nicholas desvió la vista y contempló el mar. Acababa de darse cuenta de que faltaban menos de dos semanas para la actuación en el palacio Montagliore. En dos semanas, su destino como ilusionista quedaría marcado. Y ella regresaría a su ciudad.

—No quisiera que te llevaras solo recuerdos tristes de Venecia —dijo.

La miró de soslayo: estaba guardando la concha en su bolsito de seda, pero cuando escuchó sus palabras, levantó los ojos hacia él. Abrió la boca como si fuera a responder, pero no dijo nada. Parecía apenada otra vez, y lamentó haberla entristecido, tanto como otras veces se enorgullecía de hacerla sonreír. Tomó su rostro entre las manos y la besó con suavidad en la frente, tratando de convencerse a sí mismo de que eso sería lo máximo que se permitiría. Pero ella alzó la cabeza sin que se lo esperara, y cuando vio sus labios separados tan cerca de los suyos, ya no pudo pensar más ni hacer nada para evitar besarlos.

Primero fue solo un leve contacto, un delicado tanteo que le daría a ella la oportunidad de detenerlo si así lo quería. Pero, pasado un brevísimo instante en que pudo percibir su sorpresa inicial, Elizabeth se giró del todo hacia él, apoyó una mano sobre su brazo para equilibrarse y lo besó a su vez con una mezcla de ardor e inexperiencia que acabó de rendir el escaso autocontrol que quedaba en Nicholas. Aún con las manos asiendo su cabeza, como si le diera miedo que pudiera desaparecer de no aferrarse así a ella, devoró su boca hasta que Elizabeth gimió suavemente, con los ojos cerrados, y aproximó aún más su cuerpo al suyo. Sin dejar de besarla, bajó una mano y le acarició el costado en dirección a la

cintura, donde se detuvo unos segundos, y luego prosiguió hasta notar la curva de su cadera. Continuó descendiendo, olvidándose por completo de que estaban en un lugar público, y finalmente dio con el borde de su falda, aún húmeda, y le acarició los tobillos. Notó primero la rugosidad de la arena contra sus dedos, pero también el tacto suave de la piel desnuda, y solo entonces recordó que se había quitado las medias.

Ese pensamiento tuvo el mismo resultado que si hubiese recibido una descarga de electricidad. Tenerla así, sentada prácticamente sobre él, vestida con su virginal traje blanco, pero con las piernas desprovistas de medias que interfirieran con sus caricias, lo enardeció tanto que su mano continuó subiendo más allá de la pantorrilla. Cuando alcanzó el principio del muslo, ella pareció tensarse un poco. Incluso en aquel momento de excitación, seguía tan pendiente de sus reacciones que se detuvo de inmediato, sacó la mano de debajo de la falda y volvió a abrazarla con suavidad.

Elizabeth pasó los brazos alrededor de su cuello y lo miró a los ojos, con los labios aún entreabiertos e hinchados por el roce con su boca. Él la besó en el rostro, en los cabellos, en el lóbulo de la oreja y de nuevo en los labios. Acarició su mejilla y le devolvió la mirada, fijando sus ojos en los suyos hasta que ella se separó unos centímetros y murmuró:

—Nicholas...

Aunque solo pronunció su nombre, algo en cómo lo dijo y su expresión casi asustada le indicaron con total claridad que los sentimientos que estaba experimentando hacia él la perturbaban en exceso.

O, quizá, simplemente lo supiera porque a Nicholas le estaba ocurriendo lo mismo.

No se trataba solo de atracción y deseo. Eso lo había sentido con Else; la había besado y acariciado durante largas noches en las austeras habitaciones que habían compartido a lo largo de sus años juntos. Se había visto invadido por la pasión y la fiebre mientras la había tenido entre sus brazos, pero luego, al amanecer, todo se desvanecía. Y él volvía a verla solo como una compañera de viaje y de negocios, hasta que, sin saber muy bien cómo, sucedía otra vez unas cuantas noches después. Pero besar a Elizabeth era totalmente distinto, y debía admitir que desde hacía días no dejaba de pensar en ella. No solo porque fuese tan hermosa, ni porque lo necesitara tanto..., sino porque él también la necesitaba. Y por Dios que esa necesidad no tenía ya nada que ver con la maldita actuación.

Sin embargo, aquel era un tema que no convenía tocar. Lo mejor era que ninguno lo mencionara, así que pasó los dedos sobre sus labios, como si así pudiera evitar que terminara la frase que se esforzaba por encontrar.

—Tranquila, ya lo sé, tranquila... —le susurró con voz ronca.

—Pero, Nicholas, es que...

Él suspiró. ¿De verdad iba ella, tan reservada y tímida, a poner en palabras lo que había entre los dos? ¿Sería capaz de decir que estaba enamorándose de él, y provocar así que Nicholas tuviera que confesar también sus sentimientos? No podían tener esa conversación. No llegaría a ninguna parte. Y él era un hombre práctico, no un romántico.

—Déjalo estar.

—Me siento como si estuviera a punto de echarme a llorar, y no sé por qué.

Parecía de verdad angustiada. Lo miraba pidiéndole ayuda, suplicándole que le explicara lo que estaba ocurriendo... Como si hiciera falta. Como si pudieran permitirselo.

—Déjalo —repitió—. Ya sabemos lo que hay, así que déjalo.

Se inclinó sobre ella y la besó de nuevo. Y Elizabeth volvió a cerrar los ojos.

De madrugada, la casa de Fazio estaba repleta de pequeños sonidos que pasaban desapercibidos durante las horas de actividad diurna: las pesadas respiraciones de los perros, el crujido de la madera vieja, el golpeteo del agua del canal contra la puerta... A pesar de ello, Nicholas solía quedarse dormido en cuanto apoyaba la cabeza en la almohada y no volvía a despertarse hasta que el primer rayo de sol iluminaba la estancia, pero esa noche había tenido que levantarse de la cama al constatar que no iba a conciliar el sueño por mucho que lo intentara, y había acabado saliendo al balcón de su dormitorio.

Llevaba ahí de pie casi media hora, con los antebrazos apoyados en la barandilla, siguiendo con la mirada las ocasionales góndolas ocupadas por trasnochadores que volvían a sus casas, o descubriendo entre las sombras la figura de algún gato callejero en busca de restos de pescado. La cuestión era que, según el reloj de su mesita, pasaban de las tres de la mañana, y él estaba tan despejado como si acabara de despertar tras diez horas de sueño profundo.

¿Dormiría ella?

Recordó la tarde en que la había visto en la góndola, justo debajo del balcón donde se hallaba en ese momento. Apartando la sombrilla de encaje y mirando hacia arriba para poder verlo. Él había insistido en que entrara, reafirmandole su ofrecimiento de amistad, y suponía que justo entonces era cuando se podría decir que había comenzado todo... Ahora la tenía durmiendo en el otro extremo de la casa. O despierta. En cualquier caso, allí estaba, tan cerca de él, tan... a su alcance.

Habían permanecido en la playa hasta el crepúsculo. Contemplar cómo el sol se ponía en el mar, con Elizabeth en sus brazos, había sido la experiencia más dulce que había vivido en sus treinta y seis años de vida. Cuando por fin se levantaron y emprendieron el regreso desde el Lido, pensó que ella mencionaría algo acerca de lo inconveniente que era lo que había ocurrido, como si al traspasar el límite que separaba la arena del pavimento hubieran vuelto a la dura realidad, pero no dijo nada. Y él tampoco lo hizo. Los dos se ajustaron al tácito pacto de «dejarlo estar» al que parecían haber llegado.

Eso no implicaba que actuaran como si no hubiese pasado nada. La había sorprendido en más de una ocasión mirándolo con gesto expectante, como si esperara algo de él pero no supiera exactamente el qué. Y Nicholas había tenido durante todo el camino una extraña sensación en su interior: por una parte, la ligereza de un pájaro que podría echar a volar cuando quisiera; por otra, el corazón y los pensamientos tan desbocados y fuera de control como un caballo salvaje.

Cuando se besaron por primera vez, después de que vieran a Bobby con la criada, acordaron que no se repetiría. Habían conseguido mantenerse firmes en su decisión durante más o menos tres días, pero era evidente que se les había ido de las manos. Nicholas tenía la impresión de que ya no había vuelta atrás; incluso en el —improbable— caso de que jamás se tocaran de nuevo, los sentimientos que se habían desatado aquella tarde no podrían volver a su antiguo cauce. No era como sacar una ristra de pañuelos de la caja de doble fondo y luego meterlos otra vez en el compartimento secreto para que diera la impresión de que ya no estaban allí... Pero ojalá lo fuera.

La magia era infinitamente más fácil de controlar que aquello.

—Resuelve este truco, Adamantium —murmuró para sí mismo.

Ni siquiera quería detenerse a considerar su futuro inmediato: ella regresando a Londres con su hijo; él continuando su solitario camino. Pero eso era justo lo que iba a ocurrir, y más valía que lo tuviera muy presente a partir de entonces.

Él nunca sería el marido formal y distinguido que ella necesitaba, y Elizabeth no podía (ni debería desear) seguirlo de teatro en teatro por toda Europa, con un niño de siete años cogido a su falda. Sus destinos solo habrían estado entretejidos durante esas breves semanas en Venecia; el papel que solo por

azar le había tocado desempeñar en su vida terminaría pronto. Y luego pasaría a convertirse en una extravagante experiencia, en algo que años más tarde ella recordaría con cariño, sí, pero quizá también con un poco de vergüenza, mientras veía crecer a Bobby en su elegante mansión londinense.

Pero quizá podría ofrecerle algo más de seguridad.

Nicholas se irguió en el balcón, separándose de la barandilla. Los engranajes de su cerebro de prestidigitador acababan de ponerse en marcha, llevándolo de las reflexiones melancólicas a pensamientos mucho más prácticos... Se aseguraría de que Elizabeth consiguiera lo que deseaba.

Atravesó la planta superior a oscuras y bajó las escaleras con rapidez, pero sin hacer ruido, casi conteniendo la respiración. Solo cuando hubo entrado en la salita púrpura volvió a respirar con normalidad. Encendió la pequeña lámpara que había junto a la butaca y rebuscó en varias cajas hasta dar con lo que quería: un viejo cuaderno, con las tapas gastadas y llenas de manchas, que lo había acompañado desde sus inicios como Adamantium. Se sentó en el suelo con el cuaderno sobre las piernas dobladas y fue pasando despacio una página tras otra, deteniéndose en cada nombre y subrayando con la pluma los localizados en Inglaterra.

Durante años, había ido apuntando las fechas y lugares de cada actuación, así como los nombres y direcciones de todas las personas, importantes o no, que conocía.

Nunca se sabía para qué podrías necesitarlos en el futuro...

Fiore parecía haber tomado especial cariño a Elizabeth, y le encantaba tumbarse a su lado en el sofá de la biblioteca, colocando su enorme cabeza sobre la falda y entrecerrando los ojos mientras ella la acariciaba. Elizabeth nunca había tenido ningún animal en su casa, y aunque al principio la presencia de los perros la intimidaba, tenía que admitir que empezaba a gustarle... De hecho, a pesar de que llevaba diez minutos deseando cambiar de postura, no lo hacía para evitar que Fiore se sobresaltara y se apartara de ella. Se limitaba a permanecer inmóvil en el sofá y a seguir a Fazio con la mirada mientras dejaba un libro tras otro sobre la mesa que tenía delante.

—Quizá este también te ayude, aunque no sé hasta qué punto difiere de las leyes inglesas... —Eché un vistazo a la primera página y negó con la cabeza—. No, es demasiado antiguo. Y demasiado francés.

Fazio le dio la espalda para devolver el último libro a su lugar en la estantería. Aquella mañana se mostraba empeñado en ofrecerle a Elizabeth toda la sabiduría legal que pudiera encontrar en su extensa biblioteca. Ella se sentía muy agradecida, pero su gesto también le inquietaba: ¿estaba insinuándole que había pocas posibilidades de recuperar a Bobby «por las buenas», sin acudir a los tribunales?

—Cuéntame lo que te dijo Ilaria —le pidió. Durante el desayuno, le había mencionado que su amiga había podido hablar mucho con Robert durante una cena en el palacio, hacía dos noches, y estaba deseando saber de qué. Aquello le interesaba más que lo que pudiera contener esa pila de libros sobre leyes.

—Oh, es cierto, *cara*, casi me había olvidado.

Volvió con ella y se sentó. Inmediatamente, Saggio se subió de un salto y se tumbó junto a él. Se encontraban los cuatro demasiado apretados en el delicado sofá de brocado, pero a Elizabeth no le importaba. Nicholas había estado en lo cierto al insistir en que se trasladara a la casa: allí se sentía mucho más acompañada, casi en familia. Ese día aún no lo había visto a él, y era muy consciente de que cada célula de su cuerpo vibraba con la expectación de verlo entrar por la puerta... Se obligó a apartarlo de sus pensamientos y centrarse en lo que Fazio fuera a decir.

—Como te dije, Ilaria me contó que se sentó a su lado a la mesa durante una interminable cena de gala, por lo que pudo hablar con tu exmarido bastante tiempo. Lo primero en que reparó fue en que, al parecer, se trata de un caballero muy refinado.

—Sí, así es Robert, sin duda —suspiró Elizabeth. Todo el mundo pensaba eso de lord Ashton, incluso ella. Pero nadie acertaba a ver su oscuro interior.

—Se interesó por el paradero de su esposa, es decir, el tuyo, para que él se viera obligado a contar lo del divorcio. Ilaria fingió que no sabía nada de eso.

—¿Y qué le contestó Robert?

—Bueno, primero respondió simplemente que lady Ashton no se encontraba en el país. Pero luego admitió que os habíais separado.

—Pero ¿no dijo nada de Bobby, no dijo si él...?

Elizabeth se interrumpió al descubrir cómo la estaba mirando Fazio: con ojos serios y acusadores. ¿Por qué la miraba así?

—Separado, Elizabeth, no divorciado —recalcó.

Solo entonces cayó en la cuenta de lo que acababa de pasar. Robert le había dicho a Ilaria la verdad: que aún no estaban divorciados. Y hasta ese momento, ella había hecho creer lo contrario tanto a

Nicholas como a Fazio.

—Es cierto —admitió con sencillez—. Todavía no estamos divorciados.

—¿Por qué nos dijiste que sí lo estabais?

Trató de aclarar sus pensamientos. Eso había ocurrido al conocerlos, cuando aún no podía imaginar el papel que desempeñarían ambos hombres en su vida... Entonces había creído que Nicholas se sentiría más proclive a ayudarla si pensaba que ya no había otro hombre que pudiera reclamarla como su esposa.

—Pensé que sería más sencillo de explicar todo... —Movió los dedos bajo la barbilla de Fiore, que emitió un suspiro de felicidad—. Siento haberos mentido. Por favor, no se lo digas a Nicholas.

—Elizabeth...

—¡Por favor, Fazio!

La expresión del hombre se tornó menos dura, más curiosa.

—¿Por qué no?

¿Qué podía responder? Nicholas no era un hombre común; había visto, escuchado y presenciado todo tipo de cosas, pero estaba bastante segura de que no le gustaría descubrir que aún estaba legalmente casada.

—Se lo diré yo —respondió finalmente, muy a su pesar. Encontraría la forma de explicárselo, cuando encontrara un momento adecuado...

Fazio asintió y la señaló con el dedo.

—Sí, se lo dirás tú. —Luego se centró en Saggio, que se había tumbado boca arriba y agitaba las largas patas en el aire reclamando atención. Fazio le rascó la tripa, que siempre era lo que más agradecía el perro, y, después de unos segundos de silencio, volvió a mirar a Elizabeth con renovado interés—.

¿Puedo preguntarte algo?

—Claro.

—¿Qué hay exactamente entre vosotros?

Su pregunta la desconcertó por completo. Conocía ya a Fazio lo suficiente para saber que tenía una personalidad inquisitiva y sociable, pero no indiscreta. Nicholas debía de ser muy importante para él si se atrevía a indagar sobre ese tema.

Justo en ese instante la puerta se abrió, salvando a Elizabeth de tener que contestar, y los perros bajaron a la vez del sofá para recibir a Nicholas, que se agachó para acariciarlos.

Sintió que toda la sangre acudía a su rostro, como le ocurría cada vez que lo había visto desde la tarde que habían pasado en el Lido. Todavía no se habían encontrado a solas, pues siempre estaban delante Fazio o Gina. Ya habían transcurrido dos días y aún no habían vuelto a la sala púrpura para continuar los ensayos, y eso, teniendo en cuenta la urgencia con que debían proceder de cara al primer espectáculo, resultaba curioso, pero a la vez tranquilizador, porque ella no tenía ni idea de cómo comportarse en su presencia.

—Buenos días, Nicholas —le saludó Fazio con su acostumbrado tono afable, como si la conversación que acababan de tener nunca hubiese ocurrido.

Nicholas se incorporó y miró a Elizabeth directamente durante un segundo. Ella tragó saliva, incapaz de hablar.

—Buenos días —dijo él.

—No has desayunado con nosotros —comentó Fazio al tiempo que se levantaba del sofá para quedar de cara a su amigo—. ¿Dónde estabas?

—Salí temprano para llegar al taller de Girardi en cuanto abriera. Quería revisar con él nuestro

mecanismo para la levitación...

—¿Y ha podido arreglarlo? —preguntó Elizabeth, recuperando la voz.

—No. Ha insistido en devolverme el dinero que le pagué, pero para que el mecanismo funcione tendría que inventar otro tipo de instrumento mucho más complejo, y me temo que no disponemos ni del tiempo ni del dinero necesarios. —Cogió un libro de la librería más cercana, contempló la cubierta sin verla y volvió a dejarlo en su sitio con cierta brusquedad—. Habrá que descartar la levitación.

Ni Fazio ni Elizabeth dijeron nada. Los dos sabían que cuando Nicholas se sentía frustrado, era mejor no ahondar en la causa y dejar que regresara por sí mismo a su estado natural de optimismo y confianza.

—Le estaba contando a Elizabeth las últimas informaciones de Ilaria —le dijo Fazio por fin.

—Ah.

Nicholas le dirigió a ella una larga e inescrutable mirada y se sentó en la repisa de la ventana como dispuesto a escuchar, pero no parecía de verdad interesado. Era evidente que su cabeza estaba en otra parte.

Fazio se giró de nuevo hacia Elizabeth.

—Al parecer, lord Ashton va diciendo que fue él quien decidió separarse de ti...

—No me sorprende.

—... y que se llevó a Bobby porque te considera una madre perniciosa.

Eso hirió a Elizabeth más que cualquier otra cosa que pudiera haber dicho sobre ella. No le importaba si Robert la acusaba de tener amantes, de ser pésima en la cama o de poseer un carácter insoportable... ¡Pero que fuera una madre perniciosa! Sintió que, por primera vez en muchos días, lágrimas de rabia e impotencia acudían de nuevo a sus ojos.

—Quizá no deberías haberle dicho eso, Fazio —apuntó Nicholas con suavidad desde la ventana.

—Tienes razón. Lo siento, Elizabeth.

Ella sacudió la cabeza y se pasó el dorso de la mano por los ojos.

—No. Quiero enterarme de todos los detalles que Ilaria pueda contarnos.

Hubo un breve y tenso silencio hasta que Fazio consultó su reloj de bolsillo y dijo:

—Lamento tener que dejaros, pero me he citado con ella dentro de un rato en la plaza de San Marcos.

Es posible que pueda contarte algo más esta noche.

Después de que saliera de la biblioteca seguido de los perros, Elizabeth continuó sentada en el sofá, y Nicholas siguió acomodado sobre la repisa. El sol que entraba por la ventana lo iluminaba y acentuaba el contraste entre su camisa blanca y la piel bronceada. El pelo se le ondulaba en torno al rostro, enmarcándolo y despidiendo reflejos color oro, canela y miel, y mantenía los ojos bajos, con las espesas pestañas ocultando su expresión. Elizabeth aprovechó para contemplar a Nicholas en silencio, pensando que era casi intolerablemente hermoso.

—No permitas que lo que ha dicho tu exmarido de ti te hiera —dijo él de pronto—. Tú sabes que no es cierto, y eso es lo único que debe importarte.

Ella asintió. Habría preferido que Fazio no se hubiera marchado, pero en algún momento tendría que quedarse a solas con Nicholas... Intentó deshacerse de la sensación de incomodidad y pensar solo en cosas prácticas.

—¿Vamos a ensayar hoy? —preguntó procurando emplear un tono neutro.

—¿Acaso lo dudas? —rió él—. Ya hemos perdido varios días. No podemos permitirnos más.

—De acuerdo —murmuró ella, y se levantó del sofá con un solo movimiento.

Pero Nicholas no se movió de donde estaba. Solo levantó los ojos y se quedó mirándola, como si la

estuviera tentando, invitándola sin palabras a acercarse a él. Elizabeth se sintió atraída de forma automática, con una intensidad tan fuerte que no pudo hacer otra cosa que ir hacia la ventana, sin tener ni idea de cómo actuaría una vez allí. La misma fascinación que notaba en el aire de la salita púrpura cuando veía a Adamantium actuar la sentía ahora en la biblioteca, con Nicholas aguardándola... Si hubiera visto auténticas chispas de electricidad crepitando entre ellos, no le habría extrañado lo más mínimo.

Despacio, impelida por aquella fuerza inexorable, puso una mano sobre su antebrazo, sin atreverse a mirarlo a la cara directamente. Él la tomó por la cintura y la acercó más a su cuerpo. La respiración de Elizabeth se aceleró.

—No deberíamos... —susurró.

Nicholas inclinó la cabeza, y ella sintió su aliento contra el cuello.

—Es evidente que no podemos evitarlo.

Trató de que su voz cálida y ronca no acabase de nublarle del todo el buen juicio, pero al mismo tiempo supo que era una batalla perdida de antemano. Aun así, insistió:

—Dentro de unas semanas volveré a Londres, y tú...

—Por lo que más quieras, Elizabeth, deja de intentar explicar lo que ya entendemos los dos.

Nicholas la besó con rudeza, de tal manera que ella pensó que se desmayaría, sin más. Pero no se desmayó. En lugar de eso le rodeó el cuello con sus brazos y lo besó a su vez, sintiendo que la sangre le bullía en las venas en respuesta a lo que sus labios le provocaban. Si él hubiera querido hacerla suya allí mismo, entre los inestimables libros de Fazio, no habría podido ni querido impedirlo... Así de subyugada se sentía en ese instante. Pero Nicholas se apartó entonces, dejando un vacío de desesperada necesidad dentro de ella, y le acarició la mandíbula con los nudillos mientras ambos recuperaban el aliento.

—Vamos a la salita púrpura —murmuró él. Y luego, con una sonrisa maliciosa, añadió, como si fuera necesario aclararlo—: A ensayar.

Fazio se estaba retrasando, pero a Ilaria no le importaba aguardar bajo el soportal. Desde aquel extremo de la plaza de San Marcos podía contemplar el Palacio Ducal, la basílica y el *campanile*. El cielo parecía a punto de rasgarse, de tan azul como estaba, y las gaviotas competían con las asustadizas palomas por los restos de comida sobre las mesas de los cafés que aún no habían sido limpiadas. Se dio cuenta de que ella también tenía hambre y pensó en sentarse en uno de los cafés para comer algo, pero temía que, si se movía del sitio donde había quedado con Fazio, luego no pudieran encontrarse. Justo en ese instante divisó la figura achaparrada y oscura de su amigo. Sonrió mientras se aproximaba a ella: le gustaba su lenta forma de andar, como arrastrándose a regañadientes sobre la áspera superficie del mundo. Le vio agitar el bastón para espantar a las palomas que revoloteaban demasiado cerca de su cara, y cuando estuvo a escasos metros, Ilaria salió del soportal para ir a su encuentro.

—Siento haberte hecho esperar —se disculpó él en cuanto la vio. Tomó su mano derecha y la besó con suma delicadeza. Fazio siempre la saludaba así, y aunque al principio a ella le divertía esa formalidad, a su juicio excesiva, ahora tenía que admitir que le encantaba—. Me he detenido un momento para comprarte algo.

Fazio le tendió un pequeño paquete en el que Ilaria no se había fijado hasta entonces.

—No tenías que haberte molestado —replicó ella, pero no pudo evitar alegrarse de que lo hubiera hecho. El papel que envolvía el paquete era el típico de las pastelerías, y a través de él podía oler algo

delicioso: crema, quizá, mezclada con el aroma más intenso del chocolate.

Abrió el paquete con cuidado y contempló los pastelillos ordenados en filas según sus tipos: rellenos de nata, bocaditos de chocolate, merengues de fresa y pequeños hojaldres con manzana. Se le hizo la boca agua al instante, y levantó la vista para mirar a Fazio, que disfrutaba de su reacción con una sonrisa divertida.

—Nunca he comprendido por qué las mujeres prefieren que les regalen un insípido ramo de flores antes que esto —suspiró Ilaria—. Muchísimas gracias.

—Es un placer para mí, *cara* —replicó él.

Salieron de la plaza y caminaron sin rumbo fijo mientras compartían los pasteles.

—¿Has podido volver a hablar con lord Ashton? —le preguntó Fazio al cabo de un rato.

—He charlado con él un par de veces, pero no he averiguado nada más. —Mordió uno de los bocaditos de chocolate, tratando de que el relleno no cayera sobre la parte superior de su vestido—. Ese hombre es incomprensible; tanto está alegre y habla con cualquiera acerca de su vida, como se retrae igual que un ratón... ¿Elizabeth está ya enterada de lo que te conté?

Fazio asintió, pensativo.

—No le ha sentado nada bien saber que Ashton la describe como una madre perniciosa...

—Pobrecilla. No entiendo por qué una dama querría casarse con alguien como él.

—La mayoría de las damas no son como tú —repuso él con voz cálida—. No tienen el suficiente valor como para desafiar las convenciones y esperar hasta encontrar un hombre que las merezca.

Ella lanzó una corta carcajada.

—¡Y, por eso, aquí me tienes: una triste solterona!

Estaba acostumbrada a bromear sobre su persistente carencia de esposo, pero en realidad era algo que últimamente empezaba a inquietarle. Sin embargo, jamás permitiría que nadie lo notara. No le gustaba, por ejemplo, el gesto afligido con que Fazio había recibido su comentario, ni el tono lleno de pesar con el que musitó:

—Oh, Ilaria...

No iba a entrar en una conversación profunda sobre ese tema, y menos con él. Fazio tenía el don de hacerla sentir como si pudiera leer sus más íntimos pensamientos, y eso la ponía nerviosa. Su amigo era demasiado perspicaz; demasiado —¿quién le hubiera dicho a ella que esa cualidad pudiera incomodarle? — inteligente. De modo que se encogió de hombros, engulló un hojaldre de manzana y gorjeó:

—Quizá es que estoy demasiado gorda.

—Quizá yo soy demasiado feo —replicó él con la misma frivolidad, y los dos se echaron a reír.

Pasaron durante horas, cogidos del brazo, antes de que Fazio se despidiera de ella junto a la puerta del palacio Montagliore. Ilaria atravesó el patio con la sensación de que no podría detallar los temas de los que habían charlado ni aunque le fuera la vida en ello. Sencillamente, la conversación siempre fluía entre los dos como el agua de un arroyo, saltando de materia en materia sin orden ni reglas: arte, filosofía, historia, literatura, anécdotas personales, viajes, política y cotilleos de sociedad. Cualquier asunto se convertía en algo apasionante cuando era Fazio quien lo trataba.

Ilaria subió a su dormitorio para arreglarse antes del almuerzo, aunque los pasteles le habían quitado el apetito. No le apetecía sentarse a la larga mesa del comedor principal con el resto de invitados, ni verse obligada a escuchar durante toda la tarde sus banales tertulias. Cada minuto que pasaba junto a Fazio valía por cien horas lejos de él.

—Bien. ¡Perfecto, en realidad! Ya puedes bajar.

Elizabeth se recogió un poco el vestido para saltar desde el baúl al suelo. Cada vez que lo hacía temía estropear el satén verde o descolocarse la peluca, pero de momento no había ocurrido. Como decía Nicholas, todo estaba saliendo de forma desconcertantemente perfecta.

—¿Lo repetimos una vez más? —sugirió, sin embargo.

Los días habían ido pasando casi sin que se diera cuenta, y tenían su primera actuación la noche siguiente, como parte de las festividades venecianas del Corpus Domini. El truco de la Metamorfosis era el que más preocupaba a Elizabeth, pues se trataba de en el que mayor participación asumía ella; en los demás se limitaba a colocar los instrumentos en el lugar adecuado, sujetar cosas para Nicholas y gesticular teatralmente antes y después de cada efecto.

—¿Para qué? —inquirió él con ligereza—. Lo dominas casi tan bien como Else.

Ese «casi» significaba que seguía sin alcanzar su nivel. Hacía tiempo que no le oía mencionar el nombre de su antigua ayudante, y aunque al principio solo había pretendido desenvolverse en escena de una forma lo suficientemente correcta como para salir del paso con dignidad, desde hacía días sentía unos absurdos deseos de dejar pasmado a Nicholas.

—¿Y estás seguro de que no haremos un número de escapismo?

—Seguro del todo.

—Sería la forma perfecta de acabar. —Era curioso. Un mes antes no tenía ni la más remota idea sobre ilusionismo, y en realidad ni siquiera era un tema que le interesara... Y ahora se había vuelto ambiciosa.

—Con la Metamorfosis es suficiente. Ya se considera un truco de escapismo, en realidad —zanjó él.

Elizabeth observó a Nicholas, pensativa, mientras este tiraba de la correa del baúl para colocarlo de nuevo contra la pared. Existía algo que había ido notando a lo largo de sus días con él, pero que no acababa de cobrar un sentido pleno. Cada vez que practicaban algún truco que supusiera estar encerrado durante más de unos pocos segundos, él parecía agobiado... Las primeras veces lo había justificado con el comprensible temor de que no saliera bien por culpa de la inexperiencia de ella, pero había otras cosas más difíciles de explicar. No le gustaban las puertas cerradas, ni quedarse demasiado tiempo en habitaciones pequeñas. Y en muchas ocasiones lo encontraba asomado a alguna de las numerosas ventanas de la casa, tomando aire casi con ansiedad... No podía tratarse solo de que le gustaran los espacios abiertos porque los valorase más después de haber pasado unos días en la cárcel, hacía ya varios años.

Una repentina intuición, que no sabía de dónde provenía si no era del potente vínculo que se había establecido entre ellos, la impulsó a preguntárselo por fin.

—¿Qué te ocurrió?

Nicholas se volvió hacia ella y la miró desconcertado.

—¿A qué te refieres?

Dudó durante un segundo, sin saber si continuar ahora que ya estaba a punto de tocar el tema o guardar silencio antes de que fuera demasiado tarde. Se decidió por la primera opción y aclaró con un hilo de voz:

—En la cárcel.

Una sombra cruzó por el rostro de Nicholas, pero enseguida desapareció. Sonrió, se quitó el sombrero de copa, lo lanzó descuidadamente sobre una de las butacas y tomó a Elizabeth en sus brazos.

—¿Por qué supones que me pasó algo? ¿No te parece suficiente que el hombre que te está abrazando estuviera en prisión una temporada?

—No... Digo, sí... —No podía pensar con claridad cuando él la sujetaba de esa forma contra su cuerpo—. Pero quiero que me lo cuentes todo.

La soltó y se apartó un poco.

—¿Que te cuente el qué, Elizabeth?

Sonaba un poco irritado, o quizá solo cansado... En cualquier caso, ella respiró hondo. Ya no podía dar marcha atrás.

—Por qué te niegas a incluir otro truco de escapismo. Por qué odias tanto los espacios cerrados. Por qué interrumpiste a Fazio aquel día durante el almuerzo, cuando contaba que te pagó una habitación en su hotel para que te recuperaras... —Dio un paso hacia él y posó una mano sobre su hombro—. ¿De qué tenías que recuperarte? No era solo de haber estado encerrado unos días, ¿verdad?

—No —admitió él con un suspiro—. Pero, Elizabeth, realmente no creo que necesites saberlo...

—Sí lo necesito. Nada de lo que me cuentes podría cambiar... —Se interrumpió.

Nicholas le quitó la peluca rubia, le soltó la melena y pasó los dedos muy despacio entre los mechones oscuros, separándolos y desenredando los largos bucles con sumo cuidado.

—Cambiar ¿qué?

—Ya sabes... —balbuceó, presa de un ataque de timidez—. Lo que... lo que siento por ti.

Nicholas la contempló en silencio. Luego colocó la peluca sobre su soporte de terciopelo y se sirvió en un vaso agua de la jarra de cristal que había sobre un aparador. Elizabeth se preguntó si estaría lamentando lo último que ella había dicho, pero cuando terminó de beber y dejó el vaso, le dedicó una tenue sonrisa y dijo:

—Esa no es la razón por la que no deseo contártelo. Simplemente no quiero que escuches cosas tan desagradables.

—No creo que sea solo por eso.

Ella se echó un poco hacia atrás al ver que él dejaba de sonreír, ponía los ojos en blanco y hacía un gesto de exasperación e impaciencia.

—¡Dios mío, Elizabeth, nadie diría al verte que puedes llegar a ser tan obstinada y a la vez tan ingenua! ¿No entiendes que hay experiencias demasiado horribles como para querer revivirlas? Bastante tengo con recordarlo todo en mis pesadillas...

Ella no dijo nada, pero la mirada decidida que permaneció en sus ojos a pesar de todo pareció derrotarlo al fin.

—Está bien, te lo contaré, si tanto te importa saberlo... —Nicholas guardó silencio unos segundos, como si los necesitara para poder armarse de valor, y solo entonces continuó hablando—: Cuando me detuvieron y me encerraron en esa cárcel de Roma, estaba convencido de que se darían cuenta enseguida del error que estaban cometiendo, y que, como mucho, pasaría la noche allí. Pero nadie llegó a hablar conmigo por la mañana, ni enviaron a ningún abogado. Pasé todo el día solo en mi celda, y al caer la segunda noche, trajeron a otros dos presos. Al principio me alegré de tener a alguien más con quien hablar. Pero muy pronto descubrí que su intención no era hacerse amigos míos... En aquella cárcel no separaban a los delincuentes vulgares de los más peligrosos, y me enteré de que uno de mis compañeros de celda había violado a sus dos hermanas, mientras que el otro era un asesino confeso. Ambos me dejaron claro de inmediato que no les caía bien.

Elizabeth experimentó un desagradable presentimiento, y se sentó en la butaca sin apartar la vista de él.

—¿Qué te hicieron?

—Entre los dos me encerraron en el pequeño armario de la celda. Dijeron que, ya que era «un mago tan famoso», sin duda encontraría la manera de salir. Y que, si no lo conseguía en un periodo de tiempo que no iban a decirme, me sacarían ellos mismos y después me...

Nicholas se detuvo y se pasó una mano por el rostro en un gesto de desesperación. Agitó la cabeza, como negándose la realidad de lo que le había ocurrido. Elizabeth tenía el corazón en un puño, y empezó a temblar sin poder evitarlo. Ahora prefería no oír nada más, pero llegados a ese punto no le quedaba otra opción que saberlo todo.

—Sigue, por favor...

—Basta con que sepas que habría preferido que me hubiesen matado.

Ahogó una exclamación. No estaba del todo segura de lo que quería decir eso exactamente, aunque lo sospechaba... Lo que sí sabía era que, para que Nicholas prefiriera morir que someterse a ello, habría sido algo insoportable y terrible. Él se apresuró a arrodillarse junto a la butaca y le cogió las manos.

—No, Elizabeth, no llegaron a cumplir sus amenazas. Me acabaron sacando, y luego solo se divirtieron un poco conmigo. Me rompieron dos costillas y un brazo, pero no ocurrió nada más.

Elizabeth lo miró intentando conservar la calma y preguntó:

—¿Cuánto tiempo estuviste encerrado en ese armario?

—Una noche entera.

—¡Oh, Nicholas...! —gimió llena de compasión.

Apenas soportaba el pensar que había pasado por algo como eso, pero lo que más le impresionaba era constatar que lo que acababa de contarle permanecía en todo momento en su interior, incluso cuando esbozaba su luminosa sonrisa... ¿Cómo podía un hombre que había vivido esa espantosa experiencia ser a la vez alguien tan radiante, tan alegre y esperanzado? Sin embargo, ahora que había dejado de hablar parecía abatido, y Elizabeth se arrepintió de haber insistido tanto en que lo hiciera. Se sintió tan culpable que decidió ser ella la que, por una vez, le dedicara palabras de consuelo, y apretó ligeramente sus manos.

—Ahora comprendo por qué te pusiste ese nombre.

Él le dirigió una mirada de extrañeza. Tenía los ojos aún vidriosos por la emoción, pero su comentario pareció intrigarle.

—¿Mi nombre?

—Sí. Adamantium —sonrió—. No hay un nombre mejor para alguien tan fuerte y resuelto. Incluso designa a la piedra preciosa más bella, brillante y dura que existe.

Por primera vez desde que lo conocía, Nicholas se mostró sorprendido. Se puso en pie y tiró de sus manos para que ella también se levantara, y la besó muy cerca de la comisura de la boca.

—No lo elegí por eso. Simplemente me sonaba bien al lado de «Asombroso» —repuso, pero Elizabeth supo que de alguna manera había conseguido que se sintiera mejor, y, a su vez, ella misma notó que su propio corazón pesaba algo menos. ¡Hacía tanto tiempo que no procuraba animar a alguien! La sensación cálida y dulce que la embargaba no era muy distinta a la que tenía cuando consolaba a Bobby...

Pensar en su hijo provocó que sonriera. Ya no faltaba mucho para su reencuentro. Se imaginó de nuevo con él, buscando una casa apropiada para los dos, tal vez muy cerca de Hyde Park, para poder pasear juntos por el parque todas las mañanas. Como mujer divorciada, estaba segura de que ya no la invitarían a tantos acontecimientos, por lo que cenaría con Bobby cada noche, lo metería en la cama y le contaría cuentos hasta que se durmiera. En Navidad decorarían un abeto tan grande que llegaría casi

hasta el techo, y en verano lo llevaría a navegar en barca por el Támesis... Y de pronto, reparó en que Nicholas no estaría presente en ninguna de esas escenas.

—La plaza está llena de gente —comprobó Nicholas con satisfacción después de atisbar el exterior entre un pequeño hueco de los cortinajes que hacían de telón.

Nada en el mundo le entusiasmaba más que ver a una multitud aguardando para disfrutar de una actuación suya. Nada en el mundo parecía aterrar más a Elizabeth, en cambio.

Se volvió hacia ella. No se había movido del rincón desde que se habían ocultado allí, tras el improvisado escenario, mientras esperaban a que los presentaran, y aunque estaba bellísima con el vestido verde y los labios tan rojos, también tenía el rostro lívido y una expresión más que un poco asustada.

—Creo que he olvidado todo lo que tengo que hacer. Sería mejor que salieras tú solo, Nicholas, o acabaré estropeando la actuación...

—No lo has olvidado. Está todo ahí —señaló su frente—, y en cuanto empiece el espectáculo te darás cuenta. Hemos ensayado mucho... Y, Elizabeth, de todas formas, no te preocupes: si te olvidas de algo, yo lo arreglaré sobre la marcha.

Solo le decía eso para que no se angustiara, por supuesto, porque lo cierto era que cualquier fallo que cometiese ella repercutiría de forma irremediable en el desarrollo del truco. Nicholas dependía de Elizabeth para que todo saliera bien, pero se tranquilizó pensando que la actuación de esa noche representaba una especie de ensayo general antes de la que darían en el palacio Montagliore. Podían aún permitirse algún error... Aunque rezaba por que no los hubiera.

—¿Estáis listos? —Fazio se abría paso hacia él entre los numerosos bultos que los había ayudado a trasladar en barca desde su casa—. El alcalde ya ha llegado, así que os presentarán dentro de un momento.

—¿El alcalde? —repitió Elizabeth sobrecogida.

—Tiene que estar en las festividades de la ciudad. No debe imponerte su presencia más que la de cualquier otro espectador —le tranquilizó. Luego respondió a Fazio—: Sí, estamos listos.

Trasladar el piano hasta allí hubiera resultado demasiado trabajoso, así que solo lo emplearían en el palacio, donde un montón de criados podrían introducirlo desde la puerta del agua. Por tanto, Elizabeth saldría a escena a la vez que él; harían una reverencia juntos y pasarían directamente al primer número, un juego de cartas sencillo con la participación de voluntarios de las primeras filas que a ella no le supondría ninguna complicación. Nicholas había elegido a propósito esa forma de comenzar, no solo porque le gustaba que el desarrollo de sus espectáculos fuera *in crescendo*, sino porque le daría tiempo a Elizabeth a calmarse y a habituarse a estar ante el público antes de pasar a los trucos más complicados.

Cuando Fazio volvió a su lugar entre los asistentes, examinó a Elizabeth de arriba abajo, le colocó bien un rizo rubio de la peluca y la miró a los ojos.

—Eres mi Extraordinaria Elizabeth. Dentro y fuera del escenario. Recuérdalo.

Ella asintió y sus ojos se abrieron de par en par al escuchar sus nombres. El encargado de los entretenimientos de esa noche ya estaba al otro lado del telón, anunciando su espectáculo... Nicholas esperó a que la gente aplaudiera, cogió la mano de Elizabeth y avanzó hacia el centro del escenario.

Y entonces, como siempre le ocurría, dejó de ser él y Adamantium tomó las riendas. De pronto ya no le preocupaba nada ni pensaba en otra cosa que no fuera lo que estaba haciendo. En realidad, ni siquiera pensaba. Solo se deslizaba de un punto a otro de la tarima que habían erigido en la plaza, pronunciaba

las palabras que debía pronunciar con el tono exacto, movía las manos para hacer aparecer o desaparecer naipes y pañuelos, para lograr que una cuerda laxa se quedara rígida sobre la palma de su mano, para multiplicar monedas y abrir candados. Hacía reír al público en un momento dado, y, al siguiente, lo dejaba mudo y estupefacto. La función se desarrollaba con la precisión y fluidez de siempre, igual que todas las veces en que Else lo había acompañado... Solo que ahora no era Else su perfecta ayudante.

Era Elizabeth.

De pie mientras los aplaudían, la observó mientras arrastraba el baúl de la Metamorfosis sin que la sonrisa de su cara denotara el esfuerzo que estaba realizando. Lo colocó en el punto preciso que él le había indicado horas antes, y luego volvió a por el cortinaje portátil, sujeto a una barra, que complementaba el último truco de la noche. Nicholas había dado por hecho que, incluso en el caso de que ella no cometiera un solo error técnico, ocurriría algún incidente menor provocado por sus nervios y su falta de experiencia, aunque solo él se diera cuenta: un tropiezo con el vestido, unas manos temblorosas o, simplemente, que olvidara sonreír... Pero cualquiera que no la conociese habría asumido que llevaba a su espalda toda una carrera en los escenarios. Elizabeth se movía de forma elegante, pero a la vez seductora, miraba al público sin ningún temor, y el traje de satén esmeralda le favorecía tanto que Nicholas estaba convencido de que la totalidad de los hombres que la contemplaban, desde los ruidosos adolescentes sentados en el suelo a los ancianos apoyados en bastones, se había enamorado irremediabilmente de ella... Aunque no tanto como él lo estaba.

El Asombroso Adamantium era ahora el más asombrado de todos.

Ejecutaron la reverencia final, primero juntos y, luego, una última él solo, y se retiraron tras el telón mientras aún resonaban los aplausos. Se giró hacia ella para mirarla: tenía los ojos brillantes de excitación, los labios estirados en una sonrisa casi salvaje que nunca le había visto, la respiración entrecortada y la frente cubierta de pequeñas perlas de sudor cerca de donde surgían los rizos dorados de la peluca.

—¡Oh, Nicholas, ha sido lo más increíble que...!

Sin dejarle terminar la frase y arrastrado por un impulso incontrolable, la agarró por los hombros y estampó su boca contra la suya.

La góndola se balanceó con suavidad cuando la amarraron en el embarcadero de la casa de Fazio. Era ya tarde, y el frescor de la noche había provocado que a Elizabeth se le pusiera la piel de gallina en los brazos. Nicholas se había percatado minutos antes, y le había colocado su capa de mago sobre los hombros. Aun así, tiritaba bajo ella; sospechaba que también se debía a la manera en que la había besado al terminar la función... Le parecía estar dentro de un extraño y maravilloso sueño, y todo el trayecto por los canales lo había pasado reviviendo una y otra vez las últimas horas. Y siempre que se encontraba con la mirada de Nicholas, sentado frente a ella en la góndola, notaba como si le faltara el aire.

Todo había sucedido demasiado rápido: las últimas instrucciones de Nicholas, el frenesí organizativo que había supuesto llevar todos los instrumentos desde la sala púrpura a la plaza, el terror que casi la había paralizado segundos antes de que los presentaran... Y, por fin, la actuación. Elizabeth apenas era consciente de cómo se había desarrollado. Solo sabía que una fuerza desconocida se había apoderado de ella en cuanto estuvo ante el público, y que algo en su interior se había desatado durante los sesenta minutos que transcurrieron desde ese instante hasta que terminó la función.

Sin embargo, solo se dio cuenta de hasta qué punto había sido un éxito después de que él la besara casi con ferocidad. Aquel había sido un momento de puro éxtasis, y se había sentido igual que en las escasas

ocasiones en que se había excedido con el champán: como si miles de burbujas estallaran en su interior y un acelerado vértigo nublara sus sentidos. Uno de los mozos encargados del escenario los había interrumpido sin demasiados miramientos para pedirles que despejaran el lugar de cara a la siguiente actuación, y el fatigoso proceso de recoger y trasladar todos los bártulos de ilusionismo se había iniciado de nuevo. Ya no habían vuelto a estar a solas.

Revivir de nuevo aquel beso le provocó que la sangre se agolpara en su cara. La combinación del ardor de sus mejillas y de la brisa fresca resultaba extraña, pero estimulante, y ella estaba tan obnubilada que no se levantó del asiento hasta que el gondolero carraspeó por segunda vez.

Fazio le tendió caballerosamente la mano para ayudarla a descender y la sujetó por la cintura cuando estuvo a punto de resbalar en los limosos escalones de la puerta del agua. Nicholas estaba junto a la barca pagando a los dos hombres que había contratado para que los ayudaran, y entró el último. El suave resplandor de la lámpara que Gina había dejado encendida para ellos antes de retirarse llenaba el vestíbulo.

—Elizabeth, no me cansaré de decírtelo: has estado perfecta —afirmó Fazio. Le propinó dos cariñosas palmaditas en la mejilla, igual que un padre felicitando a su hija predilecta, y se dirigió a la biblioteca como siempre hacía antes de dormir.

Y ahora solo estaban los dos.

Esperó unos segundos a que hablara él, pero no dijo nada, así que señaló con un amplio ademán las numerosas cajas que ocupaban el suelo del vestíbulo y le preguntó:

—¿Lo llevamos a la sala púrpura?

Él contempló por un momento los bultos, como si le costara relacionarlos con lo que acababa de preguntar.

—No —respondió al fin—. Ya lo haremos mañana.

Elizabeth bajó la mirada, deslumbrada por la intensidad con que la miraba él.

—Está bien. Entonces... —Dejó la frase en suspenso, sin saber cómo terminarla, y empezó a subir la escalera, tremendamente consciente de que él la seguía, solo un par de escalones por detrás.

No la había vuelto a tocar desde el beso tras el telón, pero por algún motivo tenía la respiración tan alterada y los latidos del corazón tan acelerados como si lo estuviera haciendo en ese mismo instante. Le temblaba la mano, posada con suavidad en la barandilla.

Ya arriba se reclinó contra la pared, a unos metros de la puerta de la habitación de Nicholas. Todo su cuerpo gritaba su necesidad de que la besara, o la acariciara al menos, pero ella no podía tomar la iniciativa. No podía hacer eso, ahí, tan cerca de su dormitorio. Se odió por ser tan remilgada.

Nicholas apoyó una mano en el muro junto a ella, aprisionándola y provocando solo con ese gesto que su pulso, ya lo suficientemente rápido, redoblara su ritmo. Los labios de él se separaron en anticipación de un beso... Y entonces los de Elizabeth se separaron también; pero para su propia e infinita sorpresa, fue para musitar:

—Debo decirte algo.

Él asintió con la cabeza y aguardó. Elizabeth no sabía qué la estaba impulsando, pero si esa noche iba a ocurrir algo más entre ellos, Nicholas merecía saber antes la verdad sobre su situación.

—Di de una vez lo que sea, o dentro de un momento ya no te dejaré que hables en absoluto... —le urgió él con un susurro áspero.

Elizabeth tragó saliva y desvió la vista hacia el brazo de Nicholas, extendido junto a su cabeza.

—Sigo siendo una mujer casada.

—¿Cómo?

—Aún no estoy divorciada de Robert —confesó con un hilo de voz. Se atrevió a mirarlo a la cara: Nicholas tenía una expresión seria y atenta, pero más allá de eso era incapaz de interpretar si se sentía enfadado, dolido o indiferente, y pensó que quizá necesitaba explicarse mejor—. Sí que estamos separados, y te aseguro que eso no va a cambiar y que no me une ningún vínculo sentimental con él, pero en cuanto al divorcio, mi abogado aún tardará un tiempo en...

—¿A ti te importa?

Elizabeth parpadeó, sorprendida por la interrupción y sin entender su pregunta.

—¿Que si me importa...?

—Sí. Cuando estás conmigo. —Nicholas deslizó los dedos de la mano que no estaba apoyada en la pared a lo largo de su mandíbula y su mejilla, siguiendo el contorno de su rostro, con la mirada fija en su boca—. Cuando te beso, cuando te toco. ¿Te importa que técnicamente sigas casada con un hombre al que no amas, y del que acabarás divorciándote?

—No.

—¿Por qué iba a importarme a mí, entonces?

Elizabeth emitió un quejido ahogado cuando él la besó, no de la forma impulsiva y enérgica en que lo había hecho tras la función, sino con mucha más lentitud, arrastrando los labios sobre los suyos y separándoselos muy despacio. En cuanto notó la respuesta de ella, tomó su cabeza entre las manos y la besó con más intensidad. Elizabeth le rodeó la nuca con sus dedos entrelazados y cerró los ojos; la parte racional de su cerebro parecía haberse evaporado, y si hubiera podido pensar algo entonces, solo habría sido en que jamás había sentido ese apasionado abandono.

De pronto se vio dentro del dormitorio de él. Nicholas debía de haber abierto la puerta en algún momento, para luego arrastrarla a ella al interior y cerrarla tras ellos; todo, sin detener sus besos. No sabía cuándo ni cómo había sucedido, y le daba igual. Entraba la suficiente luz de luna por la ventana para iluminar un poco la habitación, por lo que no tropezaron con ningún mueble mientras se dejaba llevar por él hacia la enorme cama con baldaquino. Se detuvieron junto a ella mientras Nicholas le desabotonaba con destreza el vestido verde y le bajaba los tirantes por los hombros. El vestido cayó a sus pies.

Elizabeth no tenía demasiada idea de los entresijos del vestuario masculino, puesto que las escasas veces que Robert había acudido a su cama, lo había hecho ya con la ropa de dormir. Pero sí sabía que despojar a un hombre de su indumentaria costaba menos trabajo que desnudar a una dama... Y, sin embargo, Nicholas había conseguido quitarle el corsé, las enaguas y el resto de sus prendas íntimas mucho antes de que ella le desabrochara la camisa por completo. Le temblaban las manos de nuevo, y no acertaba a pasar los botones por los ojales; cuando por fin lo consiguió, él terminó de desnudarse rápidamente y la tomó en sus brazos, eliminando así cualquier frontera entre sus cuerpos.

Resultaba raro que no se sintiera en absoluto nerviosa. Lo había estado mientras subían la escalera y mientras esperaba a que la besase, y ahora, en teoría, debería estar mucho más incómoda... Pero no lo estaba. Ni siquiera cuando, durante un largo rato, él se quedó contemplando su cuerpo desnudo, algo que nunca había hecho nadie antes. ¿Cómo la vería? ¿Qué estaría pensando mientras paseaba sus ojos ávidos por sus piernas, sus caderas, su cintura y sus pechos? Dejó de importarle cuando Nicholas la tumbó sobre la cama, y alzó la cabeza para permitir que le besara el cuello. Elizabeth deslizó las palmas de las manos sobre los tensos músculos de su espalda, recubiertos por aquella piel tan cálida... Continuó disfrutando de la sensación de sus labios contra su garganta, pero enseguida sintió que se

movía más abajo, acariciándole los pechos, el estómago y el interior de los muslos con los labios y la lengua. Robert jamás le había hecho nada parecido, y la impresión fue tan intensa y exquisita que creyó que se echaría a llorar. Cuando sintió su lengua entre las piernas, apenas pudo soportarlo unos segundos antes de bajar las manos hacia su cabeza y tirar de él hacia arriba.

—¿Qué ocurre? —preguntó Nicholas con un susurro, con los labios de nuevo cerca de su rostro.

—No creo que... —Se mordió el labio inferior, sin saber cómo decirlo, y volvió a empezar—. No creo que pueda aguantar mucho si haces eso...

Él rio en silencio.

—En ese caso, volveremos a empezar —musitó, y enterró de nuevo la cabeza entre sus muslos.

En realidad, Elizabeth no sabía bien de qué estaba hablando al decir que no podría aguantar mucho... Lo que había sentido era una especie de vivo hormigueo, unido al natural pudor de que un hombre la besara en esa parte de su anatomía por primera vez en toda su vida. Pero al cabo de unos segundos, todo eso quedó en nada cuando unas oleadas de placer tan intenso como mortificante tensaron todos los músculos de su cuerpo y la hicieron sentir como si estuviera al borde de un abismo insondable. Cerró el puño con fuerza alrededor de lo primero que encontró a su alcance, que resultó ser la seda de un pequeño cojín. Y justo cuando la tensión llegaba a su punto más extremo, cuando sentía que ya nada podría evitar que se precipitara por ese abismo, Nicholas se detuvo. Ella levantó un poco la cabeza para mirarlo, sofocada, tratando de respirar y sin poder articular palabra.

Se tendió sobre ella y la miró a los ojos, sin moverse, sin decir nada. ¿Qué era lo que estaba haciendo? ¿A qué esperaba?

—Nicholas, por favor... —murmuró con la voz entrecortada.

—¿Sí?

La estaba torturando. ¿Cómo podía ser tan cruel? Elizabeth se retorció debajo de él, desesperada por incrementar las sensaciones que aún no se habían apagado del todo.

—Quiero... Oh, Dios mío...

—¿Qué es lo que quieres, Elizabeth?

En la nebulosa que llenaba su cerebro, su pregunta le sonó vagamente familiar. Alcanzó a recordar que aquello era justo lo que le había preguntado antes de su primer beso, y como aquella vez, en vez de responder, se limitó a mostrarle lo que quería. Separó las piernas, acogiéndolo entre ellas, y presionó con las manos sobre sus omóplatos para dirigirlo.

Cuando la penetró, le sorprendió no sentir ningún dolor. Con su marido nunca había sido de verdad placentero, y solo algunas veces se había sentido agradecida por, al menos, que no resultara directamente molesto. Quizá era porque jamás se había podido excitar con él de esa forma. O quizá, porque Nicholas parecía saber lo que hacía mucho mejor que Robert. Tal vez tuviera también algo que ver el hecho de que nunca hubiera estado enamorada hasta entonces... Irguió los hombros y la cabeza, y se aferró a él para atraerlo hacia ella más profundamente. En respuesta, Nicholas aceleró un poco el ritmo, lo justo para que ella dejara de pensar al instante; y se introdujo con más fuerza en su interior, lo necesario para arrancar un largo gemido de su garganta.

Elizabeth ya solo sabía que nada en el mundo podría separarlos en esos momentos. Y Nicholas continuó moviéndose sobre ella, dentro de ella, llevándosela con él más allá del tiempo y del espacio.

La noche antes de la gran fiesta de cumpleaños del conde fue la más tranquila de todas las que había pasado Ilaria en el palacio. Se organizó una sencilla cena fría para que cada invitado comiera cuando quisiera, y de forma tácita se dejó claro que esa velada no se alargaría demasiado. Todo el palacio parecía contener la respiración.

Ilaria solo permanecería tres días más en Venecia. Llevaba varias semanas allí, y los viñedos de la Toscana reclamaban su presencia. Tenía que visitar a los agricultores, cerciorarse de que los surcos se habían trazado de forma correcta, hablar con los capataces, gestionar los salarios y empezar a prepararlo todo de cara a la vendimia. Después, volvería a Florencia para pasar el otoño y el invierno, hasta que comenzaran a llegar las invitaciones para las fiestas de primavera...

Se sujetó el último mechón de cabello con una horquilla rematada por una perla y suspiró ante su imagen reflejada en el espejo del tocador. Su futuro inmediato nunca le había parecido una perspectiva tan aburrida. «Tal vez debería hacer un largo viaje durante el invierno —reflexionó—, puede que la ruta de Marco Polo. Y acabar de nuevo en Venecia». Esa remota posibilidad provocó que sonriera. En tal caso, no se alojaría en el palacio Montagliore otra vez. Le pediría a Fazio que la invitara a recalar una temporada en su casa, y entonces podría pasar días y días sentada con él en esa biblioteca que aún no conocía, pero de la que tanto le había hablado...

Consciente de pronto de lo improbable que resultaba dicha situación, Ilaria se levantó de la silla para comprobar que el vestido de la fiesta estaba listo y no presentaba arrugas. El quejido de la madera al abrir la puerta del armario hizo que dudara de haber oído otro sonido. Algo como un débil golpe en el cristal de la ventana. Pero el ruido se repitió a los pocos segundos, e Ilaria descorrió las cortinas para mirar al oscuro exterior. Desde ese ángulo de la segunda planta del palacio solo se tenía una vista limitada del Gran Canal, pero fue suficiente. Ilaria no pudo evitar reírse.

Fazio estaba junto a la fachada, de pie en una góndola, mirando hacia ella y sosteniendo en la palma de su mano extendida lo que debían de ser las piedrecitas que había empleado para llamar su atención. Cuando la vio asomada a la ventana, le hizo un gesto señalando el lateral izquierdo del palacio, e Ilaria comprendió que deseaba que se reuniera con él junto a la puerta del jardín. Justo antes de salir del dormitorio, volvió sobre sus pasos hasta el tocador y se rozó el cuello con dos gotas de esencia de violeta.

Bajó a la primera planta y atravesó el palacio con ligereza. Se oía una tranquila melodía de piano proveniente de la sala de música, pero no se cruzó con los condes ni con ninguno de los invitados. Salió al patio, en cuyo centro borboteaba la fuente, y abrió la puerta de hierro. Allí estaba él, iluminado por la tenue luz del farol.

—¿Cómo sabías cuál era mi ventana? —le preguntó.

Una sonrisa asomó a los ojos avellana de Fazio. A Ilaria le encantaba cómo se le iluminaban cuando sonreía.

—Pensaba tirar piedrecitas a todas y cada una de las ventanas del palacio. Ha sido una suerte que acertara a la primera.

Ilaria rio y se apartó de la puerta para que Fazio pudiera pasar al jardín.

—No pensé que te vería hoy.

—He estado muy ocupado —respondió él sentándose en el borde de la fuente, justo donde ella misma

se sentaba cada mañana—. Pero quería verte a solas antes de la fiesta de mañana. No sé muy bien cómo se desarrollarán los acontecimientos cuando Nicholas y Elizabeth terminen su actuación...

—Supongo que está todo... —bajó la voz hasta convertirla en un susurro—, ya sabes, preparado para *la grande finale*.

Fazio asintió y contestó también en voz baja:

—Esos dos me están volviendo loco. No imaginas el nivel de excitación nerviosa que se vive en mi casa en estos momentos... Están deseando que llegue la noche de mañana, pero creo que, a la vez, preferirían que no llegara nunca.

—¿Por qué?

—Porque después tendrán que separarse.

Ilaria lo comprendía bien. Cuando pasabas tanto tiempo junto a alguien con quien conectabas de una manera tan profunda, la idea de continuar por caminos separados resultaba desgarradora. Se sintió triste de pronto, y bajó los párpados para que Fazio no pudiera notarlo en su expresión.

Los dos guardaron silencio durante unos minutos, hasta que él se puso en pie y dijo con voz suave:

—Será mejor que me marche ya. Nos veremos mañana en la fiesta.

—Sí.

Lo acompañó a la puerta del jardín y se miraron en la penumbra.

—Buenas noches, Ilaria.

Fazio hizo amago de besar su mano, como siempre, pero ella la retiró y salvó los decorosos centímetros que los separaban abrazándolo con fuerza. Era la primera vez que lo hacía, y notó enseguida la tensión que invadía el cuerpo de él.

—Buenas noches, Fazio —murmuró sin soltarlo.

Recorrió con las manos su encorvada espalda y descansó la cabeza sobre su hombro, inclinándose un poco para que la diferencia de estatura no fuera un obstáculo. Por fin, él salió de su estupor y la abrazó también, aunque de un modo más contenido y un poco rígido. Ilaria supo instintivamente que no estaba acostumbrado a que lo tocaran, y su corazón se llenó de una curiosa mezcla de compasión, rabia y amor.

Cuando al fin se separaron, Fazio parecía tan asombrado e incómodo que no articuló ni una palabra más, y solo la miró con ojos vidriosos durante un segundo, antes de echar a andar hacia el puente de Rialto. Ilaria se quedó contemplándolo hasta que desapareció en la oscuridad, y solo entonces cerró muy despacio la puerta.

Era el primer día de verano, y el más largo del año. El sol había brillado hasta hacía escasos minutos, pero por fin había llegado la noche, al filo de las diez, y los invitados se agolpaban en la entrada del palacio Montagliore. La celebración del cuadragésimo cumpleaños del conde prometía ser la fiesta más rutilante de los últimos tiempos en Venecia.

Como siempre hacía antes de una actuación, Nicholas estudió con disimulo a quienes iban a constituir su público: aristócratas, claramente, aunque con cierto deje de vulgaridad... Damas con vestidos de colores brillantes y exagerados escotes, y caballeros que hablaban demasiado alto y trataban de impresionarse los unos a los otros. Escuchó conversaciones en italiano, inglés, alemán y francés, e incluso creyó captar alguna frase en ruso.

—Veo que tenemos aquí a buena parte de la nobleza europea más decadente —comentó volviéndose hacia Elizabeth. Ella no le oyó. Estaba mirando a su alrededor, de una forma tan descarada que solo le faltaba dar algún saltito para poder atisbar la multitud mejor por encima de las cabezas. Cerró la mano sobre su fina muñeca con discreción y le advirtió en voz baja—: Deja de hacer eso o nos pondrás en evidencia. Tu hijo no va a estar entre los invitados.

Ella pareció avergonzada y bajó la cabeza. Nicholas le acarició el interior de la muñeca con el pulgar y le dirigió una sonrisa que pretendía ser tranquilizadora, pero él mismo estaba demasiado nervioso. Apenas podía creerse todo lo que estaban poniendo en juego esa noche: su carrera profesional y el futuro de Elizabeth con su hijo... Las dos parcelas más importantes de la vida de ambos.

—¿Y si Robert me reconoce? —susurró ella por enésima vez.

—No lo hará. —Pasó junto al lacayo que guardaba la puerta y miró a su alrededor. No divisó a Ilaria ni a Fazio, aunque tampoco hubiera podido acercarse a hablar con ellos sin levantar sospechas—. Vamos, debe de ser por allí.

El lacayo se puso rápidamente frente a ellos, interceptándolos.

—¡Un momento, vosotros dos! —les increpó en italiano. Percibió el sonido asustado que salió de la garganta de Elizabeth, y el propio Nicholas tuvo que controlarse para conservar la calma—. ¿Sois los de la actuación de magia?

—Así es.

Era difícil tomarlos por invitados. Elizabeth iba mucho más maquillada que la aristócrata más vulgar, y era la única con el cabello sin recoger, y él llevaba el atuendo inconfundible de ilusionista. El lacayo señaló hacia su derecha, en la dirección opuesta a la que se dirigían los asistentes para aceptar copas de champán de las bandejas que sostenían los criados.

—La función será en esa sala. El conde desea que esperéis allí; podéis ir preparándoos.

—¿Han llegado las cajas que envié esta mañana con todo lo necesario?

—No es mi obligación saberlo —respondió el lacayo con el tono despectivo del sirviente que no se considera en inferioridad de condiciones con respecto a su interlocutor.

Nicholas sonrió con frialdad y se limitó a caminar hacia la sala; estaba claro que, al menos en ese palacio, un artista no era mucho más que un criado con el deber de entretener.

Hizo pasar a Elizabeth y luego cerró la puerta tras ellos. Estaban en un salón de considerable tamaño, con las paredes forradas de seda escarlata y un techo altísimo del que pendían cuatro enormes lámparas de araña, ya encendidas. Había sillas doradas dispuestas en varias filas frente a un espacio acotado por

veinte o treinta farolillos, colocados en el suelo de madera oscura, y un enorme biombo oriental, de unos cuatro metros de largo, ocultaba el improvisado escenario de la vista del público. Supuso que alguien se encargaría de apartar el biombo cuando la función comenzase.

Dio una lenta vuelta sobre sí mismo, calculando las distancias entre la primera fila de sillas y el escenario, calibrando cómo afectaría la excesiva iluminación, localizando con la vista las cajas apiladas contra una pared. Nunca se había sentido tan nervioso. Aunque por lo general actuaba en teatros, no era la primera vez que daba una función privada; sin embargo, siempre había habido alguien para recibirlos y ayudarlos con la organización previa, para asegurarse de que contaban con todo lo necesario... No era que lo necesitara realmente, pero que justo la noche más importante de su carrera se hubieran limitado a ordenar a un lacayo que les indicara la sala le parecía una señal inquietante. O quizá era que veía fantasmas donde no los había. Pensó en lo asustada que debía de sentirse Elizabeth y se giró hacia ella.

—Ha llegado el momento —sonrió, y la besó levemente en los labios—. Todo irá bien. Mañana estarás con Bobby por fin.

Notó que ella dudaba, que tenía aún más miedo que él, y que no confiaba del todo en sus posibilidades. Pero Elizabeth también sonrió, e irguió los hombros en un gesto de confianza autoimpuesta que lo conmovió.

—Y tú habrás impresionado a Montagliore y estarás todavía más cerca de convertirte en el mejor mago del mundo.

Nicholas asintió, notando cómo un peso de tristeza constreñía su corazón. Deseaba con todas sus fuerzas que las cosas salieran bien esa noche... Pero era terriblemente consciente de que, al mismo tiempo, el hecho de que salieran bien significaría que su tiempo con Elizabeth habría llegado a su fin.

Se miraron a los ojos durante un instante en el que Nicholas no supo qué decir. Ella también parecía estar viviendo muchas emociones contradictorias; daba la impresión de sentirse asustada, esperanzada, y, como él, un poco triste.

—Me va a resultar muy extraño no entrar mañana en la salita púrpura para ensayar contigo —dijo ella con la voz quebrada.

Nicholas tragó saliva antes de sentirse capaz de contestar.

—A mí también.

Suspiró y se obligó a recomponerse. No servía de nada dejarse llevar por las emociones en esa situación, ni afligirse por las inevitables consecuencias de lo que llevaban tanto tiempo esperando. Los dos sabían desde el principio que estaban abocados a separarse..., y quizá había sido un error empezar a olvidarlo.

Le dio la espalda para arrodillarse en el suelo, junto a las cajas, y abrió la primera.

—Será mejor que empecemos a prepararlo todo.

Ella no respondió, pero al cabo de unos segundos estaba también arrodillada a su lado, abriendo la siguiente caja, con la falda del traje esmeralda extendida cuidadosamente para que no se arrugara y una expresión velada en su hermoso rostro.

Durante la primera mitad de la actuación, Elizabeth apenas se había atrevido a mirar al público directamente. Sonreía, gesticulaba de la forma en que Nicholas le había enseñado, se movía adonde debía moverse, pero le aterrorizaba levantar la vista y encontrarse con los ojos de Robert. No quería que la reconociera antes de tiempo. Aunque su apariencia era tan distinta a la que él conocía, si su mirada se cruzaba con la suya no podría disimular el miedo, y estaba convencida de que, entonces, Robert sabría

que la ayudante del Asombroso Adamantium era en realidad su esposa, la rígida y apocada lady Ashton. Mientras aguardaba de pie junto a Nicholas a que este terminase de ejecutar el penúltimo truco, se decidió por fin a repasar a los hombres y mujeres sentados en las sillas doradas. Su posición sobre el escenario, un poco ladeada, y el hecho de que los rizos de la peluca ocultaran en ese momento la mitad de su rostro le ofrecían una buena oportunidad para mirar sin que Robert se fijara demasiado en sus facciones. Exhaló un pequeño suspiro de alivio al comprobar que no estaba sentado en la primera fila, ni tampoco en la segunda. Dio un paso atrás para recoger de manos de Nicholas la cuerda en la que había deshecho todos los nudos agitándola en el aire, la metió en la caja y volvió junto a él. Repasó la tercera fila y la cuarta. Robert no estaba. Miró más allá de las hileras de sillas, donde unos cuantos invitados presenciaban la función de pie, apoyados contra la pared carmesí y sujetando con desidia sus copas de champán. Quizá no había querido entrar en la sala y había preferido seguir disfrutando de la fiesta en otra zona del palacio.

Y entonces, su mirada se cruzó con la de una mujer que estaba junto a la puerta. Le dio la sensación de que no había estado allí desde el comienzo del espectáculo, aunque no había hecho ningún ruido al llegar, y había algo en la expresión de su cara que decía claramente que no podría importarle menos lo que estaba sucediendo sobre el escenario... La mujer tenía los ojos clavados en ella, y sus largos dedos jugueteaban con las cuentas del collar de perlas que lucía. Parecía nerviosa, sofocada.

Notó que Nicholas la rozaba intencionadamente al pasar junto a ella y se percató de que estaba esperando a que trajera el baúl para la Metamorfosis. Se apresuró a cumplir con su cometido para el truco, intentando dejar a un lado la sensación de desasosiego que empezaba a invadirla. De pronto tenía un mal presentimiento, algo que aún no podía poner en palabras, ni siquiera para sí misma, pero que estaba relacionado con no ver a Robert y con tener, en cambio, a aquella mujer desconocida observándola de esa manera.

La Metamorfosis requería demasiada concentración como para seguir fijándose en la dama, así que tuvo que limitarse, casi de forma mecánica, a hacer el intercambio de posiciones con Nicholas sin pensar en nada más, pero ya tenía la imagen de la mujer grabada con nitidez en las retinas: una masa de pelo rizado color caoba, ojos castaños en forma de almendra, nariz grande, y dotada de un tipo de belleza poco común, de la que no todos los hombres aprecian, pero indudablemente atractiva. De repente tuvo la certeza de quién era: Ilaria Contarini, la amiga de Fazio. Solo alguien que estuviera al corriente de las circunstancias de Elizabeth podía mirarla de esa forma, y su apariencia encajaba con el modo en que Fazio hablaba de ella.

El truco terminó con el mismo efecto en el público que había logrado en la plaza. Los invitados aplaudieron entusiasmados y se levantaron para felicitar al conde Montagliore, que recibía los elogios desde su posición en la primera fila como si hubiera sido él mismo quien hubiera actuado. Elizabeth saludó con una reverencia y al erguirse aprovechó para mirar de nuevo a la dama. Esta se había recogido sobre el brazo la cola del elegante traje en tonos ocres y estaba inclinada en el extremo de la cuarta fila, junto a Fazio, diciéndole algo al oído. Los dos la miraron fijamente y el mal presentimiento se transformó en la convicción de que algo terrible estaba ocurriendo. Se volvió hacia Nicholas.

—Algo va mal.

Aquel era el instante en que se dirigirían a Robert para desvelar su identidad y exigirle que le devolviera a Bobby. Pero Robert no estaba. Y Nicholas pareció darse cuenta de ello justo entonces. Fazio se había levantado de su asiento y hablaba en un rincón de la sala con Ilaria, mirando hacia el escenario de cuando en cuando. El resto de los invitados empezaron a salir de la habitación,

comentando en voz alta los trucos que más les habían impresionado y llamando a los criados para que les trajeran más comida y bebida.

—Nicholas... —Su propia voz le sonó cargada de aprensión y miedo.

—Lo sé. Quizá Ilaria sepa dónde...

El conde llegó entonces a su lado, agitando la copa en el aire y riendo divertido.

—¡Magnífico! ¡Absolutamente magnífico!

Elizabeth se mantuvo en completo silencio mientras Montagliore hablaba con Nicholas, el cual mantenía una sonrisa cortés fija en su cara. Cuando por fin el conde le hizo entrega del sueldo convenido y se retiró después de darle unas palmaditas en la espalda a él y dirigirle una distraída inclinación de cabeza a ella, Fazio y la mujer pelirroja se acercaron. Ya solo quedaban ellos cuatro en la habitación.

—Nicholas, Elizabeth, os presento a Ilaria Contarini —dijo Fazio con voz grave, señalando a su acompañante—. Me temo que tiene malas noticias.

Ilaria alzó el rostro y clavó sus ojos marrones en los de Elizabeth.

—Lord Ashton se ha marchado de Venecia hace unas horas. Con Bobby. No he visto cómo se marchaba; de lo contrario os hubiera avisado. Me lo acaba de decir el mayordomo... He conseguido averiguar que tenía billetes de tren a París, y que estaba invitado a visitar la Exposición Universal. —Dejó escapar un leve suspiro y la miró compasivamente—. Se ha llevado todo su equipaje y se ha despedido de los condes, por lo que creo que su marcha es definitiva... Lo siento, Elizabeth.

Nicholas se deshizo de su capa de mago en cuanto traspasaron el umbral de la casa de Fazio, y la dejó caer descuidadamente sobre una silla, sin mirar. No quería apartar los ojos de Elizabeth ni un segundo, pues parecía a punto de desmayarse en cualquier momento. Era extraño, porque no había derramado ni una sola lágrima, y en cambio se había encerrado en un persistente silencio que a Nicholas le impresionaba mucho más que el llanto. Nunca había estado tan pálida.

La condujo hasta el sofá de la oscura biblioteca e hizo que se sentara. Fazio los siguió y permaneció de pie junto a ellos, con una expresión conmovida en sus ojos color avellana.

—Gina ya se ha acostado, pero puedo ir a la cocina y prepararle una infusión, o un poco de leche caliente —se ofreció, mirando alternativamente a Nicholas y a Elizabeth—. O quizá necesite más una copa de brandy...

Ella negó con la cabeza, manteniendo la vista fija en algún punto entre la mesa y la chimenea apagada.

—No te preocupes, Fazio —murmuró Nicholas. Se sentó junto a ella en el sofá de brocado—. Puedes irte a descansar; yo me quedaré con ella.

Fazio asintió y acarició con delicadeza el hombro de Elizabeth, que no reaccionó.

—Todo irá bien, *cara*. —Miró a su amigo después—. Avísame si necesitáis algo.

Cuando Fazio cerró la puerta tras de sí, Nicholas se limitó a mirarla en silencio durante unos minutos. Podía sentir el dolor de Elizabeth como suyo propio, por lo que sabía que cualquier palabra de consuelo que pronunciara sería inútil. Con el corazón en un puño, deseó que Adamantium tuviera un solo poder real: el de protegerla de cualquier mal y hacerla todo lo feliz que merecía.

Aunque ella seguía sin llorar, la expresión de su rostro era de una tristeza tan infinita que Nicholas no pudo soportarlo más. La rodeó con sus brazos, hundiendo la cara en sus cabellos revueltos y estrechándola tan fuerte que temió hacerle daño. Elizabeth reaccionó al fin y lo abrazó a su vez con la misma fuerza, ahogando un sollozo contra su hombro. No podían verse el rostro el uno al otro, y quizá aquello facilitó que las palabras brotaran de los labios de Nicholas, intensas y veloces como si el mundo amenazara con acabarse antes de que tuviera tiempo de decirle todo lo que quería que ella supiera.

—Lo siento. Siento que esto no saliera bien. Siento no haber podido ayudarte, que no hayamos conseguido recuperar a Bobby, que hayas tenido que esforzarte tanto para nada... —Notó que ella trataba de librarse de su estrecho abrazo para protestar, pero la mantuvo contra su cuerpo y continuó hablando febrilmente antes de que pudiera decir algo. Ahora que había empezado, ya no podía detenerse—. Siento que no nos conociéramos antes, que haya tardado tantos años en estar en el lugar adecuado para que dieras conmigo...

Elizabeth logró separarse lo justo para poder mirarlo a la cara y por fin habló:

—¿Qué quieres decir?

Nicholas tragó saliva y le acarició la mejilla.

—Deberíamos habernos conocido hace mucho... Nuestros caminos tendrían que haberse cruzado en Londres, antes de que te casaras con lord Ashton. ¡Todo hubiera sido tan distinto...! Tendría que haber podido evitarte tantos años de infelicidad. Perdóname.

—¡Oh, Nicholas! ¿Cómo iba a suceder eso? Tú no podías saberlo.

—No, no lo sabía... Pero ojalá hubiera podido salvarte; ojalá hubiese podido encontrarte, como fuera, de alguna forma... Odio cada hora que has sido desgraciada en tu vida.

Nicholas notó que sus ojos estaban llenos de lágrimas a punto de derramarse, pero le dio igual. Nunca se había sentido tan emocionalmente desbordado, tan fuera de control. Quería estar seguro de que Elizabeth comprendía cuánto la amaba, y, de pronto, eso se convirtió para él en el objetivo más crucial, en el punto más trascendente de toda su existencia. Se dio cuenta de que jamás le había importado tanto nada. Ni siquiera la magia.

Elizabeth no apartaba la mirada de él, pero parecía mucho más calmada. Levantó una mano y le apartó con delicadeza un mechón dorado del rostro. El tacto frío y suave de sus dedos lo serenó un poco.

—Aunque ahora esté destrozada, yo en cambio casi agradezco toda esa infelicidad.

Nicholas frunció el ceño.

—¿Qué? ¿Por qué?

—Si todo lo que me ha ido ocurriendo a lo largo de mi vida tenía el propósito de conducirme hasta ti entonces no me arrepiento de nada. Es más, doy las gracias por todo el dolor, por todos los momentos en que he estado sola, por cada día en que he sido desgraciada o me he sentido incomprendida... Por cada decisión equivocada, tanto las mías como las de Robert. Porque si no fuera por todo ello, no habría venido a Venecia y nunca te habría conocido.

Nicholas la contempló arrobado. Las lágrimas se desbordaron por fin, y rodaron por sus mejillas, pero apenas se percató de ello. Estaba viendo su alma en los ojos de Elizabeth; veía su pasado y su futuro; veía cosas sobre sí mismo que ni siquiera había sospechado. Empezó a decir algo, pero se detuvo. Parpadeó para enfocar la vista a través de las lágrimas. Y finalmente, tomó la mano de Elizabeth, cuyos dedos seguían enredados en su pelo, se la llevó a los labios y luego la apoyó contra su mejilla. Cerró los ojos durante un breve instante, y cuando volvió a abrirlos cubrió los pocos centímetros que separaban su boca de la de ella y la besó como si lo que acababa de decirle fuera verdad y todo lo que les había ocurrido desde el día de su nacimiento hubiese estado encaminado a encontrarse.

—Iremos juntos a París, buscaremos a Ashton y recuperarás a tu hijo —murmuró con voz ronca sin despegarse apenas de sus labios—. Te doy mi palabra.

Nunca había estado tan convencido de algo como de lo que acababa de jurarle. No tenía ni idea de cómo lo conseguirían, pero no había en el mundo ningún obstáculo, por arduo que fuera, que no estuviese dispuesto a vencer por ella.

Cuando Nicholas abrió los ojos, se alegró de haber recordado cerrar las cortinas de su dormitorio. A él le gustaba que el cálido sol de Venecia lo despertara al amanecer, pero Elizabeth estaba agotada y necesitaba descansar unas horas más.

Se había quedado dormida pasadas las cuatro de la madrugada, después de hacer el amor y de haber hablado durante un buen rato sobre su nuevo plan. Por suerte, había conseguido convencerla de que las cosas saldrían bien esa vez, y en cuanto cerró los ojos, acurrucada bajo el brazo de él, finalmente el sueño y el cansancio pudieron más que su preocupación.

Apartó las sábanas, cuidando de no destaparla, y se vistió sin hacer ruido. También estaba exhausto, pero una taza grande del fuerte café que preparaba Gina lo revitalizaría en un momento. Tenía muchas cosas que hacer: preparar el equipaje, ir a la estación de Santa Lucia a comprar los billetes, despedirse de Fazio... El viaje a París no era demasiado duro, pero sí lo que podría ocurrir una vez allí.

Oyó el reloj del comedor de diario dar las nueve justo antes de abrir la puerta. Y cuando lo hizo, la persona que encontró sentada a la mesa lo dejó estupefacto.

—¡Nobile Montagliore!

Giorgio Montagliore se limpió unas migas del bigote con la servilleta y sonrió.

—Buenos días, Nicholas.

Lo miró tratando de comprender cuál era la razón de que el conde se encontrara esparciendo mermelada de moras sobre una rebanada de pan de hogaza, en el comedor de Fazio, a las nueve de la mañana. Antes de que pudiera articular palabra, Gina apareció con la pesada cafetera y llenó la taza del conde, lanzándole a Nicholas una mirada de disculpa mientras lo hacía.

—El conde te estaba esperando —le explicó—. No sabíamos a qué hora te despertarías, y Fazio ha salido muy pronto, así que pensé...

—Gracias, Gina —se apresuró a decir a la criada. Tomó asiento, intentando aparentar tranquilidad—. ¿Me sirves café a mí también, por favor?

Los dos hombres guardaron silencio hasta que el ama de llaves se retiró, y solo entonces Montagliore apartó el plato y se recostó en el respaldo de la silla.

—Imagino que te preguntarás qué hago aquí.

—No puedo negarlo, *signor*.

—Llámame Giorgio. —Tamborileó con sus largos y pálidos dedos sobre el mantel amarillo. Parecía fresco y despejado; desde luego, no como Nicholas hubiera esperado verlo después de su extravagante fiesta de cumpleaños—. Anoche me hiciste un gran regalo con esa magnífica actuación. Mis invitados quedaron muy impresionados, y puedo asegurarte que entre ellos se encontraban algunos de los individuos más sofisticados del continente.

—Me alegro de oír eso. Para mí fue un verdadero placer.

—Quiero corresponderte con otro regalo —añadió el conde.

De inmediato, el corazón empezó a latirle con mucha fuerza, y casi se olvidó de respirar. La taza de café permanecía intacta junto a su plato aún vacío. Miró fijamente el rostro relajado de Montagliore y alzó las cejas con gesto expectante sin darse cuenta.

—Ya me ha pagado lo acordado —consiguió articular.

—Lo que voy a proponerte te interesará mucho más que ese puñado de liras que te di ayer. —Cogió el cuchillo del pan y empezó a cortar otra rebanada. Cuando comprobó que Nicholas no tenía intención de hablar hasta que lo hiciera él, continuó—: Supongo que Fazio te habrá contado muchas cosas sobre mí. Algunas son ciertas, y otras... también. —Montagliore se rio de su propia broma y Nicholas se apresuró a imitarlo. ¿Por qué no se limitaba ese hombre a soltar de una vez lo que tuviera que decirle?—. En fin, una de mis pasiones, como sabes, es el mecenazgo. Adoro presenciar un gran espectáculo, escuchar los aplausos de un público arrebatado por un artista célebre, y saber que yo he tenido algo que ver con todo ello... Durante los dos últimos años solo he salido de Italia para visitar Londres. Creo que es la ciudad europea con los mejores teatros, y últimamente el interés en la magia y el mundo de los espíritus ha desbordado lugares como el Egyptian Hall. No creo que necesite explicarte la importancia de ese edificio para el ilusionismo actual.

—Por supuesto —asintió Nicholas con parsimonia. «¡Dios mío, el Egyptian Hall!»—. Es decir, claro que conozco ese teatro, aunque nunca he tenido el privilegio de actuar en él.

—Pues vas a hacerlo muy pronto.

Nicholas empezó a sonreír como si hubiera escuchado un chiste malo. Luego, trató de decir algo, pero fue incapaz. No supo si era un problema de su voz, que se negaba a surgir de la garganta, o más bien si no encontraba las palabras; la cuestión fue que tuvo que respirar hondo un par de veces y hacer acopio de toda su voluntad para preguntar:

—¿Qué quiere decir?

Montagliore lanzó un ruidoso suspiro y dejó la cucharilla de la mermelada directamente sobre la mesa. Una mancha de color morado se esparció sobre el damasco del mantel.

—No te tenía por un hombre corto de luces. Está claro que te estoy ofreciendo la oportunidad de que el Asombroso Adamantium actúe en el Egyptian Hall.

—Pero... ¿cómo?

—Hace años que me une una gran amistad con la familia Maskelyne, que, como sabes, es la propietaria de la sala.

—¿Se refiere a...?

—Sí, a John Nevil. —Lo dijo sin darle ninguna importancia. Como si no fuera uno de los ídolos de Nicholas, solo después de su adorado Robert-Houdin.

—¡Es el más grande ilusionista que hay en este momento!

Montagliore asintió y se pasó una mano por el pelo, lustroso por el aceite de Macasar.

—También conozco a William Morton, el empresario teatral, que me debe más de un favor... Y este es el punto al que quería llegar.

—¿Qué punto?

—Morton y John han organizado una gran exhibición. Dura solo una semana, y cada noche actúa un ilusionista o espiritista diferente. La última actuación es para el propio Maskelyne, como no podía ser de otra forma, pero aún no tienen asignada la noche anterior, la del viernes. Iba a actuar un médium llamado Martin Arch, pero se ha demostrado que es un fraude... —Giorgio lanzó una carcajada en ese punto—. Bueno, todos lo son, por supuesto, pero lo ocurrido con este Arch ha sido tan ridículo que Morton ha tenido que replantearse su participación. —Por fin, el conde dejó de mover cubiertos y tazas, de tamborilear con los dedos o de atildarse el bigote, y simplemente miró a Nicholas a los ojos—.

¿Quieres ocupar su lugar?

Él actuando en el Egyptian Hall. En el teatro propiedad del mago más famoso de Inglaterra. Corrientes de espectadores pendientes de él. El resultado de tantos años de trabajo y esfuerzo se había materializado al fin. Aquella era su recompensa, mucho mejor de lo que jamás hubiera imaginado. Sonrió maravillado.

—Es un verdadero honor para mí. No sé cómo agradeceréelo...

—Es a lo que me dedico.

El conde se encogió de hombros y apartó la silla ruidosamente para ponerse en pie, haciendo que se tambalearan las tazas y tirando al suelo la servilleta en el proceso. Nicholas también se levantó, y rodeó la mesa para estrechar la mano que le tendía Montagliore.

—Entonces, ¿cuándo debo salir hacia Londres?

—Bueno, estamos a lunes por la mañana... Yo diría que hoy mismo, mañana como muy tarde. Enviaré un telegrama a Morton para contarle la novedad y para que te incluya en el programa.

—Perfecto.

Empezaron a caminar hacia el vestíbulo. Y entonces Nicholas se detuvo en seco. Se había dejado llevar tanto por la excitación de la noticia que había olvidado por completo a Elizabeth y sus planes de ir a París.

—No puedo —murmuró, en principio solo a sí mismo. El conde se volvió a mirarlo con extrañeza, con la mano ya sobre el picaporte de la puerta de entrada, y repitió un poco más alto—: No puedo.

—¿A qué te refieres?

Nicholas se pasó una mano por el rostro, como si acabara de despertar de un sueño maravilloso pero absurdo, y tomó aire.

—No puedo marcharme a Londres hoy mismo, ni actuar este viernes. —Su voz le sonó extrañamente firme.

Montagliore emitió una risita condescendiente.

—Comprendo que la perspectiva te ponga nervioso, pero en realidad ya hiciste anoche el ensayo general en mi salón. No tienes de qué preocuparte.

—No es eso. —Negó con la cabeza, desesperado—. Tengo previsto salir hacia París mañana. No sé cómo lo he olvidado.

—¿A París? —La incomprensión arrugó los finos rasgos del conde—. ¿Y qué demonios hay en París, aparte de esa grotesca torre Eiffel que acaban de levantar?

Nicholas trató de poner orden en el caótico hilo de sus pensamientos. Giorgio permanecía junto a la puerta, dando golpecitos en el suelo con el pie, expectante y con el ceño fruncido.

—Es muy importante que vaya a París —replicó al fin con la mirada baja—. Se trata de un asunto personal...

—¿Más personal y más importante que tu carrera como ilusionista?

—En realidad, sí. —De repente se le ocurrió algo, y volvió a levantar los ojos hacia él—. ¿Sería posible retrasar mi actuación? Quizá podría actuar otro artista la noche del viernes, y programar la mía para la semana posterior... —Eso le daría una semana entera en París junto a Elizabeth, tiempo más que suficiente, esperaba, para encontrar a lord Ashton y a Bobby. Luego viajarían juntos a Londres sin perder un minuto.

—Dudo que eso sea posible, Nicholas. Lo que te he ofrecido encaja con una situación concreta. Es una oportunidad única. Y no creo que Morton tenga que estar a tu disposición para reservarte la noche que mejor te venga *a ti*...

—No quería decir eso —musitó avergonzado. Sin embargo, se mantuvo firme y añadió—: Pero si pudiera preguntarle por esa posibilidad, yo tendría una deuda muy grande con usted.

—¡Desde luego que la tendrías! Y yo otra con Morton, por añadidura, algo que no me gustaría en absoluto... —Montagliore lo miró con severidad y pareció pensarlo por un momento. Nicholas contuvo el aliento—. No, no creo que pueda hacer eso.

—Conde, se lo ruego...

El hombre salió al jardín e ignoró a Saggio, que había trotado hacia él desde el otro extremo y olisqueaba su entrepierna con curiosidad.

—Mi oferta seguirá en pie hasta las seis de esta tarde. Decídetes de una vez y envíame una nota con tu respuesta.

Nicholas se quedó mirando cómo el conde salía de la propiedad y luego cerró la puerta. Sentía los latidos del corazón en las sienes, y las manos le temblaban. Sin ser consciente del todo de lo que hacía, fue a la puerta del agua y desamarró la pequeña barca de remos. Maniobró para alejarse del edificio y salir del canal en el que estaba a otro un poco más grande, y una vez en él dejó que la barca se deslizara sin dirección.

¿Qué iba a hacer? No podía rechazar una oportunidad de ese calibre. Y tampoco podía abandonar a Elizabeth. Ambas opciones eran excluyentes entre sí, y, sin embargo, la vida le exigía que eligiese solo una. Nunca se había visto en una situación tan difícil. Nicholas no había tenido jamás la necesidad de decidir entre sus ambiciones artísticas y las exigencias de su corazón, ya que hasta que había conocido a

Elizabeth ambos extremos habían estado inextricablemente fusionados. Pero desde entonces todo había cambiado, y tenía la sensación de haber llegado al final de un camino que siempre le había parecido ancho y recto, pero que ahora se dividía en dos senderos que se irían alejando uno del otro cada vez más, hasta perderse en el horizonte.

Al cabo de una hora remó de nuevo hacia la casa de Fazio. Este acababa de llegar también, y estaba en la biblioteca con los perros, depositando sobre la mesa un montón de libros nuevos. Sonrió a Nicholas cuando lo vio entrar.

—Buenos días. ¿Cómo está Elizabeth?

—¿Aún no se ha despertado? —preguntó a su vez.

—No la he visto. Me alegro de que esté descansando. La noche de ayer fue verdaderamente...

—Tengo que hablar contigo —le interrumpió Nicholas—. ¿Tienes un momento?

—Claro.

Se sentaron en el sofá y Nicholas le habló acerca del plan que habían trazado Elizabeth y él durante la madrugada y sobre la temprana visita del conde. También le contó a qué decisión había llegado mientras flotaba en su barca y contemplaba el cielo de Venecia.

—¿Estás seguro de que vas a rechazar una oportunidad tan buena? —inquirió Fazio al final. En su tono no había sorpresa ni incompreensión. Solo parecía desear cerciorarse de que Nicholas lo tenía ya claro.

—Sí —respondió con voz segura—. Ya llegarán otras ofertas. Y si no llegan, pues... —Se detuvo un instante. ¿Y si no llegaban? Apartó de la mente ese doloroso pensamiento y esbozó una leve sonrisa—. Pues..., bueno, me importa más Elizabeth.

La estación de Santa Lucia estaba bastante tranquila en ese momento de la tarde. Daba la impresión de que los viajeros preferían las primeras horas de la mañana para salir de la ciudad, o que elegían viajar al anochecer para dormir en el tren, así que no tuvo problemas en encontrar un asiento libre en la sala de espera.

Elizabeth sacó de su bolsa de mano un frasquito de agua de colonia en un intento de refrescarse un poco y volvió a depositar la bolsa junto a la única maleta que se había llevado. Aún faltaba casi media hora para que el tren saliera. Tendría que hacer transbordo dos veces, en Milán y en Dijon, porque el tren directo a París solo partía una vez al día, y ya lo había perdido. Pero no podía esperar.

Aquella mañana se había despertado escandalosamente tarde para lo que ella acostumbraba. Nada más abrir los ojos, vertiginosas y confusas imágenes de la noche anterior le habían invadido la mente: su papel durante la actuación del Asombroso Adamantium, la euforia que sintió al escuchar los aplausos y al pensar que pronto tendría a Bobby y la desolación al descubrir que ya no se encontraba allí. Luego, el regreso a la casa de Fazio, que apenas recordaba, inmersa como había estado en el estupor y el dolor. Y, por último, la promesa de Nicholas de mantenerse junto a ella, acompañarla a París y ayudarla de nuevo. Esta vez, simplemente porque la amaba.

Había salido del dormitorio de él pasadas las once de la mañana, avergonzada por la posibilidad de que Fazio o Gina la encontraran tan lejos de su habitación y vestida con el mismo traje que había llevado por la noche. Después de lavarse y cambiarse de ropa, había bajado buscando a Nicholas, pero Gina, que debía de estar enterada de lo ocurrido durante la fiesta, la interceptó, abrazándola y obligándola a sentarse a la mesa y desayunar, aunque tenía el estómago tan revuelto que fue incapaz de comer nada más que un poco de queso. Sin embargo, no se sentía mal del todo. Nicholas había insuflado nuevas energías en ella, había vuelto a contagiarle su optimismo y su fuerza. Sus caricias y sus besos durante las largas horas que precedían al amanecer habían sido como un bálsamo para su cuerpo y su alma, y una vez más se sentía capaz de cualquier cosa. Ese era el poder que tenía sobre ella, y Elizabeth solo deseaba que nunca se viera privada de su mágico influjo... No habían hablado todavía de lo que ocurriría con su relación una vez que encontrara a Bobby en París, y tampoco había querido pensar en ello por el momento. Ya no parecía importar tanto.

Al salir del comedor, se había fijado en que la casa estaba demasiado silenciosa, y se preguntó dónde estaban sus habitantes. Deseó habérselo preguntado antes a Gina, pero ella también había desaparecido. Se asomó a la salita púrpura pensando que Nicholas podría estar allí recogiendo sus cosas para su marcha al día siguiente, pero no estaba, y de pronto le asaltó la intensa necesidad de estar con él, de contemplar su rostro y sentir cerca su cuerpo. Nunca entraba en la biblioteca de Fazio sin ser invitada, pues sabía que era su habitación más preciada y personal, y no quería abusar de su hospitalidad, pero se dirigió allí, decidida a encontrar al menos al dueño de la casa. Él sabría dónde se había metido Nicholas.

Le había sorprendido encontrar la puerta entreabierta, ya que tenían la costumbre de mantenerla cerrada para impedir que Saggio y Fiore entraran sin supervisión y pudieran estropear algún valioso volumen dejado por descuido a su alcance. La voz de Fazio en el interior la había detenido justo antes de entrar.

—¿En el Egyptian Hall de Londres? —estaba diciendo con tono de asombro—. ¡Vaya, enhorabuena, Nicholas! Aunque lo cierto es que no mereces menos...

Elizabeth se quedó a un lado de la puerta, paralizada y casi sin atreverse a respirar. ¿De qué estaban hablando? Entonces, Nicholas había respondido:

—Es una oportunidad maravillosa y no podría sentirme más agradecido a Montagliore por ofrecérmela a mí, pero tengo que rechazarla.

—¿Qué? —contestó la voz perpleja de Fazio, al mismo tiempo que ella se hacía la misma pregunta—. ¿No vas a ir?

—No puedo. Elizabeth y yo debemos viajar cuanto antes a París; ya lo habíamos decidido anoche, y saldremos hacia allá mañana mismo... Tiene que estar con su hijo, y yo tengo que estar junto a ella. Me aseguraré de que salga bien esta vez.

—Oh, Nicholas, tu forma de actuar es muy loable, pero...

—Me da igual lo que sea loable o no. No lo hago por eso. Amo a Elizabeth.

—Lo sé, lo sé. Sin embargo, has dedicado prácticamente toda tu vida a prepararte para una oferta como la que te ha hecho Giorgio.

—Soy consciente de ello.

Aquella frase, que no contenía amargura y ni siquiera resignación, había encogido el corazón de Elizabeth, y una oleada de amor y admiración por Nicholas la había asaltado.

—¿Vas a explicárselo? —escuchó preguntar a Fazio después de un breve silencio.

—¿Para qué? La decisión ya está tomada —contestó Nicholas. Seguía sonando como siempre: seguro de sí mismo, confiado y resuelto—. Contárselo solo serviría para que ella se sintiera culpable o para que insistiera en que me fuera a Londres. Por favor, no le digas nada tú tampoco.

Otro momento de silencio. Luego, el sonido de los pasos de uno de los dos sobre el parqué de la biblioteca. Elizabeth se apartó con rapidez de la puerta, pero los pasos no se dirigieron hacia ella. Volvió a acercarse de puntillas para no perderse lo siguiente que dijeran.

Fazio fue el primero que habló otra vez:

—¿Estás seguro de que vas a rechazar una oportunidad tan buena?

—Sí. Ya llegarán otras ofertas. Y si no llegan, pues... Bueno, me importa más Elizabeth.

No había querido escuchar nada más. Se alejó de la biblioteca con cuidado de no hacer ningún ruido que revelara su presencia, subió al dormitorio y cerró la puerta con pestillo tras ella. Sacó su maleta del fondo del armario y la abrió sobre la cama. No podría llevarse todo su equipaje si iba a tener que cargar sola con él hasta la estación, pero le dio igual abandonar allí la mayor parte de su ropa. Tenía que salir de casa de Fazio ese mismo día, antes de que Nicholas adivinara que estaba enterada de la oportunidad a la que renunciaba por ella.

No podía permitir que él hiciese algo así. Se iría sola a París.

Un empleado de la estación, al que había preguntado por su itinerario al llegar, se acercó a ella y le indicó educadamente que ya podía acceder al tren. Elizabeth le dio las gracias, se puso en pie y reunió todo su valor para subir al vagón y dejar atrás Venecia y a Nicholas.

—¿De verdad no sabías nada de esto, Gina? —preguntó Nicholas, dirigiéndose por primera vez al ama de llaves con cierta brusquedad y zarandeando el papel ante su cara.

—¡Claro que no! —La mujer le devolvió una mirada ofendida y se fue con paso rápido por el largo pasillo en dirección a la cocina.

—¿No se despidió de ti? —insistió él a sus espaldas mientras ella se alejaba—. ¿No viste cómo se marchaba?

—Nicholas —le llamó Fazio con tono tranquilo—, ya te ha asegurado diez veces que no sabía nada. Yo te lo he jurado también al menos otras veinte. ¿Para qué iba Elizabeth a escribirte esa nota si ya nos hubiera dicho a nosotros que se marchaba a París ella sola?

Nicholas admitió que Fazio tenía razón en lo que decía, pero eso no lo arreglaba. Había acabado por subir al dormitorio de ella después de dos largas horas de charla con Fazio en la biblioteca, extrañado de que Elizabeth no hubiera acudido aún a su encuentro. Gina la había visto pasadas las once, levantada y desayunando, pero después de eso el ama de llaves había salido para comprar en el mercado, como todos los días, y ya no sabía nada más.

En el armario de su habitación seguían colgados muchos de sus vestidos, pero habían desaparecido los objetos personales que ocupaban la superficie del tocador: su juego de cepillo y peine de plata, la polvera, la fotografía enmarcada de Bobby y la elegante carpeta de piel con sus iniciales grabadas, donde guardaba los documentos de viaje y el dinero. Nicholas había girado lentamente sobre sí mismo, tratando de desentrañar el significado de aquello, y entonces había visto en la cama el papel doblado sobre la almohada de seda:

«Nicholas, me voy a París. No puedo esperar más. Por favor, no me sigas».

Tres únicas frases; cortas, claras y punzantes como alfileres.

Había bajado las escaleras tan rápido como había podido en busca de Fazio y de Gina, y ahora allí estaban: él, recorriendo el pasillo de un extremo a otro como un león enjaulado, estrujando el papel en la mano, y Fazio, siguiéndolo con la mirada, apoyado en la pared, con los brazos cruzados y expresión de desconcierto.

—¿Qué demonios significa: «No puedo esperar más»? —gruñó al tiempo que giraba al llegar al final del pasillo, en el extremo opuesto al que estaba Fazio, y regresaba de nuevo hacia él—. ¿No puede esperar a mañana por la mañana, como habíamos previsto?

Fazio suspiró.

—No tengo ni idea.

—¡Se suponía que íbamos a estar juntos en esto!

Pasó por delante de su amigo y atravesó de nuevo el vestíbulo en dirección a la salita púrpura. Fazio lo siguió sin apresurarse.

Una vez dentro de la habitación, Nicholas cogió uno de sus numerosos juegos de naipes y empezó a barajar a una velocidad vertiginosa. Necesitaba entretener las manos en algo, aunque sus pensamientos estaban muy apartados de esa actividad.

—Quizá pensó que era algo que debía hacer ella sola... —sugirió Fazio, que se había situado junto a la ventana y miraba hacia fuera pensativamente mientras hablaba.

—¿Por qué iba a pensar algo así? —Los naipes se deslizaban entre sus dedos como si en vez de cartón estuvieran hechos de un material tan fluido como el agua—. ¡El día que la conocí ni siquiera estaba dispuesta a buscar sola el palacio Montagliore!

—Bueno, supongo que ahora todo es diferente.

—¡Por supuesto que ahora todo es diferente! —repuso Nicholas con tono crispado. Las cartas se le cayeron de entre las manos y formaron sobre la alfombra un desordenado montón que no se molestó en recoger—. De eso precisamente se trata. Estábamos juntos *de verdad*; anoche le di mi palabra de que seguiría a su lado, y ella la aceptó. ¡Nunca me había sentido tan conectado con nadie!

—¿Y crees que ese sentimiento es mutuo? —preguntó Fazio con sumo cuidado, igual que si Nicholas fuera un caballo salvaje al que hubiera que tratar con la máxima cautela.

—Eso pensaba. —En un gesto impaciente, se apartó un mechón de cabello que le caía sobre los ojos —. Es decir, lo pienso... La verdad es que no puedo comprender por qué ha hecho esto.

Los dos se miraron a través de la salita: los ojos castaños de Nicholas parecían rogarle a su amigo una explicación. Fazio desvió la mirada y se dedicó a alisar los visillos violeta de la ventana durante un largo minuto de silencio. Finalmente, dijo:

—Nicholas, ya sabes que aprecio de verdad a Elizabeth... Pero es una refinada dama de la alta sociedad que vive en Londres y que se está divorciando, ¡y con un hijo, además! Cabe la posibilidad de que piense que lo nuestro no ha sido ni puede ser más que un breve idilio en una ciudad muy lejana a la suya.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Pues que, a veces, cuando vivimos una nueva etapa en la que nos vemos en ambientes muy distintos a los que estamos acostumbrados...

—¿Estás insinuando que yo era solo una especie de aventura exótica para ella? —le interrumpió, dando un paso hacia él. Fazio no respondió nada, pero era evidente que eso era justo lo que quería expresar.

Nicholas clavó los ojos en el intrincado dibujo de la alfombra, sin verlo en realidad, mientras reflexionaba. ¿Sería esa la explicación? No creía que Elizabeth fuera la clase de mujer que juega con los sentimientos de un hombre de forma consciente, pero sí veía posible que se hubiera arrepentido de su «idilio», como Fazio lo llamaba... Después de todo, si había en el mundo una dama con un enorme autocontrol y dispuesta por completo a seguir las reglas de la sociedad y las suyas propias, esa era ella, aunque Nicholas había querido creer que, durante las últimas semanas, él la había cambiado bastante... No lo suficiente, por lo que parecía.

Quizá, ahora que ya no necesitaba a Nicholas para entrar en ningún palacio, ella prefería resolver las cosas por su cuenta en París, ahorrándose así la incómoda conversación que tenían pendiente: lo que ocurriría con su relación una vez que recuperara a su hijo.

—¿Vas a seguirla?

La pregunta de Fazio lo devolvió a la salita púrpura. Levantó la cabeza para mirarlo.

—En la nota me dice que no lo haga.

—Entonces, supongo que aceptarás la oferta de Giorgio y te irás a Londres...

Contempló las cajas apoyadas contra la pared y los pañuelos y trozos de cuerda que sobresalían por los bordes; el enorme espejo de marco dorado; el baúl que habían utilizado para el truco de la Metamorfosis... Recordó cómo había enseñado a Elizabeth la manera de intercambiar sus puestos de la forma más rápida posible, y una imagen de su rostro atento y dulce, pendiente de cada una de sus instrucciones, le vino a la memoria para torturarlo como si un grillete de hierro comprimiera su corazón.

Hacía mucho más calor en París del que había imaginado, y Elizabeth no podía dejar de pensar en el abanico que había perdido en algún momento del transbordo en Milán. Mientras, el conserje de Le Meurice desgranaba, de forma interminable y una por una, las maravillas modernas del hotel: salón de lectura privado para las damas, té completo *à l'anglaise* cada tarde, ascensor, luz eléctrica, baño completo y ¡teléfono!

—Tenemos el orgullo de ser el primer hotel de París en contar con uno, *madame*. No podría haber elegido un alojamiento mejor ni en mayor consonancia con las grandes innovaciones que verá en la exposición.

Elizabeth asintió con amabilidad, intentando parecer impresionada, pero deseando que el hombre se limitara a entregarle de una vez la llave de la habitación. No tenía ninguna necesidad de un teléfono. Estaba agotada del largo viaje, le dolía la cabeza y solo pensaba en darse un baño tibio y tumbarse en la cama un rato... Al menos, allí hablaban un idioma que ella dominaba, lo cual le estaba facilitando mucho las cosas, sobre todo cuando había bajado del tren para descubrir que la ciudad estaba colapsada por la Exposición Universal, y casi todos los hoteles, sin vacantes.

Por fin, el conserje hizo un afectado gesto con la mano en dirección al joven botones, y este llevó la maleta y la bolsa de Elizabeth al interior del ascensor. Ella prefirió subir por la escalinata de mármol. Una vez sola en la habitación, apartó las cortinas de seda color crema y contempló el jardín de las Tullerías, que se extendía al otro lado de la calle como un océano verde. Sin duda era una vista maravillosa, pero sus ojos se llenaron de lágrimas al instante. Reparó con nostalgia en que casi había esperado ver un silencioso canal surcado por góndolas y las fachadas envejecidas de los palacetes venecianos... Suspiró, sin apartar los ojos de la ventana. Muy a lo lejos se distinguía la curiosa silueta de esa nueva construcción que llamaban Torre Eiffel, y que se suponía que era la edificación más alta del mundo. Junto a ella, según le había contado una anciana dama francesa que había conocido en el tren, se habían dispuesto los pabellones de la exposición. Esos escasos detalles que había conseguido averiguar no le servirían para encontrar a Robert y a Bobby; debía investigar mucho más, y no tenía ni idea de por dónde empezar.

Ya era demasiado tarde para salir a recorrer las calles de París, así que se desvistió y entró en el cuarto de baño para llenar la bañera. Había sido afortunada al poder contar con un cuarto de baño privado, pues no todas las habitaciones del hotel disfrutaban de ese privilegio. El conserje le había explicado que su habitación había sido reservada por una condesa alemana que finalmente no había podido viajar, y solo ese golpe de suerte le había evitado un pesado peregrinaje de hotel en hotel nada más llegar a la ciudad.

Mientras la bañera se llenaba, sacó de la maleta sus escasas pertenencias y los vestidos que había elegido para llevarse con ella. Cuando estaba colocando el bolsito de seda blanca sobre un estante del armario, recordó que era el que había llevado aquella tarde en la playa del Lido. Volvió a cogerlo, abrió el cierre y lo volcó sobre la palma de la mano. La pequeña concha blanca aún tenía algunos granos de arena adheridos, y el olor a mar, junto con los recuerdos, la llenaron de inmediato.

¿Qué estaría haciendo Nicholas en aquel momento, tan lejos de allí? ¿Cómo habría reaccionado al leer su nota? No había querido dar demasiadas explicaciones en ella. Si le hubiera dicho que lo amaba, quizá decidiría ir a buscarla. Si le hubiera confesado que había oído su conversación con Fazio y que no iba a

permitir que renunciara a esa oportunidad, seguramente la habría seguido. Si hubiese mentido y hubiera escrito que no sentía nada hacia él... Bueno, Elizabeth era incapaz de mentir de una manera tan flagrante. No, lo mejor había sido limitarse a explicar que se marchaba a París porque no podía esperar más. Tal vez se hubiera sentido molesto porque ella no había respetado sus planes, pero Elizabeth prefería mil veces que Nicholas la odiara a que por su culpa no llegase a convertirse en un gran mago, cuando estaba a punto de conseguirlo por fin. Estaba convencida totalmente de haber hecho lo correcto.

Y sin embargo...

Apretó la concha en el interior de su puño y cerró los ojos. Nicholas en la orilla de la playa, con su pelo brillando al sol como seda dorada y sus ojos ambarinos igual de luminosos. Nicholas susurrando en su oído que la amaba. Nicholas envolviéndola en sus brazos. Solo con tener su sonrisa una vez más ante ella, con oír su voz, recuperaría de inmediato las fuerzas, el valor y el optimismo. Pero Nicholas no estaba allí, no acudiría a salvarla porque ella misma le había pedido que no lo hiciera, y lo único que le quedaba ahora era el impulso de reunirse con Bobby.

No tenía otra opción que olvidar al único hombre al que había amado, y seguir sola.

El tranvía se detuvo a los pies del Campo de Marte, justo enfrente de la Galería de las Máquinas, uno de los puntos fuertes de la exposición, y Elizabeth saltó a la acera. Se apartó un poco para poder contemplar el enorme pabellón sin molestar a los otros viajeros que también habían descendido. Estaba construido con acero, hierro y vidrio, y era el edificio abovedado más grande que se había levantado hasta la fecha. La Galería de las Máquinas era, junto a la Torre Eiffel, la gran novedad de París en ese momento, pero la exposición contaba con muchas otras atracciones, que se extendían por un área de 96 hectáreas: el *show* del Salvaje Oeste de Buffalo Bill y Annie Oakley, los numerosos pabellones, repletos de exóticas novedades y la tecnología más avanzada de la época, la exposición del diamante más grande del mundo, e incluso un poblado con cuatrocientos indígenas, a los que los visitantes observaban con una mezcla de temor y asombro, como si fueran animales extraños y peligrosos.

Elizabeth se había despertado por la mañana intentando trazar un plan en su mente, pero muy pronto había llegado a la conclusión de que no tenía ninguno. No conocía a nadie en la ciudad, no sabía dónde estaba alojado su marido, y no se le ocurría ningún motivo por el que tuviera más sentido empezar a buscar en un lugar antes que en otro. Ese día, Robert podría estar tanto paseando entre los pabellones de la exposición, a pocos metros de donde estaba ella, como bebiendo absenta en un café de Montmartre o visitando el Louvre. Solo se había permitido que el desánimo la invadiera durante unos minutos; luego, pensó que de cualquier forma tenía que hacer algo, pues de nada serviría permanecer llorando en la habitación, cogió la sombrilla y un plano de París y salió del hotel decidida a no abandonar la ciudad hasta dar con Bobby.

Sin embargo, ahora que se hallaba en el epicentro de la Exposición Universal y que tenía ante sí el Pabellón de las Máquinas, tan imponente y atestado de curiosos, le pareció que, incluso aunque hubiera sabido con certeza que Robert se encontraba justo allí, resultaría punto menos que imposible encontrarlo. Sin que ese pensamiento la abandonara, Elizabeth cerró de golpe la sombrilla y se adentró en el gigantesco edificio.

Lo que encontró rebasaba cualquier cosa que pudiera haber imaginado. Aquello era como encontrarse en un extravagante mundo del futuro; era evidente que los visitantes provenían, como ella, del presente, pero lo que los rodeaba era tan curioso y singular que la mayoría se quedaban boquiabiertos nada más traspasar el umbral. La galería disponía de una enorme nave central flanqueada por dos naves laterales

sustentadas a base de arcos de hierro forjado, y el techo estaba constituido por una colosal bóveda de vidrio. Pero lo que más impresionó a Elizabeth fue el sistema de plataformas móviles que transportaban a los curiosos a través del pabellón, de manera que podían contemplar, una tras otra y sin necesidad de caminar, la sucesión de máquinas y maravillas tecnológicas que se exponían.

Subió a una de esas plataformas y se agarró a la barandilla. Cuando el invento empezó a desplazarse con una pequeña sacudida, se elevó una exclamación general de sorpresa, seguida por varias risitas nerviosas. Elizabeth se distanció de los comentarios admirativos que la rodeaban y se concentró en escudriñar su alrededor en busca de Robert y de Bobby. Era lo único que le importaba, pero tenía que admitir que aquella idea de las plataformas móviles le facilitaba mucho la tarea...

Cuando la plataforma se detuvo al otro extremo del pabellón, descendió con los demás y salió del edificio repitiéndose a sí misma que hubiera sido demasiada suerte dar con ellos a la primera.

Paseó durante más de tres horas por la exposición; entró y salió de otros pabellones, exploró los «pueblos de indígenas», se asomó a tenderetes, se unió al público de un par de espectáculos y rastreó entre las masas de gente igual que un perro de caza.

Poco a poco se fue alejando del recinto, y cuando encontró un banco junto al Sena que le pareció lo suficientemente alejado del alboroto, se dejó caer en él y fijó la mirada en las aguas verdosas sin molestarse en contener las lágrimas. Estaba agotada, no había comido ni bebido nada desde el desayuno, y volvía a tener dolor de cabeza. Pero lo peor era que la vaga esperanza que la había impulsado desde su llegada a París se estaba diluyendo por minutos. Aquello era absurdo. Podría pasarse meses vagando por la ciudad sin encontrar a su hijo ni una mínima pista que la condujera a él.

El paso del tiempo se detuvo para Elizabeth mientras constataba lo que había sido su vida durante los últimos meses...

Había decepcionado a sus padres, y lo más probable era que a aquellas alturas no quisieran volver a saber nada de ella, nunca más.

Había perdido a su hermana, su mejor amiga, que vivía su propia vida muy lejos de allí, y a la que quizá no volvería a ver.

Había renunciado a su posición social, y al respeto y aceptación de todos los que la conocían en Londres.

Había rechazado el amor y el apoyo incondicional del único hombre al que había amado.

Y recuperar a Bobby le parecía en ese momento más difícil que nunca.

«Lo he perdido todo —se dijo, casi con sorpresa—. Lo he perdido todo, y creo que ya no hay nada que pueda hacer».

Al caer la tarde de su tercer día en París, Elizabeth caminaba por las calles de forma mecánica, casi arrastrándose, ya sin ninguna expectativa. Había pasado una hora en el interior de la catedral de Notre-Dame, al principio porque la consideraba un lugar más donde podría encontrar a Bobby. Pero enseguida se había visto sentada en uno de los bancos más cercanos al altar mayor, y había rezado de rodillas hasta que reparó en que se había quedado totalmente sola, excepto por el anciano sacristán que esperaba resignado a que saliera para poder cerrar al público el antiguo templo.

Antes de regresar a su hotel, decidió entrar en un pequeño *bistrot* para cenar algo. Ni aquel día ni el anterior se había acordado de comer hasta que no daba por terminada la búsqueda, y tampoco habría comido nada en ese instante si no hubiera sido porque era consciente de que necesitaba un mínimo de calorías para continuar. Se sentó a una pequeña mesa redonda y pidió un vaso de vino y un plato de

quesos, que le sirvieron acompañados de un surtido de panecillos.

Mordisqueó sin ningún apetito un pedazo de pan caliente con un trocito de *brie* encima y trató de aclarar sus ideas. ¿Qué iba a hacer? Su idea inicial había sido no irse de París hasta encontrar a su hijo, pero no podía seguir así indefinidamente. Además, en cualquier momento Robert podría decidir marcharse de allí, igual que se había ido de Venecia. Y Elizabeth no tenía por qué enterarse. ¿Y si ya no estaban en la ciudad, mientras que ella continuaba vagando por los bulevares como un alma en pena? Esa posibilidad le heló la sangre, y tuvo que beberse medio vaso de vino para tranquilizarse.

«¿Qué haría Nicholas?», se preguntó. Intentaba con todas sus fuerzas no pensar en él durante el día, pero al caer la noche siempre volvía al mismo punto. ¿Qué haría Nicholas? ¿Cómo enfocaría el problema? ¿Qué consejo le daría? Esas eran las preguntas con las que trataba de centrarse solo en los aspectos prácticos... Sin embargo, luego, sin que pudiera evitarlo, llegaban otros interrogantes mucho más dolorosos: ¿qué estaría haciendo mientras tanto? ¿La odiaría? ¿Cuánto tiempo pasaría hasta que se enamorara de otra? ¿Decidiría ir a buscar a Else, ahora que ella lo había abandonado de forma aún más cruel que su antigua ayudante? Lo echaba tanto de menos que no podía expresarlo con palabras. Sentía su corazón desgarrado, hecho pedazos, por las traiciones de Robert y los largos años de desamor, por la pérdida de su pequeño, por el fin de la corta felicidad que había experimentado junto a Nicholas.

Se percató de que estaba a punto de quebrantar una de las normas más elementales que toda dama debía seguir en sociedad: jamás echarse a llorar en un lugar público, sin importar lo dramáticas que fueran sus circunstancias. Buscó con la mirada al camarero para pedir la cuenta, pero este estaba concentrado en limpiar la mesa vecina, recién desocupada. El hombre parecía agobiado y exhausto mientras trasladaba los vasos de vino vacíos, los restos de pan y los ceniceros llenos de colillas a su bandeja. Elizabeth aguardó pacientemente mientras el camarero terminaba de recoger folletos de la exposición olvidados, que en aquellos días proliferaban por todas partes: en los asientos de los tranvías, en los bancos de las plazas, en los mostradores de recepción de los hoteles y en todos los bares, restaurantes y cafés. Con un suspiro de agotamiento, el camarero levantó la pesada bandeja y se alejó sin mirar a su alrededor. Uno de los folletos revoloteó desde la bandeja hasta los pies de Elizabeth, rozándole la falda en su descenso, y se inclinó para recogerlo. Lo ojeó en espera de que volviera el camarero, aunque no tenía especial interés: era otro exaltado llamamiento para visitar «la increíble, irrepetible y asombrosa Exposición Universal». Le recordó los términos en que anunciaban los espectáculos de Adamantium y sonrió con nostalgia. En la otra cara del papel había un breve resumen sobre los aspectos técnicos del Pabellón de las Máquinas, junto con una reseña del arquitecto que lo había diseñado, el señor Ferdinand Dutert.

Elizabeth frunció el ceño. Ese nombre le resultaba extrañamente familiar, y no a causa de llevar tres días atravesando los terrenos de la exposición una y otra vez. Era por otra cosa, algo anterior a aquello, algo que la arrastraba de nuevo a Londres, a la vida que había abandonado. ¿Qué era? Cerró los ojos tratando de pensar, de imaginarse a sí misma en diferentes situaciones en un intento de que en alguna de ellas saliera a relucir aquel nombre. ¿Tenía alguna relación con Robert? Abrió los ojos. ¡Eso era! De pronto lo recordaba con claridad: en algún momento del frío invierno en que su hermana Lillian se había fugado y ella estaba tan triste, sin saber qué hacer con su matrimonio, Robert le había presentado a un arquitecto francés que estaba de visita en Londres. Se habían conocido en su club, y al parecer se habían hecho muy amigos. El señor Dutert había cenado en su casa varias noches, aunque Elizabeth, absorta en sus pesares, apenas le había prestado atención. Pero sí recordaba que, el día que acudió para despedirse de Robert, pues regresaba a París esa misma tarde, los invitó a visitar su ciudad cuando se

inaugurara la Exposición Universal.

El corazón de Elizabeth martilleaba en su pecho con tanta fuerza que dejó de oír los sonidos y conversaciones del local. Se levantó bruscamente, arrojó unos cuantos billetes sobre la barra y salió a toda prisa. Corrió hacia la esquina de la calle, donde había visto una oficina de Telégrafos, rezando para que aún estuviera abierta.

Entró sin aliento, con el sombrero a punto de caerse y la cara roja por el esfuerzo, y los dos empleados levantaron la vista hacia ella, sorprendidos. Estaban terminando de atender a una señora mayor, y cuando Elizabeth se acercó al mostrador, uno de los empleados murmuró:

—Lo siento, *madame*, vamos a cerrar ya.

—¡No, por favor! Será solo un minuto —suplicó ella, apoyando las manos sobre el mármol del mostrador e ignorando a la señora, que la observaba de arriba abajo con desaprobación—. ¡Necesito enviar un telegrama!

—Vuelva mañana por la mañana, *madame*.

Elizabeth trató de calmar su agitada respiración. En momentos como aquel le costaba comportarse como una dama educada y digna.

—No lo entiende. Es de máxima urgencia. Tengo que enviar un telegrama a Londres ahora mismo, no puedo perder un día más.

El otro empleado, que estaba dándole el cambio a la señora y aún no había hablado, la miró de soslayo y dijo:

—De acuerdo, *madame*, pero confío en que tenga ya pensado el texto.

Elizabeth no necesitaba pensar nada. La neblina de confusión y congoja que había invadido su mente desde hacía dos días se había disipado por completo, y se sentía más fuerte y resuelta que nunca. Aceptó el lápiz y el formulario que le tendía el empleado y escribió con rapidez:

«Necesito dirección señor Dutert en París. Libro rojo invitados».

Dirigió el telegrama a su casa de Londres, a nombre del mayordomo, y añadió las señas del hotel como dirección para la respuesta. Y cuando salió de la oficina, sintió que por fin tenía algo a lo que agarrarse de nuevo.

A la mañana siguiente, Elizabeth desayunaba en su habitación aún más pronto que de costumbre. Apenas había podido dormir en toda la noche; odiaba esa sensación de incertidumbre y ansiedad que la invadía cuando esperaba la respuesta a un telegrama importante. Intentó calcular los tiempos y horarios: Townsend recibiría el correo hacia las diez, y rezaba para que tuviera la suficiente sensatez (y le quedara el suficiente respeto por ella) como para cumplir su orden de inmediato. Incluso así, dudaba que enviara la respuesta antes de la tarde, y para entonces ya no sería posible una entrega del telegrama en el mismo día. Tendría que esperar hasta la mañana siguiente, al menos.

Llovía en París, y las aguas del Sena parecían aún más oscuras. Recorrió de nuevo las principales calles bajo el paraguas que había adquirido en un pequeño comercio; se manchó los botines blancos de barro, contempló a unos niños que hacían navegar un barquito de papel en las corrientes que se deslizaban hacia las alcantarillas y regresó al hotel hacia las cinco, cansada y molesta por la incesante lluvia. Subió a cambiarse de vestido y bajó de nuevo para tomar el té en el acogedor saloncito blanco y azul.

El camarero se acercó a la mesa que había ocupado Elizabeth casi enseguida y ella apartó el bolso y los

guantes para que pudiera depositar la bandeja del té. Pero lo que le tendió fue el inconfundible sobre azul grisáceo de los telegramas franceses.

—Telegrama para *madame*.

—*Merci* —respondió con voz casi inaudible.

Se levantó con el telegrama en la mano, olvidando el té que había pedido y bendiciendo la eficiencia de Townsend, y volvió a toda prisa a su habitación, desplegando el papel mientras lo hacía.

«*Ferdinand Dutert. 41 Avenue Kléber*».

Se podía ver el Arco de Triunfo desde allí, pero Elizabeth no apartaba la mirada de la puerta azul. El 41 de la avenida Kléber correspondía a un edificio de estilo clásico, blanco, de cinco pisos de altura y ventanas con bellos balcones de hierro forjado. Las cortinas de encaje blanco ocultaban la vista desde la calle, pero ahora que Elizabeth sabía dónde vivía Dutert, nada ni nadie impediría que se moviera de allí hasta ver a Robert. Tenía una corazonada; algo dentro de ella le aseguraba que era en aquella casa donde se alojaban él y Bobby. Solo necesitaba esperar a que salieran.

Apoyada en el tronco de un árbol junto al portal, se ocultó aún más con el paraguas, temerosa de que Robert pudiera verla desde dentro. ¿Qué haría cuando saliera? ¿Cómo lo abordaría? Si veía a su hijo ante ella, sabía que esta vez sería incapaz de reprimirse. No le importaba lo que ocurriera después.

Al cabo de unos minutos, la puerta se abrió. Apartó un poco el paraguas para atisbar el portal mejor, y se sintió desilusionada cuando solo vio a un anciano mayordomo vestido con librea y sujetando un enorme paraguas negro. Pero, entonces, otros dos hombres salieron, e inmediatamente los reconoció: Robert y el arquitecto francés. Elizabeth dio un paso atrás, impactada, y su espalda chocó contra el tronco mojado del árbol. Lo rodeó para quedar detrás del árbol e impedir así que la vieran, aunque los dos hombres ni siquiera miraron en su dirección. El mayordomo los cubrió con el paraguas mientras subían a un coche que aguardaba junto a la entrada y que emprendió la marcha con prontitud en dirección a la plaza de la Estrella.

Sonrió por primera vez en días. No había visto a Bobby, pero al menos ahora tenía la confirmación de dónde se encontraba. Ya solo tendría que...

—Supongo que has dejado de necesitarme, Elizabeth —dijo una voz masculina a su espalda—. Es evidente que te las arreglas muy bien sin mí.

Contempló con incredulidad los ojos ambarinos, que la miraban con suave reproche, el cabello rubio humedecido por la lluvia, la fina nariz aguileña y los perfectos planos de su rostro. Nicholas estaba ante ella, era una aparición mágica, debía de ser algún tipo de truco, una mala jugada de su imaginación...

Como si le estuviera leyendo el pensamiento, Nicholas dijo:

—Sí, estoy aquí de verdad..., por mucho que te hayas esforzado en dejarme atrás. —Inclinó un poco la cabeza para mirarla desde otro ángulo, y unas gotas de lluvia resbalaron desde su frente hasta su mandíbula. No llevaba paraguas, pero no parecía importarle lo más mínimo—. Llévame a tu hotel; estoy seguro de que será más elegante que el mío. Creo que no quedaba una sola habitación libre más en esta maldita ciudad.

Elizabeth contuvo el deseo de abrazarlo; la expresión de él era demasiado ambigua. No daba la impresión de estar enfadado, pero tampoco había hecho ningún gesto de acercarse mucho a ella, tocarla o besarla. Y lo comprendía. Había huido de Venecia y de él sin ninguna explicación, cuando habían decidido que continuarían juntos en aquello, y nada menos que después de declararse su amor mutuo. Nicholas la había apoyado todas esas semanas; la había consolado, animado y prestado su fuerza y su energía, y ella se lo había pagado marchándose..., por mucho que fuera por su propio bien. Pero esa parte él no la sabía, y tenía todo el derecho a sentirse decepcionado y herido, a no querer volver a verla jamás.

Y, sin embargo, allí estaba.

—Nicholas, yo... —empezó titubeante, sin saber muy bien qué le iba a decir.

—En tu hotel —le cortó, con un tono que no daba lugar a discusiones.

Elizabeth asintió y le ofreció el paraguas para que lo llevara por los dos y pudiera cubrirse también, pero él lo rechazó con un gesto.

—Por allí —murmuró ella sin insistir.

El camino hasta el hotel Le Meurice se le hizo eterno. Nicholas apenas hablaba si no era para advertir de un carruaje que se aproximara o de un charco que estuviera a punto de pisar, pero la tomaba cortésmente del codo cuando debían cruzar una calle y le devolvía la mirada con apagada benevolencia las veces que ella se atrevía a mirarlo.

No le importó quién pudiera fijarse en que subía a su habitación acompañada de un hombre, y, una vez en la suntuosa estancia, le tendió en silencio una toalla para que pudiera secarse un poco. Él la aceptó, se frotó el cabello y la cara con ella y se quitó la chaqueta empapada. La piel le brillaba en el rostro y en el cuello a causa de las gotas de agua que no se habían secado; estaba aún más atractivo de lo que recordaba. Elizabeth lo contempló con el corazón en un puño, como si se tratara de una obra de arte demasiado bella para ser expuesta ante ojos humanos.

—¿Podrías pedir un poco de té, por favor? —le pidió Nicholas entonces, sacándola de su estupefacción, al tiempo que dejaba la toalla sobre el tocador. Se apartó el pelo todavía húmedo de la cara—. O mejor aún, una botella de brandy.

Elizabeth llamó a la camarera y se acomodaron en las pequeñas butacas de terciopelo con los vasos y la botella en una mesita ante ellos.

—Nicholas... —comenzó de nuevo. Él la miró con expresión tranquila e interesada, lo cual no hizo sino ponerla más nerviosa. Carraspeó—. Escuché tu conversación con Fazio acerca de la actuación que

te había conseguido Montagliore en Londres. No podía permitir que renunciaras a ella solo por mí.

La expresión de Nicholas no cambió, aunque algo se movió en lo más profundo de sus ojos. Tardó un poco en contestar, pero cuando lo hizo su voz perdió el tono amable para teñirse con una ligera, y sin embargo inconfundible, pátina de amargura:

—¿No crees que debería ser yo mismo quien tomara ese tipo de decisiones?

Ella empezó a asentir con mansedumbre, pero luego se arrepintió. Ya no se sentía tan culpable. Estaba cansada de que los hombres de su vida le hicieran sentirse culpable por sus actos.

—Esa decisión también me concernía a mí. Lo que me ocurra en relación con mi hijo y con mi futuro es solo problema mío. Tú no tienes por qué implicarte.

Nicholas dejó el vaso del que había bebido y enarcó una ceja.

—No opinabas igual cuando me suplicaste que te ayudara a entrar en el palacio.

—Supongo que ahora lo veo de forma distinta. Te agradezco todo lo que has hecho por mí, pero recuerda que yo también te he ayudado. Y una vez que hemos quedado en paz...

—¿En paz? —repitió él. Sus ojos despedían chispas—. ¿En paz, Elizabeth?

Ella tragó saliva con dificultad. Se puso en pie, demasiado inquieta para permanecer sentada más tiempo, y se obligó a continuar hablando, con la vista fija en una figurilla de porcelana que adornaba la mesa.

—Debo resolver mis propios problemas. Y tú debes resolver los tuyos. Cada uno tenemos una vida de la que ocuparnos... Una vida muy diferente de la del otro.

Él también se levantó, y recogió la chaqueta de la silla donde la había dejado.

—¿Quieres que me vaya, entonces?

Alzó los ojos para mirarlo. El pelo se le estaba secando en forma de desordenadas guedejas, y su altura y su cuerpo firme y musculoso nunca le habían parecido tan imponentes como en aquel momento. Se imaginó refugiada entre sus brazos, recibiendo de nuevo su calor y la energía tan intensa que emanaba. No, claro que no quería que se fuera. Pero tampoco quería que renunciara a sus sueños, igual que había hecho ella al casarse años atrás.

—Justo antes de que aparecieras acababa de averiguar dónde se alojan Robert y Bobby. Están en la casa junto a la que nos hemos encontrado —le explicó en lugar de suplicarle que se quedara con ella.

—Lo sé. ¿Por qué crees que estaba yo allí? —repuso él. Empezó a ponerse la chaqueta—. Yo también he hecho mis pesquisas.

—¿Cómo...?

—Fazio se lo sonsacó a Montagliore. Tu marido se lo había contado a él antes de marcharse. —Había pronunciado «marido» con aspereza, casi escupiendo la palabra, y Elizabeth lo miró apenada. Nicholas se ajustó la chaqueta y se dirigió a la puerta mientras seguía hablando—. Si hubieras esperado un poco, también lo habrías sabido, pero al parecer no podías... Fui a la dirección que me dio para comprobarlo y poder decírtelo a ti después, aunque veo que no era necesario. Has cambiado, Elizabeth. Has cambiado mucho, y supongo que me alegro de ello. —Abrió la puerta de la habitación y giró la cabeza para mirarla por encima del hombro—. Gracias por el brandy.

Ella alcanzó la puerta en dos zancadas y la volvió a cerrar. No podía permitir que se marchara así.

—Un momento —le pidió. Nicholas apoyó la espalda contra la puerta cerrada y aguardó con la misma expresión inescrutable que había mostrado al principio de la conversación—. Sabías dónde se hospedaba Robert, pero no dónde estaba yo. ¿Cómo pensabas encontrarme?

—¿No has removido cielo y tierra para dar con tu hijo? —preguntó él a su vez. Clavó sus ojos en los

de Elizabeth, y su gesto neutro se transformó de nuevo en algo ardiente, apasionado, cercano a la rabia —. Pues lo mismo estaba dispuesto a hacer yo para encontrarte a ti.

El aire salió de los pulmones de Elizabeth como si acabara de recibir un puñetazo en la boca del estómago. Su puño se aferró a la solapa de la chaqueta de Nicholas en el mismo instante en que él ponía una mano tras su espalda y la atraía con firmeza contra su cuerpo. Lo besó febrilmente, igual que él la besaba a ella; mordió su labio inferior, cerró los ojos y gimió contra su boca cuando sintió que una de sus manos se cerraba sobre uno de sus pechos. Escuchó el leve gruñido que se escapó de la garganta de Nicholas y lo saboreó como si se tratará de una canción.

—Pensaba que me querías —le oyó murmurar contra su cuello. Su voz le producía un efecto afrodisíaco, y se estremeció de los pies a la cabeza.

—Y te quiero —consiguió responder—. Por eso me marché...

Él tomó su rostro entre las manos y detuvo sus besos para mirarla durante un segundo a los ojos.

—Yo también te quiero. Y por eso he venido.

Volvió a besarla largamente, sin moverse de su posición contra la puerta, hasta que fue la propia Elizabeth la que se encontró dando un par de pasos hacia atrás, en dirección al interior de la habitación, y tirando de él para que se moviera en el mismo sentido. Nicholas se quitó la chaqueta con rapidez y la dejó caer al suelo, y ella trató de despojarse también de su vestido, aunque resultaba imposible dar con los diminutos botones de la parte trasera y, a la vez, corresponder a la pasión de él. Nicholas pareció percatarse de sus problemas, porque le apartó los brazos de la espalda y empezó a desabrocharlos él mismo, uno por uno, sin detenerse demasiado pero aun así con desquiciante lentitud. Elizabeth hubiera preferido que los arrancara. Cuando al fin el vestido cayó en forma de pequeña montaña de seda alrededor de sus pies, levantó las piernas para salir de ella, pero se le enganchó el tacón de uno de los botines. Desesperada, con la mente invadida por la niebla roja del deseo, levantó el rostro para mirar a Nicholas. Sus ojos brillaban un poco más oscuros ahora, y su respiración se había acompasado con la suya al mismo ritmo rápido y superficial. Él bajó la mano hasta su pie y liberó la tela, con tanta eficiencia como había demostrado cuando se le enganchó el vestido rojo en el corsé, y luego, como si se hubiera cansado ya de tantos obstáculos, la cogió en brazos con un solo movimiento y la llevó hasta la cama.

—Discutí durante horas enteras con Fazio sobre si debía ir o no a buscarte. Fue agotador. —Nicholas rio entre dientes. Ahora, mientras la abrazaba entre las sábanas en la semioscuridad, estaba relajado y podía reírse de esos momentos de tensión, aunque Elizabeth intuía lo difícil que debía de haber sido para él entonces.

—¿Y él qué opinaba?

—Que debía ir. Y al final, pude admitir ante mí mismo que eso era también lo que yo quería, incluso a pesar del golpe a mi orgullo que había supuesto tu abandono... Pero, ya antes de que te fueras, quise estar seguro de que tendríamos algo con lo que negociar cuando encontráramos a tu marido.

—¿Qué quieres decir? ¿Algo con lo que negociar?

—Sí. Puede que lord Ashton sea un canalla, pero no es tonto. Y tú tienes las de perder en términos legales, como ya sabes. De modo que pensé que necesitábamos ir un poco más allá. Recurrí a uno de mis contactos: un médico inglés al que conocí durante el invierno que pasé en Londres. Durante esa época, apenas podía dormir por las noches. No dejaba de tener pesadillas sobre los días que pasé en prisión y sobre..., bueno, sobre lo que me ocurrió allí. Sufría constantes dolores de cabeza, escalofríos y una opresión en el pecho que nunca se desvanecía. El doctor Bleaker me examinó y me recetó unos calmantes, y cuando me encontré mejor, me invitó dos o tres veces a cenar en su casa, con su familia. ¡Fueron tan amables...! Yo les correspondí actuando para sus hijos y sus invitados después de cada cena... En fin, lo importante es que escribí a Bleaker y a dos o tres personas más, con las que había entablado una relación de amistad en Londres, o que me debían algún favor, preguntando por lord Ashton. Les pedí que me contaran cualquier cosa que pudiera interpretarse como turbia o socialmente comprometida para un caballero como él, tan conocido en la ciudad. Cada respuesta que obtuve incluyó la mención a sus amantes, por supuesto. Al parecer, era de dominio público.

—Eso se considera normal para los caballeros ingleses.

—También para los italianos, los franceses y los alemanes. ¡Por eso me congratulo de no ser considerado un caballero! —bromeó. La besó en la frente y continuó hablando con tono más serio—. La única respuesta que mencionaba algo más fue la del doctor.

Hubo un pequeño silencio. Nicholas parecía dudar cómo abordar el tema, y Elizabeth no se atrevía a preguntar de qué se trataba. Finalmente, bajó la mirada, se acurrucó contra su hombro y suspiró:

—¿Y de qué se trataba?

—Dijo que solo me lo contaba debido a lo injusto de tu situación, ya que el secreto profesional se lo habría impedido de otro modo...

—Nicholas, cuéntamelo de una vez.

Él también había dejado de mirarla para entonces. Escuchó cómo tomaba aire y, luego, una única palabra:

—Sífilis.

No se sintió tan sorprendida como había imaginado; recordaba bien su conversación con Madeline Miles, la última amante de su marido. Ella le había confesado que, por su culpa, sufría «cierta enfermedad aborrecible». No había llegado a nombrarla, pero ahora sabía de qué se trataba.

—Descubrí que Robert y Bobby estaban en Venecia gracias a su amante. Ella me dijo que Robert le había contagiado una enfermedad...

—Según el doctor Bleaker, lord Ashton la sufre en su estado inicial, y le está aplicando un tratamiento a base de arsénico y bismuto que quizá pueda salvarle la vida. Sin embargo, por lo visto ha contagiado a tres damas de Londres, entre las que está la mujer que mencionas.

Un nuevo silencio, más tenso que el anterior, los envolvió. Elizabeth adivinó que algo embarazoso y desagradable rondaba en la cabeza de él, y se preguntó qué podía ser. Entonces se vio a sí misma tal y como estaba en ese momento, desnuda entre sus brazos después de haber hecho el amor, y de pronto lo adivinó. Se incorporó de golpe, sin preocuparse de que la sábana continuara cubriéndola.

—No tenía relaciones con él desde hace casi dos años, Nicholas, lo juro. Si su enfermedad está en la fase inicial, es imposible que yo la tenga. No debes preocuparte de si yo te he...

Él la obligó a tumbarse de nuevo junto a él y le acarició el pelo.

—¡Elizabeth, tranquila! Estaba seguro de que llevabas mucho tiempo sin estar de esa forma con Robert. Es cierto que en un principio lo pensé, pero enseguida deseché esa posibilidad. —Volvió a taparla con la sábana—. Aún no te he contado lo más grave.

—¿Qué es?

—Esa mujer que has mencionado, Madeline Miles... El doctor también la está tratando, pero ella tiene un problema añadido. Está embarazada.

—¿De Robert? —quiso saber. La posibilidad de que su marido fuera a tener un hijo con otra le resultaba curiosamente indiferente; solo lo lamentaba por la señorita Miles.

—Eso dice ella. Y al parecer, tu marido se ha desentendido del asunto. La cuestión es que la sífilis también se transmite de la madre al bebé, por lo que posiblemente nazca muerto o con graves malformaciones. Robert debería al menos pagar los gastos médicos y pasarle una pensión, pero se ha negado.

—La señorita Miles no me contó que estuviera embarazada cuando fui a verla...

—Quizá aún no lo supiera.

Nicholas salió de la cama y comenzó a vestirse. Unos tenues rayos de sol atravesaban los huecos de las cortinas. ¿Cómo había pasado la noche tan rápido? Ella se volvió a incorporar un poco y trató de desenredarse el pelo con los dedos. Estaba empezando a entender la línea de pensamiento de Nicholas, pero, para asegurarse, preguntó:

—Entonces, ¿qué vamos a hacer?

—Tienes razón en que el hecho de que un caballero de la alta sociedad tenga una o varias amantes no escandaliza a nadie. Pero ¿imaginas lo que le pasaría a tu marido si se supiera que sufre una de las peores enfermedades que puede contraer un hombre, y que la ha ido contagiando a damas que se mueven en los mismos salones que él? ¿Qué crees que ocurriría si todo Londres estuviera al corriente de que el honorable lord Ashton ha dejado embarazada a una de ellas y que se ha negado a ayudarla? Ya no se trata solo de la vergüenza de un caballero. Se trata de mujeres desamparadas y de bebés inocentes.

—Sería excluido de la buena sociedad —confirmó Elizabeth—. Probablemente le retirarían incluso el saludo.

Nicholas asintió.

—Robert se ha retratado a sí mismo con sus malas decisiones, y ahora tendrá que asumir las consecuencias... A no ser que acepte que Bobby debe vivir con su madre, o, al menos, que es una decisión que solo debe decidir un juez.

—¿Quieres decir que vamos a chantajearle? ¿Bobby a cambio de nuestro silencio?

La miró desde el otro extremo de la habitación, donde estaba terminando de abrocharse la camisa, y

sonrió con calma.

—Tu hijo a cambio de salvarse del oprobio social. Supongo que está claro lo que elegirá.

Una doncella de no más de dieciséis años, con cofia de encaje y ojos de cierva, les explicó ante la puerta abierta del domicilio de Dutert que *monsieur* pasaría toda la mañana en la Exposición, junto a la Galería de las Máquinas, porque iban a entregarle una medalla a mediodía, en reconocimiento a su obra arquitectónica.

—¿Y su invitado, *monsieur* Ashton? —preguntó Elizabeth antes de que la doncella cerrara de nuevo.

—Ha ido a acompañarlo, *madame*.

Intentó atisbar el interior de la casa aprovechando un hueco entre el brazo de la joven y la puerta. ¿Estaría Bobby dentro, en alguna de aquellas habitaciones, tan cerca de ella?

—¿Los acompañaba también el...?

—Gracias —intervino con brusquedad Nicholas, y cogiéndola del codo la obligó a apartarse de la casa. Cuando la doncella desapareció tras la puerta, dijo con voz queda—: Esa chica nos ha dado más información de la que esperábamos, Elizabeth, y ni siquiera le ha interesado conocer nuestros nombres. No hagas preguntas que puedan estropearlo.

Quedaba más de una hora para la ceremonia en honor de Ferdinand Dutert, y se dirigieron lentamente hacia el Campo de Marte. Nicholas tomó su mano mientras cruzaban una calle invadida de carruajes, como solía hacer ella en Londres con Bobby, y ya no la soltó. Elizabeth dio las gracias desde el fondo de su corazón por tenerlo de nuevo junto a ella, aunque seguía molestándole su sacrificio.

—No deberías haber renunciado a esa actuación en el Egyptian Hall —murmuró con dulzura, y apretó su mano en gesto de agradecimiento.

Nicholas la miró un instante con una leve sonrisa bailando en sus labios.

—¿Quién te ha dicho que he renunciado?

Ella se detuvo en seco, provocando que otra pareja que los seguía tropezara y se viera obligada a rodearlos para poder continuar su camino.

—¿No lo has hecho? Pero estás aquí, y las fechas eran...

—Ah, sí, el problema con las fechas... —Echó la cabeza hacia atrás y rio, y su risa nunca le había parecido a Elizabeth más encantadora y musical—. Hubo que negociar un poco con Montagliore, pero al final entró en razón y contactó con el teatro para conseguir que retrasaran mi espectáculo.

Volvió a cogerle la mano para que caminara de nuevo, pero a ella no le valía con esa somera explicación y no se movió.

—¿Negociar? ¿De qué manera?

—¿Qué más da eso ahora? —replicó él.

—No me moveré hasta que me cuentes cómo lo conseguiste.

Nicholas puso los ojos en blanco, pero no dejó de sonreír.

—¿Cuándo te has vuelto tan testaruda? —La besó ligeramente en los labios. Solo con ese leve contacto Elizabeth se estremeció, pero continuó mirándolo expectante. Él suspiró derrotado—. De acuerdo, te lo contaré, pero sigamos caminando... En realidad, fue cosa de Fazio. Ese hombre no puede soportar que las vidas de las personas que quiere se tambaleen un solo instante, y tengo la suerte y el honor de que a mí me quiera.

—¿Qué hizo?

—Fue al palacio Montagliore al día siguiente de tu partida y le presentó al conde uno de sus libros más

valiosos: una primera edición de un tratado de botánica del siglo xvii, firmado por el propio John Ray. No sé si sabes que, entre otras aficiones, el conde colecciona libros, y cuando tuvo este en sus manos le faltó tiempo para ofrecerle a Fazio una suma de dinero verdaderamente increíble. Pero Fazio le dijo que no quería dinero a cambio del libro.

Los ojos de Nicholas se habían tornado un poco vidriosos al llegar a ese punto, y Elizabeth supo que estaba emocionado. Enseguida adivinó la razón.

—¿Le entregó el libro a cambio de que consiguiera retrasar la fecha de tu espectáculo!

—Sí. Renunció a uno de sus libros más apreciados para que yo no tuviera que renunciar ni al contrato ni a ti.

—Oh, Dios mío... —No sabía qué más decir. La bondad de hombres como Fazio y el propio Nicholas borraba la crueldad de otros como Robert, igual que los primeros rayos de sol mataban la oscuridad al amanecer.

Nicholas movió la cabeza y desvió la mirada un momento.

—Primero me sacó de prisión, cuidó de mí y me dio su amistad. Me ha acogido durante meses en su casa, me cedió la salita púrpura para que ensayara, y ahora... No podré saldar mi deuda con él ni aunque viva cien años.

Recorrieron el resto del camino en silencio, y solo cuando el monumental Pabellón de las Máquinas se vislumbró, Nicholas soltó su mano y se detuvo a mirarla fijamente.

—Bien, hemos llegado. ¿Estás preparada?

Durante unos minutos, mientras contemplaba los animados grupos de visitantes que se paseaban por las inmediaciones del pabellón, Nicholas deseó haber ido a París bajo otras circunstancias. Podría deambular por callejones poco iluminados junto a Elizabeth, pagar a algún pintor de Montmartre para que la retratara, cenar juntos en románticos y pequeños restaurantes... Y esa misma tarde, en vez de enfrentarse a lord Ashton, explorarían a fondo la Exposición Universal y todas sus maravillas. Estaba seguro de que las novedades tecnológicas que habría expuestas le darían grandes ideas para sus futuros trucos, y hubiera deseado tener la oportunidad de examinarlas con calma.

Rodearon el edificio y se detuvieron al ver la multitud que se agolpaba a las puertas. La entrega de la medalla al señor Dutert se había organizado en el exterior del pabellón, sobre una pequeña plataforma de madera cubierta de fieltro rojo. Un joven empleado estaba terminando de colocar un atril mientras cuatro o cinco hombres vestidos con trajes formales esperaban a un lado, charlando entre ellos y agitando sus cigarrros puros. Cuando notó los dedos de Elizabeth hundiéndose en su brazo, supo que uno de esos hombres era su marido.

—¿Cuál es? —le preguntó. Ella tenía los ojos clavados en la tarima, y había empezado a temblar perceptiblemente. Incluso sin saber aún quién era lord Ashton, Nicholas lo odió con todo su corazón aún más de lo que ya lo odiaba.

—El del extremo. Lleva una flor blanca en la solapa de la chaqueta. —Elizabeth giró la cara hacia su brazo, como si quisiera esconderse—. ¿Qué hacemos?

Nicholas calibró sus opciones. Podían abordarlo ya, sin perder más tiempo, y confiar en tener el asunto resuelto en diez minutos. O podían esperar un poco, y así él tendría algo de tiempo para examinar a lord Ashton y asegurarse de cuáles eran sus debilidades. Optó por lo segundo.

—Dejemos que entreguen la medalla a Dutert.

No tenían necesidad de ocultarse, pues se hallaban detrás de la masa de gente que había acudido a presenciar el evento. Enseguida, uno de los caballeros que aguardaban junto a la plataforma subió a ella y se colocó tras el atril. La multitud aplaudió y después guardó un respetuoso silencio. Nicholas dedujo que se trataba del alcalde de la ciudad o de algún otro cargo importante, y dejó de prestar atención a su discurso para fijar su mirada en lord Ashton. Alto, apuesto, con ojos azules de expresión fría y pelo castaño peinado hacia atrás, el aún marido de Elizabeth era el prototipo de caballero inglés, y aunque un rictus de tensión en el rostro y una ligera palidez confirmaban lo que había averiguado sobre su enfermedad, nadie que no lo supiera podría adivinarlo. Parecía calmado, orgulloso y seguro de sí mismo, y Nicholas lo imaginó tocando a Elizabeth, abusando de su belleza y de su bondad, haciéndola infeliz durante tantos años... Tuvo que controlarse para no atravesar la muchedumbre hasta llegar a él y demostrarle en ese mismo momento lo caro que iba a pagar todo lo que le había hecho.

La gente aplaudió de nuevo y Nicholas se dio cuenta de que Ferdinand Dutert ya estaba junto al atril recibiendo su homenaje. El arquitecto se embarcó en una larga perorata de agradecimiento salpicada por un claro enaltecimiento de su propia obra.

—Vamos —murmuró Nicholas.

La tomó otra vez de la mano y la guio por el lateral, dando un pequeño rodeo, hasta situarse detrás de la plataforma, a unos tres metros de donde esperaban lord Ashton y los otros dos hombres. En ese instante, Dutert terminó de hablar, se inclinó ante los presentes entre aplausos y el público empezó a

dispersarse en busca de un nuevo entretenimiento. Nicholas avanzó hacia lord Ashton, pero Elizabeth lo detuvo sujetándolo del brazo.

—Yo lo haré.

Tenía una expresión decidida, aunque Nicholas estaba seguro de que a la vez debía de sentir miedo, y la veneró por sobreponerse de aquella forma. Permitted que pasara delante de él y la siguió de cerca, dispuesto a no perderse ni una sola de las palabras que se pronunciaran a continuación.

Elizabeth llegó hasta su marido, que aún no la había visto y charlaba con uno de sus acompañantes, y pronunció su nombre con tono tranquilo pero firme.

—Robert.

Lord Ashton se giró y Nicholas sonrió con satisfacción al ver el estupor que apareció en su cara.

—¿Elizabeth? ¿Qué demonios haces aquí?

—Ya lo sabes. He venido a buscar a Bobby —respondió ella.

«Muy directa, Elizabeth —pensó Nicholas—. Yo no habría empezado así, pero veremos adónde nos conduce».

Lord Ashton se volvió de nuevo hacia Dutert y los demás, y se inclinó ligeramente.

—Caballeros, les ruego que me disculpen. Nos veremos esta noche.

Nicholas los siguió a una zona apartada junto al edificio, y solo cuando se situó junto a Elizabeth, lord Ashton reparó en su presencia.

—¿Quién es este hombre?

Se adelantó un paso, decidido a ser él mismo quien se presentase, pero no se inclinó.

—Nicholas del Piero.

Ashton lo miró despacio de arriba abajo, como si no pudiera decidir qué impresión le merecía o en qué categoría de hombre situarlo. Luego se volvió hacia ella.

—¿Es tu amante?

—Si fuera así, tú no tendrías nada que decir sobre ello.

—Te recuerdo que aún eres mi esposa... —Su voz tenía un deje amenazador, pero Elizabeth no se amedrentó.

—También lo era cuando te acostabas con Madeline Miles y con todas las demás —replicó ella sin alterarse. Y después de un breve silencio impostado, añadió—: Aunque, al menos, yo he tenido la suerte de que no me contagiara la sífilis.

Lord Ashton reaccionó como si le hubieran pegado por sorpresa un puñetazo en pleno rostro, y la satisfacción de Nicholas fue en aumento. «Buen golpe, mi amor».

—¿Cómo...? —El hombre echó un vistazo por encima de su hombro para asegurarse de que no había nadie cerca que estuviera escuchando—. ¿Cómo te has enterado de eso?

—Se enterará mucha más gente si no dejas que Bobby vuelva conmigo.

Su marido la contempló atónito durante unos instantes. Luego recuperó la compostura y soltó una carcajada desdeñosa.

—Había olvidado lo absurda que puedes llegar a ser, Beth.

—No me llames así...

—Beth, querida mía, si te divorcias de mí, pierdes a Bobby, es así de fácil. Harás el ridículo intentando extender un rumor que nadie creerá. No tienes ninguna prueba de lo que dices.

Ella pareció dudar en ese punto, puesto que era cierto: no poseían las pruebas materiales. Antes de que Ashton pudiera celebrar su triunfo, Nicholas intervino.

—Yo sí las tengo —mintió—. Poseo todos los informes médicos. El suyo, lord Ashton, donde se detallan todos los síntomas y el diagnóstico de su enfermedad. Y los de las tres damas a las que contagió. Especialmente... —Nicholas avanzó un poco y fijó sus ojos en los del hombre—. Especialmente el de Madeline Miles, que es el más interesante. Supongo que no hace falta que le diga por qué.

Lord Ashton no apartó la mirada, pero parpadeó un par de veces y una vena azulada latió en su frente delatando su incipiente nerviosismo.

—No es posible que tenga también los informes médicos de Madeline...

—¿Cómo si no podría saber que está embarazada?

—Eso no prueba nada. Pudo haber sido otro hombre quien la dejara encinta. Yo no era el único compañero de cama de esa zorra. —Entonces señaló a Elizabeth y se inclinó sobre ella hasta hundir la punta del dedo en su pecho—. ¡Y tú misma eres una zorra, Beth, puede que de una clase distinta, pero desde luego lo eres!

Sin tratar de contenerse ni un segundo, Nicholas se dispuso a golpearlo, pero ella se adelantó y empujó a su marido para alejarlo. No lo hizo fuerte, pero fue suficiente para que diera un paso atrás, aturdido. Enseguida respondió cerrando la mano sobre la muñeca de ella y retorciéndole el brazo hacia atrás. Ella gimió de dolor.

—¿Sabes que puedo denunciarte por esto? —siseó Ashton—. Nunca volverás a ver a tu hijo.

Nicholas no necesitó emplear mucha fuerza para apartarlo de ella. Se colocó entre los dos y miró de nuevo a lord Ashton a los ojos.

—No tiene sentido continuar discutiendo —dijo con calma—. Como ella le ha advertido, todo Londres estará al corriente de sus trapos sucios mucho antes de que usted se baje del tren en la estación de Waterloo. A menos que acceda en este mismo momento a que Bobby se vaya con su madre. Más adelante, será la Ley quien decida con cuál de sus padres debe vivir.

Elizabeth intervino entonces, empleando otro tono, más tranquilo y casi suplicante:

—Robert, sabes que cada día te será más complicado cuidar de Bobby. Tendrás que someterte a un tratamiento muy duro, y pagar mucho dinero por ello. ¿Quieres que nuestro hijo sea testigo de todo ello? ¿Que crezca solo, con la única compañía de alguna institutriz, mientras presencia la decadencia social y física de su padre?

Aún pareció tener que considerarlo un poco, pero finalmente asintió.

—De acuerdo, Beth, tú ganas. Bobby se irá contigo esta misma tarde. —Se colocó bien la gardenia que llevaba en la solapa, como si estuviera a punto de entrar en un baile de gala en vez de encontrarse en una situación tan comprometida—. De todos modos, ya empezaba a estar harto de ese mocoso, así que puedes quedártelo si tanto te importa.

La doncella no les había ofrecido pasar más allá del recibidor, ni tampoco había acudido el señor Dutert a recibirlos, pero Elizabeth entendía que la situación era demasiado extraña y tensa como para que nadie se atuviera a las normas sociales. Llevaban unos diez minutos esperando allí de pie, sobre la gruesa alfombra de Aubusson en tonos rojos y cremas, y el tictac del ornamentado reloj de pie la estaba volviendo loca.

—¿Y si ha cambiado de idea? —le preguntó a Nicholas ansiosamente—. Quizá lo haya pensado mejor, y se haya marchado de nuevo con Bobby...

Era consciente de que se trataba de un pensamiento cercano a la paranoia, pero no podía evitarlo. El miedo a que algo saliera mal otra vez y le impidiera abrazar a su hijo aquella misma noche había estado nublando su mente desde el momento en que habían abandonado el recinto de la Exposición Universal.

Nicholas parecía también un poco nervioso, y se limitó a mirarla sin contestar nada, pero apretó su mano en un gesto que pretendía ser tranquilizador. Había un carruaje aguardándolos en la calle, junto a la entrada de la casa de Ferdinand Dutert, y lo único que ella deseaba era sentarse en su interior con Bobby acomodado en el regazo y llevarlo al hotel. Al día siguiente, emprenderían el largo viaje a Londres, y ya no tendrían que volver a separarse. Llevaba alrededor de un mes y medio sin verlo, pero le daba la impresión de que había trascurrido muchísimo más tiempo.

El ruido de una puerta cerrándose en alguna parte del piso superior hizo que avanzara hacia la escalera con el alma en vilo. Unos pasos resonaron en el suelo de mármol por encima de sus cabezas, pero no pudo distinguir si pertenecían a un niño o a un adulto. Con la mano sobre el pecho, como si intentara evitar que se le saliese su corazón desbocado, Elizabeth no se percató de que Nicholas también se había adelantado un poco. Los dos elevaron la vista para fijarla en lo más alto de la escalera.

Y por fin, apareció. Bobby, vestido de forma impecable y con el pelo castaño bien peinado, le daba la mano a la doncella que les había abierto la puerta y levantaba con la mano libre una maleta de piel marrón. La mirada del niño se cruzó con la de Elizabeth, y esta emitió un sollozo emocionado. Se dejó caer de rodillas en el suelo y extendió los brazos hacia él.

—¡Bobby!

A través de las lágrimas de emoción, vio cómo se iluminaban los ojos de su hijo y cómo en su rostro pecoso se dibujaba una enorme sonrisa. Bobby soltó la mano de la doncella y se precipitó escaleras abajo hacia los brazos abiertos de su madre.

Cuando sintió su delgado cuerpo entre sus brazos, Elizabeth los cerró en torno suyo y hundió la cara en su cabello, aspirando el familiar aroma del pequeño. ¡Cuánto lo había echado de menos! En sus momentos más oscuros, había llegado a creer que nunca más volvería a tenerlo así.

Lo abrazó durante mucho tiempo, hasta que pudo reunir la fuerza suficiente para separarse un poco de él y mirar su carita. Lo besó en las mejillas una y otra vez, humedeciéndolas con sus propias lágrimas, mientras el niño continuaba con los brazos rodeando su cuello.

—¡Te echaba de menos, mamá!

—Yo también, cariño —replicó ella con la voz entrecortada—. No te imaginas cuánto.

Aún arrodillada en el suelo, sin sentirse capaz todavía de separarse más de unos pocos centímetros de Bobby, Elizabeth vio que la doncella también había bajado la escalera y le estaba entregando la maleta a Nicholas. Sin mediar palabra ni despedirse de Bobby, la chica desapareció tras una puerta.

—¿Ahora nos iremos a casa? —preguntó el niño.

—Sí. —Elizabeth se secó las lágrimas, se calmó un poco y solo entonces empezó a vislumbrar los detalles prácticos de los que tendría que ocuparse ahora que había recuperado a Bobby. Pensó unos segundos en su situación y añadió—: Tendremos que trasladarnos un tiempo a casa de los abuelos..., pero pronto encontraremos una casa que nos guste, y viviremos juntos allí.

Se levantó despacio; sentía la cabeza dándole vueltas vertiginosamente, y se tuvo que apoyar en Nicholas para no caerse. En ese momento, Bobby se fijó por primera vez en el hombre rubio que había estado aguardando en silencio junto a ellos. Elizabeth percibió su confusión y se apresuró a explicar:

—Bobby, te presento a Nicholas del Piero. —Elizabeth le dedicó una sonrisa mientras pronunciaba su nombre. Nicholas parecía también emocionado, y miraba al niño con una expresión de ternura tal que ella se sintió conmovida—. Él me ha ayudado a encontrarte.

—Hola, Bobby. Me alegro mucho de conocerte por fin —dijo Nicholas ofreciéndole la mano. Cuando el niño se la estrechó y Elizabeth contempló cómo se saludaban, lo que sintió fue algo tan perfecto y brillante que apenas pudo soportarlo.

Entraron en el carruaje y Elizabeth se sentó tal y como había imaginado, con Bobby sobre sus rodillas y abrazándolo protectoramente. Cuando el coche se puso en marcha, Nicholas, sentado frente a ellos, dijo:

—Os dejaré en vuestro hotel y luego continuaré hacia el mío.

—¡Oh! Pero... —Elizabeth se sintió confusa durante un segundo; no se había dado cuenta hasta ese mismo momento de los cambios que habría a partir de entonces en su relación con él.

—Necesitáis pasar tiempo a solas y descansar bien. El tren sale mañana a las nueve en punto. Estaré esperándoos en la estación.

—¿Estarás allí de verdad? —preguntó ella con un poco de aprensión. ¿Y si ahora que había recuperado a Bobby perdía a Nicholas? Aún no habían hablado de lo que ocurriría una vez llegaran a Londres, pero al menos contaba con hacer el largo viaje hasta allí juntos.

—Te lo prometo —respondió él sonriendo—. Yo también tengo que ir a Londres, ¿recuerdas?

Le devolvió la sonrisa y bajó la mirada hacia su hijo: Bobby se había quedado dormido en sus brazos. Lo besó en la cabeza con suavidad y ella también cerró los ojos, dejándose acunar por el traqueteo del carruaje.

En opinión de Nicholas, el trayecto en tren desde París a Calais había durado demasiado poco. Y la travesía para cruzar el Canal de la Mancha, aunque la había realizado en innumerables ocasiones, nunca le había parecido tan corta: le daba la impresión de que acababa de embarcar en el ferry con Elizabeth y Bobby, y ya se avistaban los acantilados de Dover, emergiendo de entre la neblina como centinelas de otro mundo. Y, en efecto, lo era: otro mundo. Un mundo tan alejado de todo lo ocurrido en Venecia que, si no hubiera sido por la presencia de Elizabeth allí mismo, en el barco junto a él, habría pensado que solo había sido producto de su imaginación.

—Es increíble que no se maree —comentó ella refiriéndose a su hijo, que estaba sentado en un banco de cubierta junto a otro niño de su edad, intercambiando estampas—. El mar está mucho más agitado aquí.

—¿Estás tú mareada? —quiso saber él, volviéndose hacia Elizabeth.

No tenía mala cara, aunque sí daba la impresión de estar algo cansada. Pensó que era normal, teniendo en cuenta el ritmo de los acontecimientos de los últimos días.

—No. Solo que...

Dejó la frase en suspenso, pero la breve mirada que dirigió hacia los acantilados fue lo suficientemente expresiva.

—Sí —replicó él, sin más.

Debido a la presencia del pequeño, no habían hablado demasiado de lo que supondría para los dos la llegada a Londres. Elizabeth había planeado trasladarse con Bobby a la casa de sus padres, hasta que encontrara un nuevo hogar, y en cuanto a Nicholas, tendría que buscar un alojamiento cercano al Egyptian Hall, y presentarse en el teatro en cuanto le fuera posible. Pero, más allá de eso, ninguno había mencionado lo que ocurriría. ¿Iban a seguir viéndose? Separarse definitivamente, estando en la misma ciudad y después de todo lo que habían pasado juntos, le parecía a Nicholas impensable. Sin embargo, aunque nunca había formado parte de la clase alta, sabía lo suficiente para darse cuenta de que Elizabeth no podría presentarlo en Londres como su pareja... Su familia no aceptaría a un ilusionista itinerante, y sus amigos ricos y distinguidos lo despreciarían. Después del escándalo de su divorcio, ella no querría volver a ponerse de esa forma en el punto de mira de una sociedad que rechazaba todo lo que pudiera salirse de los caminos más trillados. Y, mucho menos, cuando también tenía que pensar en su hijo. Lo más probable era que acabasen teniendo una relación más bien oculta, de amantes. No sería solo sexo, desde luego, pero tampoco algo que acabara en boda... Aunque ¿realmente quería que acabara en boda? No deseaba volver a separarse de ella, eso era lo único que sabía con certeza.

—Actúas dentro de tres días. ¿Tendrás tiempo suficiente para prepararlo todo? —le preguntó ella, sacándolo de sus pensamientos.

—Creo que sí. En realidad, solo tengo que comprobar que *eso* funciona bien.

Con «eso» se refería a lo más valioso que había para él sobre la cubierta del barco, después de Elizabeth y de su hijo: el mecanismo que guardaba en un pequeño baúl de cuero, del cual no se había despegado durante todo el viaje. Si los arreglos que había diseñado con Girardi en su taller demostraban ser adecuados, el truco de la levitación no se le resistiría esta vez. Se visualizó en el escenario del Egyptian Hall, recibiendo una gran ovación, y sintió una oleada de felicidad y orgullo tan desmesurada como si estuviera ocurriendo de verdad en ese mismo momento.

—Funcionará —le aseguró ella con un brillo confiado en sus ojos grises. Puso la mano sobre la suya, que descansaba en la barandilla—. Y yo estaré allí.

Nicholas asintió con una media sonrisa, sin poder decidirse acerca del mejor rumbo que podía tomar la conversación. El puerto de Dover ya se distinguía, y siguió con la mirada un moderno barco de vapor que entraba justo entonces, precediendo a su ferry. Pensó que era un día perfecto para navegar: el cielo estaba azul y brillaba el sol, soplaba el viento, y el mar, aunque movido, resultaba de lo más invitador.

—Ya estás en tu país —comentó.

Ella tardó unos segundos en responder.

—También es el tuyo, en parte —replicó, y luego añadió con una voz que le sonó un poco insegura—: Nicholas..., ¿te quedarás mucho tiempo?

Nicholas supo al instante lo que quería averiguar en realidad. «¿Por qué no lo preguntas directamente? ¿Por qué no me preguntas lo que deseas saber: si pretendo permanecer contigo o no?». El barco de vapor se perdió de vista detrás del muelle, y su estela llegó hasta ellos, levantando unas pequeñas olas que sacudieron el ferry más aún. Se agarró con fuerza a la barandilla mientras trataba de pensar cómo contestar su pregunta. O, al menos, *qué* contestar.

—No lo sé —murmuró al fin.

La miró de reojo para comprobar su reacción. Adoraba contemplar su rostro, pero odiaba su capacidad para mantenerlo inexpresivo, como sucedía en aquel instante. Tanto podía sentirse aliviada como decepcionada; era imposible decirlo con certeza.

En ese momento, Bobby se acercó y tiró de la falda de su madre para llamar su atención. Elizabeth se giró hacia él y sonrió. Cada vez que lo miraba, sonreía de la forma más dulce que Nicholas jamás había visto sonreír a nadie.

—Mamá, ¿puedo ir dentro con Peter a comprar un bastón de caramelo?

—¡Oh, cielo, dudo que en este barco vendan bastones de caramelo!

—Sí los venden —aseguró su hijo. Se parecía mucho a ella, sobre todo en la mirada límpida y suplicante que mostraba cuando pedía algo. Señaló a una niña de unos doce años que estaba de pie junto a su nuevo amigo—. La hermana mayor de Peter acaba de comprarse uno.

—Pero estamos a punto de atracar en el puerto...

Nicholas intervino.

—Deja que vayan. Aún tiene que atracar ese vapor, tardaremos al menos quince minutos más. —Rebuscó en el bolsillo y sacó una moneda que ofreció al niño. No se sentía con ánimo de fingir que la sacaba del aire, pero le dedicó una sonrisa alegre—. Toma, Bobby. Cómprame uno también a mí, hace siglos que no los pruebo.

—¡Gracias, Nicholas! —exclamó Bobby cogiendo la moneda, y desapareció con los otros dos niños por la puerta que conectaba la cubierta con el pequeño salón del ferry.

Elizabeth lo miró con un pequeño mohín de disgusto y abrió la boca para hablar; seguramente para reprocharle que no hubiera respetado su autoridad materna. Nicholas estaba harto de tener con ella conversaciones que no llevaban a ninguna parte: era evidente que, en lo que a planear el futuro se refería, solo se les daba bien cuando se trataba de recuperar niños arrebatados o preparar trucos de ilusionismo.

—Tardaremos al menos quince minutos más —repitió con voz ronca, y clavó los ojos en los de Elizabeth con tanta intensidad que ella pareció olvidar lo que iba a decir.

Le rodeó la estrecha cintura con un brazo, acercándola más a él, y con los dedos de la mano libre acarició suavemente su mejilla. Luego acercó el rostro a su cabello buscando el aroma indefinible que la envolvía siempre, pero no lo encontró; los olores del mar y del puerto eran demasiado fuertes. Ella había bajado los párpados y se apoyaba en Nicholas como si estuviera perdiendo repentinamente las fuerzas.

—No nos dejes —susurró de pronto—. Por favor.

Su petición le cogió desprevenido, y trató de responder (no estaba muy seguro de qué, concretamente), pero solo pudo asentir con la cabeza. Besó a Elizabeth mientras el ferry se iba acercando cada vez más al muelle. De pronto, todo quedó resumido a aquello: estaban juntos en ese barco, a punto de tocar tierras inglesas, y a partir de ahí seguirían también juntos, aunque todo se les pusiera en contra. Aunque no tuvieran ni la más remota idea de cómo resolverían las cuestiones prácticas...

Al final, la conversación había resultado muy sencilla.

—¡Oh, Dios mío! ¿Bobby? ¡Bobby! ¡Harold, ven inmediatamente, deprisa!

Los gritos de Caroline Simmons taladraban los oídos de Elizabeth de forma muy desagradable, pero no dejó de sonreír. Caroline se había arrodillado sobre la alfombra del recibidor y había atraído a Bobby hacia sí, hasta hundir la cabeza del pequeño contra su generoso busto cubierto de terciopelo gris. Caroline aún no la había saludado a ella, y Elizabeth se había ido preparando durante todo el trayecto en coche hasta la casa de los Simmons para las recriminaciones que la esperaban... No le importaba lo más mínimo. Había viajado sola hasta Venecia, y luego hasta París; se había enfrentado a Robert y había ganado. Y allí estaba, de vuelta en Londres, con Bobby. La probable regañina de su madre por haber sido tan testaruda e insumisa como había sido en su momento su hermana Lillian no significaba nada para ella.

Abandonó la sombrilla y la bolsa de mano junto a la puerta, mientras el mayordomo y Martha se afanaban por subir a su habitación la maleta de su hijo y la suya propia, y posó la mano sobre la cabeza de Bobby, que se esforzaba por respirar dentro del apretado abrazo de su abuela.

—Hola, madre.

Caroline se separó al fin del niño y se puso de pie. Miró a Elizabeth de hito en hito, primero con una expresión atónita en su anguloso semblante, pero luego su rostro se fue dulcificando.

—Elizabeth, hija mía —dijo con voz entrecortada, y la envolvió a ella también en sus brazos, casi con tanta fuerza como había hecho segundos antes con Bobby.

A Elizabeth le sorprendió que la recibiera con abrazos y afecto, en lugar de con reproches y gritos como había imaginado, y pensó que, tal vez, el mismo amor que ella sentía por Bobby lo sentía Caroline por ella, aunque acostumbrara a demostrarlo de forma tan distinta.

Levantó la vista hacia la escalera al oír los apresurados pasos de su padre, que bajaba de su despacho. Cuando Harold la vio y comprobó que su único nieto estaba también allí, sus ojos se humedecieron. Cruzó velozmente la distancia que los separaba y los abrazó a los dos. Antes de separarse de Elizabeth, susurró en su oído:

—No sé cómo lo has logrado, y estoy deseando que me lo cuentes todo. Pero puedo decirte algo: nunca me he sentido más orgulloso de ti.

Bobby se acostó temprano, y Elizabeth cenó con sus padres en el comedor. Como no habían previsto su llegada, la cena fue sencilla, pero Harold insistió en abrir una botella del mejor vino que guardaba en la bodega. Brindó por Elizabeth, y cuando Caroline anunció que también se retiraba a descansar, su padre le propuso tomar un licor en la salita.

Se sentaron frente a frente en los dos sillones situados junto a la ventana, y Elizabeth aceptó que le llenara una pequeña copa con licor de cereza, a pesar de que ya se sentía ligeramente mareada por el vino de la cena.

—Lo que nos has contado es increíble —dijo Harold después de dar el primer sorbo—. No te imagino pasando por algo así, querida.

Ella sonrió y bebió también de su copa. «Y eso que no les he dicho nada sobre cómo me convertí en *su* Extraordinaria Elizabeth», pensó. Sintió que sus mejillas empezaban a arder, aunque no supo si por

efecto del licor o a causa de los recuerdos.

No les había confesado nada a sus padres acerca de su papel como ayudante del Asombroso Adamantium. Se había limitado a explicar que en Venecia había conocido a un caballero que le ofreció su ayuda, y que más tarde se había enterado, gracias a él, de que Robert se había marchado con Bobby a París, adonde ella había ido para exigirle que se lo devolviera. La cara perpleja de Harold y los ojos a punto de salirse de sus órbitas de Caroline habían sido reacción suficiente para hacerle comprender que no era necesario ni prudente dar más detalles. Ellos no habían preguntado cómo había conseguido que Robert cediese en el tema de la custodia, y Elizabeth no iba a ofrecer explicaciones no solicitadas. Imaginaba que, en cierto modo, sus padres preferían no enterarse de todo.

—Por cierto —dijo Harold levantándose del sillón—. Antes de que llegais vino Henry Milton a casa.

—¿Mi abogado? —se extrañó ella. Siguió con la mirada a su padre, que rebuscaba en el cajón de la cómoda estilo Reina Ana, uno de los muebles preferidos de Caroline.

—Recibió un telegrama esta misma mañana, y quiso entregármelo para que te diéramos la noticia..., en caso de que pudiéramos ponernos en contacto contigo, claro.

Le entregó el papel y Elizabeth lo desdobló. Leyó rápidamente las dos líneas de texto y volvió a mirar a su padre, perpleja.

—¿Está dispuesto a firmar el divorcio lo antes posible?

—Eso parece. Ni el señor Milton ni yo entendemos bien la segunda frase —Harold se acercó de nuevo a ella y señaló con el dedo las palabras—, eso de «Confío en discreción». Supongo que se refiere a que no hablemos demasiado de vuestro divorcio en la próxima temporada social... ¡Como si pretendiéramos hacerlo!

Elizabeth dobló otra vez el telegrama y se lo devolvió a su padre. No pudo evitar que una sonrisa aflorara a sus labios.

—Supongo que será eso.

Tumbada en la cama de su dormitorio de soltera, Elizabeth contempló la oscuridad. La casa se había sumido en el silencio y, aunque estaba agotada, sospechaba que tardaría horas en dormirse. Antes de retirarse, se había asomado a la antigua habitación de Lillian, donde Bobby dormía profundamente, y el convencimiento de que, de ahora en adelante, todas las noches dormiría cerca de ella hasta que se hiciera mayor la llenaba de una tranquila dicha.

¡Si tan solo pudiera estar también junto a Nicholas...! Apenas hacía cuatro horas que se habían separado, pero ya lo echaba muchísimo de menos. Su último beso había sido en el ferry, justo antes de llegar al puerto y de que Bobby regresara con los dulces, y la despedida en el andén de la estación de Waterloo había resultado demasiado breve. Pero iba a quedarse con ella... No iba a dejarlos, eso había dicho, y aunque aún no tenía muy claro lo que implicaba, al menos sí estaba segura de que no se marcharía de Londres nada más terminar su espectáculo en el Egyptian Hall. El Asombroso Adamantium actuaría en tres noches, y deseaba con toda su alma que obtuviera el mayor éxito de su carrera. Tendría que prescindir de ayudante esta vez, pero Elizabeth estaba decidida a que ese detalle no significase un impedimento demasiado grande...

Nicholas había prometido que enviaría un mensaje a casa de los Simmons tan pronto como se instalara en algún alojamiento, para que ella supiera dónde encontrarlo. En cuanto lo recibiera, iría a verlo. Aún había muchas cosas que tenían que resolver, pero ahora sabía que los dos podían superar casi cualquier

obstáculo... Siempre que permanecieran unidos.

En toda su vida, Fazio jamás se había sentido más solo. Solo habían transcurrido unos cuantos días desde que Elizabeth y Nicholas se habían marchado, y la casa le parecía vacía, tan silenciosa y desolada como un cementerio en pleno invierno. Gina, que notaba su sombrío estado de ánimo, se esforzaba en mostrarse más conversadora que nunca, pero a Fazio no le bastaba. Ni siquiera sus perros eran capaces de animarlo.

Lo peor era no haber podido despedirse de Ilaria. No había sabido nada de ella desde la noche de la fiesta, pero suponía que ya se habría marchado de Venecia. Quizá se volverían a ver en otra ocasión, dentro de unos cuantos años; coincidirían en un evento social, en un ciclo de conferencias o en algún hotel europeo... Y, en esa fecha, estaría casada por fin.

Sacó un libro mal colocado de una de las estanterías inferiores y lo puso en el lugar correcto. «En realidad, preferiría que se casara de una vez. Así se me quitarían todas estas estúpidas ilusiones de la cabeza». Porque en algunos momentos, durante las horas pasadas juntos, Fazio había llegado a interpretar su amistoso afecto como algo más, y eso resultaba muy dañino para él. Tenía que repetirse constantemente que Ilaria no lo amaba, y olvidarse de ella.

Fiore y Saggio, que dormitaban sobre la alfombra, levantaron sus enormes cabezas cuando Gina abrió la puerta de la biblioteca.

—Tienes una visita. Una dama muy elegante.

Ilaria apareció junto al ama de llaves, y Fazio se quedó mirándola con la misma incredulidad que si acabara de materializarse ante él el mismísimo rey Humberto.

—¿Qué haces aquí? —consiguió balbucir.

Ella avanzó un poco. Los perros la reconocieron y se acercaron a recibir sus caricias antes de volver a tumbarse para continuar su siesta. Ilaria se irguió e inclinó la cabeza a modo de saludo. Estaba maravillosa, con un vestido de amplias mangas color verde bosque que destacaba el rojo cereza de su cabello.

—No llegaste a mostrarme tu biblioteca —dijo.

—Me refiero en Venecia. Pensé que te habías marchado hace días...

—Iba a irme, pero...

Dejó la frase en suspenso, como si en realidad no importara la explicación, y giró despacio sobre sí misma, contemplando las paredes repletas de libros.

—¿Pero...? —le instó Fazio a continuar. El corazón le latía con violencia mientras esperaba su respuesta, pero no la obtuvo. Ella seguía observando a su alrededor, dándole la espalda.

—Es justo como imaginaba. —Giró la cabeza hacia él para poder mirarlo a los ojos—. Esta habitación eres tú, Fazio.

Sus palabras produjeron en él el efecto de una vertiginosa caída libre. Amaba su biblioteca casi tanto como la amaba a ella, ya que todo lo que contenía aquella sala constituía un reflejo fiel de su auténtico ser. Era como si Ilaria hubiera leído en su interior, tan dentro y tan profundamente como solo uno mismo es capaz de hacerlo. Nadie había llegado de verdad a su alma hasta ese momento; nadie hubiera podido conseguirlo excepto ella.

Haciendo un ímprobo esfuerzo por dominar sus emociones, se acercó a la estantería más cercana y empezó a sacar algunos volúmenes.

—Tengo por aquí una edición muy rara de *Los viajes de Gulliver*. Contiene un pequeño poema de Swift en la primera página que la vuelve extraordinariamente valiosa... —Se interrumpió al notar la mano de Ilaria sobre su hombro y se volvió hacia ella, aún con las manos llenas de libros.

—¿Me invitarías a quedarme unos días en tu casa, Fazio?

Solo pudo asentir con la cabeza. Los ojos de Ilaria resplandecían, casi como si los tuviera llenos de lágrimas, aunque no parecía triste, y entonces se dibujó en su rostro un tipo de sonrisa que nunca antes le había visto esbozar: tímida, emocionada, devastadoramente dulce.

Como en un sueño, la vio inclinarse muy despacio sobre él. Fazio cerró los ojos y, cuando sintió los labios de Ilaria presionando los suyos, dejó caer al suelo todos los libros que sostenía, lo que produjo un alegre estrépito que despertó de nuevo a los perros.

Los carruajes se agolpaban ante la entrada del Egyptian Hall, en Piccadilly. Bobby miró hacia arriba y contempló boquiabierto la fachada del edificio, decorada como un templo egipcio, con la puerta flanqueada por dos robustas columnas de piedra, sobre las que se erigían las majestuosas estatuas de Isis y Osiris. Elizabeth también estaba asombrada, pero más bien por el hecho de no haberse detenido nunca a contemplar el edificio durante sus paseos por la ciudad. Era como si lo viese por primera vez, y ahora estaba tan nerviosa que la perspectiva de entrar en él le parecía como entrar en otra dimensión de la realidad.

Una señora ansiosa por abrirse paso la empujó y la hizo reaccionar. Tomó la mano de Bobby y tiró suavemente de él para que siguiera avanzando.

—Vamos, cariño. Entremos.

Martha, la doncella de sus padres, los siguió con expresión aturdida, y Elizabeth pudo oír entre todo el alboroto su exclamación de sorpresa al descubrir el interior. Una enorme araña de cristal iluminaba con cientos de velas el ornamentado vestíbulo, mientras tres hombres escasamente vestidos, con babuchas y turbantes, tocaban instrumentos que ella nunca había visto sentados en el suelo, sobre alfombras de seda de colores. En el centro del vestíbulo había una pajarera de casi tres metros de altura, dentro de la cual revoloteaban docenas de pequeños pájaros de brillantes plumajes.

Continuaron hacia la sala principal, donde se desarrollaría la actuación estelar de la noche, pero antes tuvieron que pasar por el recinto de las exhibiciones. Era una habitación tan grande como un salón de baile, con altos techos recubiertos de pan de oro, que albergaba en ese momento una insólita colección de animales disecados: elefantes, jirafas, murciélagos vampiros, un oso negro erguido sobre sus patas traseras, e incluso una serpiente de dos cabezas. Los animales estaban rodeados de esbeltas palmeras y de estatuas que representaban a los dioses a los que adoraban tribus lejanas. Elizabeth leyó sus nombres en los pequeños carteles al pasar junto a ellos: el dios del Sol, la diosa de la Luna, el dios de la Guerra, el dios de la Lluvia, la diosa de la Fertilidad.

Bobby parecía no saber hacia dónde mirar, y la expresión en la cara de Martha era de una perplejidad sin límites. Se entretuvieron tanto en aquella sala que Elizabeth casi olvidó para qué estaban allí hasta que un distante gong resonó en algún lugar del edificio.

—Va a empezar el espectáculo del Asombroso Adamantium —le dijo una mujer joven, que estaba junto a Elizabeth, al caballero que la acompañaba.

Elizabeth tocó el brazo de la criada, que seguía absorta en la estatua del dios de la Guerra y en sus exagerados atributos masculinos.

—Démonos prisa, Martha.

—Sí, señorita Elizabeth.

Siguieron a la masa de personas que se dirigían a la sala principal. Bobby levantó la cabeza hacia su madre sin dejar de caminar.

—¿No podemos mirar un poco más las jirafas?

Elizabeth sonrió al pequeño.

—¿Es que no quieres ver el espectáculo de Nicholas? En el viaje desde París te gustaron mucho sus trucos de magia. Y te aseguro que eso no era nada comparado con lo que verás hoy...

Los ojos del niño se agrandaron por la expectación y caminó un poco más deprisa, impaciente ahora

por llegar a sus asientos. Consiguieron sentarse en la segunda fila, muy cerca del escenario, con Elizabeth en el extremo que daba al pasillo, Bobby junto a ella y Martha al otro lado.

—Tome uno, señorita Elizabeth.

Cogió el programa que Martha le tendía y sonrió ante la imagen impresa de Nicholas ataviado como el Asombroso Adamantium y la frase de presentación sobre ella:

«El Egyptian Hall, la Casa del Misterio, tiene el honor de exhibir por primera vez en Londres la magia sobrenatural del Asombroso Adamantium».

Sintió que se ruborizaba de lo orgullosa que estaba de él, y trató de controlar los nervios acomodándose lo mejor posible en la butaca, aunque no era fácil.

Pocos minutos después, las luces bajaron de intensidad y un extraño hombrecillo ataviado de terciopelo rojo surgió en el escenario y presentó al Asombroso Adamantium. Nicholas salió entonces, el público lo recibió con un comedido aplauso y él hizo una elegante reverencia antes de dar comienzo a continuación a su primer número.

Era una sensación extraña presenciar su actuación como una espectadora más. Se había acabado por acostumbrar a estar junto a él ejecutando los trucos, no contemplándolos, y verlo ahora en escena desplegando todo su encanto y habilidad le hizo recordar la primera vez que lo vio aparecer en la salita púrpura como Adamantium. Giró la cabeza para echar un vistazo rápido a los espectadores de la fila siguiente: dos caballeros de mediana edad vestidos de frac cuchicheaban entre ellos sin apartar los ojos del escenario, como si estuvieran discutiendo cuál sería el secreto de los trucos, y un grupito de amigas que acababan de dejar atrás la adolescencia seguían todos los movimientos de Nicholas sin parpadear, con expresión embelesada en sus jóvenes rostros.

Los aplausos iban subiendo de intensidad y duración según se sucedían los trucos, adaptados a la ejecución solitaria de Adamantium sin ayudante. Cuando volvió a hacerse el silencio, una vez terminado «El Reloj Misterioso», Nicholas se acercó al borde del escenario con su chistera en la mano y dedicó al público una de sus seductoras sonrisas.

—Para el siguiente número necesitare un voluntario. Alguien de entre las distinguidas damas y los respetables caballeros que tenga la valentía de someterse a mi conjuro y levitar sobre el escenario.

Un murmullo de excitación se elevó entre los presentes. Nicholas paseó la mirada durante unos segundos por las primeras filas antes de detenerse en Elizabeth y mirarla a los ojos. Ella le sostuvo la mirada e inclinó la cabeza, divertida.

—Quizá esta hermosa señora de la segunda fila quiera comprobar lo que se siente al flotar en el aire.
—Resonó invitadora la voz de Nicholas, mientras la señalaba directamente a ella.

Bobby soltó un grito entusiasmado al ver que su madre subía a escena con calmada elegancia, y Martha se inclinó aún más hacia delante en su asiento. El público aplaudió a Elizabeth, que se situó junto a Nicholas en el centro del escenario.

—Milady, supera usted en belleza a las princesas más exquisitas que haya encontrado jamás a lo largo de mis viajes por todo el mundo —exclamó Nicholas contemplándola como si fuera la primera vez que lo hacía. Su voz era tan aterciopelada, y su mirada tan penetrante, que Elizabeth no pudo evitar ruborizarse, incluso sabiendo que aquello era parte del número. Nicholas volvió a dirigirse al público—. Durante estos viajes, conocí a un gran sabio de la India que me enseñó su más oscuro secreto: el poder de la levitación. Se trata de algo vedado y peligroso al común de los mortales, pero mi magia me capacita para practicarla ahora ante todos ustedes.

Una música de flauta, como la que pudiera tocar un encantador de serpientes en un palacio de la India, empezó a sonar misteriosamente. Nicholas se colocó detrás de Elizabeth.

—Ahora, permítame ejercer sobre usted el encantamiento que me enseñó aquel sabio.

Ella dio un pequeño respingo al sentir sus manos sobre la espalda, pero cerró los ojos cuando él se lo indicó y trató de aparentar tranquilidad. Nicholas empezó a pronunciar una serie de palabras extrañas, con un sonido lejano y exótico, a la vez que movía las manos por detrás de ella, como si estuviera realizando un conjuro místico. Mientras lo hacía, desabrochó hábilmente tres botones de su vestido para colocar la tabla, que llevaba oculta en el interior de la manga, en el gancho que Elizabeth ya se había puesto en el corsé antes de salir de casa. Lo hizo tan rápido y con tanta destreza que estuvo segura de que nadie entre el público habría podido notar nada extraño.

—Ya está, mi amor —le susurró Nicholas al oído, muy bajo y acariciándole el lóbulo de la oreja con sus labios. Aquello le provocó a Elizabeth un temblor interno y un escalofrío que recorrió toda su espalda, pero continuó con los ojos cerrados y el rostro inexpresivo, como si acabara de hipnotizarla, y se dejó caer confiadamente hacia atrás, sabiendo que él la recogería en sus brazos.

Nicholas la llevó en volandas hasta depositarla sobre unos almohadones cerca de los cortinajes negros que colgaban al fondo del escenario, tras los que se ocultaba el mecanismo hidráulico pintado de negro. Fingiendo ante el público que la acomodaba y que se preocupaba por que su vestido no se arrugara, Nicholas conectó la barra del mecanismo a la pieza en forma de tabla que llevaba Elizabeth en la espalda. Y entonces, su cuerpo empezó a elevarse muy lentamente, y el público estalló en aplausos.

Pero Nicholas aún tenía algo más que hacer. Sin abrir del todo los párpados, le vio extender el brazo hacia arriba y recoger un enorme aro dorado que parecía haber surgido del aire. El efecto era magnífico. El público aplaudió otra vez, y ya no paró mientras contemplaban a Adamantium pasar el aro por el cuerpo de Elizabeth para demostrar que estaba de verdad flotando. La barra del mecanismo, que tenía forma de S, lo hacía posible, y para cuando Nicholas volvió a lanzar el aro al aire y este se desvaneció, la mitad del teatro ya se había puesto en pie y lo aclamaba.

Elizabeth regresó a su asiento aturdida y sonrojada, como si acabase de volver en sí después de un largo ensueño, y Bobby la recibió entusiasmado.

—¡Guau, mamá, has estado flotando en el aire un buen rato! ¿Cómo lo ha logrado?

Elizabeth abrazó a su hijo y rio.

—¡Bueno, ya sabes que es el Asombroso Adamantium! No hay nada que él no pueda lograr.

Bobby se recostó contra su hombro sin dejar de mirar fascinado a Nicholas, que recibía los interminables aplausos inclinado en una profunda reverencia.

—¿Entonces la magia existe de verdad? —preguntó el niño con inocencia.

Elizabeth levantó también la mirada hacia el escenario, y cuando sus ojos se encontraron con los de él, fue como si los cientos de personas que llenaban la sala hubieran desaparecido y solo quedaran ellos dos en el teatro. Sonrió a Nicholas y luego respondió a su hijo:

—La magia existe cuando el mago la hace posible.

Aún no podía creerse lo que estaba ocurriendo. Tenía a John Nevil Maskelyne en persona, frente a él; había llamado a la puerta del pequeño camerino, le había estrechado la mano y le estaba asegurando en ese preciso momento que nunca había visto ejecutar el truco de la levitación de manera más perfecta.

—Quizá incluso considere comprárselo... —insinuó el famoso ilusionista. Tenía un bigote tan poblado que apenas se veían sus labios, y el pelo castaño repeinado hacia atrás y pegado al cráneo. Su

estilo era totalmente opuesto al de Nicholas, pero este pensó que no existía un hombre sobre la faz de la Tierra al que admirase más.

—Será un honor hacer cualquier clase de trato con usted —respondió a duras penas.

Maskelyne asintió con expresión pensativa. No se mostraba demasiado contento por tener ante sí a un mago advenedizo quince años más joven que había mejorado su truco más famoso y que podía amenazar su posición como el mejor ilusionista de Inglaterra, pero lo disimulaba bien. En cualquier caso, lo había felicitado y había admitido sentirse impresionado. Para Nicholas, eso tenía un valor incalculable.

—Bien. Tendrá noticias mías, joven. Si llegamos a un acuerdo sobre el truco, puede que le ofrezca una actuación fija en mi teatro.

—Gracias, señor.

Cuando el hombre hubo salido del camerino, Nicholas no pudo controlarse más y emitió una exclamación de triunfo al tiempo que lanzaba el puño al aire. Por fin lo había logrado. Se quitó la chaqueta negra y se aflojó la corbata de seda mientras miraba a su alrededor... Aquel era el momento perfecto para descorchar una botella de champán, pero todavía no era nadie importante, y tan solo le habían dejado un vaso con agua sobre el tocador. Aun así, lo cogió y brindó con la imagen que se reflejaba en el espejo.

—Bien hecho, Adamantium —murmuró, y se echó a reír, permitiendo que la euforia invadiera todo su cuerpo.

Unos golpes en la puerta interrumpieron su solitaria celebración, y dejó el vaso. Se apartó de la cara el pelo, aún suelto, y trató de recuperar la compostura.

—Adelante.

Se levantó de la silla al ver a Elizabeth, que entraba en el camerino con Bobby cogido de su mano.

—¡Oh, Nicholas, ha sido maravilloso! —exclamó ella. Soltó la mano del niño y se acercó despacio a él. Una luz de admiración y pura felicidad brillaba en sus ojos grises, animando su rostro y dotándolo de una belleza que ya no resultaba melancólica ni seria. Nicholas pensó que nunca la había visto más hermosa y la abrazó.

—No habría podido hacerlo sin ti.

Cuando se separaron, sonrió a Bobby y le hizo un gesto para que se acercara.

—¿Y a ti te ha gustado?

—¡Sí! —respondió con entusiasmo—. Yo también quiero sacar cosas de un sombrero y hacer flotar por los aires a las personas, ¿me enseñarás?

—¡Claro! Podría hacerte mi aprendiz, aunque tendremos que buscarte un buen nombre, y en unos años actuaremos juntos en los mejores escenarios del mundo, ¿qué me dices?

Elizabeth rio.

—¿No crees que aún es un poco pequeño para eso? —Acarició el pelo de su hijo y cambió a un tono un poco más serio—: Me ha parecido ver al señor Maskelyne saliendo del camerino, ¿era él de verdad?

—Lo era. Es posible que me ofrezca un contrato fijo aquí, en el Egyptian.

—¡Eso sería fantástico!

—Entonces, ¿podremos venir a verte más noches? —preguntó Bobby, que parecía encantado con la idea de volver al teatro a ver al Asombroso Adamantium en vez de cenar temprano en el cuarto de los niños e irse a la cama enseguida.

Nicholas contempló a Elizabeth con una ligera sonrisa. Si no hubiera estado el pequeño delante, la

habría besado y acariciado hasta que todo su cuerpo temblara de necesidad y anhelo, y eso sería exactamente lo que haría en cuanto estuvieran a solas en un dormitorio. Pero, por el momento, solo la miró a los ojos y murmuró:

—Si tu madre quiere, podréis verme todas las noches y todos los días, durante el resto de nuestras vidas.

Antes de que Elizabeth respondiera, Martha se asomó.

—Disculpe, señorita Elizabeth. El chófer pregunta si debe traer ya el carruaje a la puerta.

La mirada de ella se trasladó despacio de Nicholas a Bobby, y de este a la criada.

—Oh... Dile que iré dentro de unos minutos —dijo. Luego se dirigió a su hijo—. Bobby, querido, ¿por qué no vas con Martha y echas otro vistazo a las jirafas antes de marcharnos?

El niño asintió con entusiasmo y tomó la mano de la doncella, que cerró la puerta del camerino después de hacer una breve reverencia.

Nicholas se apoyó contra el tocador y atrajo a Elizabeth hacia sí. Ella pasó los brazos alrededor de su cuello y lo miró con estrellas plateadas y verdes en los ojos grises, sin decir nada.

—No has contestado a mi propuesta —murmuró él. Elizabeth sonrió con un poco de timidez.

—¿Es que me has hecho alguna propuesta?

—Claro que la he hecho.

—¿Quedarte en Londres con Bobby y conmigo para siempre? ¿O que nosotros te acompañemos alrededor del mundo y actuemos ante el emperador de la China, y...?

—Esos detalles no me importan —le interrumpió. Incluyó la cabeza para besarla, y ella enredó los dedos entre sus cabellos—. No me importan mientras esté contigo. Mientras estemos juntos.

Y por la expresión del rostro de Elizabeth, supo que ese también era su mayor deseo.

SINOPSIS DE MAGIA EN TUS BRAZOS



Londres, 1889.

Después de años de ser la perfecta hija, esposa y dama, Elizabeth Simmons, lady Ashton, ha logrado reunir el valor suficiente para terminar con su infeliz matrimonio. Su decisión no solo le supone la incompreensión general de la conservadora alta sociedad londinense, sino también la venganza de lord Ashton, que desaparece con su pequeño hijo, Bobby. Cuando Elizabeth descubre que padre e hijo están en Venecia como invitados en el fastuoso palazzo Montagliore, viaja sola a la ciudad de los canales para recuperar a Bobby. Pero no lo tiene nada fácil, y muy pronto se da cuenta de que necesita ayuda.

Nicholas del Piero ha pasado toda su juventud viajando por Europa, dedicado por completo a su carrera como ilusionista. En los escenarios deja de ser solo un hombre atractivo, pero común, y se convierte en el Asombroso Adamantium, el mago más fascinante que el mundo haya conocido..., o eso es lo que él quería, porque el repentino abandono de su ayudante ha puesto en grave peligro la actuación más importante de su carrera: un espectáculo privado durante la fiesta de un noble mercader veneciano.

Cuando Nicholas y Elizabeth se conocen, descubrirán que pueden ayudarse mutuamente, y el trato al que llegan sellará el principio de una relación intensa y mágica que los sacará a ambos del camino que creían tener marcado.

BIOGRAFÍA DE LA AUTORA



Belén Urcelay nació en Madrid a principios de los años 80, y es licenciada en Humanidades y Periodismo. Desde muy joven le ha apasionado leer y escribir, especialmente novela romántica. Actualmente compagina su trabajo como escritora romántica con los cursos de escritura creativa que imparte en su pequeña librería, El jardín de las letras. Sus historias están ambientadas en la apasionante Europa de finales del siglo XIX, y siempre procura combinar en ellas protagonistas poco comunes, atisbos de sucesos reales y relaciones por las que, en principio, nadie apostaría.

Bajo el seudónimo de Ana de Lávana publicó en 2018 *Un caballero del East End*.

Magia en tus brazos es su segunda novela, y la primera en Phoebe.

TW: @Belen Urcelay
IG: belen.urcelay
FB: @belenurcelay.escritora